Universidad de Costa Rica

Facultad de Ciencias Sociales

Escuela de Sociología

Percepciones y prácticas de las mujeres en el espacio urbano: el caso de las mujeres trabajadoras del sexo en la ciudad de San José, Costa Rica

Tesis para optar al grado de Licenciatura en Sociología

Mariana Rojas Mora

Carné A64999

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, 2013

Agradecimientos

A las chicas de la Zona Roja, por dejarme entrar en su mundo cotidiano, compartir y aprender muchísimo con ellas.

A Montserrat Sagot, Sergio Villena y José Manuel Valverde por haber creído en mi proyecto y haber luchado por su aprobación en la institucionalidad conservadora de la academia.

A mi madre, Alexandra Mora Arias por haberme leído y comentado, y sobre todo por haberme apoyado e insistido en terminarlo. Gracias a mi familia por motivarme a seguir creciendo.

Al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica, por haberme brindado el apoyo económico y académico con la beca *Jóvenes Investigadores*.

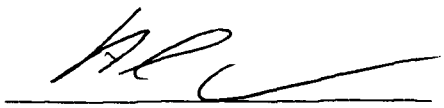
A Adriana Sánchez, Laura Paniagua y Mónica Brenes por su lectura y discusión del proyecto. Gracias por la experiencia de trabajar con ustedes en la ciudad de San José.

A Edouard Leport, por leerme, comentarme y brindarme ese espacio de discusión y análisis de lo que implicó pensar y llevar a cabo este proyecto. Gracias por haber compartido esta experiencia conmigo. Bisous.

A las Tules, esas mujeres lindas con las que comparto ese sentimiento de solidaridad, creatividad y de lucha por cambiarnos y apropiarnos de nosotras mismas en la práctica cotidiana y subversiva.

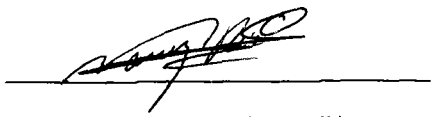
A Caro y Santiago, por su solidaridad y apoyo durante este proceso tan lleno de vida, emociones y conflictos. Gracias por escucharme y motivarme a creérmela.

Trabajo Final de Graduación *Percepciones y prácticas de las mujeres en el espacio urbano: El caso de las trabajadoras del sexo en San José, Costa Rica;* presentado el día 10 de mayo del año 2013 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica para optar por el grado académico de Licenciatura en Sociología, ante el siguiente Tribunal Examinador:



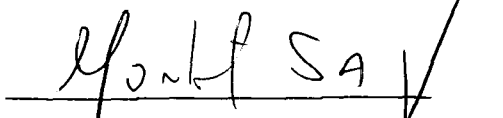
Dr. Allen Cordero Ulate

Presidente del Tribunal



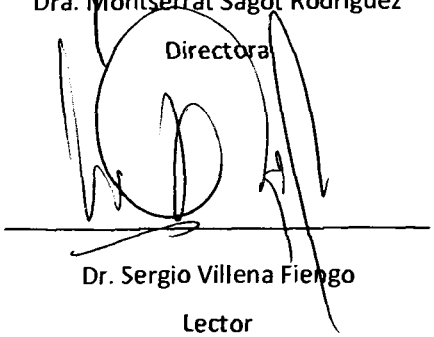
Dra. Nancy Piedra Guillén

Representante de la Escuela de Sociología



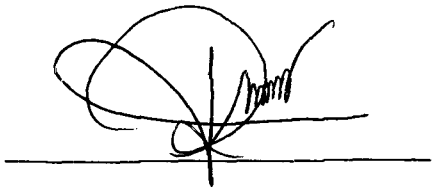
Dra. Montserrat Sagot Rodríguez

Directora



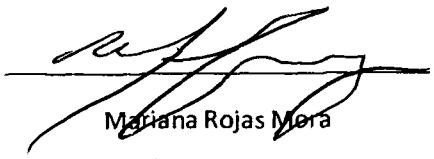
Dr. Sergio Villena Fiengo

Lector



M. Sc. José Manuel Valverde Rojas

Lector



Mariana Rojas Mora

Sustentante

Resumen

El presente trabajo final de graduación analiza las distintas prácticas y percepciones que poseen las mujeres trabajadoras del sexo sobre el espacio urbano, la ciudad de San José. De esta forma, se parte de un análisis micro social sobre la vida cotidiana de estas mujeres, dónde se comprenden las percepciones y prácticas en relación a la actividad económica que ejercen. Vemos entonces, como el trabajo sexual media la dinámica y el habitar que construyen las mujeres sobre la ciudad. Como aproximación espacial al estudio de lo urbano se utiliza la geografía del género, dónde la especificidad del género, sumado a otras variables como la clase social, la etnia y la edad conforman el análisis subjetivo que media la vivencia de la ciudad. En este sentido, el espacio es analizado como una construcción socio-espacial, dónde las historias de vida, las subjetividades, la planificación, las ideologías, lo simbólico, las pasiones, entre otras, son todos aspectos que conforman y edifican lo urbano.

En un primer momento se analiza la transformación urbana que ha vivido Latinoamérica, y en especial la ciudad de San José. En este momento, se profundiza en una descripción del distrito donde se realizó el trabajo de campo, y se presentan algunas características de las mujeres trabajadoras del sexo que se encuentran la mayor parte del tiempo en ese lugar, así como una pequeña descripción de cada informante. La Zona Roja – nombre que se utiliza para referirse al territorio en el distrito Merced dónde se ejerce el trabajo sexual – se describe etnográficamente a partir de los recorridos y la observación realizada en el lugar.

En otro capítulo se presentan las principales prácticas sobre la ciudad que poseen las mujeres trabajadoras del sexo. El trabajo sexual se narró como práctica cotidiana en la

ciudad, así como las compras, y el uso de espacios verdes y recreativos en la ciudad. La temporalidad como constituyente de la vida cotidiana al igual que el espacio, es considerada en este capítulo, poniendo especial énfasis en la distribución de tareas, la movilización en la ciudad, los recorridos y el caminar. Un tercer aspecto que se estudia aquí es la otredad, relación que es vivida en los distintos contextos en los que las mujeres se mueven en la ciudad.

La apropiación del espacio y los conflictos que se generan en esta dinámica se analizan a profundidad, en especial aquellos elementos que configuran la apropiación de un lugar de trabajo, y la identidad social urbana que produce dicho proceso. También se investigan los conflictos y las características que surgen de esta territorialidad y apropiación, dónde algunas mujeres se ven excluidas. Dicho fenómeno comprende no sólo la Zona Roja, sino también el parque de la Merced – otro espacio en la ciudad de San José dónde se ejerce el trabajo sexual. Otro tema importante que surgió a partir del trabajo de campo fueron aquellos lugares y territorios dentro de la ciudad que provocan miedo e inseguridad en las mujeres. De esta forma, se analizaron estos espacios, así como las personas que encarnan dichos miedos, las particularidades de la vivencia del miedo y la inseguridad en la ciudad a partir de la condición de género, e

Metodológicamente, la investigación se caracterizó por lo cualitativo, y con especial énfasis la aproximación etnográfica. Al ser la vida cotidiana el centro de análisis, lo cualitativo representó la mejor estrategia metodológica para abarcar a profundidad dicha cotidianidad, esto a través de entrevistas a profundidad, observación, mapas mentales y fotografía participativa.

Índice

Introducción 1

¿Por qué? 6

¿Cómo se ha investigado antes? 9

Planteamiento del problema 14

Objetivos 16

I. Apartado metodológico 17

Estrategia metodológica 18

La aproximación etnográfica 18

Técnicas de recolección de la información 25

El análisis retórico en las narrativas sobre espacio 30

II. El espacio producido, construido e imaginado 33

La geografía social y crítica 33

La geografía del género, un aporte del feminismo a la investigación social 37

Viejos binomios, y nuevas discusiones sobre lo público y lo privado 40

Las mujeres trabajadoras del sexo en el debate actual 46

III. El contexto urbano del trabajo sexual en San José y las mujeres que lo habitan 54

Las ciudades latinoamericanas y su proceso de urbanización 56

La ciudad de San José y el distrito Merced 60

Las mujeres trabajadoras del sexo en San José 66

La zona roja, una descripción etnográfica 75

Límites simbólicos de la Zona Roja 78

IV. Las cotidianidades en la vida de las trabajadoras del sexo 91

Prácticas y percepciones en el espacio 92

Prácticas rutinarias 96

Uso de parques 102

Actividades culturales 110

Entre el tiempo, los recorridos y el andar en la ciudad 116

Diferenciación en el uso del tiempo de las mujeres 118

El trabajo sexual en las rutinas diarias 121

Los recorridos de las mujeres en San José 126
El caminar por las calles de la ciudad 132
La otredad en la ciudad 137
El trabajo sexual como estigma social 139
Las reacciones de las mujeres trabajadoras del sexo hacia las y los otros 147

V. Apropiación y conflictos en y por el espacio de trabajo 155
La apropiación 156
¿Qué define los espacios de trabajo sexual como propios? 158
La identidad social urbana en las trabajadoras del sexo 161
Espacio simbólico urbano de la Zona Roja 163
Conflictos en y por el espacio 165
El conflicto en y por el espacio de trabajo en la Zona Roja 168
Parque La Merced, otro espacio en disputa 176
¿Cómo se defienden estos espacios? 185

IV. Geografías del miedo 194
El miedo de las mujeres en la ciudad 205
Lugares (in)seguros: La Zona Roja y la Merced 211
La ciudad entera como espacio tópico 213
El espacio tópico: La Zona Roja 215
Los espacios tópicos en el trabajo sexual 221
Los espacios heterotópicos: La noche en la Zona Roja y los alrededores del parque de la Merced 230
El espacio utópico: la ciudad segura y moderna 233
Otros(as) amenazantes: criaturas de la noche, fantasmas del pasado y demonios del poder 236
Las criaturas de la noche 238
Los fantasmas del pasado 240
Los demonios del poder 242

Reflexiones Finales 247
Bibliografía 263
Anexos 271

Introducción

Las ciudades latinoamericanas han sido partícipes de una transformación espacial profunda en las últimas décadas. La economía y la (des)planificación urbana han sido promotoras de estos cambios. Para Harvey (2009), las ciudades han surgido mediante concentraciones geográficas y sociales de un producto excedente, por lo que la urbanización siempre ha sido un fenómeno de clase. Esta situación se acentúa a niveles extraordinarios bajo el capitalismo, y se consolida así una íntima conexión entre el desarrollo del capitalismo y la urbanización. América Latina ha sido testigo de estos cambios, existe una fuerte tendencia a la privatización de los espacios públicos, la movilidad peatonal no es prioritaria y ciertos barrios se han privilegiado según los intereses económicos. De esta forma, se puede apreciar cómo los intereses de reducidos grupos económicos y políticos – enmarcados en una economía capitalista – han sido los promotores de un tipo de ciudad, donde el derecho a la misma es negado para una gran mayoría de sus habitantes.

La mayoría de estudios sobre las ciudades se han enfocado en los cambios a nivel macro que han sufrido las distintas ciudades, tales como la migración campo-ciudad, la urbanización, los anillos de concentración poblacional, el transporte, entre otros. Sin embargo, existe un nivel de análisis que ha sido poco explorado y analizado: la experiencia subjetiva de la ciudad. Al comprender el espacio como una construcción social, vemos que lo simbólico, los deseos, las interacciones, los gustos, las motivaciones, poseen un importante impacto no sólo en la vivencia de la ciudad, sino también en su construcción. La experiencia subjetiva que se posee de la ciudad determina en gran parte los espacios públicos que se eligen para la recreación, los lugares de compras, los recorridos y los

transportes que se utilizan, los espacios que generan miedo, etc. Vemos entonces que al analizar la ciudad, el aspecto subjetivo toma gran relevancia. En esta construcción subjetiva intervienen múltiples variables que condicionan la experiencia en la ciudad, tales como las relaciones desiguales de género, la etnia, la edad y la clase social. De esta forma, el espacio se problematiza y pone en cuestión una vivencia homogénea de la ciudad. La presente investigación se centrará en la vivencia de la ciudad por parte de las mujeres, teniendo presente que el espacio urbano es una construcción que se enmarca dentro de un sistema patriarcal, donde las necesidades, usos, y deseos de las mujeres son puestos en un segundo plano o siquiera considerados. Así, la mirada y la planificación masculina imperan en la construcción de los espacios urbanos.

Aspectos como el rol social, la edad, la clase, la etnia y la ocupación o actividad laboral que realizan, marcan la diferencia entre las mujeres en relación a la vivencia de la ciudad. Ante esta heterogeneidad, se profundiza en el caso de las mujeres trabajadoras del sexo que se ubican en los alrededores del mercado Borbón, en la llamada Zona Roja, situada en San José Costa Rica, entre la avenida cinco y la calle ocho. A partir de esto, surge la siguiente pregunta de investigación: *¿cuáles son las percepciones y prácticas que las mujeres trabajadoras del sexo desarrollan en relación con los espacios urbanos en los que ejercen cotidianamente su actividad laboral en la ciudad de San José?*

Para dar respuesta a esa pregunta, en un primer momento se profundiza en los antecedentes de investigación, el planteamiento del problema y los objetivos. En el primer capítulo se presenta la metodología; donde se detalla la aproximación etnográfica que guió el trabajo de campo, las distintas fases de la investigación, la operacionalización, así como las técnicas empleadas, y los criterios de selección de las mujeres que participaron de la

investigación como informantes. En un segundo capítulo se ahonda en la construcción teórica del problema; donde se parte de la concepción lefebvriana de espacio, entendiendo éste como una construcción social que va más allá del espacio físico, incluyendo así la planificación desde el saber técnico, y la experiencia subjetiva y práctica de las personas que habitan y construyen por lo tanto el espacio. A partir de esto, entender el fenómeno urbano en las ciudades se torna fundamental. Debido a que la investigación se focaliza en la vivencia de las mujeres, se parte entonces de la geografía del género para comprender la especificidad y las particularidades que se dan en la relación género-ciudad. Esta corriente de la geografía enriquece el análisis crítico socio-espacial de la ciudad, integrando así las distintas formas de habitar, transitar y vivir la ciudad. Dentro de esta mirada, vemos reflejadas las distintas relaciones de poder, y quienes ejercen y/o viven la dominación. En el mismo capítulo, se analizan las distintas posturas que existen en el debate sobre el trabajo sexual, tomando así una postura para la presente investigación. Esto lo considero fundamental, ya que ubica a la o el lector en una decisión política y analítica a la hora de comprender la vida cotidiana de estas mujeres.

Un aspecto que me parece primordial de recalcar sobre este capítulo y la siguiente estructura de la tesis, es que este no pretende englobar la totalidad de la bibliografía y la teoría utilizada. Es decir, en los capítulos que prosiguen también se incorpora teoría nueva que fue surgiendo del trabajo de campo y que intenta responder y dar base a los hallazgos investigativos. De esta manera, quiero poner en cuestión y criticar así el formato clásico de las ciencias "objetivas" dónde se presenta en un inicio la teoría, seguido los resultados y acabando así con las conclusiones. Este formato adecúa de cierta manera los resultados a la teoría previamente seleccionada, presentando así un ajuste dudoso de los datos con la

teoría. El trabajo de campo en la investigación social es un proceso reflexivo, en constante movimiento, con elementos contradictorios y un carácter heterogéneo. Por este motivo es que la teoría en la presente investigación fue constantemente revisada, ampliada y puesta en discusión con los distintos temas que surgieron en el camino. El formato escogido entonces pretende integrar con mayor criticidad y amplitud la teoría y el trabajo de campo de la investigación.

En un tercer capítulo, se analiza la transformación urbana que ha vivido Latinoamérica, y en especial la ciudad de San José. En este momento, se profundiza en una descripción del distrito donde se realizó el trabajo de campo, y se presentan algunas características de las mujeres trabajadoras del sexo que se encuentran la mayor parte del tiempo en ese lugar, así como una pequeña descripción de cada informante. La Zona Roja – nombre que se utiliza para referirse al territorio en el distrito Merced dónde se ejerce el trabajo sexual – se describe etnográficamente a partir de los recorridos y la observación realizada en el lugar. Para complementar esta descripción, se realizó un ejercicio metodológico que identifica los límites simbólicos de este territorio, la Zona Roja a partir de sus habitantes usuales.

En un cuarto capítulo se presentan las principales prácticas sobre la ciudad que poseen las mujeres trabajadoras del sexo. El objetivo de este capítulo es adentrarse en ese día a día que viven las mujeres, dónde se analiza el trabajo sexual como práctica cotidiana en la ciudad, las compras, y el uso de espacios verdes y recreativos en la ciudad. La temporalidad como constituyente de la vida cotidiana al igual que el espacio, es considerada en este capítulo, poniendo especial énfasis en la distribución de tareas, la movilización en la ciudad, los recorridos y el caminar. Un tercer aspecto que se estudia aquí

es la otredad, relación que es vivida en los distintos contextos en los que las mujeres se mueven en la ciudad. Dentro del análisis de las prácticas, se decide comprender las relaciones de dominación y de resistencia – utilizando como referencia la concepción de James Scott – como estrategias desarrolladas por las personas dominadas en un nivel micro social de la vida cotidiana. Estas distintas estrategias se presentaron a lo largo de las prácticas urbanas, por lo que su análisis no se presenta como un apartado único, sino que se despliega en los distintos momentos y motivaciones que conllevan algunas de las prácticas de las mujeres en la ciudad.

La apropiación del espacio y los conflictos que se generan en esta dinámica es el tema que se desarrolla en el quinto capítulo. Se estudian aquellos elementos que configuran la apropiación de un lugar de trabajo, y la identidad social urbana que produce dicho proceso. También se investigan los conflictos y las características que surgen de esta territorialidad y apropiación, dónde algunas mujeres se ven excluidas. Dicho fenómeno comprende no sólo la Zona Roja, sino también el parque de la Merced – otro espacio en la ciudad de San José dónde se ejerce el trabajo sexual.

Otro tema importante que surgió a partir del trabajo de campo fueron aquellos lugares y territorios dentro de la ciudad que provocan miedo e inseguridad en las mujeres. En el sexto y último capítulo se analizan estos espacios, así como las personas que encarnan dichos miedos. Como característica medular de la presente investigación, se analizan las particularidades de la vivencia del miedo y la inseguridad en la ciudad a partir de la condición de género, es decir, de su condición de mujer.

Al final de la investigación se presentan las reflexiones que surgen del proceso de investigación. En un primer momento se detallan las conclusiones macro sobre las distintas

prácticas y percepciones que construyen las mujeres trabajadoras del sexo sobre la ciudad. En un segundo momento, se realiza una reflexión metodológica sobre los problemas, los éxitos, los vacíos, las contradicciones y las interrogantes que surgieron de este proceso tan intenso que representa la investigación social.

¿Por qué?

Los estudios sobre la sociología de la vida cotidiana se pueden rastrear desde los clásicos Georg Simmel, Alfred Schutz, Erving Goffman, Agnes Heller, Harold Garfinkel y Henry Lefebvre. Entre los anteriores, tenemos a Lefebvre y a Simmel, quienes integraron el enfoque analítico sobre el espacio en la vida cotidiana. Sin embargo, es hasta recientemente – con la corriente llamada geografía del género o feminista – que se ha introducido el análisis diferenciado y particular que brinda este enfoque. Los primeros manuales de geografía del género son elaborados por Mary Ellen Mazey y David R. Lee en 1983 en los Estados Unidos y una obra colectiva del *Woman and geography study group* en 1984. Este enfoque critica la interpretación masculina espacial de los fenómenos sociales y define a las mujeres como agentes activas en la organización del territorio. Se afirma también que la construcción del espacio no es ajena al género ya que es la mirada masculina la que prevalece en esta construcción. De forma tal que las mujeres se enfrentan a espacios que no son construidos para ellas y desarrollan prácticas específicas para darle uso a este espacio.

En Costa Rica existen pocos estudios sobre vida cotidiana, mujeres y espacio. Algunos ejemplos son, la investigación sobre el tema del cuerpo y el espacio de Xenia Pacheco (2001), y otra titulada *Historias de las mujeres en el espacio público en Costa Rica: ante el cambio del siglo XIX al XX* (Hidalgo, 2004). El tema del espacio y las mujeres

es fundamental para comprender de manera más integral la realidad que viven las mujeres día a día. Además, posee un significado político-social que atañe a toda la sociedad, ya que se evidencia que existe una diferenciación por género en el uso del espacio y por tanto, surge una reivindicación por un acceso y un derecho a la ciudad de forma igualitaria. Como señala Harvey (2009), el derecho a la ciudad es mucho más que la libertad individual de acceder a los recursos urbanos: se trata del derecho a cambiarnos a nosotros(as) mismos(as) cambiando la ciudad, un derecho común antes que individual. El siguiente proyecto aporta insumos a la sociología de la vida cotidiana y a los estudios de género ya que amplía el campo a problemas actuales que no han sido investigados a profundidad, problemas que se encuentran inmersos en nuestra cotidianidad en la ciudad.

La selección de las mujeres trabajadoras del sexo tiene por objetivo investigar la relación de un grupo específico de mujeres con el espacio urbano. El origen de mi interés por estudiar cómo ésta relación se construye inicia con mi participación en el Trabajo Comunal Universitario: "Atención a mujeres en situación de vulnerabilidad: el caso de las mujeres trabajadoras o ex trabajadoras sexuales"[1]. Este se realiza en la Asociación La Sala, espacio ubicado en la Zona Roja de la ciudad de San José. Esta agrupación se encuentra conformada por trabajadoras sexuales en actividad y ex trabajadoras sexuales. La asociación se crea en 1994 y su objetivo es promover y vigilar los derechos de las mujeres trabajadoras del sexo y ex trabajadoras sexuales. A partir de esta experiencia de acción social pude conocer algunas de las características y condiciones que comparten estas mujeres como grupo social, y logré también construir un espacio de confianza entre ellas y mi persona; dónde logré apreciar que estas mujeres poseen características propias en

[1] Este TCU es coordinado por la Dra. Jacqueline Garcia Fallas y mi participación en el se dio durante el año 2010.

relación a su uso y percepción del espacio. Las prácticas que ellas realizan se encuentran inmersas en una visión de espacio distinto al que otros grupos sociales pueden tener. Su cotidianidad y trabajo se desarrollan en un espacio concreto en la ciudad. Analizar de forma precisa el uso del espacio por parte de estas mujeres contribuye a la comprensión desde las ciencias sociales de las distintas significaciones, prácticas y percepciones que tienen las mujeres en el uso del espacio público. Para las ciencias sociales en general, es claro que los distintos grupos sociales se apropian y utilizan los espacios de una manera diferenciada, en dependencia de múltiples factores, y en razón del grupo o el rol social del que se trate. En el caso de las mujeres, la variable espacio reviste un valor explicativo central.

El grupo de las mujeres trabajadoras del sexo posee una larga historia, y muchos han sido los enfoques desde los cuales se han analizado en Costa Rica. Existen abundantes estudios sobre estas mujeres en el país que podemos rastrear desde la década de los cincuenta. Sin embargo, la mayoría de estos se han enfocado en temas de derechos humanos, salud, explotación sexual, trata de personas, turismo sexual y aspectos legales. De ahí radica la importancia de explorar nuevos temas en relación a las mujeres trabajadoras del sexo y su vivencia cotidiana. Esta primera aproximación al estudio evidencia lo complejo que es este tema, dónde se evidencian los diversos enfoques con los que se ha estudiado a estas mujeres, y al mismo tiempo se muestran también los vacíos que hay en ellos. El objetivo de esta investigación es contar con una aproximación más profunda y cotidiana sobre los distintos fenómenos sociales que se ven inmiscuidos en el trabajo sexual. Para esto se analizan aspectos poco estudiados como lo son la vida cotidiana y el espacio.

¿Cómo se ha investigado antes?

El siguiente apartado tiene como propósito la producción de un breve estado de la cuestión sobre el tema de investigación. Se realizó una búsqueda en las distintas bibliotecas de la Universidad de Costa Rica, así como algunas revistas y documentos accesibles en línea (como JSTOR y ProQuest, entre otros). A partir de esta revisión, podemos observar que el objeto de estudio ha sido poco explorado. Los antecedentes de investigación serán ordenados de la siguiente manera; el primer apartado explora la relación entre espacio y vida cotidiana desde una mirada latinoamericana y amplia, que incluye distintos focos de atención. El segundo apartado va acercándose más a nuestro interés sobre el espacio y las mujeres, y se estudia con mayor énfasis la diferenciación que se establece conforme al género y el uso del espacio. El tercer apartado se enfoca en estudios sobre el espacio y las mujeres trabajadoras del sexo.

Estudios latinoamericanos sobre espacio y vida cotidiana

La investigación a realizar posee como campos de estudio el espacio y la vida cotidiana desde una perspectiva de género. Esta última se entremezcla con el espacio que se habita. A nivel latinoamericano la investigación social en esta dirección es bastante rica. Un ejemplo de esto son los estudios realizados por Alicia Lindón (2002), quién reflexiona sobre la forma en que el trabajo, el espacio y la vida cotidiana se interrelacionan, analizando así la construcción de renovadas formas de centralidad del trabajo en el caso de los sectores populares de la periferia pobre de la ciudad de México. Lo que interesa de este estudio es la incorporación de la variable espacio a las investigaciones sobre el trabajo y la vida cotidiana; ya que se realiza una visión de la vida cotidiana que integra el trabajo, la

familia y la vida urbana en una dimensión nodal, como es la espacialidad en todos estos ámbitos.

A partir de Lindón, se toma la variable trabajo para enriquecer nuestro objeto de estudio, es decir la vida cotidiana y el espacio que utilizan las mujeres trabajadoras del sexo. Por otra parte, Stefani (2006) analiza la incidencia de los aspectos estructurales y macro de la sociedad en la vida cotidiana de las personas, dónde el reajuste económico del capitalismo posee impactos importantes en la cotidianidad. Se mira de esta forma el espacio y la vida cotidiana entrecruzados por las características de la economía capitalista mundial. En este sentido, el espacio y la vida cotidiana se analizan a partir de ambas miradas micro/macro. Stefani comprende las prácticas como apropiaciones y desvíos del sentido propio de las cosas, y se transforman según otras lógicas y producen una cultura distinta a la dominante. Esto nos ofrece pistas sobre las formas y significaciones que pueden adquirir algunas de las prácticas de las mujeres trabajadoras del sexo, construidas de manera distinta a la dominante.

Lindón y Stefani contribuyen al conocimiento de lo social a partir de distintas variables, tales como trabajo, prácticas cotidianas, impactos socio-económicos, la familia, entre otros. Como contribución a la construcción de nuestro objeto de estudio, podemos señalar que se amplía el panorama sobre el campo del espacio y la vida cotidiana, integrando así las prácticas urbanas y el trabajo al análisis.

Estudios sobre espacio y mujeres

El siguiente apartado tiene por objetivo señalar algunos trabajos que realizan la tríada espacio, género y mujer, análisis que forman parte de un movimiento teórico de re-

pensar las distintas relaciones sociales a partir de una mirada integradora que visibiliza variables antes ignoradas. A nivel nacional, Pacheco (2001) es una de las pioneras en el tema. La autora relaciona el cuerpo de la mujer y el espacio, afirmando así que las percepciones y los significados que las mujeres poseen acerca de sus cuerpos y los espacios que habitan expresan la aceptación de estereotipos de la cultura patriarcal. Las ciudades son percibidas como lugares ajenos, donde no existe un ligamen emocional, son consideradas amenazantes y generan desconfianza. Se considera que el aporte de esta tesis es fundamental en los estudios realizados desde la teoría del género en el país. Además, marca una ruta a los estudios cualitativos espaciales en la ciudad de San José.

Jirón (2007) es otra autora que relaciona el espacio y la mujer, analizando la movilidad cotidiana en relación a la calidad de vida urbana en Chile, tomando dos variables: el acceso a diferentes espacios en la ciudad y cómo, cuándo y con quién se lleva a cabo o no esta movilidad. El tema de la movilidad en la ciudad se encuentra presente en la vida de todas las mujeres y esta se puede apreciar a partir de los medios de transporte que se toman, con quién o quienes se moviliza, los lugares donde no se va si se encuentra sola la mujer, etc. Jirón muestra cómo esta experiencia en la ciudad no es homogénea y se vive de manera diferenciada según el género.

La importancia de estos estudios es que hace evidentes aspectos invisibilizados en los distintos fenómenos sociales, tales como la movilidad social, el cuerpo de la mujer y el acceso diferenciado a la ciudad. Como aporte a la construcción de nuestro objeto de estudio está la evidencia de que la ciudad segrega según el género, y se construyen así espacios que reproducen la dominación masculina. En el caso de las mujeres trabajadoras del sexo,

interesa analizar la movilidad que construyen en la ciudad, así como la relación de su cuerpo con el espacio.

El espacio y las Mujeres Trabajadoras del Sexo

Son pocos los trabajos elaborados en relación a las mujeres trabajadoras del sexo y el espacio en el que ellas habitan regularmente. Como se afirmó anteriormente, la mayoría de las investigaciones se orientan a temas de derechos sexuales y laborales, historias de vida de estas mujeres, o del fenómeno de la prostitución en general.[2] Por lo tanto, los aportes de Páramo y Burbano (2006), así como el de Arella (2009), son contribuciones actuales y muy relevantes al tema del espacio y las mujeres trabajadoras del sexo.

Páramo y Burbano (2006) señalan que la experiencia de la mujer en el espacio público tiene una relación importante con su rol social, en Colombia. Exploran así las experiencias de las mujeres con respecto a la percepción de seguridad, la relación con los extraños, tanto hombres como otras mujeres, al igual que por el tipo de lugares preferidos, incluyendo aquellos usados para recreación o para hacer compras. Esta investigación es un ejemplo de cómo se puede estudiar la relación que existe entre el espacio público urbano y las mujeres, además de que toma en consideración a las trabajadoras sexuales y su especificidad en relación con el espacio público. La presente investigación se centra sólo en las mujeres trabajadoras del sexo, pero es a partir de su rol social dónde se le otorga una especificidad a la relación que establecen con el espacio público. Y esto responde al objetivo de la investigación que es explorar, describir y analizar la forma y las manifestaciones que se dan en esta relación.

2 Son todavía pocos los trabajos que se refieren a este como trabajo sexual y no como prostitución. Este debate se ampliará más adelante.

Arella (2009) parte de la relación entre espacio y género, y afirma que en Barcelona las políticas municipales de gestión pública fomentan el uso del espacio urbano en beneficio de la atracción de turistas y capitales. Con este objetivo se atenta contra el derecho a la ciudad de los colectivos urbanos en mayor situación de vulnerabilidad, estudiando así el caso específico de las mujeres trabajadoras del sexo. Algunas estrategias utilizadas para cumplir este objetivo son reconducir la circulación del tráfico, cerrar determinadas calles, prohibir zonas de estacionamiento, o permitir la presencia de trabajadoras sexuales en zonas poco habitadas y a horas poco transitadas, respondiendo así a una política de estigmatización e invisibilización del fenómeno del trabajo sexual.

Como hemos apreciado, las investigaciones de espacio y vida cotidiana han tomado una especial importancia en los últimos años en América Latina, donde Argentina y Brasil son países pioneros (Lan y Veleda da Silva, 2007) y en la actualidad México y Colombia propulsores de estos temas. La incorporación de las mujeres trabajadoras del sexo a estos análisis es aún más reducida. Se podría afirmar que esto se debe a que primero se llegó a pensar en una diferenciación en el uso del espacio según el género, y es hasta recientemente que se inicia la reflexión de que también existen diferencias entre las mismas mujeres, como nos ejemplifican Páramo y Burbano.

Los antecedentes expuestos contribuyen a nuestro objeto de estudio en sumar distintas variables analíticas, ya sea el trabajo, las prácticas urbanas, la movilidad, el cuerpo, el rol social y la dominación que se ejerce contra las mujeres en el espacio. El objetivo principal de esta investigación es aportar insumos en esta dirección, explorar detalladamente las distintas formas que adquiere esta diferenciación en el caso específico de las mujeres trabajadoras del sexo en la ciudad de San José.

Planteamiento del problema

La pregunta de investigación que guía el presente análisis es la siguiente: ¿cuáles son las percepciones y prácticas que las mujeres trabajadoras del sexo desarrollan en relación con los espacios urbanos en los que ejercen cotidianamente su actividad laboral en la ciudad de San José? El espacio como construcción social e histórica se determina por las relaciones sociales que existen, y por lo tanto por las relaciones desiguales de género. Partimos de la premisa que existe un uso diferenciado del espacio por parte de los hombres y las mujeres. Las mujeres se enfrentan a un espacio que no es pensado para ellas, por lo que desarrollan estrategias y usos del espacio diferentes a los que realizan los hombres. El patriarcado, como sistema de dominación masculina, se ha encargado de perpetuar esta diferenciación.

Al escoger este sujeto de estudio, se afirma que existe algo particular en la relación que desarrollan las mujeres trabajadoras del sexo con el espacio público. Gracias a la investigación social y a los estudios espaciales con perspectiva feminista podemos leer esta especificidad. Para la mayoría de mujeres, la ciudad en la noche representa aspectos negativos –tales como inseguridad y peligro. Para las mujeres trabajadoras del sexo, esta situación podría ser relativa, ya que la ciudad en la noche representa también su lugar y tiempo de trabajo. En este sentido, se podría incluso afirmar que estas mujeres han creado cierto tipo de apropiación de las calles donde ejercen su trabajo. Otro aspecto particular que posee la relación entre la mujer trabajadora del sexo y el espacio público es el uso que dan a este. Para la mayoría de mujeres, la ciudad y sus calles son espacios de tránsito y de flujo. En contraste, las mujeres trabajadoras del sexo tienen un uso que se define en relación a su actividad laboral. Esto nos lleva al famoso debate teórico feminista entre el espacio público y privado, y lo interesante de señalar es que estas mujeres se desenvuelven en un espacio

público y han logrado posicionarse en él, mas su trabajo es considerado "privado" y se encuentra igualmente invisibilizado. En este contexto, el debate público/privado se complejiza aún más debido a su carácter híbrido.

Dentro del trabajo sexual, se pueden identificar distintos grupos de mujeres que se diferencian por las edades, la clase social, la estética y el estatus. Esto se resume en que las mujeres que trabajan en la Zona Roja no poseen las mismas características ni condiciones que aquellas que trabajan en el Hotel El Rey, por ejemplo. Esta diferencia de lugar de trabajo trae consigo condiciones económicas diferenciadas, ya que trabajar en la calle resulta más vulnerable y marginal en términos económicos y de seguridad. Esta precisión es importante de hacer ya que permite delimitar la población de estudio a aquellas mujeres que realizan su trabajo en las calles de la ciudad de San José, en específico la Zona Roja. A partir del TCU realizado se pudieron identificar algunas características de la población, tales como la edad que en general va de los 25 años en adelante, la condición de migrantes[3] en algunos casos, un nivel educativo bajo pues en general no cuentan con la enseñanza primaria completa, y en su mayoría poseen familia que depende de su trabajo. En cuanto a la ubicación geográfica, la mayoría de mujeres de los alrededores del mercado Borbón residen en la Gran Área Metropolitana, en especial de Barrio México y Guadalupe.

En conclusión, interesa profundizar en la vivencia cotidiana que poseen las mujeres trabajadoras del sexo que se ubican en la Zona Roja de la ciudad de San José, analizar aquellos aspectos que se relacionan con sus prácticas y percepciones urbanas. Poniendo en

[3] Las condiciones de las mujeres trabajadoras del sexo migrantes es aún más vulnerable, puesto que muchas de ellas no cuentan con los papeles legales para residir en el país. La relación con la policía y las otras mujeres se ve afectada de manera importante por esta condición.

relieve, la particularidad que poseen en relación a su actividad laboral, y a las características de la zona dónde se ubican la mayor parte del tiempo.

Objetivos

Objetivo General

- Caracterizar y analizar las percepciones y prácticas que las mujeres trabajadoras del sexo de la Zona Roja (avenida cinco y calle 8) desarrollan en relación con los espacios urbanos en los que ejercen cotidianamente su actividad laboral en la ciudad de San José, Costa Rica.

Objetivos Específicos

- Describir la construcción socio-espacial de los alrededores del mercado Borbón e identificar la presencia de las mujeres trabajadoras del sexo en el mismo.
- Analizar las percepciones del espacio urbano que poseen las mujeres trabajadoras del sexo y su incidencia en la organización de la vida cotidiana de estas.
- Explorar la relación que existe entre la actividad laboral de las mujeres trabajadoras del sexo y las prácticas espaciales que se dan en la ciudad por parte de ellas.
- Indagar sobre las prácticas de apropiación y resistencia que las mujeres trabajadoras del sexo desarrollan en el espacio urbano en los que ejercen su actividad laboral.

I. Apartado metodológico

El siguiente apartado tiene como objetivo la elaboración metodológica de la investigación. Se presenta así los antecedentes metódicos, la estrategia metodológica así como las consideraciones éticas.

Antecedentes metódicos

La búsqueda de antecedentes teóricos permitió encontrar antecedentes metódicos importantes para la presente investigación. Estos antecedentes coinciden en el uso de una metodología cualitativa. Un abordaje metodológico como el de Lindón (2002), permite reflexionar sobre el cruce de ámbitos analíticos como la cotidianidad y la subjetividad colectiva como referencia al contexto social de sentido – ambos ámbitos enfocados desde la espacialidad. Se indaga de esta forma prácticas que se relacionan con el trabajo: lugar dónde lo realizan, junto a quienes, cómo ven estas personas el trabajo, qué significados les otorgan. Vemos también la importancia del enfoque etnográfico y microsocial en las investigaciones de este tipo. Stefani (2006) utiliza técnicas variadas para abordar el estudio, tales como los relatos y grupos focales, instrumentos visuales como la fotografía, cartografías o mapas visuales, entre otros.

El análisis de las rutinas cotidianas también es ampliamente utilizado en este enfoque. Jirón hace uso de entrevistas a profundidad, la descripción, la observación participante, la construcción de mapas mentales y las discusiones de grupo para analizar la experiencia en la ciudad. Vemos con estos dos antecedentes como algunas técnicas se repiten. Los mapas mentales, las entrevistas o relatos son fundamentales para tener un acercamiento más profundo sobre la temática. En relación a la muestra, podemos ver que es también una constante la utilización de cantidades pequeñas. Esto se debe a que el objetivo

con el que se escoge esta cantidad de mujeres es el poder indagar en los casos particulares, y así poder realizar generalizaciones cualitativas – Pacheco (2001) y Páramo y Burbano (2006) coinciden en esta afirmación. Las entrevistas a profundidad son la técnica favorita para entrevistar a estas poblaciones pequeñas, y fue la técnica que mayores resultados otorgó a la presente investigación.

Estrategia metodológica

A continuación se presenta la estrategia metodológica de la investigación. En esta se abordará el tipo de estudio en el cual se enmarca la investigación. También se presenta una operacionalización de dimensiones, ejes temáticos, variables e indicadores bajo los cuales se desea enfocar el estudio. De forma breve se presentan las fases o etapas del trabajo de campo. Seguido de esto, se señalan las técnicas cualitativas, los métodos de recolección de datos y el tipo de análisis que se empleó a lo largo del proceso.

La aproximación etnográfica

La presente investigación se enmarca en el campo de los estudios cualitativos. Martínez señala que el aparato conceptual que se considera riguroso por su objetividad, determinismo, lógica formal y verificación – resulta corto, insuficiente e inadecuado para simbolizar o modelar realidades, sobre todo a lo largo del siglo XX. Para representarlas adecuadamente necesitamos conceptos muy distintos a los actuales y mucho más interrelacionados, capaces de darnos explicaciones globales y unificadas (Martínez, 2006: 125). Como vemos, la investigación cualitativa tiene por objetivo identificar con profundidad las distintas realidades de la sociedad, esto de manera dinámica e integral. El

autor señala que de ahí viene lo cualitativo –que es el todo integrado– que no se opone a lo cuantitativo, sino que representa sólo un aspecto.

Quintana (2006) señala que existen características particulares que se interconectan entre sí en el diseño de la investigación cualitativa: apertura, flexibilidad, sensibilidad estratégica y referencialidad. La apertura alude a la posibilidad de incluir nuevos elementos dentro del diseño. Esto implica, por ejemplo, hacer muestreos adicionales a los previstos, incluir preguntas nuevas a las ya formuladas, recurrir a técnicas de recopilación de información alternativas o complementarias a las empleadas. La flexibilidad se refiere a la posibilidad de modificar lo ya previsto en el diseño inicial, en cuanto al volumen y calidad de la información, así como a las técnicas para obtenerla. Esto implica la saturación de datos o la ampliación de la muestra debido a la limitación de la información. La sensibilidad estratégica se refiere a la posibilidad de modificar el diseño inicial partiendo de las características que se encuentran en contacto con las y los informantes o con la dinámica de la realidad objeto de análisis. La referencialidad engloba todas las características anteriores y se refiere a la naturaleza indicativa u orientadora del diseño inicial en su conjunto (Quintana, 2006:61).

Dentro de lo cualitativo, el énfasis que se dio en la investigación fue la etnografía. Esta puede definirse como una concepción y práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros – entendidos como "actores", "agentes" o "sujetos sociales"- (Guber, 2001). Lo específico de este enfoque es la descripción, entendiendo esta como la conclusión interpretativa que elabora el o la investigadora. Esta conclusión proviene de la articulación entre la elaboración teórica de la o el investigador y su contacto prolongado con las personas. Esta intención guió el

trabajo de campo, construyendo así un acercamiento más profundo y fuera de los límites de la investigación con las mujeres de La Sala.

Para Parker (2005), existen cuatro ideas claves en la investigación etnográfica: la des(familiarización), las relaciones de poder, la imposibilidad, y el espacio virtual. La primer idea hace referencia al hacer extraño lo que durante la investigación se encuentra. En este sentido, el autor señala cómo la comunidad – en este caso las mujeres trabajadoras del sexo – realiza una "presentación propia" (Goffman, 1971) dónde se tratan y dicen aspectos sobre la comunidad misma. Así, la descripción de una subcultura puede concentrarse en cómo sus miembros hablan de sí mismos para diferenciarse de otros (Parker, 2005). Esta idea es fundamental a la hora de analizar la otredad en las relaciones que establecen las mujeres con la ciudad, ya que ellas hacen referencia a una comunidad de mujeres que es vista y tratada de cierta forma por las y los otros urbanos. La segunda idea señalada por el autor hace referencia a la operacionalidad que posee el lenguaje al servicio del poder. Esta idea remite a las relaciones y patrones de poder que se ven inmiscuidos en el lenguaje, por lo que la o el investigador debe de estar siempre alerta y no normalizar el lenguaje de las personas miembras de una comunidad. La tercera idea clave sobre la etnografía es la imposibilidad que puede existir en las diferentes representaciones que realizan las personas sobre su comunidad. Esto se debe a que no se realiza un acuerdo general base, mostrando así las diferentes identidades y percepciones que prevalecen en la comunidad. Esta idea fue clave a la hora de analizar los conflictos que surgen por el espacio, debido a que las mujeres relataban representaciones disímiles sobre las razones y las prácticas que realizaban en relación al conflicto. De esta forma, se pone de manifiesto la heterogeneidad que prevaleció en la presentación de las mujeres sobre ellas como

trabajadoras del sexo. La cuarta idea clave hace referencia a los diferentes tipos de espacios que operan dentro de una comunidad, y cómo estos espacios proveen oportunidades para la resistencia o el escape, o la manera en que pueden proveer la ilusión de que existe resistencia o escape (Parker, 2005). Al analizar el tema de la apropiación y la identidad social urbana, fue un aspecto complejo el comprender los distintos espacios que operaban en este sentido. Analíticamente, fue difícil vislumbrar como el trabajo sexual al estar mediado por la competencia, comprendía espacios de este tipo, de los que pueden obstaculizar la construcción de una identidad colectiva o la posibilidad de la resistencia, como señala Parker.

Sin duda alguna, la etnografía permitió este acercamiento crítico, analítico y a profundidad que requería la presente investigación. En esta se consideraron aspectos claves como la presentación o representación de las mujeres en el lenguaje, dónde se pudieron identificar los roces, las contradicciones y las disimilitudes que presentan como comunidad, y cómo esta opera en su vida cotidiana y su relación con el espacio.

Fases de la investigación

A continuación se presentan las distintas fases que constituyeron el proceso de elaboración de la presente investigación. Es importante señalar que algunas de estas se traslaparon en los distintos momentos investigativos. Una **primera** fase de investigación fue la revisión bibliográfica y documental para construir el marco teórico y metodológico en el que se sitúa la investigación. Se realizó así una búsqueda extensa sobre los distintos trabajos de investigación que cuentan con una aproximación tanto teórica como metodológica similar a la que se pretendía realizar. Esta fase estuvo en constante

elaboración, ya que el trabajo de campo arrojó información que no se tenía contemplada en un primer momento, por lo que fue necesario revisar nueva bibliografía. Una **segunda** fase se relacionó con la descripción y el análisis socio-espacial de los alrededores del mercado Borbón, sitio específico donde las mujeres se ubican. Para este objetivo se hizo uso de cámaras fotográficas y de mapas elaborados por la municipalidad, y open-street-maps[4] para poder tener una idea básica de la distribución del espacio.

En una **tercera** fase se realizó la construcción y el desarrollo del segundo, tercer y cuarto objetivo; es decir el analizar las percepciones del espacio urbano que poseen las mujeres y su incidencia en la organización de la vida cotidiana de éstas, explorar la relación que existe entre el trabajo de éstas mujeres y sus prácticas espaciales en la ciudad, e indagar sobre las prácticas de resistencia que desarrollan en el espacio urbano en los que ejercen su actividad laboral. Las técnicas que se emplearon a lo largo de esta fase fueron la observación no participante que contribuyó a la descripción y el análisis de la forma en la que las mujeres se desenvuelven en el espacio en el que trabajan; las entrevistas a profundidad que permitió adentrarse en la vida de las mujeres; las cartografías mentales que permitieron abordar cómo las mujeres identifican la distribución del espacio, los actores que se hallan en el mismo, los comercios privados, entre otras características. Estas técnicas se realizaron en la Asociación La Sala, y como se comentó anteriormente, gracias al acercamiento previo a través del TCU se contó con cierta confianza, y reconocimiento.

En este momento de la investigación, es necesario hacer la aclaración sobre una decisión metodológica que parte del análisis de *otro* espacio público en la ciudad dónde se ejerce el trabajo sexual, el parque de la Merced. Durante las entrevistas, este espacio surgió

[4] Oppen street maps es un sitio de software libre en internet dónde se tiene acceso a diferentes mapas de las ciudades.

comparativamente, como un lugar dónde se construyen conflictos y relaciones con las mujeres que se ubican en los alrededores del Mercado Borbón. En este sentido, fue necesario indagar sobre cómo se constituían dichas dinámicas y, analizar la forma en la que la otredad se construía en relación a estas mujeres. Durante los capítulos siguientes, veremos entonces la introducción de este otro espacio, dónde la mirada que prevalece y que enuncia es la de las trabajadoras del sexo de la Zona Roja, es decir, una mirada externa. De esta forma, el parque de la Merced como espacio de trabajo sexual en conflicto y las mujeres representadas como otredades negativas, son temas emergentes del trabajo de campo y los temas analizados.

En una **cuarta** fase entregó una cámara fotográfica desechable a cada una de las mujeres entrevistadas, esto con el objetivo de que las mismas pudieran realizar sesiones fotográficas sobre la ciudad y por lo tanto contar con un insumo visual de su percepción sobre el espacio que habitan para el correspondiente análisis. En una **quinta** fase se procedió al análisis de los datos cualitativos. La utilización de distintas técnicas –tales como la categorización, la estructuración, la contrastación y por último la teorización/sistematización– permitieron profundizar en el análisis de los datos surgidos de las distintas técnicas empleadas. La **sexta** fase respondió a la elaboración misma del texto de investigación, dónde se desarrollaron los resultados de la investigación y se presentaron las conclusiones de la misma.

Operacionalización[5]

Como se mencionó anteriormente, la vida cotidiana traspasa los distintos temas a investigar y logra unificarlos, otorgándoles así de un sentido lógico. De esta forma, el

5 En los anexos del texto se encuentra un cuadro resumen donde se estructura la operacionalización en torno a las dimensiones, sub dimensiones, ejes temáticos, variables e indicadores.

estudio del espacio y el trabajo sexual se ven unidos. Dentro de la subdimensión del espacio se encuentra el espacio urbano donde se analizó la distribución del mismo (carácter público/privado), las actividades económicas (tipo de actividad, carácter formal/informal), los flujos de personas (volumen, horarios y procedencias) y el diseño y regulación (actores y carácter genérico). Esta operacionalización del espacio urbano responde al primer objetivo específico, el de describir la construcción socio-espacial de los alrededores del mercado Borbón e identificar la presencia de las mujeres trabajadoras del sexo en el mismo. Otro eje temático del espacio son las percepciones espaciales, donde se analizó el entretenimiento (actividades, lugares, horarios y acompañantes), el transporte y su accesibilidad (medios, distancia y tiempo), la seguridad (lugares, horarios y actores), el diseño y la regulación del espacio urbano (actores y carácter genérico) y los espacios públicos y colectivos (parques). Esta operacionalización responde al segundo objetivo específico que analiza las percepciones del espacio urbano que poseen las mujeres y su incidencia en la organización de la vida cotidiana de estas. Otro eje temático comprende las prácticas espaciales, donde se estudió también el entretenimiento, el transporte y su accesibilidad, la seguridad y el uso de espacios públicos.

Como segunda subdimensión se encuentra el trabajo sexual. Dentro de este se investigó las características socio-laborales, que comprenden las razones por las que realiza el trabajo sexual (económicas/otras), el carácter (permanente/ocasional) y la categoría laboral (independiente/trabaja para otro(a)). Un segundo eje son las condiciones de trabajo: lugares donde se realiza (lugar de encuentro/lugar de relación), los horarios, la cantidad de clientes y el precio del trabajo. Este eje temático junto al de prácticas espaciales responde al

tercer objetivo, explorar la relación que existe entre el trabajo de las mujeres y las prácticas espaciales que se dan en la ciudad por parte de ellas.

Un tercer y último eje temático comprende las prácticas de resistencia. En este se estudiaron las relaciones conflictivas (actores, formas de relación y lugares). Además de estas prácticas de resistencia, se estudiaron aquellas que se presentan en la vida cotidiana de manera más sutil – por ejemplo el "escape" a otros lugares de la ciudad para alejarse de la cotidianidad difícil. Esta última operacionalización responde al cuarto objetivo de indagar sobre las prácticas de apropiación y resistencia que las mujeres desarrollan en el espacio urbano en los que ejercen su actividad laboral. A partir de esta operacionalización se identificaron aquellos aspectos de la realidad social que debían de ser observados y analizados para comprender el fenómeno social a estudiar, teniendo igual una postura abierta a los nuevos aspectos que surgieron durante el trabajo de campo.

Técnicas de recolección de la información

A continuación se presentan las principales técnicas que se emplearon en la investigación. Entre ellas se encuentran la observación no participante, las entrevistas a profundidad, y las cartografías mentales. Se realizará una breve descripción de cada técnica y su utilidad en la investigación[6].

Observación no participante: Esta técnica es muy valiosa en la investigación cualitativa. Algunas acciones de observación son: a) Caracterizar las condiciones del entorno físico y social, b) describir las interacciones entre los actores, c) identificar las estrategias y tácticas de interacción social, así como sus consecuencias (Quintana, 2006:67). Es importante señalar que la idea central de esta técnica fue su comparación con las informaciones

[6] En las reflexiones finales del texto se ahonda en una valoración de estas técnicas, dónde se analiza su pertinencia y las dificultades que presentaron a lo largo del trabajo de campo.

tomadas de las entrevistas. En el contexto de esta investigación, es necesario señalar las dificultades que presenta realizar esta técnica cualitativa. La experiencia de la observación no participante permitió identificar dinámicas importantes que se generan en la calle, así como sus principales habitantes; también se identificaron los comercios, en especial aquellos dedicados al trabajo sexual. Las calles de la Zona Roja se caracterizan por varios tipos de violencia, lo cual presentó un reto para la observación, cuando por ejemplo se deseaba tomar fotografías. A un nivel personal, la observación me permitió acercarme a una zona, que sin otro objetivo, no hubiera conocido de la ciudad de San José. Esto a pesar de que en ella se encuentran importantes edificios históricos y emblemáticos de la ciudad.

Entrevistas a profundidad: Éstas tuvieron el objetivo de recoger la experiencia de las mujeres trabajadoras del sexo. Como dice Pacheco (2001), la entrevista a profundidad facilita la indagación de lo oculto, permite ir más allá de las apariencias. Las entrevistas a profundidad se realizaron para tener una mirada profunda sobre la cotidianidad de las mujeres y la relación que establecen con el espacio. Esta técnica se empleó para dar respuesta a los objetivos dos, tres y cuatro de la investigación. La profundidad que se logre alcanzar con las entrevistas resulta un aspecto primordial para evaluar la calidad de la información. Ahora, para propiciar esto, resultaba entonces importante acercarme a las mujeres y a su espacio cotidiano de manera no abrupta, compartiendo con ellas otros aspectos de su quehacer diario, como asistir a diferentes talleres, tomar café, colaborarles con actividades, entre otras dinámicas. De esta forma, considero que la confianza fue un componente que resaltó en el contacto con ellas, y que por tanto medió la realización de esta técnica. A lo largo de la entrevista, se modificaron algunas preguntas y se ampliaron otras, esto debido al contexto y la narrativa de cada mujer.

Cartografías o mapas mentales: El mapa mental puede entenderse como el producto de proceso psicológicos, perceptuales y cognitivos mediante los cuales las personas comprenden, organizan e interactúan con el medio que les rodea, dándole un sentido, un significado, son las "imágenes mentales" de los lugares (Rodríguez ét. al. 2007:5). La mayor parte de la bibliografía consultada sobre esta técnica pertenece al área de la psicología y la geografía. En este sentido, me resultaba interesante utilizar los mapas mentales como aproximación metodológica dentro del campo de la sociología, ampliando y motivando así la interdisciplinariedad de las técnicas. La realización de los mapas proporcionó datos importantes no sólo sobre la relación entre las mujeres y el espacio vivido, sino también las significaciones que dan a los espacios, la habilidad espacial de las mismas y las representaciones espaciales. A pesar de estas ventajas en la investigación, es necesario aclarar que la técnica presenta algunas dificultades. Durante el trabajo de campo, al sugerir realizar los mapas, las mujeres tuvieron sus reservas, puesto que la elaboración implica una "destreza" que algunas clamaban no tener. Ante esto, se realizaron en distintos días, mapas colectivos, donde las mujeres se sentaron alrededor de la mesa a dibujar en conjunto la Zona Roja.

La fotografía: Esta técnica pertenece a la antropología visual, y lo interesante metodológicamente es que se pueden analizar experiencias sociales mediante la producción de imágenes, el estudio de imágenes preexistentes y la colaboración entre investigadores y actores sociales para elaborar materiales visuales en conjunto, los cuales son usos clásicos de la fotografía en la investigación etnográfica (Villegas, 2010:15). La utilización de esta técnica se dividió en dos partes. Una primera llamada fotografía participativa donde se le entregó a cada mujer entrevistada una cámara desechable de 27 cuadros, con el objetivo de

que fotografiaran la ciudad y así poder analizar su percepción y usos. Una segunda parte consistió en una entrevista fotográfica donde, una vez reveladas las imágenes, se discutió sobre las mismas, sus significados, emociones e intenciones. La importancia de la fotografía en esta investigación fue relacionar aquella imagen de ciudad con las entrevistas, logrando así ampliar el tema y construyendo una dinámica metodológica más participativa y horizontal. Para las mujeres, esta actividad fue de gran provecho, ya que apreciaron contar con una cámara para no sólo tomar fotografías a su espacio cotidiano – sino también a compañeras, familiares o su vida en casa. Estas fotografías no se utilizaron especialmente en la investigación, sino que eran para uso personal de ellas.

Grupos focales: Según Quintana (2006), el término de focal se debe a dos aspectos, primero se profundiza en pocos temas y segundo, por la configuración de los grupos de entrevista, basado en los objetivos de la investigación. Esta técnica fue considerada para responder al análisis de las prácticas de resistencia – cuarto objetivo –, donde se querían observar los criterios de resistencia a nivel colectivo e individual de las mujeres que ya estaban participando de la investigación. Sin embargo, el grupo focal contó con un problema importante, ya que no se logró reunir a todas las mujeres en un mismo espacio, ni horario debido a los momentos de trabajo, y a los asuntos personales de cada una. Debido a esto, se abordaron las distintas preguntas destinadas a esta técnica de manera individual en las entrevistas a profundidad.

La selección de las informantes

La selección que se hizo de las mujeres a entrevistar respondió a una serie de criterios seleccionados. Un primer criterio es que éstas tuvieran un mínimo de 3 años en el trabajo sexual. Esto debido a la importancia que tiene el trabajo sexual en la configuración

de las percepciones y prácticas que ellas puedan desarrollar en relación al espacio. Además, el espacio público debía de ser comprendido por ellas como un lugar de trabajo. Otro criterio de selección fue la edad, ya que era oportuno que fueran mujeres entre los 25 y 60 años. Pacheco (2001) señala que existen connotaciones en cuanto a la madurez para así abordar temas complejos y abstractos como lo es el espacio. El criterio de localización geográfica también fue necesario puesto que se analizaron aspectos que se relacionan con el espacio urbano, y los desplazamientos que en él se dan. Se realizaron en total 10 entrevistas a profundidad. Como se mencionó anteriormente, uno de los criterios más importantes fue el reconocer el espacio público como el espacio del trabajo sexual. En este sentido, al inicio se habló con aquellas mujeres que se ubican en calle 8, les expliqué el motivo de mi entrevista, y los objetivos de la investigación, así como el carácter de su participación voluntaria y anónima. En algunos casos la entrevista se realizó en el primer momento de acercamiento. En otros, se acordaron citas para realizarlas.[7] El aseguramiento de la confidencialidad fue un aspecto muy importante, por lo que se garantizó el anonimato. En este sentido, el consentimiento informado permitió mostrar el compromiso ético de la investigación. Los pseudónimos empleados fueron en su mayoría elegidos por las mismas mujeres.

Pseudónimo	**Edad**	**Localización geográfica**	**Años en el trabajo sexual**	**Trabajó en el espacio público**	**Trabaja actualmente en calle 8**
Yazmín	50 años	Alajuela	28 años	Si	No
Angélica	45 años	Guadalupe	29 años	Si	No
Flor	46 años	Pavas	17 años	Si	Si

[7] Todas las mujeres consultadas aceptaron participar en la investigación y ser entrevistadas. Sin embargo, el uso de la cámara fotográfica no fue una técnica que todas emplearon. Esto se debió a distintas razones, por ejemplo, Lulú temía por la seguridad de la cámara debido a las condiciones de su lugar de habitación.

Aurora	52 años	San José centro	32 años	Si	Si
Laura	36 años	Desamparados	17 años	Si	Si
Yuri	47 años	León XIII	12 años	Si	No
Lulú	50 años	San José centro	33 años	Si	No
Sharon	42 años	San José centro	3 años	Si	Si
Vanesa	54 años	Barrio México	32 años	Si	No
Sharid	33 años	Tibás	17 años	Si	No

El análisis retórico en las narrativas sobre espacio

Como parte del proceso investigativo, se inicio con la redacción de un diario de campo para registrar la experiencia, así como la observación no participante. Para el análisis de las entrevistas se identificaron puntos de encuentro y de ruptura donde se agrupó en categorías los distintos temas en los que se estructuraron los objetivos de la investigación. Esto con el fin de dar respuestas a cómo se relacionan las percepciones y prácticas de dichas mujeres con el espacio urbano donde habitan cotidianamente. Para iniciar el análisis de los datos, estos se organizaron y redujeron a partir de las entrevistas y las notas de campo. Según Quintana (2006), esta organización pasa por tres etapas: una primera descriptiva, cuyo objetivo es registrar toda la información obtenida. Una segunda, cuyo objetivo es segmentar ese conjunto inicial de datos a partir de unas categorías descriptivas que han emergido de los mismos y que permiten una reagrupación y una lectura distinta. Una tercera, cuyo objetivo es estructurar la presentación sintética y conceptualizada de los datos, a partir de la interrelación de las categorías descriptivas identificadas y la construcción de categorías de segundo orden o axiales. La agrupación de los temas en los presentes capítulos responde a esta lógica, dónde se profundizó en un primer momento en el análisis de la Zona Roja, su descripción etnográfica, y su contextualización dentro de un marco de urbanización regional; y un nivel individual que

comprende aspectos de la vida cotidiana de las mujeres, como su movilidad, el tiempo, la otredad y los usos recreativos de la ciudad; la apropiación y los conflictos por el espacio mediado por el trabajo sexual, y las geografías del miedo.

Metodológicamente, se realizó un análisis retórico a las entrevistas a profundidad. En relación a las diferentes investigaciones sobre significación del espacio, es habitual encontrar dos tendencias, una primera que se centra en la dimensión individual de la vivencia subjetiva del lugar; y el interés casi exclusivo en el significado del lugar como un contenido consistente que traduce un estado interno de la persona (Di Masso, 2007). Ante esta inercia epistemológica – como la señala el autor – se plantea el análisis retórico como una aproximación crítica al estudio de la significación del espacio, dónde se analiza el discurso como una interacción social, una mirada retórica invita a dar un sentido social y dinámico al hecho de hablar, en la medida en que aborda el acto discursivo como una acción argumental en un contexto estructuralmente dialógico (2007:3). A partir de esta aproximación, se rescata lo contextual, ideológico y estructural de la relación existente entre la persona y el lugar, criticando así el análisis meramente subjetivo e individual.

> En concreto, tal enfoque se interesa en abordar cómo las personas se localizan a sí mismas y a las demás en el discurso; cómo se manejan retóricamente las categorías espaciales para provocar efectos sociales contextualizados; en qué medida el habla sobre el lugar se orienta a la regulación de secuencias interactivas y relaciones intercolectivas; hasta qué punto las narraciones del lugar permiten a la persona construir versiones de sí mismo y elaborar su identidad indexicalmente; y, más ampliamente, cómo los actos de localización discursiva son herramientas funcionales para la reproducción de ideologías sostenidas en parte por sistemas de interpretación socioespacial (2007:4).

Lo interesante de este enfoque retórico es la posibilidad de adentrarse en la motivación y en

la organización discursiva que realizan las mujeres trabajadoras del sexo, sobre las interacciones socioespaciales que surgen en los espacios de la ciudad, y en especial los del trabajo sexual. Dentro del análisis de la vivencia y percepción de las trabajadoras del sexo en relación a la ciudad, vemos entonces como narrativamente, las mujeres reproducen aspectos ideológicos mediante el uso de nociones de sentido común y otras estructuras de conocimiento culturalmente organizadas, y sobre todo ilustrando cómo este funcionamiento retórico se basa en el empleo de nociones de lugar, formulaciones espaciales y relatos sobre las relaciones persona-lugar (Di Masso, 2007). Bajo la mirada retórica del discurso, vemos entonces que en la narración de una mujer, se pueden identificar las contradicciones, las significaciones de lugar, las ideologías que median en dicho contexto, las prácticas culturales, y las representaciones de otredad.

Consideraciones éticas

Toda investigadora o investigador posee una ética frente a la realidad. Como afirma Xenia Pacheco: "Toda posición ética se expresa en la opción que él o ella hacen por una concepción de ciencia, de conocimiento científico, por los temas que eligen para investigar así como por los métodos y técnicas que utilizan para desarrollar los trabajos"(2001:49). Un aspecto fundamental de tomar en cuenta a la hora de la elaboración de la investigación – en particular el objetivo sobre prácticas de resistencia y apropiación – es la consideración ética de la confidencialidad. No es intención de esta investigación revelar los secretos de estas mujeres, ni ponerlas en alguna situación de vulnerabilidad. Debido a esto, tomaron todas las precauciones posibles, por ejemplo el no establecer contacto con la policía ni con autoridades concernientes al tema. Además se les informó sobre la naturaleza, duración, riesgo y propósito de la investigación.

II. El espacio producido, construido e imaginado

El presente capítulo posee como objetivo presentar una base teórica que contribuyó a pensar – en un primer momento – la investigación. Es decir, es la mirada inicial teórica y analítica que se construyó para analizar la relación entre el espacio y las mujeres trabajadoras del sexo. Veremos entonces en un primer momento, qué concepción de espacio se utiliza para comprender dicha relación, partiendo así de una mirada social y crítica sobre el concepto de espacio. En un segundo momento se analiza cómo dentro de esta construcción y vivencia del espacio, intervienen distintos factores como la edad, la etnia, la clase y el género. De esta forma, se pone un especial énfasis en la geografía del género, la cual incorpora dicha variable al análisis sobre el espacio. En este sentido, interesa también comprender cómo incide en la vivencia sobre la ciudad, el espacio público y el espacio privado, exponiendo así sus particularidades y contradicciones, y discutiendo también la presentación dicotómica y separada que se hace habitualmente de dichos espacios. Este aspecto da pie a articular la relación y el interés que mueve la investigación, en especial comprender la vivencia y percepción de las mujeres trabajadoras del sexo sobre la ciudad. Partiendo entonces de lo expuesto anteriormente, el capítulo finaliza con un apartado específico sobre las trabajadoras del sexo, dónde se debate sobre la condición de trabajadoras, y se presentan las distintas voces que prevalecen en dicha discusión, así como la postura tomada en la investigación.

La geografía social y crítica

Los estudios sobre la ciudad se caracterizan por la diversidad de enfoques, metodologías y corpus teóricos. Desde la geografía física, hasta la antropología, la sociología y la filosofía, se han hecho exhaustivos recorridos por la ciudad, todos con el

objetivo de comprender a profundidad los distintos procesos y dinámicas que atraviesan este importantísimo campo de la vida en sociedad. Sin embargo, estos estudios han sido recientes, ya que al inicio los análisis que primaron poseían una visión restringida del concepto de espacio, lo cual veremos a continuación. En la geografía, el concepto de espacio representa una preocupación fundamental. Sin embargo, los contenidos y significados del concepto espacial se han modificado a lo largo del desarrollo de la teoría geográfica, y se encuentran influenciados por las relaciones que establece la geografía con las ciencias naturales, sociales y humanidades. Esto produjo una diversidad de tradiciones y escuelas de pensamiento en la geografía (Pacheco, 2001-16).

Al inicio tenemos en la geografía un concepto de espacio reducido al espacio absoluto, cartográfico y geométrico; donde la pregunta prioritaria para esta ciencia fue el ¿dónde? La geografía neopositivista se preocupó por los procesos espaciales abstractos, una búsqueda de regularidades en las distribuciones espaciales, y un énfasis en la toma de decisiones por el "hombre", la objetividad y la neutralidad de los procedimientos de investigación (Sábate ét. ál., 1995:29). Bajo esta mirada, el espacio es reducido a unas coordenadas y son ignoradas las otras distintas variables que lo componen. Todos estos aspectos hacían difícil la incorporación de análisis más críticos y sociales a dicho fenómeno.

Para Vásquez (*s.f.),* es durante el periodo de posguerra, la década de los cincuenta y los setentas, donde se crea un cuestionamiento y una crítica a este enfoque sobre el espacio. Socialmente se demandó que la planeación urbana se centrara como una necesidad primaria en la reconstrucción de las ciudades, y de esta forma mejorar al conjunto de la población. En este contexto político, que poseía como base un rechazo a la guerra y un activismo a favor de los derechos civiles, se logra promover un cambio de pensamiento que

inevitablemente se introdujo en el debate académico, y expuso un giro intelectual (Vásquez, *s.f.*). Los modelos funcionalistas que se describieron anteriormente se empezaron a cuestionar, así como sus métodos de análisis. Vásquez señala:

> El ángulo específico de ciertos trabajos provenientes de reflexiones filosóficas y de la sociología francesa reveló nuevas y necesarias formas de tratar la ciudad sobre todo cuestionando el porqué la planeación solo se limitaba a buscar el beneficio económico de los grandes capitales, haciendo así una crítica feroz hacia los modelos isotrópicos que orillaron en cualquiera de los casos a percibir el espacio como neutral, además de promover dinámicas que producen fragmentación y una constante ruptura de la simbiosis campo y ciudad, que la misma vida cotidiana sustenta (*s.f.*:3).

El estudio del espacio ha sido despolitizado por distintas corrientes del pensamiento, vaciándolo así de contenido. En este sentido, es necesario explicar las dinámicas – estructuras políticas y relaciones de dominación – bajo las cuales se construye el espacio. Los aportes de la psicología, la antropología y la sociología contribuyeron a realizar una revisión crítica, y por tanto una ampliación del concepto de espacio. Lo social adquirió entonces importancia en los estudios geográficos. La presente investigación se enmarca en esta aproximación analítica, comprendiendo entonces el espacio como una construcción social, política e ideológica de la sociedad y los individuos.

Como se pudo apreciar, la sociología y la filosofía francesa dieron el primer paso hacia una reconceptualización y redefinición del espacio. Henri Lefebvre (1974), sin duda uno de los referentes en la sociología de la vida cotidiana de corte marxista y de la sociología urbana, fue uno de los principales teóricos que lideraron este debate. Estas discusiones dieron pie a cambios radicales en la forma de entender e interpretar la ciudad. Teniendo esto claro, los aportes de este filósofo y sociólogo resultan fundamentales, y es a

partir de su corpus teórico que comprenderemos el espacio y su construcción. Para Lefebvre, el espacio no se puede concebir más como pasivo o vacío, sino más bien como un producto social.

> El espacio (social) es un producto (social)... Asimismo, el espacio así producido sirve de instrumento al pensamiento, así como a la acción, es al mismo tiempo un medio de producción, un medio de control y por tanto de dominación y de poder – pero se escapa parcialmente, a aquellos que lo usan (2000: 35).[8]

Así, el espacio deja de ser pensado como abstracto, físico o absoluto; y pasa a ser conceptualizado como una producción social, donde intervienen las interacciones, la producción, entre otros factores. Este espacio de la modernidad, según Lefebvre, posee características precisas, tales como la homogeneidad, la fragmentación y la jerarquía.[9] El espacio es formado por elementos históricos y es producto de un proceso político e ideológico. Lefebvre señala tres momentos que se interconectan en la producción del espacio (2000:48-52): a). Las prácticas espaciales: se asocia estrechamente en el espacio percibido, la realidad cotidiana (el empleo del tiempo) y la realidad urbana. Además, la práctica espacial consiste en una proyección de todos los aspectos, elementos y momentos de las prácticas sociales. b). Las representaciones del espacio: es decir, el espacio concebido, el de los sabios, los planificadores y los urbanistas. Este representa el espacio dominante en una sociedad. Estas representaciones son penetradas por el conocimiento y la ideología, aunque permanecen siempre relativos y en transformación. c). Los espacios de representación: es el espacio vivido a través de las imágenes y los símbolos que lo

---

[8] Traducción propia al español para efectos de la presente investigación.

[9] Estas características pueden observarse a lo largo de la ciudad de San José, donde la homogeneidad en la Avenida Central pareciera prevalecer, mientras existe una fragmentación en relación al resto de las avenidas de la ciudad, otorgándole así una jerarquía sobre las demás, donde el comercio, el turismo y la estética priman como valores urbanos.

acompañan, es el espacio dominado. Este se vive y se habla, y contiene los lugares de la pasión y de la acción, de las situaciones vividas

Estos tres momentos planteados por el autor se dan en una relación dialéctica: lo percibido, lo vivido y lo concebido. Además, estos momentos intervienen distintamente en la producción del espacio, esto según sus cualidades y propiedades, según las sociedades y por tanto los modos de producción, y según las épocas históricas (2000:57). La presente investigación se enfoca en dos momentos[10]: las percepciones y las prácticas en el espacio, o lo percibido y lo vivido para las mujeres trabajadoras del sexo.

La geografía del género, un aporte del feminismo a la investigación social

La vivencia de la ciudad es heterogénea, dinámica y compleja. En esta intervienen factores tales como la clase, etnia, edad y género. Para comprender aquellas dinámicas, percepciones y prácticas que poseen las mujeres trabajadoras del sexo, es importante primero comprender la especificidad que existe en la condición de género. Es decir, la diferenciación que prevalece en cuanto a la construcción y vivencia misma de la ciudad.

La geografía del género permite comprender la ciudad como un espacio no neutro, ni asexuado, donde se segrega, jerarquiza y determina espacialmente el acceso de las mujeres (Pacheco, 2001:28). De esta manera, los hombres y las mujeres viven lo cotidiano con diferentes lógicas temporales y espaciales. Como señala Jarvis (2009), las ciudades asumen un arreglo semipermanente y de cultura material, filtrada a través de la arquitectura

10 Las representaciones del espacio – o utilizando el lenguaje de Scott: el discurso público – no se analizará a profundidad debido a la extensión que podría resultar de esta investigación. Sin embargo, el interés en poder construir un análisis dialéctico entre estos tres momentos existe y podría ser postergado para otra investigación académica.

psicológica de sistemas de creencia en un estado constante de flujo. Con el tiempo, estas culturas se sedimentan en la forma de edificios, monumentos, sistemas políticos y administrativos, que con el tiempo simbolizan y refuerzan normas regulatorias poderosas y de estereotipos.

Como vimos anteriormente, es hasta recientemente que en el análisis sobre el espacio deja de primar su estudio cartográfico y neopositivista, y se incorpora un enfoque crítico. Los estudios feministas en geografía se inician en la década de los setentas y adquieren mayor importancia en los ochenta, sumando así una perspectiva crítica y social. Según Sábate *ét. ál.* (1995) la Geografía del Género examina las formas en que los procesos socioeconómicos, políticos y ambientales crean, reproducen y transforman los lugares donde vivimos y las relaciones sociales entre los hombres y las mujeres que allí viven. Además, estudia también cómo las relaciones de género tienen un impacto en dichos procesos y en sus manifestaciones en el espacio y en el entorno. A partir de este nuevo enfoque, el estudio sobre el espacio se realiza de manera más integral, otorgando el lugar necesario a diversas variables que inciden en la construcción, producción y vivencia del mismo. El espacio como sitio de relaciones e intercambios sociales debe de considerarse como un lugar especial para comprender las distintas dinámicas que se producen en la vida cotidiana, así como la configuración de una forma de vivir la ciudad. La geografía del género apunta en este sentido al analizar los diferentes procesos y factores que inciden en la construcción socio espacial de la vida en la ciudad. Según las autoras, existe en la geografía tres campos esenciales donde se debe de interpretar y reinterpretar la relación ser humano-espacio (1995:18).

1. Las relaciones existentes entre el género y conceptos claves en la Geografía, como son el espacio, el lugar y la naturaleza.
   - El espacio como construcción social y el género.
   - El concepto de lugar y la importancia que en su definición introducen las diferencias de género.
   - La relación entre género y naturaleza
2. Las diferencias territoriales en los roles y relaciones de género.
3. El uso y experiencia diferenciales del espacio entre hombres y mujeres, a distintas escalas: desde la escala local (utilización del espacio cotidiano, por ejemplo) a la global (movimientos migratorios transnacionales)

Como se puede apreciar, son muchos los campos de la geografía donde el enfoque de género resulta útil y necesario. Para efectos de la presente investigación, se desea ahondar en esos usos y experiencias que construyen las mujeres a una escala local – avenidas y calles de la ciudad de San José. A partir este nivel, se profundiza entonces en lo cotidiano, en aquella forma de vivir el espacio, en una temporalidad constante.

El enfoque analítico que ofrece la geografía del género permite comprender que el espacio no es apropiado de la misma manera por mujeres y hombres, ni tampoco por mujeres vendedoras ambulantes, profesionales, trabajadoras del sexo, etc. Por este motivo, variables como la clase, la etnia, la nacionalidad, la edad, y el rol social deben de tomarse en cuenta al hacer análisis socio-espaciales. Gran cantidad de investigaciones se han realizado a partir del cruce género y espacio. En este sentido, comprender cómo la dinámica del trabajo – ya sea formal o informal, productivo o reproductivo – incide en la configuración de los espacios y sus usos, y esto a partir del género resulta una mirada

crítica y abarcadora de la realidad que viven las mujeres en la ciudad. También aquí surge el tema del espacio público y privado, falso binomio que se relaciona con el trabajo; lo que en el caso de las mujeres trabajadoras suma un aspecto fundamental a la hora de comprender su percepción de la ciudad y su manejo en la misma. Así, ambos momentos se interrelacionan e inciden de manera dialéctica en la construcción del espacio y su vivencia por parte de las mujeres, y en especial en las trabajadoras del sexo.

Actualmente y gracias a los estudios con perspectiva de género, el diseño de las ciudades y su comprensión ha ido introduciendo una perspectiva distinta e inclusiva, donde las mujeres poseen un espacio que responde a sus necesidades y usos. Es en esta dirección que la presente investigación desea aportar insumos sobre la vivencia de las mujeres trabajadoras del sexo en la ciudad de San José.

Viejos binomios, y nuevas discusiones sobre lo público y lo privado

Cuando se habla sobre lo público y lo privado, entramos en un área amplia de discusión, dónde distintas disciplinas han aportado al debate. Antes de adentrarnos en el *espacio* púbico y privado, es necesario hacer una pequeña introducción de los conceptos en general de público y privado. Esta dicotomía entre las esferas es narrada por Nora Rabotnikof (1998) de la siguiente manera;

> Por ello, parece necesario tener en claro que la distinción público-privado no es unitaria, no comprende una única oposición sino una familia compleja de oposiciones, no carentes de vinculación pero tampoco mutuamente reductibles. Y que su utilización en el contexto de vocabularios teóricos diferentes no sólo apunta a fenómenos también diferentes, sino que

traza o identifica problemas distintos, evaluaciones y cursos de acción dispares, activando supuestos e imágenes del mundo a menudo divergentes (pp. 3).

La autora señala que existen tres sentidos heterogéneos tradicionalmente asociados a la distinción público-privado. El primero hace referencia al colectivo o a la dimensión individual, dónde lo público alude a lo común, al colectivo, la comunidad. Este sentido fue el que dio contenido al adjetivo público como sinónimo de político (estatal y no estatal). En contraposición, lo privado remite a la utilidad y el interés individual. El segundo sentido hace referencia a los criterios de visibilidad y ocultamiento, lo manifiesto y lo secreto. Aquí, lo público designa lo visible, lo exterior; mientras que lo privado hace alusión a lo que sustrae a la mirada. El tercer criterio asociado es el de apertura y clausura, dónde lo público designa lo que es accesible, abierto a todos(as). Esto en oposición a lo privado, entendido como lo que se sustrae a la disposición de los otros. Público, en este caso es aquello que al no ser objeto de apropiación particular se encuentra abierto, distribuido. (Rabotnikof, 1998:4). Ahora, estos criterios son los designados de manera tradicional a los conceptos de público y privado, y se han articulado de manera diferente según el contexto histórico. Además, los enfoques o disciplinas han codificado y sedimentado significados. .

Es en este sentido que interesa profundizar en la discusión que se ha generado en los estudios feministas – uno de los cuatro debates que identifica Rabotnikof – sobre los conceptos y los sentidos que se otorgan a dichas esferas de lo público y lo privado. La geografía del género ha permitido adentrarnos en este campo. Por espacio público se ha entendido el espacio del hombre, lo masculino, el ocio, el reconocimiento y el éxito, los intercambios sociales, el poder político y el trabajo productivo. En el caso del espacio privado, se ha considerado que este es el lugar de lo femenino, el hogar, lo afectivo, lo

invisible, y por tanto el trabajo reproductivo. Esta dicotomía ha servido como categorización conceptual para comprender las distintas esferas y sus particularidades.

El feminismo contribuyó a criticar la desigual asignación según género a las esferas, dónde las mujeres se encuentran retribuidas a lo privado, mientras que los hombres disfrutan de los privilegios y condiciones de lo público. Otra crítica importante realizada a esta dicotomía es la famosa frase "lo personal es político". Con este señalamiento, se pretendía politizar también el espacio privado, dónde lo que sucediera en él pudiera ser de escrutinio público, y además se expusieran las relaciones de poder vividas en esta esfera. La violencia doméstica es un claro ejemplo de esto, dónde se le exigió al Estado y a la sociedad denunciar e intervenir en dichos casos de agresión.

Los estudios de la geografía del género han cuestionado también esta dicotomía, planteando su limitación en términos territoriales e históricos. Así, los espacios privados y públicos – entendidos como una dualidad – serían aplicables a las sociedades urbanas, industrializadas y de clases medias, donde las mujeres se hayan incorporado poco al trabajo productivo fuera de la vivienda. Sábate *ét. ál* (1995) afirman:

> La triple asociación vertical entre espacio privado/reproducción/mujeres (y espacio público/producción/hombres) no soporta consideraciones transculturales ni históricas y se inscribe en la línea de los "falsos dualismos" y "asociaciones verticales"... (pp. 61)

De esta forma, para analizar el espacio en la ciudad de San José, no se puede partir de consideraciones teóricas que ignoren la realidad latinoamericana, y que más bien restringen el potencial analítico de la realidad a estudiar. Recientes aproximaciones feministas han planteado aproximaciones interesantes a esta discusión sobre lo público y lo privado. En

este sentido, se han iniciado estudios que parten de un análisis que adopta nuevas formas de combinar aspectos o criterios de ambas esferas. Cómo afirma Rabotnikof (1998),

> [...] el par conceptual público y privado, lejos de referir a dos ámbitos ontológicamente diferenciados, constituyen una diferencia cuyos límites se han modificado históricamente. Y que el conflicto por la definición de esos límites ha formado y forma parte de maneras específicas de concebir la vida social y política (pp. 11).

Ahora, el trabajo sexual conlleva particularidades que transgreden esta dicotomía de lo público y lo privado. Esto se debe a que el espacio público – en el sentido que señala Bolos (2008), donde lo público deviene del interés general o de utilidad común, lo no secreto, lo abierto y donde hay un uso común – representa el lugar donde se acuerda el servicio sexual[11]. Muy a pesar de que el trabajo sexual sea socialmente considerado un acto privado, oculto y secreto.

Es interesante recalcar como la oferta del servicio sexual siempre ha estado bajo la mirada pública, ya sea en su forma evidente cuando es en las calles de las ciudades, o cuando un bar o pensión ya es identificado como parte del trabajo sexual. De esta forma, un acto privado se ofrece en el espacio público, mezclando así las particularidades de ambos espacios e integrándolos en un solo momento, construyendo así prácticas e imaginarios propios del trabajo sexual, y en el cual se entretejen distintas características de esferas consideradas tan opuestas.

Continuando con los conceptos y definiciones de lo público y privado, interesa analizar también la connotación de *mujer pública*. Cuando este adjetivo es utilizado para

[11] En un primer instante, el cliente se acerca, pregunta por los servicios, observa, y decide si desea o no acordar con la mujer trabajadora del sexo. Generalmente, el acto sexual se lleva a cabo en un lugar privado, por ejemplo las cuarterías aledañas. Por esta razón, se señala que en el espacio público se da la primera parte del acuerdo y no la totalización del mismo.

referirse a un hombre tiene una connotación positiva, generalmente asociada a política, negocios, éxitos, experiencias y vivencias. Para la mujer la situación difiere, ya que referirse a la mujer pública conlleva una carga negativa, pues se asocia a conductas sucias, impuras e indeseables. Para Arella (2009), mientras el hombre público es el que se expone a la mirada de los demás, la mujer pública es aquella accesible a todos.

Delgado (2007)[12] señala la referencia social al "hombre de la calle", haciendo alusión al desconocido que circula con libertad, sin tener que pagar peajes ni brindar explicaciones en la ciudad. Un aspecto novedoso que introduce el autor es la relación establecida entre el "hombre de la calle" y el personaje central del sistema político liberal – el ciudadano. En este sentido, el espacio público se entiende como lugar al mismo tiempo de comunicación y de circulación, en que cada cual puede gozar de los placeres de la pura sociabilidad, vida relacional sin objeto concreto, en la que, además, se puede ejercer el derecho a hablar y a hacer con relación a los asuntos públicos, esto es, aquellos que conciernen a todos (2007:225). En este contexto, la "mujer pública" no posee los mismos derechos y connotaciones, debido a que la calle es un dominio usado con libertad sólo por los hombres y controlado por ellos,

> Una *mujer de la calle* no es la versión en femenino del *hombre de la calle*, sino más bien su inversión, su negatividad. De entrada, mujer de la calle significa sencillamente "prostituta", mujer que es situada con frecuencia en el estrato más bajo del sistema de jerarquización moral de las conductas... Una mujer de la calle es aquella que confirma que ha sido vista sola, detenida en una esquina o un portal cualesquiera. La mujer de la calle es aquella a la que le tiene sin cuidado su reputación, puesto que ésta no puede sufrir ya un mayor

[12] Manuel Delgado (2007) es un importante referente para la presente investigación debido a su abordaje sobre la ciudad y su reivindicación por una antropología de las calles, privilegiando este espacio analíticamente debido a los aspectos fundamentales de la socialización que se construyen en dicho lugar.

> deterioro. Es la puta callejera, en el escalafón profesional de las meretrices la que ocupa el peldaño más bajo (pp. 225).

Es importante recalcar sobre la "mujer pública" que el significado de este adjetivo alude también a la noción de *accesible* a todos, dónde este se torna un principio propio del espacio público. Vemos entonces como las distintas significaciones otorgadas a dicho concepto de público se diferencian según el género, otorgando así los aspectos positivos a los hombres y los negativos a las mujeres. Delgado (2007) afirma que desde la concepción misma de las nociones modernas sobre ciudadano y urbanita, la mujer ha sido considerada como una anomalía, y su presencia en las calles ha sido siempre extraña. Esta discusión debe de ser comprendida dentro del marco de la división sexual de las esferas y del trabajo, dónde la vivencia y la construcción de la ciudad se ve mediada por un sistema patriarcal que posee como objetivo reproducir dichas diferenciaciones y valoraciones.

En el caso de las mujeres trabajadoras del sexo, la significación de mujer pública se pone más en evidencia, ya que personifican en la ciudad a esa mujer "mala" y "sin moral". Un aspecto interesante y provocador que señala Arella (2009), es que la presencia de las trabajadoras del sexo en las calles representa también una forma de contestación y cuestionamiento del modelo de sexualidad imperante. Es decir, estas mujeres ponen de manifiesto en la ciudad aquello que ha sido considerado privado, y además "oscuro".

La discusión puesta de manifiesto en este apartado evidencia cómo dentro del espacio público prevalece un ideal abstracto, al considerarse este como un espacio *de y para todos*. Sin embargo, este *todos* es un colectivo masculino, dónde las mujeres que se arriesgan a traspasar dichas fronteras son valoradas negativamente y estigmatizadas, otorgando así una jerarquía al uso y disfrute de la ciudad. A partir de esto, analizar la

vivencia de la ciudad por parte de las mujeres trabajadoras del sexo resulta muy importante, ya que devela muchas de las estigmatizaciones, prejuicios, y diferenciaciones de género que permean la vida de las mujeres en la ciudad. Además, aporta la visión de las mismas mujeres sobre su experiencia de vida en el espacio público.

En este punto, quisiera hacer énfasis en el concepto de derecho a la ciudad, el cual se ve ligado a esta forma de vivir lo urbano. Esta idea ha sido conceptualizada desde Lefebvre (1978), Harvey (2009), Borja (2004) como un derecho social, dónde la ciudad deja de ser conceptualizada, dirigida y gestionada desde el saber planificado; y más bien es a través de sus habitantes que se construye. Recientemente, a nivel internacional se redactó la Carta Mundial por el derecho a la ciudad (Foro Social Mundial, 2005), dónde el derecho a la ciudad es integrado a los derechos humanos. En dicho documento, se establece el derecho a: un hábitat que facilite el tejido de las relaciones sociales, sentirse parte de la ciudad (sentido de cohesión social y construcción colectiva), vivir dignamente en ella, la convivencia, al gobierno de la ciudad y la igualdad de derechos. Estos principios vienen a delinear una lucha y apuesta por ciudades y vivencias más inclusivas e igualitarias, dónde lo público deja de pertenecer a cierto saber y práctica masculina, y pasa a ser apropiado por los distintos sectores que habitan cotidianamente la ciudad.

Las mujeres trabajadoras del sexo en el debate actual

> *Una mujer puede ser identificada como puta a causa de su color, de su clase, o por el idioma que hable, por el tipo de persona con quien se asocie, por el lugar en que se encuentre, la hora del día o de la noche, la ropa que lleve... En suma, puede ser cualquier mujer (Osborne, 1991:29).*

Para comprender la complejidad que entreteje el trabajo sexual y por tanto la relación con su espacio vivido, es necesario revisar el contexto macro en el que se

circunscribe. En esta dirección, es importante analizar la división sexual del trabajo debido a su incidencia en la conformación de una desigualdad de género. Para Celia Amorós (2000), esta división comprende el reparto social de tareas en función del sexo, dónde incurren factores demográficos, económicos, culturales, e ideológicos. Amorós señala que existe una validez universal de que las mujeres tienen mayor responsabilidad que los hombres en el cuidado y crianza de las y los hijos, y en las labores domésticas. La división sexual del trabajo se traduce en una jerarquización en cuanto a la valoración social y económica otorgada a las funciones que mujeres y hombres tienen en la sociedad, construyendo así una desigualdad entre ambos géneros. Es en este contexto, desde donde podemos analizar el trabajo sexual, ya que el acceso diferenciado a la educación, la feminización de la pobreza, la responsabilidad del cuido y las labores domésticas exclusivamente por parte de las mujeres, la ley del derecho sexual masculino[13], los bajos salarios, la desigualdad estructural de género, la violencia de género, entre otros factores, inciden en su conformación.

El tema del trabajo sexual forma parte de un complejo debate. En este se pueden distinguir cuatro voces que se caracterizan por sus diferencias. Una primera voz es aquella que proviene del feminismo que aboga la abolición del trabajo sexual. Una segunda voz es la de las mismas mujeres trabajadoras del sexo y un tipo de feminismo, que luchan por el reconocimiento del trabajo sexual como un trabajo, con sus respectivos derechos y garantías. Una tercera voz, se puede identificar en aquellas políticas económicas neoliberales de la economía que desean legalizar el trabajo sexual debido a la mercantilización que pueden realizar del mismo. Y una cuarta voz es aquella que

13 Ver de Pateman, Carole (1995). *El Contrato Sexual.* Barcelona: Anthropos.

representan el discurso público – ya sean políticos, la iglesia, los medios – que moraliza el trabajo sexual. A continuación se detallaran estas voces.

La primera voz remite al feminismo abolicionista, el cual se centra en la idea de que en el trabajo sexual – los hombres o los clientes - poseen un poder absoluto en cuanto al acceso al cuerpo de las mujeres (Audet, 2009:19). Consideran así que el trabajo sexual forma parte de la opresión sexual de las mujeres y constituye una violación a los derechos humanos. Critican también el hecho de hablar de la prostitución como trabajo sexual, puesto que así se hace referencia únicamente a la dimensión económica. Este movimiento también considera que al liberalizar la prostitución, se legitima y hasta se motiva el proxenetismo.

Una segunda voz es la del feminismo y la de las trabajadoras del sexo que luchan por hacer reconocer su actividad como un trabajo. Dentro de esta corriente feminista, se considera que es una forma de trabajo de hombres y mujeres que involucra la venta de poder y energía sexual a individuos de su mismo u opuesto sexo, a cambio de un beneficio material o no material (Penagos, 2008). Este feminismo se diferencia del mencionado anteriormente, ya que no considera que en el trabajo sexual se esté vendiendo el cuerpo como tal, sino el poder y la energía sexual que se ofrece como forma de satisfacer una necesidad. Para Pateman (1995) una trabajadora del sexo no se vende a sí misma, ni vende sus partes sexuales, sino que contrata el uso de sus servicios sexuales, como cualquier otro "individuo", es decir, establece una relación externa a la propiedad en su persona.

Comparando ambos enfoques, vemos las diferentes aproximaciones y criterios que manejan para hablar, defender, o criticar el trabajo sexual. El feminismo abolicionista posee una debilidad importante de recalcar, y es que las mujeres que se alinean en dicha corriente

son "representantes" de la voz de las mujeres trabajadoras del sexo. Por lo tanto, estas sujetas son invisibilizadas y con esto el feminismo abolicionista incurre también en su opresión y marginalización. Son unas mujeres teóricas/académicas/militantes las que hablan y deciden sobre el futuro de la realidad de las trabajadoras del sexo. Es importante recalcar el desfase que se produce bajo este feminismo abolicionista, no sólo en relación al tipo de análisis que se puede hacer del trabajo sexual; sino también a las demandas que se puedan realizar al Estado.

Una tercera voz es aquella que surge de políticas económicas o sociales que como objetivo plantean la liberalización del trabajo sexual. Como bien se sabe, el trabajo sexual es una entrada millonaria a la actividad económica de los países, donde por ejemplo en Alemania representa aproximadamente 14 mil millones de euros al año. Detrás de estas grandes sumas, se encuentra un interés económico de regular esta actividad con el fin de extraer la mayor cantidad de ganancias de la misma. Por ejemplo, los impuestos que se pagarían por *night clubs*, o pensiones serían de gran provecho para muchas municipalidades y para el mismo gobierno. Vemos entonces como en algunos países, el Estado junto a la dinámica del mercado impulsan regular una actividad que ha sido condenada moralmente por la sociedad civil. El debate que esta voz impone no se remite a aspectos del cuerpo o su venta, tal como lo hace el feminismo en general, sino que se reduce a aspectos meramente económicos. El trabajo sexual se ve entonces absorbido por la dinámica del capitalismo actual, donde se ve reducido a una mercancía que posee un valor de cambio.

Una cuarta voz es la del discurso público que manejan ciertos sectores de la sociedad civil, los medios de comunicación, la iglesia y algunos políticos. Podemos afirmar que esta es una de las voces más viejas en el debate del trabajo sexual y una de las más

conservadoras. Esta moraliza completamente el tema del trabajo sexual, y en su discurso podemos encontrar adjetivos tales como: perversión, descaro, mala vida, vida fácil, putas, perras, zorras, etc. Desde esta voz se le demanda al Estado no permitir que el trabajo sexual sea legal y regulado, argumentando que este pone en riesgo a la familia y los "valores" de la sociedad.

Estas últimas dos voces se centran en aspectos singulares del trabajo sexual. Una de ellas se enfoca en lo económico, y la otra en un aspecto moral; analizando así el trabajo sexual de manera reducida y sesgada ya que no consideran aspectos fundamentales que generan y constituyen al trabajo sexual. Por lo tanto, dependiendo de la voz que habla sobre el trabajo sexual, así se define esta actividad en relación a la sociedad, el Estado y al mercado. El panorama hasta aquí planteado muestra la complejidad que existe en analizar el tema del trabajo sexual, así como la necesidad de conocer los distintos argumentos que se encuentran en el debate.

Para la siguiente investigación, la postura que se toma es aquella que se identifica con la segunda voz del feminismo[14]. El sistema patriarcal ejerce una opresión y una desigualdad de género que afecta a las mujeres en general. Sin embargo, las condiciones de vida, la clase social, la etnia, la edad, la procedencia geográfica, entre otros factores, incide en que esta opresión se viva de maneras distintas, unas más profundas que otras. Las trabajadoras del sexo, sin duda representan uno de los grupos de mujeres que encarna con mayor profundidad las múltiples dominaciones de este sistema patriarcal. La lucha por el reconocimiento de estas mujeres, sus derechos y sus seguridades debe ser comprendida en

[14] Es importante señalar que mi postura se debe en parte a la experiencia que tuve con las mujeres que organizativamente se encuentran en la Asociación La Sala. Ellas poseen muy clara esta postura que no tiende a la victimización de las mujeres, y más bien busca el reconocimiento de sus derechos a nivel estatal y social.

el marco de una lucha general por parte de las mujeres en un sistema que oprime y violenta la integridad y dignidad de las mismas.

En este sentido, es importante definir qué se entiende por trabajo sexual. Según Penagos (2008) este se define como una forma de trabajo de hombres y mujeres que involucra la venta de poder y energía sexual a individuos de su mismo u opuesto sexo, a cambio de un beneficio material o no material. En los años setentas gracias a los movimientos de trabajadoras del sexo que buscaban el reconocimiento de la profesionalización y la igualdad de los derechos en el mercado del trabajo se abre un espacio para introducir el concepto de trabajo sexual. Este surge en su forma moderna por Carol Leigh (1978)[15], como referencia a las prostitutas y otras personas que se dedicaban a la industria del sexo con la implicación política de una perspectiva de trabajo. Es importante señalar que este giro en torno a la forma de conceptualizar esta actividad se debe a una reflexión social y política sobre el tema. Es decir, el objetivo es eliminar la connotación negativa que conlleva el término prostitución y dotar de un contenido laboral a la actividad sexual remunerada. De esta forma se logran obtener derechos laborales y un reconocimiento social hacia su actividad.[16]

Otro argumento importante de señalar en relación al debate sobre el concepto del trabajo sexual es que en este no se involucra la venta del cuerpo como tal, sino el poder y la energía sexual que se ofrece como forma de satisfacer una necesidad (Penagos, 2008:4). El trabajo sexual debe de ser analizado según el contexto histórico, social y político en el que

---

15 Carol Leigh fue una estadounidense activista por los derechos de las mujeres trabajadoras del sexo, quién adjudicó este concepto por primera vez en una conferencia en 1978. Para más información http://www.bayswan.org/Scarlot_Resume.html

16 Podemos afirmar que esto conlleva un proceso largo de lucha. La voluntad política es un factor fundamental para lograr estos objetivos. Además de una toma de conciencia por parte de la población en general y de ellas mismas como sujetas con derechos.

se dé, el cual se interrelaciona con distintos factores y se resignifica a través del tiempo. Para Pateman (1995) una prostituta no se vende a sí misma, ni vende sus partes sexuales, sino que contrata el uso de sus servicios sexuales, como cualquier otro "individuo", establece una relación externa a la propiedad en su persona. De estas afirmaciones concluimos que el trabajo sexual se ha insertado en la dinámica capitalista, y por tanto en su mercado de trabajo donde existe una demanda y una oferta.

****

A lo largo del capítulo hemos visto cómo el espacio que habitamos cotidianamente se conforma desde distintos ámbitos, el perceptivo, las prácticas y las representaciones. Así, el espacio se convierte en una construcción social dónde intervienen las relaciones de poder, de género, étnicas y etarias. A partir de los análisis feministas se ha logrado conceptualizar y realizar investigaciones que comprenden intersectorialmente los procesos y las dinámicas que se dan en el espacio social. La presente investigación posee dicha mirada, ya que las diferentes prácticas y percepciones que las mujeres trabajadoras del sexo poseen sobre el espacio se analizaron tomando en cuenta dichos factores que marcan la diferencia en la vivencia cotidiana de la ciudad.

En dicho contexto, la relación entre lo público y lo privado, y cómo esto se ve reflejado en el uso y disfrute de la ciudad es un punto de análisis fundamental. Cada esfera posee características que intentan definir el carácter de lo privado y lo público. Hemos visto cómo estas dependen de la mirada y la aproximación con que se analice. Las mujeres trabajadoras del sexo poseen la particularidad de poseer dos rasgos fundamentales de lo público, primero el término de *accesible* a todo aquel que desee y pueda contratar su servicio, y segundo su *visibilidad* ya que ejercen parte de su trabajo en la calle. El hecho de

que el servicio sexual sea conllevado en el espacio privado, introduce también un rasgo característico de dicha esfera. Aquí, gracias al camino ya iniciado por las investigaciones feministas, vemos entonces cómo este binomio público/privado se conforma en este grupo social y en esta actividad en específico de manera particular; presentando rasgos que combinan las clásicas definiciones de dichas esferas. Estos rasgos confieren significaciones importantes en relación al trabajo sexual, las relaciones que se construyen en este y en el espacio público; aspecto que motivó en gran parte el interés por comprender las formas en que este grupo de mujeres vive la ciudad, y por tanto el análisis aquí presentado.

III. El contexto urbano del trabajo sexual en San José y las mujeres que lo habitan

Antes de adentrarnos en la producción y la vivencia simbólica de la ciudad; resulta importante contextualizar la producción de lo urbano y la ciudad dentro del sistema capitalista, mostrando así sus características, condiciones y especificidades. Para Harvey (2007), el desarrollo del sistema capitalista ha tenido una vinculación directa con las estructuras geográficas y las transformaciones espaciales: ferrocarriles y barcos de vapor, la industria automotriz, el espacio aéreo y las telecomunicaciones. De esta forma, se ha construido una relación geográfica entre el centro y la periferia, el Primer Mundo y Tercer Mundo, donde la producción capitalista ha creado relaciones desiguales de producción, extracción y acumulación. La forma industrial de urbanización, es según el autor, una respuesta capitalista específica a la necesidad de minimizar el coste y el tiempo de movimiento bajo condiciones de relación intersectorial, una división social del trabajo dada y la necesidad de acceso a la oferta de trabajo y a los mercados de consumo finales (pp. 349). Es decir, la urbanización de las grandes ciudades se construye en parte por la relación económica, los intereses de ciertas industrias, y la conveniencia que produce espacialmente la producción de mercancías. En esto, la ciudad queda subsumida a la razón práctica de un sistema, a la necesidad del bajo costo y la mayor ganancia; dejando de lado los usos y prácticas de aquellas personas que dan vida a la ciudad. Pero, ante todo esto, ¿qué se entiende por urbanización? Para Harvey:

> La urbanización debería considerarse [...] un proceso social de base espacial en el que una amplia gama de actores diferentes, con objetivos y programas completamente distintos, se interrelacionan mediante una configuración determinada de prácticas espaciales

> entrelazadas. [...] Pero en el capitalismo el vector hegemónico sigue siendo la amplia gama de prácticas de clase relacionadas con la circulación del capital, con la reproducción de la fuerza de trabajo y de las relaciones de clase, y con la necesidad de controlar la fuerza de trabajo (2007:371).

Para el autor, estas prácticas espaciales adquieren un importante contenido de clase. Sin embargo, esto no quiere decir que todas las prácticas puedan ser leídas o interpretadas a través de esta variable. Como hemos visto anteriormente, es fundamental tomar en cuenta la especificidad que conlleva, por ejemplo, el género, la etnia o la edad. El proceso de urbanización provoca ciertos sistemas políticos y administrativos, disposiciones sociales, formas jurídicas, jerarquías de poder, etc. Esta producción de espacio – desde el saber técnico, el espacio dominado según Lefebvre – atribuye a la ciudad características que pueden dominar las prácticas cotidianas y limitar la acción de las personas. De esta forma, la conciencia de las y los habitantes urbanos se ve afectada por el entorno de experiencia, del cual surgen percepciones, interpretaciones simbólicas y aspiraciones. En todos estos aspectos se produce una tensión perpetua entre la forma y el proceso, entre el objeto y el sujeto, entre la actividad y la cosa (2007: 371).

Esta resumida caracterización del vínculo entre el sistema económico capitalista y la producción de lo urbano y la ciudad se torna importante al comprender aquellas percepciones y prácticas cotidianas que desarrollan las y los habitantes de las ciudades. Se construye así una relación dialéctica, entre aquellos procesos macroeconómicos y políticos; y los microterritorios donde la interacción social en la ciudad ocurre. En estos, es posible identificar aquellos rasgos que son impuestos y que dominan muchas de las prácticas que construimos. Un ejemplo de esto son las relaciones de poder y dominación que se practican

en la ciudad, donde lugares que por su misma estética y dinámica, son pensados y utilizados sólo por cierta parte de la población. Con esto, la exclusión de una gran mayoría se pone en evidencia. ¿Qué intereses hay detrás de esto?, ¿a quienes están dirigidos estos espacios?, ¿a quiénes excluye? Esta situación puede ser analizada tomando en consideración las dinámicas económico-políticas que producen exclusión e inclusión en la ciudad, evidenciando esto con las prácticas cotidianas que se producen en estos espacios. El presente capítulo aborda los distintos procesos urbanos y económicos que se vivieron en la región latinoamericana, así como sus efectos en la ciudad de San José. Esta mirada amplia nos permitirá adentrarnos en el espacio focalizado y limitado simbólicamente de la Zona Roja dónde se ubican las mujeres trabajadoras del sexo.

Las ciudades latinoamericanas y su proceso de urbanización

El proceso de urbanización en las ciudades latinoamericanas posee una especificidad que se relaciona con su economía, sistemas políticos e infraestructura. Para iniciar con una breve explicación de este proceso, se debe primero poner atención a las políticas neoliberales aplicadas en la región desde inicios de la década de los ochenta, las cuales se dieron de manera más profunda y acelerada en Latinoamérica que en los países capitalistas hegemónicos. Según Pradilla (2008), las ciudades del neoliberalismo latinoamericano son las versiones más contradictorias de la ciudad capitalista, pues mantienen todos los vicios y perdieron algunas de las pocas virtudes de sus predecesoras, profundizado sus viejos conflictos y añadiendo otros nuevos. Esta situación puede ser analizada a partir de un dato interesante:

> En 1890, de las cuarenta y nueve ciudades más pobladas del mundo –trescientos mil a novecientos cincuenta y nueve mil habitantes–, cuarenta y dos estaban en el llamado primer

> mundo, y siete en el tercer mundo; de ellas, tres eran latinoamericanas. [...] En 2000, de las cincuenta mayores ciudades del mundo, sólo once estaban en el primer mundo y las treinta y nueve restantes en el tercer mundo; siete de ellas eran latinoamericanas (2008:149).

Este cambio radical en relación a la urbanización de las ciudades se debe en parte al desarrollo tardío del capitalismo industrial en algunos países de la región. Para Pradilla, este cambio se manifiesta en la región como: a. el distanciamiento estructural entre las formas territoriales dominantes –metrópolis y ciudades-región–, y las demás formas urbanas y rurales; b. un alto grado de concentración de la actividad económica, social y cultural "moderna" en los polos dominantes, mientras en el resto predominan las atrasadas y las heredadas del precapitalismo; c. una desigual y segmentada apropiación de las nuevas tecnologías entre las distintas formas urbanas, entre sus sectores sociales internos, y con el atrasado mundo rural; d. una calidad de vida desigual entre los polos urbanos dominantes y el resto del territorio, reflejado esto en la disponibilidad y calidad de la infraestructura, equipamiento y servicios sociales para los sectores populares; e. una diferenciación profunda de la conciencia, valores y aspiraciones de los actores y grupos sociales de las metrópolis, respecto a los de las formas territoriales tradicionales persistentes; y f. la desigualdad creciente de las condiciones de integración real de las distintas formas urbanas a la fase actual de la mundialización, la globalización imperialista neoliberal (2008: 154).

Estas condiciones en la región, se prestaron para construir un tipo particular de urbanismo, donde las relaciones entre el campo y la ciudad se caracterizaban por una profunda desigualdad, una alta conglomeración de habitantes, un acceso diferenciado a los servicios (y su centralización en la mayor parte de los casos), así como las fuentes de empleo en la ciudad. Este último aspecto ha sido fundamental, tanto para explicar la

situación que se vivió durante muchos años de migración interna campo-ciudad; así como para comprender la situación actual de ciudades como Alajuela – ciudades dormitorios donde sus habitantes salen día a día a San José por su empleo. En este contexto de la ciudad neoliberal latinoamericana, la polarización y la desigualdad se convierten en rasgos definitorios y característicos. Esta diferenciación posee una traducción espacial, ya que los precios de alquiler o compra de terrenos aíslan a las clases sociales. Así, en el caso de Costa Rica[17], tenemos una polarización entre el oeste de la cuidad – por ejemplo Escazú – y la parte sur donde se encuentran los Hatillos, Alajuelita, entre otros. Pradilla (2008) señala,

> Puesto que ellos se encuentran territorializados (clases sociales) en partes concretas de la ciudad, diferencialmente dotadas de infraestructura y servicios públicos de soportes materiales privados, la fragmentación social se expresa en fragmentación territorial. La privatización y mercantilización de la infraestructura y los servicios, cuyo acceso es diferenciado, cualitativa y cuantitativamente, por la capacidad adquisitiva de los usuarios, es otro factor de segregación de las áreas urbanas... (pp. 164).

Otro aspecto importante de señalar es la transformación económica que ha tenido la región. Las ciudades latinoamericanas dedican en la actualidad un importante sector de su economía a la terciarización, de la cual la mayor parte reside en lo informal. En las ciudades latinoamericanas crece el número de habitantes que se dedican a la llamada "informalidad" –entre el 30 y el 50 por ciento de la PEA según la ciudad (pp.165). Para el caso de Costa Rica, vemos que uno de cada tres empleos es informal, es decir, unos 647 000 trabajadores y trabajadoras se encuentran en este estado laboral[18]. Esta situación se ve

---

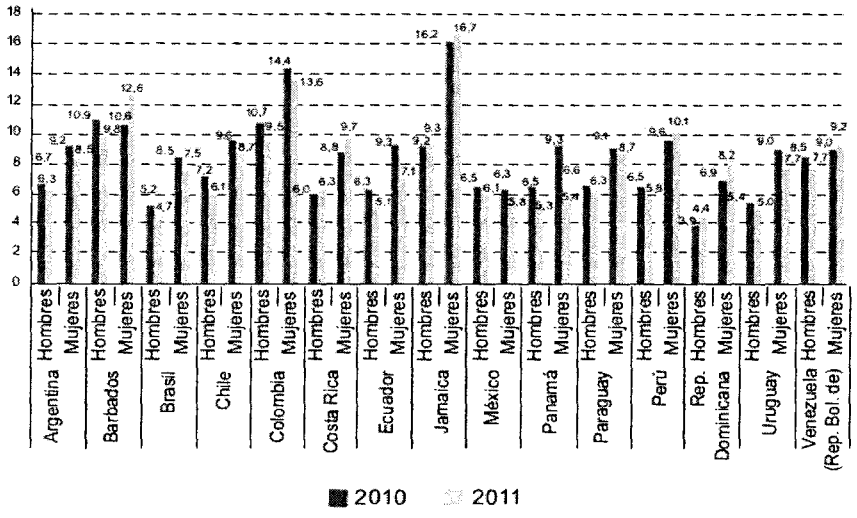
[17] Para profundizar en el caso de Costa Rica y la polarización en el contexto del casco central, revisar el texto de Araya, María del Carmen. (2010). *De París en miniatura al malestar en la ciudad*. San José: EUNED.

[18] Para mayor información ver: http://www.nacion.com/2012-07-23/Economia/uno-de-cada-tres-empleos-en-economia-tica-es-informal.aspx

traducida en las dinámicas que se viven cotidianamente en la ciudad. Por ejemplo, en San José es común encontrar las ventas ambulantes – alimentos, discos, juguetes, ropa – en los distintos bulevares y calles de la ciudad; incidiendo así en el uso espacial de la misma, así como las relaciones e interacciones que se construyen. Aspectos como el empleo informal, el desempleo, los bajos salarios, la violencia, la privatización y mercantilización de lo público, son aspectos que han generado no sólo exclusión social, sino también territorial.

La situación de las mujeres en dicho contexto urbano y económico se caracteriza por poseer las condiciones más inseguras e informales. Los datos sobre el porcentaje de subempleo visible e invisible que existen para Costa Rica, muestran que para el año 2011 las mujeres representaron un 18.1%, mientras que los hombres representaron un 10,6% (INEC, 2011). En relación al desempleo a nivel regional, los datos persisten. Para el caso de Costa Rica en el mismo año, las mujeres representaron un 9,7% del desempleo, mientras que los hombres un 6,3% Esta situación persiste en los años anteriores, evidenciando así la diferencia según género en las actividades económicas del país.

Gráfico 1: América Latina y el Caribe. Tasa de desempleo por sexo (en porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y Organización Internacional del Trabajo (OIT)

La desigualdad de género incide en la situación del empleo en los distintos países, y por tanto en las condiciones sociales y económicas que viven las mujeres. Aspectos como el salario diferenciado, la irresponsabilidad paterna, un acceso educativo desigual, entre otras variables, suman para conformar una situación económica más vulnerable, marginalizada e insegura para las mujeres. Según Pradilla (2008), el crecimiento de la pobreza urbana es la muestra epidérmica del carácter excluyente del patrón neoliberal de acumulación de capital. Es en este contexto bajo el cual podemos analizar la situación actual de la ciudad de San José, y así contar con una mirada amplia de contexto sobre las condiciones económicas y sociales que atraviesan esta realidad.

La ciudad de San José y el distrito Merced

Estudiar la ciudad, en especial San José, implica una búsqueda sobre aquellas transformaciones políticas, económicas y sociales que condujeron al proceso de urbanización. Dentro de la investigación, comprender cuáles dinámicas construyeron el San José de hoy resulta importante para así contextualizar el espacio habitado por las mujeres trabajadoras del sexo, la Zona Roja de la ciudad. La provincia de San José se convierte en la capital del país desde 1839, y es a finales de este siglo, cuándo se da una profunda transformación urbana. Esta se relaciona directamente con la llegada al poder del partido liberal, el cual inició proyectos vinculados con sus ideales de progreso y civilización (Quesada, 2001). La infraestructura pública que dotaba de servicios a la población coadyuvó a la expansión urbana, y su pasaje de ciudad colonial a ciudad moderna. Es importante señalar que el desarrollo agro exportador en el cultivo del café fue el principal motor de este gran cambio urbano.

Un primer servicio público creado fue el telégrafo en 1869, el cual otorgaba a la población de un sistema de comunicación entre Cartago, Puntarenas, San José, Heredia y Alajuela. En 1884 se construyó la primera planta de energía eléctrica para así llevar el alumbrado público a la ciudad de San José. Un importante símbolo de este proyecto liberal en la ciudad fue la implementación del tranvía en 1899. En este mismo periodo, se establece la Compañía de Teléfonos de Costa Rica, ampliando así el uso de los teléfonos – el cual se concentraba en las oficinas de gobierno y las élites del país (Quesada, 2001). Otro rasgo característico de la ciudad moderna, fue la construcción de amplias avenidas y bulevares. En San José se creó la avenida de las Damas – actual avenida tercera - situada en la principal entrada de la ciudad. A partir de esto, el proyecto liberal construye otra serie de espacios que se dirigen a propiciar un uso y una estética de la ciudad que fuera de la mano con sus proyectos políticos. A principios de la década del siglo XX, la ciudad de San José cuenta ya con una nueva cañería y servicio de cloacas, ofreciendo así el servicio de agua potable y el manejo de desechos. También se construyen importantes centros educativos, así como oficinas de gobierno y espacios públicos de recreación (Quesada, 2001). La historia de la ciudad de San José nos muestra cómo un proyecto político logra establecer una serie de servicios, infraestructura urbana, y la creación de espacios públicos para la interacción que confluyen y dotan de "aires de modernidad" a esta pequeña ciudad latinoamericana.

Durante la primera mitad del siglo XX, el proceso de urbanización continúa, mejorando así la red vial y la pavimentación de las calles. Sin embargo, el comercio empieza a posicionarse en los distritos centrales, lo que provoca la emigración de sus habitantes y el despoblamiento de estos distritos. De esta forma, a partir de la segunda

mitad del siglo XX, surgen los grandes asentamientos periféricos de la ciudad (Observatorio Municipal, 2010), convirtiendo así el centro de San José en aquel lugar de compras y paso, carácter que tuvo en sus inicios la ciudad. Como se expuso anteriormente, muchas de las ciudades latinoamericanas poseen como rasgo característico la centralidad de la vida económica y política, y vemos cómo esto se reproduce en la ciudad de San José. En la actualidad, esta concentra los tres poderes del Estado, los edificios de importantes instituciones tales como la Caja Costarricense del Seguro Social, los ministerios del Estado, los principales centros educativos, museos y teatros. En términos de desplazamiento, la ciudad también presenta una centralidad, puesto que en esta se encuentran la mayor parte de los servicios de autobuses. Se considera que más de un millón de personas atraviesan la capital de lunes a viernes para dirigirse a su trabajo y al menos 500 mil automóviles particulares ingresan diariamente al casco central (Municipalidad de San José, 2011). En términos demográficos también podemos analizar la importancia de la provincia, puesto que ella alberga 1 403 963 habitantes, de un total de 4 301 712 de habitantes del país (INEC, 2011). La provincia de San José cuenta con 20 cantones, y sólo el cantón central posee 11 distritos, entre ellos el distrito Merced. Estas distintas características revelan la importancia de la ciudad, así como su centralidad en la vida económica y política del país.

Distrito Merced

El distrito Merced cuenta con 12 265 habitantes y es uno de los cuatro distritos centrales que forman el casco original de la ciudad. Este posee 10 barrios, entre los cuales se ubican Bajos de la Unión, Claret, Cocacola, Iglesias Flores, Mantica, México, Paso de la Vaca, y Pitahaya. Los límites del distrito son al norte con el distrito Uruca y el cantón de

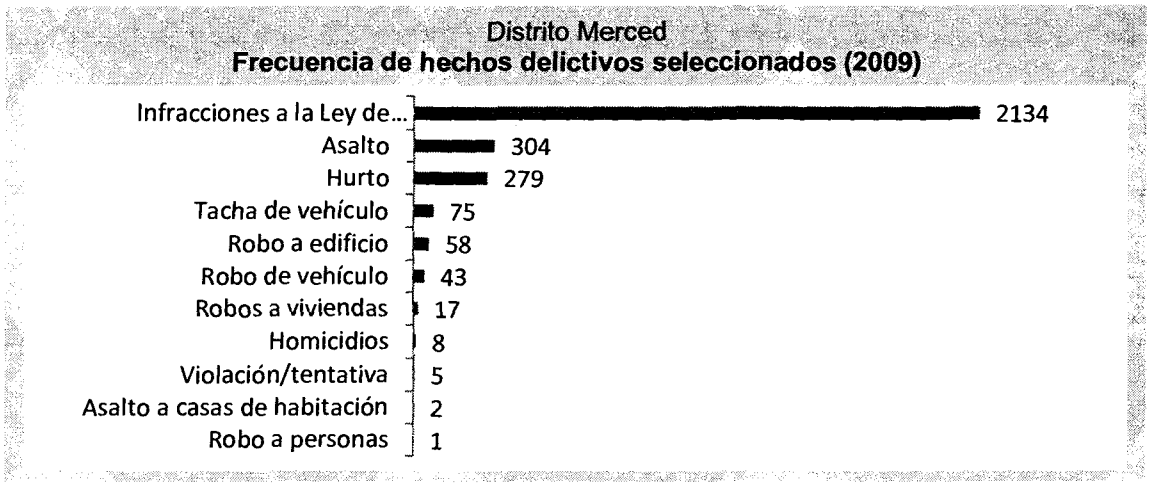
Tibás, al este con el distrito El Carmen, al sur con el distrito Hospital y la Oeste con el distrito Mata Redonda. En el distrito se encuentran el Museo de los Niños y Niñas, el Mercado Central, el Mercado Borbón, el Mercado Paso de la Vaca, la sede central del Banco Nacional, el Banco Central de Costa Rica, el Edificio del Correo y la Iglesia La Merced. Debido a los distintos lugares, edificios, monumentos y entidades nacionales que se encuentran, podemos ver la gran importancia que tuvo el distrito dentro de la geopolítica del gobierno, en un espacio temporal específico.

Las principales actividades económicas de la zona son el comercio, tanto formal como informal, servicios, y pocos lugares residenciales al norte y noroeste (Municipalidad de San José, 2011). En términos generales, en la ciudad de San José la migración ha sido un fenómeno de gran envergadura. Como se comentó anteriormente, la migración (tanto nacional como extranjera) a la ciudad se debe en parte a la centralidad que esta posee en relación a las fuentes de empleo y la prestación de servicios. En este sentido, en el cantón de San José, el 34% de los nacimientos son de madre extranjera, mientras que a nivel nacional este porcentaje es de 16,8% (PNUD, 2011). En el distrito Merced, se encuentra una población migrante importante, en especial de procedencia colombiana y dominicana. La presencia de esta población ha traído consigo dinámicas especiales, por ejemplo, se pueden encontrar pequeños comercios de comida tradicional de estos países. La incidencia de las y los migrantes en el distrito ha sido tan importante, que inclusive popularmente se le ha nombrado *Tierra Dominicana* a una zona específica del distrito.

Otro aspecto importante de mencionar sobre el distrito son los problemas de delito. Para el 2009, se registraron 2.134 casos de infracciones a la Ley de Psicotrópicos, 792 hechos delictivos, de los cuales 500 (63,13%) fueron delitos contra la propiedad con

agresión, 279 (35,23%) delitos contra la propiedad sin agresión y 13 (1,64%) contra la vida y la integridad sexual.

Cuadro N° 1: Frecuencia de hechos delictivos para el 2009.



Fuente: PNUD. (2011). Diagnóstico Distrito Merced.

Resulta importante ver los datos sobre la situación delictiva del distrito, puesto que la zona donde se ubican las mujeres trabajadoras del sexo – la conocida Zona Roja de San José – se encuentra atravesada por distintas situaciones, relaciones y dinámicas de conflicto, muchas de las cuales se ven afectadas por el consumo de drogas, alcohol, y los asaltos. También ejemplifica u ofrece pistas sobre las condiciones en las que las mujeres se ven cotidianamente enfrentadas, y por tanto como estas confluyen en las percepciones y prácticas que poseen sobre la ciudad y en especial sobre la zona.

En términos generales, el distrito Merced concentra grandes contradicciones propias de una urbanización desigual de una ciudad latinoamericana. A pesar de que en él se encuentran importantes edificios y sitios de interés nacional, la realidad en la que se encuentra el distrito es bastante marginalizada. Existe una alta población que se halla en situación de calle o indigencia, locales vacíos, poca inversión, no se cuenta con espacios verdes, entre otras situaciones que dejan en evidencia esta condición de exclusión. A

continuación se presenta un mapa del distrito Merced donde se puede apreciar su distribución geográfica, y ubicar así las calles donde se encuentran las mujeres trabajadoras del sexo, principalmente la avenida 5 y la calle 8.

Mapa 1: Distrito Merced

Fuente: Observatorio Municipal. (2010). Información básica del cantón central de San José. San José: Municipalidad de San José.

Las mujeres trabajadoras del sexo en San José

Para conocer a profundidad la historia que ha atravesado la condición de las mujeres trabajadoras del sexo, es necesaria la lectura del historiador Juan José Marín. Este realiza un recorrido por la historia del país, iniciando con el periodo colonial donde desde entonces, se evidencia un tipo de "prostitución comercializada". Esta época está profundamente marcada por el poder de la Iglesia, y por tanto de sus conceptos de mujer buena y mujer mala, de pecado y salvación. El autor continúa con el periodo de la República, donde en 1836 se promulga un código de prostitución basado en las leyes españolas dadas por las Cortes de Cádiz. En este código se prohíbe la prostitución y se imponen multas a quienes provoquen esta "perversidad" (Marín, 2006:54). Inclusive se construye una casa de corrección donde se envían a las mujeres "vagabundas" y "prostituidas". Este segundo periodo se caracteriza por una lógica un tanto secular y surgen los primeros burdeles del país. A partir de 1864 aparecen normas legislativas que definían ciertas conductas sexuales como prostitución. Marín identifica esta década como la creación de un modelo de prostitución reglamentada, oficializada y correctiva. En este periodo, se consideran a las trabajadoras del sexo como un problema moral y sanitario.

Un tercer periodo se ubica en el marco de la ideología liberal. En este se crea la Ley de Profilaxis Venérea, con el ideal de proteger a la familia, la amistad y la armonía social (Marín, 2006:92). Estas leyes se ubican en un contexto de control hacia las trabajadoras del sexo de la época. Así, se evidencia que existe una demanda por el trabajo sexual y, el Estado preocupado por esta situación crea leyes y códigos para controlar y evitar el trabajo sexual. En 1894 se da una primera definición legal de prostitución, con lo cual se inicia un proceso de visibilización del trabajo sexual. Durante la década de 1930 y 1940 surge un

movimiento contra la regulación de la prostitución y es en 1943 donde se logra prohibir. Esto aumentó la clandestinidad de las mujeres que ejercían esta actividad, y por tanto dificultó su control por parte del Estado.

Un cuarto periodo comprende el contexto del Estado benefactor. A partir de la década de 1950 se abandonan concepciones médicas sobre el trabajo sexual, y se inician estudios más económico-sociales sobre el tema. Un quinto periodo ubica el derrumbe del Estado benefactor y el inicio de las políticas neoliberales. En este contexto, junto a la crisis económica de la década de 1990, aumenta el turismo sexual. Además, los medios de comunicación empiezan a problematizar el trabajo sexual, ya sea escandalizando a la sociedad o promoviendo el mismo a través de anuncios privados. En el año 2000, un diputado social cristiano impulsó un proyecto de ley llamado: "Ley de prohibición de la explotación sexual y de la actividad sexual remunerada", el cual pretendía terminar con un periodo de semi-tolerancia y la vuelta al periodo prohibicionista (Marín, 2006). Sin embargo, la respuesta al proyecto en los medios fue un su mayoría negativa, las y los abogados la declaraban inconstitucional y miembros de la asamblea afirmaban que sería imposible implementar dicha ley. En la actualidad, el trabajo sexual en Costa Rica no es declarado ilegal, ya que el código penal en sus artículos 169 y 179 solo sanciona la figura del proxeneta (Rivers-Moore, 2009).

A partir de este breve esbozo histórico del trabajo sexual en el país, podemos ver como la sociedad civil, el poder político, la medicina, los medios de comunicación, la economía y el Estado han incidido en la forma de pensar y tratar el trabajo sexual. La Iglesia ha sido un actor fundamental en la construcción de una visión que considera a las trabajadoras del sexo como impuras, pecadoras y culpables de los males familiares. El

Estado también ha tenido un gran impacto en el trabajo sexual ya que con sus leyes y códigos ha intentado controlarlo y reprimirlo. A través de los políticos se ha construido un discurso público que juzga e intenta reprimir esta actividad que posee siglos de existir. La medicina intentó patologizar el trabajo sexual, y a partir de las enfermedades venéreas intentó también controlarlo. La policía ha sido la institución encargada de velar por que se cumplan las leyes que el Estado ha establecido en relación al trabajo sexual, y es la responsable de las distintas redadas en el espacio público y privado. Recientemente, los medios de comunicación también han tenido un papel importante, ya que estos construyen opinión pública, y el enfoque que ha tenido en general es el de estigmatizar y juzgar a estas mujeres, mas no a sus clientes. En la esfera económica, vemos como el trabajo sexual siempre ha tenido una demanda importante y son muchos los centros privados que se benefician de esta actividad.

Como se mencionó anteriormente, el turismo sexual ha aumentado considerablemente en los últimos años y son muchos los hoteles, pensiones, *nightclubs* que se benefician de esta actividad. Con esto, se pone en evidencia que el trabajo sexual es una realidad social y económica importante en el país, por lo que el debate en torno a esta no puede hacerse desde la represión ni desde su invisibilización.

Un trabajo reciente elaborado por Rojas *ét. al.* (2009) contribuye a mapear la situación actual de las mujeres en San José. Existen diversos lugares en la ciudad donde se puede identificar el trabajo sexual, pensiones, prostíbulos, salas de masaje, hoteles, y la calle misma. Las diferentes condiciones que poseen estas mujeres – ya sea belleza, edad, nivel educativo – condicionan su lugar de trabajo y el costo del servicio. La investigación de Rojas *ét. al.* dividió a la población de trabajadoras del sexo en tres grupos: VIP, de Sala

y ambulantes. El primer grupo reúne a trabajadoras independientes que cobran $100 la hora. El nivel adquisitivo del cliente aquí es bastante alto. Las mujeres de este grupo poseen una apariencia física cuidada y joven; además de que cuentan con un nivel educativo alto. Las edades oscilan entre los 19 y 38 años. El segundo grupo representa a aquellas mujeres que trabajan en salas de masaje y cobran entre $18 y $72 dólares por hora. Poseen edades entre los 18 y 33 años, y cuentan con una apariencia física y nivel educativo intermedio

En el caso de la presente investigación, interesa ahondar en las condiciones y características de las mujeres que se encuentran en el tercer grupo. Estas mujeres son las que trabajan en la zona aledaña al Mercado Borbón y Mercado Central, con tarifas entre US$3 y US$8 por hora y edades de 26 a 81 años (Rojas *ét. al.*, 2009). Además de esto, el nivel educativo de estas mujeres es bastante bajo. Estas mujeres se encuentran en las condiciones más difíciles y marginalizadas del trabajo sexual. De hecho, muchas de las mujeres que hoy se encuentran en la calle, ejercieron el trabajo sexual en salas de masaje u hoteles, lo que evidencia parte de las condiciones del trabajo sexual, donde muchas mujeres no dejan este trabajo y debido a su edad y apariencia física la calle representa el último espacio de trabajo. Según Rojas *ét. al* (2009), en promedio las mujeres que se ubican en los alrededores del mercado Borbón trabajan 8 horas diarias. En relación al horario de trabajo, las mujeres prefieren el horario diurno (40%), en parte a las condiciones de riesgo e inseguridad que presenta la Zona Roja. Un aspecto interesante de recalcar es que distintos locales, pensiones y bares de la zona se encuentran abiertos a tempranas horas del día, lo que confirma la presencia de estas mujeres en el horario diurno. Otro aspecto de su trabajo es que la mayor parte de las mujeres que se ubican en los alrededores del mercado no cuentan con un patrón, es decir su trabajo es realizado de manera independiente. Según

Rojas *ét. al* (2009) sólo dos mujeres, de las 20 entrevistadas, expresaron trabajar en un lugar en el cual hay una administradora. Esta situación varía según los otros grupos de trabajadoras del sexo ya que las condiciones y lugares de trabajo difieren; estas trabajan en *night clubs* o alquilan un espacio para ofrecer sus servicios, y otras cuentan con intermediarios. Las razones para entrar y permanecer en el trabajo sexual en su mayoría se deben a las condiciones económicas, de 58 entrevistadas por Rojas *ét. al,* 54 afirmaron esto. Las condiciones de pobreza, el no acceso a la educación, la responsabilidad de familiares, entre otras razones contribuyen a que estas mujeres no cuenten con mejores opciones de trabajo. A continuación, se presenta de manera cualitativa, una pequeña reseña de la vida de las mujeres trabajadoras del sexo que participaron de la investigación.

Yazmín es una mujer trabajadora del sexo que cada mañana sale de su casa en Alajuela y se presenta a La Sala. Ella se inició en el trabajo sexual a los 22 años, cuando trabajaba en una tienda y una chica que conoció en el parque de la Merced le comenta sobre el trabajo sexual y la lleva a hacerse exámenes de salud. Su primer lugar de trabajo fue en El Royal, un prostíbulo (bar que cuenta con cuartos adentro) en la provincia de Cartago. En otro momento de su vida trabajó en la sala de masaje llamada El Ejecutivo, ubicada cerca de los tribunales de justicia en San José. Su último trabajo en centros privados fue en la pensión Lillian, ubicada en plena Zona Roja. En la actualidad, Yazmín se dedica al trabajo sexual de manera ocasional e independientemente. Conforme pasan los años, muchos de sus clientes se volvieron regulares. Aproximadamente, Yazmín atiende a 7 clientes al mes, y recibe un aproximado de 4 mil colones por encuentro. Ella posee un horario diurno de trabajo. A nivel familiar, Yazmín todavía es el sustento principal de su familia. Yazmín tiene de ejercer el trabajo sexual 28 años.

Angélica es una mujer trabajadora del sexo que tiene 45 años y vive en Guadalupe. Ella – al igual que Yazmín – asiste cada día a La Sala. Angélica se inició a los 16 años en el trabajo sexual porque un día vio en el periódico un anuncio de que se buscaba mujer "para hacer masajes". A pesar de que no sabía que se trataba de trabajo sexual, Angélica decide quedarse en la sala de masaje. Después de este local, una vez cumplidos los 18 años, trabajó como bailarina en *night clubs*. En algunos momentos de su vida se retiró del trabajo sexual. En la actualidad se dedica ocasionalmente. Al respecto, comenta: "Ocasional, porque yo considero que si alguien viene ahorita yo voy. Entonces siempre voy a seguir siéndolo, sólo que ya no vivo de eso, prácticamente. Ahora vivo del placer". Como lugar de encuentro, Angélica va al Hotel Guima, conocido en la Zona Roja. En el pasado, atendía 3 o 4 clientes por día, sin embargo, en la actualidad este número se reduce a 2 por semana. En la actualidad, ella prefiere el horario diurno de trabajo. Aproximadamente, Angélica cobra 5mil colones por media hora o menos. En algún momento de su vida llegó a cobrar hasta 100$, sin embargo, esto se relaciona con la edad y el lugar en el que trabajaba. A nivel familiar, ya no posee la carga económica, más en la mayor parte de su vida tuvo que sustentar a 5 hijos(as).

Flor es una mujer trabajadora del sexo que proviene de Cartago y posee 46 años de edad. Ella se inició en el trabajo sexual debido a las condiciones económicas que vivía. En un primer momento trabajó en la ciudad como vendedora ambulante, sin embargo, había un intermediario que se dejaba la mayor parte de las ganancias y además era frecuente que la policía le decomisara la mercadería. Un día, Flor decide ir a la Zona Roja y *pararse a ver qué*. En esta ocasión la "ley" la echó, por lo que se retiró debido al miedo que esta situación le provocó. En otro momento, Flor volvió a la zona y no fue molestada, y desde ese día

hasta hoy se encuentra en la calle 8. "Yo siempre he dicho: hasta cuando yo me pueda ganar el cinco, voy a estar". En total, lleva 17 años ejerciendo el trabajo sexual. Al inicio, ella trabajó para una patrona. Sin embargo, hace ya 10 años que trabaja de manera independiente. Como horario, Flor trabaja de 9am a 4pm, y viene de lunes a sábado. Aproximadamente, gana entre 3mil y 2 mil colones. A nivel familiar, todavía existen miembros que dependen de su ingreso. Flor vivenció un suceso en su vida de violencia sexual, dónde fue violada a la edad de 12 años y obligada a casarse con el que ejerció el acto. Su vida fue muy difícil, llena de violencia doméstica y psicológica. Actualmente, Flor asiste regularmente a la Sala y ha participado de procesos educativos y de apropiación que la han ayudado en su vida.

Aurora es una mujer trabajadora del sexo que posee ya 32 años de conocer la Zona Roja. Ella proviene de la zona sur del país, y su infancia no fue nada fácil ya que era la encargada de las comidas y de cuidar a sus hermanos(as). A partir de esto, ella decide irse a la ciudad, a los 13 años. Aurora vive en las inmediaciones del mercado, y todos los días sale a trabajar. Aproximadamente atiende a 4 o 5 clientes a la semana y cobra entre 5mil o 6mil colones. A diferencia de muchas trabajadoras del sexo, Aurora nunca trabajó en alguna pensión o sala de masajes; su lugar de trabajo siempre han sido las calles de San José. A nivel familiar, ella ya no posee una responsabilidad económica. Aurora señala lo difícil que está la situación del trabajo sexual, los pocos clientes que llegan y las condiciones económicas adversas que vive.

Laura es una mujer trabajadora del sexo que se inicia a los 19 años en un bar llamado Nuria, en Paseo Colón. Su experiencia la remite a los bares, tabernas y pensiones donde trabajó. Inclusive en una época fue a trabajar a Limón, en un bar que había en la

bananera y que contaba con habitaciones. Laura se retiró del ambiente durante 3 años, cuando estuvo casada. En la actualidad, el trabajo sexual es una actividad permanente en su vida. Al igual que otras, Laura cobra entre 3mil y 5mil colones, viene a la zona de lunes a sábado y su horario es de 8am a 4pm, exceptuando los viernes y sábados donde si prefiere quedarse hasta las 6pm. Si un día de trabajo está malo, Laura atiende a tres clientes, a diferencia de un viernes o un sábado donde a veces ha logrado tener hasta ocho clientes. A nivel familiar, ella se encarga de un hijo menor. En total, Laura tiene 17 años en el trabajo sexual.

Yuri es una mujer trabajadora del sexo de nacionalidad nicaragüense. Ella llegó a Costa Rica hace 12 años, casi la misma cantidad de años que se dedica al trabajo sexual. Fue a través de una conocida que Yuri llega a la Zona Roja. En la actualidad, ella trabaja en casas particulares y realiza el trabajo sexual de manera menos cotidiana. Semanalmente, ella atiende a 5 clientes que son fijos y conocidos de ella. Al igual que Aurora, Yuri nunca trabajó en pensiones o salas de masaje. Varios de sus clientes son atendidos en sus respectivas casas y esto posee un costo entre 10mil a 20mil colones. Familiarmente, Yuri no posee responsabilidades económicas y disfruta de asistir a La Sala y colaborar con las mujeres en las distintas actividades.

Lulú es una mujer trabajadora del sexo retirada, tiene ya 3 años de estar fuera de la zona. Sin embargo, tuvo una larga experiencia – desde los 14 años – y siempre se mantuvo frente al mercado Borbón. Nunca le gustó trabajar en pensiones o locales, en especial por la libertad que representaba ser su propia jefa. Lulú acostumbraba a venir todos los días, día y noche. Lulú ya no cuenta con familiares que dependan económicamente de ella, lo cual

representa una preocupación menos en su vida. En veces me he vuelto a topar a Lulú, vendiendo calcomanías por la zona.

Sharon tiene 42 años de edad. Su experiencia en el trabajo sexual es corta, cuenta con 3 años de estar en la zona. Para Sharon, encontrar trabajo en otra área ha sido una tarea difícil. Fue a través de una amistad, una mujer de "ambiente" que Sharon se fue introduciendo y en la actualidad este trabajo es permanente y representa su principal entrada económica. A diferencia de las otras mujeres, Sharon todavía no tiene clientes fijos, pero igual viene a la zona todos los días, en especial de 10 de la mañana a 4 de la tarde. Familiarmente, Sharon todavía es responsable de su hijo.

Vanesa es una mujer trabajadora del sexo que vivió su niñez en la zona sur del país. Realizó el trabajo sexual en distintos locales durante 32 años. En la actualidad, Vanesa cuenta con clientes fijos que la llaman y esta es la modalidad que prefiere. A diferencia de las otras mujeres, Vanesa cobra casi los 20mil colones, a diferencia de cuándo trabajaba en locales y los jefes eran los que establecían el precio. Vanesa dice "En cambio ahora yo cobro lo que me da la gana".

Sharid es la mujer trabajadora del sexo más joven que participó en la investigación. Su niñez transcurrió en Upala y estuvo fuertemente marcada por distintos tipos de abuso sexual por parte de su padrastro. Fue a la edad de 9 años que llegó a San José y desde entonces vive su vida en Tibás. El consumo de drogas la afectó por mucho tiempo, más ahora se encuentra fuera de ellas. Inició su trabajo sexual en *night clubs* como bailarina, y en pensiones; ya tiene entre 15 a 18 años de estar en el campo. En la actualidad Sharid ha dejado el trabajo sexual, más hubo una época en que trabajaba todos los días de la semana frente al mercado Borbón.

La zona roja, una descripción etnográfica

Debido a que metodológicamente la investigación se ha encaminado por la etnografía, en el siguiente apartado quisiera ilustrar, a partir de la observación, la Zona Roja de la ciudad de San José.

Me bajo del bus (barrio La Cruz en un inicio, barrio Escalante en otro) frente al Correo. Esa plaza se encuentra siempre habitada, llena de personas que se movilizan, o que se sientan a pasar el rato, están los que predican, las y los que venden lotería o tarjetas telefónicas. Sigo caminando por la avenida 3, camino hacia abajo, al menos esa es la sensación espacial que da. Paso a la par de las y los vendedores de verduras, 5 aguacates por 500. Claro, esto solo temprano, cuando vengo de regreso están más caros. Chile dulce, manzanas, culantro, apio, limones. No puedo dejar de notar que estas personas no se encuentran siempre, o tienen su mercadería casi en la mano, a la espera de la policía municipal. En otros momentos, he llegado a ver lo que pasa después de una reciente redada, donde las y los vendedores se quedan sin sus productos, y algunas verduras quedan tiradas en las calles.

Sigo caminando, tiendas de ropa americana, ventas de zapatos, una tienda particular de venta de confites y demás artículos de fiestas. En la esquina doblo a la derecha, camino por la calle 6. Al inicio de la calle pareciera una calle más de la ciudad. Sin embargo, conforme me acerco a la mitad de la calle veo a mi izquierda varios locales donde en sus afueras reconozco a algunas mujeres, mujeres trabajadoras del sexo. El primer local es la pensión Lillian, un lugar donde las mujeres se encuentran esperando a los clientes. En la entrada hay una especie de biombo, hábilmente situado para que las y los mirones no puedan ver lo que pasa adentro. Sin embargo, hay un pequeño margen y la presencia de una

mujer que de cierta forma incita a la mirada a entrar. Seguido de la Lillian se encuentra La Maison, pensión bastante particular que se encuentra en un segundo piso, y su acceso son simplemente unas gradas, sin ningún nombre ni letrero. El nombre lo conocí a través de una de las mujeres de la zona. Seguido de la Maison, se encuentra el bar Vergel, lugar importante de la zona donde se realiza el encuentro entre mujeres y clientes. Después de tomarse unos tragos, ambos se dirigen a alguna de las pensiones que se ubican alrededor. Por último se encuentra la Portuguesa, otra pensión. Afuera de esta línea de locales dedicados al trabajo sexual, hay mucho movimiento. Muchos hombres que entran y salen, mujeres que se colocan en las afueras, las y los transeúntes que no evitan mirar.

Paso este primer acercamiento a la Zona Roja de la ciudad. Sigo caminando por la calle 6, veo algunos comercios dedicados a las máquinas de apostar, otra tienda de ropa americana, venta de muebles y mochilas. Por los alrededores, las casas de empeños son bien comunes, por lo que su presencia en esta calle no sorprende; bicis, celulares, electrodomésticos. Ahora cruzo a mi izquierda, sobre la avenida 5. Un primer local que llama mi atención es el bar Vikingo, el cual se encuentra abierto desde temprano, con música a todo volumen. A la izquierda hay una gran venta de bicicletas. A su lado se halla un local de repuestos en general y varios locales vacíos. También de ese lado de la avenida, se hallan dos bares frecuentados por personas que viven en la calle. Sobre esta avenida se encuentra la Asociación La Sala. Su fachada es bastante discreta, bajo un segundo piso de la antigua CanadaDry. Posee unas verjas rojas grandes que cada mañana se levantan y bajan para abrir sus puertas a las mujeres trabajadoras del sexo de la zona. Es curioso ver que a dos locales de la Sala se encuentra una estación grande de policía. Al frente de la estación se ve un mural de Munguía, un poco desteñido por el tiempo.

Terminando esta cuadra, tomo a la izquierda sobre la calle 8. Al inicio se encuentra una pequeña soda. Al lado, algo llama mi atención, un pequeño local llamado *Anticuario*, no creo que existan muchos de estos todavía. Seguido de esto se encuentra la pensión La Única, lugar utilizado por la mayoría de trabajadoras del sexo que se ubican en esta calle. Sobre esta se halla también el Hotel España, utilizado con menor frecuencia por las mujeres. Algunas se encuentran sentadas, otras de pie, otras cerca de las pensiones. Importante especificar que esta calle da a un costado del Mercado Borbón. Al lado izquierdo se pueden encontrar varias entradas al mercado, así como la venta de carnes, verduras, utensilios plásticos, alimento de animales, etc. Todavía en la misma cuadra, se halla el almacén Barguil, famoso por su venta de telas, botones, zíper, nylon, broches, ojetes, tapas de zapatos, hebillas, viniles, plásticos, manta, fieltro, piso de plástico, entre miles de cosas más. También hay un gran parqueo que une la calle 6 y 8. Se hallan también varios locales vacíos, dos casas de empeños, y un gran local de venta de sillas y muebles.

Este recorrido son apenas 3 cuadras, y según lo observado es el lugar en el que se ubica la mayor cantidad de mujeres trabajadoras del sexo. En las calles aledañas se pueden encontrar otros bares y hoteles, sin embargo, la presencia de las mujeres en la calle es principalmente en la calle 6 y 8, y es también donde se ubican aglomerados distintos locales relacionados con el trabajo sexual. Este primer acercamiento a la zona, me hizo reflexionar sobre qué otras calles o avenidas eran consideradas parte de la simbólicamente llamada Zona Roja. Debido a esto, el siguiente apartado trata sobre los límites o fronteras simbólicas construidas sobre la Zona Roja.

Límites simbólicos de la Zona Roja[19]

"La zona roja original es ésta, la legítima"

Mujer trabajadora del sexo, 2012

El espacio de estudio de la presente investigación cuenta con una delimitación espacial simbólica, es decir, la Zona Roja como una construcción social e histórica del lugar ocupado por mujeres trabajadoras del sexo en la ciudad de San José. El simbolismo, según Valera (1996), es una propiedad inherente a la percepción de los espacios, donde el significado puede derivar de las características físico-estructurales, de la funcionalidad ligada a las prácticas sociales que en éstos se desarrollan o de las interacciones simbólicas entre los sujetos que ocupan dicho espacio. De esta forma, al pensar que el trabajo de campo se desarrolla en un espacio como este, donde lo simbólico es inherente, surgieron diversas interrogantes sobre ¿cuál es esta Zona Roja?, ¿de dónde a dónde se encuentra?, ¿cuáles son sus límites y puntos de referencia? A partir de esto se realizaron pequeñas entrevistas, dónde se les preguntó a las diez mujeres que forman parte del estudio por la conocida Zona Roja. Estas preguntas se realizaron al inicio del trabajo de campo para así contar con una delimitación espacial por parte de las miradas de las mujeres y ver el simbolismo que se iba dotando al espacio estudiado.

Las respuestas fueron diversas y denotaron la gran variedad de puntos, usos y referencias que limitan la zona. También se realizó el mismo ejercicio de pequeñas entrevistas con cinco personas que frecuentan o trabajan en el Mercado Borbón. Esto se hizo con el objetivo de contar con distintas miradas y límites sobre la Zona Roja. Además,

[19] El ejercicio que se propone en el siguiente apartado posee como antecedente metodológico la investigación "Vivencias callejeras y encuentros en la ciudad", realizada por Adriana Sánchez, Laura Paniagua y Mónica Brenes en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica. En este proyecto participé como asistente de investigación.

se considera muy importante que las voces que vienen a definir cuál es esta Zona Roja sean aquellas que representan a sujetos y sujetas que poseen una vivencia del espacio a partir de su trabajo y la misma socialización que ofrece o permite este espacio. Las mujeres, así como las y los trabajadores del mercado representan habitantes de la Zona que poseen una mirada y un habitar específico que se relaciona directamente con el espacio, donde el trabajo y el lugar se definen mutuamente. Estos criterios definieron por lo tanto la selección de las y los informantes de las pequeñas entrevistas.

En un primer momento analizaremos las respuestas de las mujeres trabajadoras del sexo. Un primer lugar importante que aparece en repetidas ocasiones como punto de referencia para limitar la Zona Roja es la Asociación La Sala. Esta se encuentra ubicada en la Avenida 5, calle 6 y 8; y se ubica en el piso inferior del antiguo edificio de la Canada Dry. La Sala es un espacio para las mujeres trabajadoras del sexo dónde ellas comparten, descansan, reciben información, realizan consultas y obtienen la referencia para derivaciones a otros servicios de salud. Como vemos, esta asociación se encuentra presente en la vida de muchas de las mujeres que trabajan en la Zona Roja y según datos de la misma asociación, se encuentran aproximadamente 400 mujeres trabajadoras del sexo en el área. En el objetivo de indagar sobre lo simbólico, aquello que se nombra como Zona Roja pero que no es más que una construcción social, La Sala se constituye así como un referente importante en la configuración espacial de estas mujeres, ofreciendo pistas sobre la relación que ha establecido La Sala con las mujeres. En un primer momento se puede apreciar el éxito que ha tenido como espacio para las mujeres y como punto de encuentro, estableciéndose así como referencia espacial para determinar la delimitación de la Zona Roja.

Fotografía N° 1: Asociación La Sala

Fuente: Fotografía tomada por Mariana Rojas Mora (2012)

Algunas de las respuestas de las mujeres entrevistadas fueron las siguientes: -500 mts a la redonda de La Sala. -300 mts a la derecha de la Sala (al este) hasta la Coca Cola. -Por el paso de la Vaca, dos cuadras a la redonda de La Sala. A continuación se muestra un mapa donde se ubica la Asociación La Sala, así como las distintas delimitaciones elaboradas por las mujeres.

Mapa N° 2: La Zona Roja para las mujeres trabajadoras del sexo

Fuente: Elaboración propia a partir de openstreetmap.org

Otros puntos importantes de la ciudad que surgieron como referencias fueron el mercado de la Coca Cola y el mercado Paso de la Vaca. Ambos establecimientos se encuentran en partes de la ciudad de San José que no han recibido la misma inversión y planificación por parte del gobierno local. El caso del mercado del Paso de la Vaca es aún más crítico, puesto que se construyó con el objetivo de dotar de un espacio físico a vendedores(as) ambulantes, mas su éxito fue efímero ya que actualmente se encuentra abandonado. También resulta interesante comparar estos espacios populares de venta de comidas, granos, verduras, entre otros productos. Por ejemplo, el Mercado Central posee una ubicación que determina de manera importante sus usuarias(os) y la inversión realizada en él. Este se ubica en plena Avenida Central y cuenta con una gran venta de artesanías y *souvenirs* debido al público turista que lo visita. Este contraste es importante de realizar puesto que denota los intereses económicos en relación a la inversión y mantenimiento de un mercado que se dirige de manera directa a un turismo urbano. El mercado de la Coca Cola representa un espacio popular, de poca inversión por parte de la municipalidad, convirtiéndose también en un referente espacial de una zona de la ciudad de San José que se ha caracterizado por su marginalización y pobreza.

Existen también límites espaciales que hacen referencia a otros sitios importantes de la zona. Por ejemplo, la presencia del cine Líbano – antiguo punto de encuentro social – en las indicaciones de las mujeres trabajadoras del sexo revela la importancia histórica que posee este edificio en la memoria colectiva. A pesar de que en la actualidad el edificio es un taller de televisores y ha perdido su esplendor, este continúa anclado en la vida de la ciudad. También aparecen referencias a centros privados tales como La Cueva (casa de

empeños y ventas) y la antigua farmacia Fischel. Ambos locales se caracterizan por encontrarse en la zona desde hace décadas, la Cueva data de 1970.

Fotografía N°2: Antiguo Cine Líbano

Fuente: Fotografía tomada por Mariana Rojas Mora (2012)

Fotografía N°3: La Cueva

Fuente: Fotografía tomada por Mariana Rojas Mora (2012)

La prolongación en el tiempo de estos locales en la zona contribuyó a que estos formaran parte de una memoria histórica. Es importante subrayar la relación que se construye entre tiempo y ciudad; ya que edificios, locales y actividades que se mantienen en la historia y estética de la ciudad hacen de ellos una referencia importante de la ciudad y su distribución espacial. Como señala Jodelet (2010), estos espacios y sitios nos dan acceso a sucesos del pasado. Teniendo esto presente, las relaciones sociales se inscriben en el tiempo, y los sucesos de la vida cotidiana se desarrollan con cierta duración y tienen su periodicidad, por lo que la referencia a estos sitios del pasado se inmiscuye en una cotidianidad y en el presente de las y los habitantes de la ciudad.

Otros límites establecidos por las mujeres para definir la Zona Roja fueron las paradas de autobuses, entre ellas las de León XIII y las de Guanacaste. La referencia a las paradas nos permite relacionar el desplazamiento en la ciudad y los límites subjetivos. El movimiento en la ciudad forma parte de la cotidianidad de las personas, como lo veremos en el siguiente capítulo. Los autobuses son utilizados para cumplir con un aspecto básico de la vida en la ciudad y además de esto, forman parte de las direcciones que se dan en la misma. De esta forma, cumplen con aspectos vitales de la ciudad, no sólo al proporcionar el desplazamiento, sino también al convertirse en puntos de dirección y ubicación.

Fotografía N°4: Paradas de León XIII, calle 6

Fuente: Fotografía tomada por Mariana Rojas Mora (2012)

Otro aspecto interesante que surgió durante las entrevistas cortas fue la ubicación de *otras* zonas rojas en San José. De esta forma, se establecieron tres zonas rojas más. Una primera fue ubicada al sur del Parque de La Merced, y como punto de referencia se dio el *night club* Montecarlo. La segunda zona roja se sitúa por el Parque Central, y aquí también

se dio un *night club* como referencia, Las Arcadas. Una tercera zona roja se halla por el mercado de la Coca Cola, y como referencias se encuentran los distintos bares, entre ellos el Barco del Amor.

Mapa N°3: Otras Zonas Rojas en San José

Fuente: Elaboración propia a partir de openstreetmap.org

Es interesante analizar que las distintas referencias espaciales se dan en relación a espacios públicos conocidos de la ciudad, ya sea el Parque Central, el Parque La Merced o el Mercado de la Coca Cola. Esto resulta clave para comprender los tejidos urbanos que se construyen, así como sus usos y miradas sobre la ciudad. Según Vergara (2006), los parques se utilizan en un tiempo que interrumpe las actividades citadinas ordinarias (del desplazamiento instrumental), con una delimitación espacial interna distinguible que especializa las áreas; está dentro de la ciudad, pero quiere ser otro, enfatiza la convivencia, los valores de acceso igualitario y la expresividad estética, de actividad cultural intensa centrada en el cuerpo y la sociabilidad. Su condición abierta y extensa lo opone físicamente

a la calle, y por extensión su ritmo, su velocidad o quietud, su falta de imperativos físicos signan su especificidad (pp. 153). Bajo esta idea de parque, la presencia y permanencia de las mujeres trabajadoras del sexo en el Parque Central, así como en el Parque La Merced nos ofrece pistas sobre las distintas dinámicas sociales que se construyen en estos espacios urbanos. En la actualidad, la presencia de mujeres en el Parque Central ha disminuido, a diferencia del Parque de La Merced donde las mujeres se encuentran y han establecido territorios de trabajo. Ahora, si el parque en la ciudad representa un espacio donde el tiempo urbano, instrumental y rápido se desacelera, y donde se genera una dinámica del *estar*[20]; ¿cómo es que se construye una relación, donde las mujeres trabajadoras del sexo ofrecen sus servicios y los hombres andan mirando y buscando los mismos? Aquí se introduce un tema complejo donde la relación público-privado se entrelaza en un espacio como el parque. Este binomio que entrecruza características lo vemos también en el trabajo sexual en la calle, como representarían aquellas mujeres que se ubican en los alrededores del Mercado Borbón. El trabajo sexual ofrecido en estos espacios públicos, a diferencia de aquel trabajo de *night clubs*, pensiones o salas de masaje, irrumpe con una idea de lo público como aquello permitido a la mirada pública, y las prácticas que se pueden realizar en estos contextos.

Para Vergara (2006), en el parque se construye una transmutación de la relación público-privado, ya que éste posibilita que el cuerpo expuesto en público sea más parecido al del ámbito privado: se le descuida un poco en su presentación, y se le expone en sus malestares o alegrías. El parque se construye así como un espacio de socialización, convivencia y habitar donde las mujeres trabajadoras del sexo ofrecen sus servicios. De esta

[20] Como señala Vergara (2006), ese *dejarse estar* en un parque pertenece a esas prácticas urbanas gratuitas y sin sentido, donde los límites del tiempo y del espacio requieren menor definición, como tiempo a invertir y como ruta a recorrer.

forma, la referencia a estos espacios resulta primordial a la hora de entender no sólo la limitación subjetiva de las llamadas zonas rojas, sino también la dinámica socio espacial que se construye alrededor de los espacios públicos. A la referencia de parques y mercados, se añaden otros puntos directamente relacionados con el trabajo sexual como lo son los *night clubs* y algunos bares.

Es importante señalar que algunos de estos límites y ubicaciones de zonas rojas se traslapan entre sí. Por ejemplo, algunas de las mujeres entrevistadas señalaban el mercado de la Coca Cola como límite oeste de la "legítima" zona roja, y no se consideraba como una zona roja aparte o distinta. Otras señalaban una única zona roja al sur de la ciudad, donde agruparían todos aquellos *nights clubs* y bares que se ubican entre el Parque Central y el Parque de La Merced. Lo que esto demuestra es la gran diversidad de puntos y de cartografías mentales donde las mujeres ubican a otras mujeres y al trabajo sexual en la ciudad de San José. A pesar de esto, en distintas ocasiones las mujeres entrevistadas señalaron que la "verdadera" y "legítima" zona roja es la que se ubica por el Mercado Borbón[21].

Fotografía N°5: Parque Central

Fuente: Fotografía Mariana Rojas Mora (2012)

Fotografía N° 6: Parque de La Merced

Fuente: Fotografía Mariana Rojas Mora (2012)

[21] Habría que analizar si las mujeres que trabajan en estas otras zonas rojas consideran también que la legítima es la del Mercado Borbón, idea para complementar en otro momento la presente investigación.

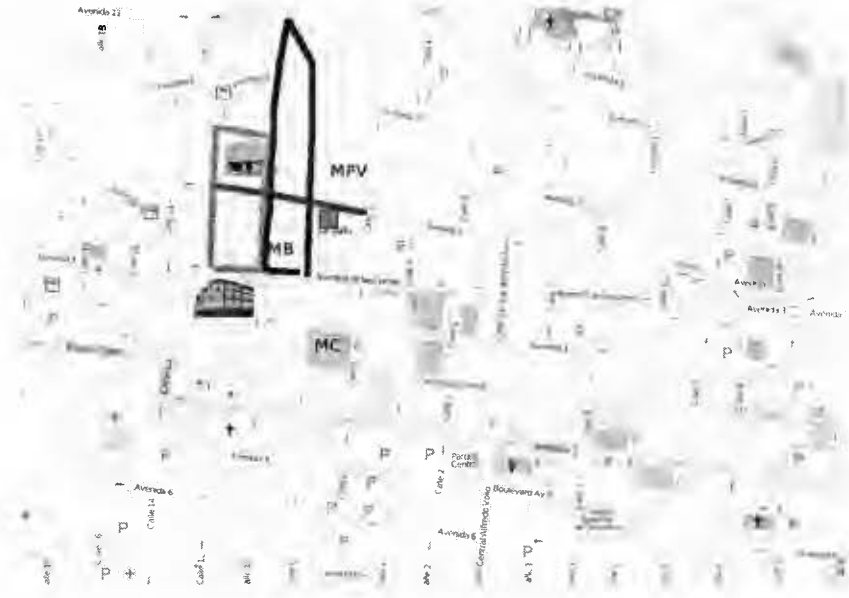
Las entrevistas cortas a trabajadores(as) y visitantes del Mercado Borbón coincidieron en algunas referencias con aquellas de las mujeres trabajadoras del sexo, por ejemplo el Mercado de la Coca Cola surgió como límite oeste de la Zona Roja. Un aspecto interesante es que en las distintas respuestas, el Mercado Borbón adquirió cierto tipo de centralidad al referirse a la distribución espacial de la zona. Un hombre joven que trabaja en el mercado respondió: "La Zona Roja va de la esquina norte del mercado, una cuadra y otra cuadra este". Otro hombre mayor que almorzaba en uno de las sodas del mercado afirmó: "Del cine Líbano, calle 10 y avenida 7. Del mercado Borbón 150 mts norte".

Ante la centralidad que adquiere el mercado para sus visitantes y trabajadores(as), así como La Sala para las mujeres, podemos afirmar que espacios que son frecuentados con regularidad se convierten en símbolos importantes dentro de la ubicación geográfica de las personas, es decir de su cartografía mental. Se podría argumentar que el hacer las entrevistas en dichos espacios influyó en la centralidad que se les otorga. Sin embargo, se considera que esto no es un proceso automático, sino que más bien revela importantes pistas sobre la dinámica que construye y recrea un espacio como el mercado o la Sala en la vida en la ciudad que poseen las personas entrevistadas. Es a partir de las vivencias y los encuentros que se dan en la ciudad, donde edificios o espacios públicos adquieren notoriedad e importancia en un imaginario colectivo, donde sirven además como referencias o puntos centrales de identificación en el espacio urbano.

Sobre los monumentos de la ciudad, Jodelet (2010) señala que estos dan un sentido de diferencia entre pasado y presente y ofrecen la imagen de lo que no se es más. Así, poseen un poder de recordación que viene de su fuerza de representación de una época pasada. Señala también la autora que las y los habitantes pueden reconocerse y definirse a

través de su medio; por su carácter relacional, que brinda la posibilidad de leer la relación que los habitantes establecen entre sí; y por su carácter histórico, que permite encontrar las huellas del pasado, el eco del tiempo vivido en ella (2010:82). En este sentido, las referencias a importantes edificios de la ciudad – como la Botica Solera – para delimitar la Zona Roja, nos explica el peso que tuvo y tiene todavía este emblemático edifico en la vida en la ciudad. Un hombre mayor que se encontraba en el mercado consideraba que la zona roja comprendía: "De la Avenida San Martín hasta la 5 avenida, y de calle 8 hasta la Botica Solera". A continuación se presenta un segundo mapa con las distintas delimitaciones de la Zona Roja por parte de las personas entrevistadas en el Mercado Borbón.

Mapa N° 4: La Zona Roja para trabajadores (as) y visitantes del Mercado Borbón



Fuente: Elaboración propia a partir de openstreetmap.org

Así como el cine Líbano, la Botica Solera, representa una grande edificación que ha sido incorporada a la memoria histórica de la ciudad, y con esto ambos edificios han pasado a ser patrimonios históricos y arquitectónicos. La Botica Solera se encuentra en la avenida 11, entre calles 8 y 10, en Barrio México y fue construida en la década de 1930. En la

actualidad, la Municipalidad de San José está encargada de su restauración y posee como proyecto convertirla en una Casa de la Cultura, esto en coordinación con la comunidad organizada de Barrio México. A partir de esto, es interesante rescatar la vinculación entre memoria histórica de la ciudad y la vivencia de la misma, pues el patrimonio se manifiesta en las direcciones y se constituye como símbolo dentro de una vivencia urbana.

****

La ciudad de San José y en particular la Zona Roja, contienen múltiples símbolos, vivencias, intercambios, contradicciones y memoria colectiva. Este primer trabajo de campo permitió adentrarse en un sector de la ciudad marginalizado de las políticas del gobierno local, no sólo en relación a la planificación urbana sino también de la inversión económica. Este espacio marginalizado de la ciudad se caracteriza por una alta pobreza. Wacquant (2006) llama a este fenómeno la marginalidad urbana avanzada, y señala que esta no es el resultado de un atraso económico, ni de una falta de crecimiento económico, sino que por el contrario es el resultado del crecimiento económico desigual e inequitativo que trae consigo una inmensa regresión para los sectores más precarios. Esta situación describe lo que sucede en los alrededores del mercado Borbón, así como en general la Zona Roja de San José. Estos aspectos macro sociales inciden en la manera subjetiva de vivir y habitar la ciudad.

Es en este contexto, donde los primeros intercambios con las mujeres trabajadoras del sexo, así como con trabajadores(as) y visitantes del mercado Borbón, evidenciaron una delimitación de la Zona Roja que se relaciona con los centros privados, edificios, parques y paradas de la ciudad. Es decir, con los distintos elementos que conforman el espacio urbano y por lo tanto que se relacionan con los aspectos macro sociales que se discutieron

anteriormente. En este ejercicio, las mujeres trabajadoras del sexo compartieron puntos de referencia, tales como los bares y pensiones. Las personas que laboran o visitan el mercado hicieron referencia principalmente a edificios históricos de la ciudad, tales como la Botica Solera o el Cine Líbano. Un aspecto fundamental de la diferenciación de límites y referencias entre ambos grupos sociales, hace alusión a condiciones de vida dónde la opción laboral ha sido más amplia en unos casos y menos en otros, y dónde la situación de ser mujer ha sido vivida de manera aún más marginalizada y violentada.

Los límites subjetivos que surgieron en las pequeñas entrevistas, mostraron que estos se construyen en relación con la manera de usar la ciudad, la regularidad con que se habitan ciertos espacios, el desplazamiento que se realiza, y la memoria histórica colectiva con que se cuenta. Esto muestra la complejidad del análisis sobre la ciudad, así como la intervención de múltiples factores cotidianos que se inmiscuyen en la forma en que pensamos el espacio urbano, sus direcciones, sus límites y en general, la cartografía de la ciudad.

IV. Las cotidianidades en la vida de las trabajadoras del sexo

La vida cotidiana representa un enfoque fundamental en la presente investigación. Es a través de esta mirada que se pretende dar una imagen y una geografía de aquellas vivencias que las mujeres trabajadoras del sexo realizan sobre la ciudad de San José. Lograr adentrarse en dicha cotidianidad permite contar con una visión de mundo, de símbolos y significaciones, de relaciones sociales en y por el espacio, de otredades y de imaginarios sociales, en una población dónde dicho eje ha sido poco explorado.

En este sentido, en un primer momento se analizarán aquellas percepciones y prácticas que poseen las mujeres sobre la ciudad, en especial aquellas actividades cotidianas que realizan, el transporte que utilizan, el uso de parques de la ciudad y la participación en los distintos eventos culturales que se realizan en San José centro. Este acercamiento pretende dar la imagen cotidiana, por lo cual se analizan las motivaciones y las significaciones que atribuyen las mujeres a los momentos diarios de sus vidas en la ciudad.

En un segundo momento se analiza el tiempo, los recorridos y el caminar en la ciudad. En dicho apartado se desea analizar la relación que se establece entre la temporalidad y el espacio, comprendiendo ambos factores como constitutivos de la vida cotidiana de las personas. Además, se evidencia cómo el uso del tiempo se ve marcado por una diferenciación de género, dónde prevalecen actividades adjudicadas históricamente a las mujeres o a los hombres, y dónde la gestión del tiempo se ve repartida de manera distinta. Teniendo estos aspectos en consideración, se analiza la forma que adquiere la temporalidad en la vida diaria de las mujeres, iniciando con el trabajo sexual como una actividad que se realiza en un dónde y un cuándo. Estos aspectos se ven relacionados con

las características no sólo de la población de las trabajadoras del sexo, sino también con las condiciones de la zona. También se estudian los recorridos como formas de rupturas de las rutinas, dónde se puede ver la centralidad que adquiere el trabajo en dichos recorridos, así como las motivaciones y gustos por la acción del recorrido. El caminar se presenta para las mujeres como una actividad de mucho gusto, dónde su práctica puede representar pequeñas rupturas de sus rutinas.

La otredad en la ciudad es abordada en el tercer apartado, dónde se analiza la figura de la otra y el otro como figuras tras las cuales se construyen imaginarios, interacciones, y en general, socialización en la ciudad. Se aborda con especial énfasis la otredad vivida desde las mujeres trabajadoras del sexo, donde en un primer plano ellas son consideradas esa gran Otra. Las miradas y los comentarios son analizados como formas que conllevan a distintas prácticas de estigma y discriminación. También se estudian las reacciones de las mujeres ante dicho trato. De esta forma, se pretende construir a partir de la vivencia de estas mujeres, la forma que adquiere la otredad en un grupo social como las trabajadoras del sexo, con las distintas prácticas y retóricas que contrae esta dinámica en la ciudad.

Prácticas y percepciones en el espacio

En el contexto de la vida cotidiana, las percepciones adquieren un significado importante. Se decide utilizar este concepto y no el de representación social debido al bagaje teórico que existe en las corrientes que forman parte de la matriz teórica del problema de investigación. Cuando se habla de percepciones sobre el espacio urbano, se hace referencia a imágenes mentales y subjetivas que modifican las realidades objetivas

(Sábate *ét. al.* 1995: 288). El espacio cotidiano de las personas, y en particular el de las mujeres, está constituido por un conjunto de lugares y trayectos donde se construye una imagen personal. A pesar de que la percepción es una imagen individual que se basa en la cotidianidad, existen características comunes entre personas de un mismo grupo que influyen en la configuración de sus espacios subjetivos, tales como la edad, el estatus socioeconómico y la visión de roles de género.

Dentro de los estudios sobre percepciones existe una corriente teórica llamada geografía de la percepción, la cual rompe epistemológicamente con las concepciones clásicas del espacio. Esta muestra las importantes diferenciaciones entre las condiciones de un medio y las percepciones que las personas tienen de él. Esto se puso en evidencia cuando se comparaban los mapas mentales de las personas con la cartografía objetiva de los lugares. El espacio percibido es aquel que comprende las emociones, intenciones, valores y significados; es personal e histórico. Para Pérez (2004), la percepción y la relación con el espacio es determinada por las necesidades personales, la condición socioeconómica, la noción de territorialidad, el conocimiento de las normas e incluso la escala de movilidad (barrio, localidad, ciudad) (pp. 28)

Otro aspecto fundamental en la investigación son las prácticas espaciales, las cuales constituyen partes esenciales de la vida cotidiana, y se encuentran íntimamente relacionadas con las percepciones. Para Lucía Barragán (2010), el espacio y la espacialidad refieren entonces al "lugar practicado" que se actualiza, simboliza y apropia por las proximidades, prácticas y conflictos que en él realizamos las personas, siempre de un todos nosotros, siempre de experiencias personales.

> Al ser simbólicos, los referimos las más de las veces a la rutina que en ellos se despliega, o a nuestras experiencias individuales; por tanto, tantos espacios como experiencias espaciales... La espacialidad es de esta manera el despliegue de nuestra individualidad, pero también el encuentro con otras individualidades, y el efecto que produce es lo cotidiano (Barragán, 2010:416)

De esta forma, el espacio en tanto lugar de despliegue de individualidades y de prácticas constituye sociológicamente un campo de análisis de la cotidianidad en la ciudad. En esta podemos revelar las distintas experiencias, historias de vida, percepciones y prácticas que se construyen a lo largo de las calles y avenidas. Michel DeCerteau (1996), profundiza también sobre "las maneras de hacer" de las personas: "estas maneras de hacer constituyen las mil prácticas a través de las cuales los usuarios se reapropian del espacio organizado por los técnicos de la producción sociocultural (pp. XLIV). Estas prácticas, "tácticas" y estrategias que se realizan en la cotidianidad configuran aspectos no sólo subjetivos, sino también políticos. Barragán (2010) señala que para entender las prácticas, es necesario considerar que el uso de espacios públicos y de cualquier "espacio" refiere a una apropiación de los mismos. Algunas prácticas que se pueden analizar a partir del uso del espacio público son: el desplazamiento hacia el lugar, la especificidad del sitio frecuentado y la actividad realizada en él. Por lo tanto, las prácticas cotidianas espaciales, refieren a las maneras de utilizar un lugar a escala de lo cotidiano (2010:419).

Otra autora que – como vimos anteriormente – ha analizado el espacio y sus prácticas es Alicia Lindón. Para ella, en el hacer cotidiano las prácticas conjugan varios planos analizables: si la actividad es individual o colectiva, el radio de acción, o los perímetros en los que la actividad se realiza:

> (...) las prácticas pueden desplegarse en un radio de acción de diversa extensión, hay que considerar si se trata de actividades que implican atravesar el espacio público, circular en él, o si por el contrario, son prácticas que se definen a través de la permanencia en ciertos lugares del espacio público (Lindón en Barragán, 2010:419).

Un aspecto importante a la hora de analizar las prácticas espaciales y su significación es la temporalidad, ya que estas pueden ser temporales o permanentes, breves y prolongadas, pueden pertenecer al pasado, al presente. De esta forma, comprender las prácticas que se construyen en la cotidianidad va más allá de la simple práctica, puesto que la temporalidad permea la historia y la configuración de dicha práctica.

Las prácticas son un componente muy importante que configura la cotidianidad de las mujeres en el espacio urbano, son determinantes de la forma en la que ellas se desenvuelven y habitan la ciudad. Como vemos, las percepciones y las prácticas que se construyen en el espacio urbano constituyen y son parte fundamental de la cotidianidad de las mujeres, y en este caso de las mujeres trabajadoras del sexo.

Fotografía N° 7: Mujeres en calle 8

Fuente: Fotografía tomada por Flor (2012).

Prácticas rutinarias

La vida cotidiana de las mujeres transcurre entre varias prácticas, que van desde la rutina del trabajo sexual, hasta las compras o actividades de esparcimiento. Al preguntarles a las mujeres la razón y los usos que hacen de la ciudad de San José, la actividad económica de su trabajo resultó ser el principal motivo. Como bien ejemplifica Laura, "Diay sí, casi que sólo vengo a trabajar". La centralidad que adquiere el trabajo en la vida diaria es analizada a través de los enfoques de la micro sociología. Flor también señalaba "Y después, que yo trabajo, soy trabajadora del sexo. Entonces a eso vengo yo". El trabajo sexual adquiere su importancia debido a la cantidad de horas que se invierten diariamente en él, además de ser una de las prácticas cotidianas más rutinarias y de necesidad económica.[22]

Otra actividad importante que transcurre en la cotidianidad de las mujeres son las compras. Sin embargo, hay que distinguir entre aquellas compras que se relacionan con la adquisición de alimentos, y aquellas que se refieren a la acción de mirar. Esta última muy recurrente en la vida urbana, dónde el consumo y la objetivación forman parte de la vivencia en la ciudad. Salvador (2000) señala que la vida cotidiana ha sido colonizada por el consumo, provocando así que las interacciones, la socialidad y la alteridad se viven con el objeto de consumo. Las mujeres trabajadoras del sexo no escapan a esta dinámica, pues el deseo de consumo se ve reflejado en la práctica espacial del mirar ventanas, acción que concluye en el mismo acto ya que el ingreso económico de estas mujeres es reducido. Al respecto, Angélica comenta

> Bueno, aparte de venir al proyecto La Sala, vengo y voy al mercado, voy a las tiendas. Voy al Mercado Central o al Mercado Borbón. Voy mucho a la Coca Cola. Me gusta ir

[22] Sobre la centralidad del trabajo ver segundo apartado del presente capítulo.

a las tiendas a ver precios, estar informada de cuánto están las cosas, la mercadería, tanto de comida como de la ropa y los zapatos. Y me gusta andar viendo a ver si hay ofertas. Siempre ando viendo a ver qué hay de barato y también viendo opciones de trabajo, como si fuera a bretear[23], verdad (de forma sarcástica).

El aspecto que diferencia la vivencia del consumo en este grupo social es el uso cotidiano y constante de los mercados. Los diferentes análisis sobre la sociedad de consumo dejan de lado estos espacios más tradicionales y populares, dónde el objeto de consumo no es el mismo que el que se puede encontrar en los bulevares de las ciudades. La diferencia radica no sólo en el espacio dónde se construye este deseo, sino también en las características del mismo consumo ya que – como señala Angélica – se busca lo barato y se compara precios. Esta forma de consumo representa la condición de clase de las mujeres, donde aspectos como el precio y el lugar de compras son ejes transversales de la actividad de consumo.

Fotografía N° 8: Tiendas Comerciales

Fuente: Fotografía tomada por Yazmín (2012)

[23] *Bretear* es un costarriqueñismo que hace alusión a trabajar.

La importancia que posee el Mercado Borbón en la cotidianidad de las mujeres, es también revelada en la práctica cotidiana de compras que se realiza en él. Los precios baratos y la cercanía que tiene con su lugar de trabajo son aspectos importantes que inciden en su uso y preferencia. En relación a esto, Yazmín comparaba los precios del mercado con aquellos del lugar dónde vive: "No, si me gusta ir al... me gusta comprar en el Borbón. Si porque es más cómodo que allá en Alajuela". Aurora comentaba también "Sí, a veces yo voy a hacer comprillas. A comprar verdurerillas, o comprar un pedacito de carne, lo que sea para mandarle a mi familia". Este último aspecto narrado por Aurora denota las características que poseen las compras del diario, dónde la temporalidad de las compras se ve mediada por las condiciones económicas. Es decir, las mujeres no compran sus alimentos cada quince días o semanalmente como es característico en ciertas clases sociales, sino que es en el diario vivir. Sumado a esto, las mujeres ejercen cotidianamente el trabajo sexual, lo que permite hacer un uso cotidiano del mercado. La experiencia de Flor ejemplifica lo anterior,

> Sí a comprar o así, pero eso diay como yo todos los días casi vengo. Entonces yo llevo la comida y así, bueno lo que haya faltando en la casa lo voy llevando, mami.

Otra práctica habitual para las mujeres se relaciona con el poseer otros trabajos, como por ejemplo la venta de rifas[24]. Lo interesante de recalcar es que este trabajo comparte ciertas condiciones con el trabajo sexual. Por ejemplo, el uso del espacio público como lugar para su realización es fundamental, la movilidad que representa, el contacto con personas de la zona, y la constancia que implica la venta en permanecer en este espacio de la ciudad.

[24] La venta de rifas es una práctica común que se identifica en el sector informal. Esta consiste en la venta de un talonario de números, dónde la persona que adquiere un número se juega la posibilidad de ganarse dinero en efectivo, mientras que la persona que vende las rifas se deja cierta cantidad del dinero total recaudado.

Vanesa señalaba "como yo vendo rifas, tengo que venir casi todos los días". Las rifas a las que se refieren estas mujeres – en su mayoría – poseen como premio dinero en efectivo. Aurora explica lo anterior,

> Rifas esas, digamos así que yo las vendo a 200 y me gano unos 10mil pesos. Pero diay uno se gana solo la plata de la rifa y una cochinada para uno. Porque diay a veces uno llega, uno deja fiado y a la hora de llegada nadie paga.

La realización de diversos trabajos es una estrategia de generar mayores ingresos, ante la reducida ganancia del trabajo sexual. Además, al ser este último poco estable en el sentido en que un día pueden tener varios clientes, pero otro no contar con ninguno, la venta de rifas o – como en otros casos las labores domésticas en sodas o casas – proporcionan un dinero extra que contribuye a suplir algunas de las necesidades de las mujeres. Estas dobles y hasta triples jornadas de trabajo son características de las condiciones económicas actuales, dónde las mujeres deben de trabajar ardua y constantemente, ya sea por su condición de clase o por su responsabilidad como jefa de hogar.

Otra práctica cotidiana de las mujeres entrevistadas es el uso y la participación en las distintas actividades que ofrece la Asociación La Sala. Para varias mujeres, esto se contempla como una práctica diaria, en la que algunas colaboran con la gestión de las mismas actividades de la asociación, o poseen un uso más externo como calentar comida, tomar café o conversar con otras mujeres. Flor comentaba "Bueno, yo vengo aquí a la Sala porque me gusta verdad, así compartir con las compañeras y todo". La ubicación de la asociación es también un aspecto importante, ya que por ejemplo el calentar el almuerzo – una práctica cotidiana – se torna accesible y cómodo.

Un aspecto interesante que surgió de las entrevistas con las mujeres, es la compañía o la soledad como medio para conocer, visitar y habitar la ciudad. En este sentido, la costumbre de contar con parientes, amistades o conocidos(as) para realizar la visita a parques, las compras al mercado, la participación en actividades culturales, entre otras prácticas urbanas, es heterogénea entre la mujeres que participan del estudio. Es decir, dependiendo de las actividades, las personas o los objetivos de la salida, las mujeres consideran necesaria o no la compañía de personas. Yazmín comentaba, "Si, por lo general vengo sola, siempre ando sola". Al preguntarle a Sharon por su participación en actividades en parques respondió, "Muchas veces he ido sola, sí, ¿por qué no?". La experiencia de Angélica continúa la línea: "Sola, siempre ando sola. O con mis amistades, con mis amigas compañeras del proyecto". Para Lulú,

> Después, me gusta salir a... me gusta mucho la soledad, me gusta mucho la soledad pero tengo excepción de personas, tengo mis amigos, y tengo mis amigas. De las cuales yo hablo y converso rato y me siento bien. Y no es que desprecie personas, pero yo las selecciono porque hay personas que son buena vibra, le da buena sombra a uno; y hay personas que lo que hacen a uno es que lo meten a uno en problemas, lo perjudican y todo eso, entonces yo tengo mi excepción de personas a las cuales yo busco para que me ayuden, o sea que me siento bien.

En el caso de Angélica y Lulú, el uso de compañía en sus visitas a San José se relaciona con la escogencia de buenas amistades. El tema de la soledad y compañía en el uso de la ciudad es interesante de analizar a partir de entrever las características que posee la relación entre las mujeres y el espacio urbano. Es decir, optar por la soledad o la compañía incide en las actividades que se deciden realizar, los usos, los comportamientos, las emociones, e

inclusive la seguridad. Podemos ver en las distintas narrativas de las mujeres, como hablar del tema de la soledad se comunica de una manera que deja cierta sensación de apropiación, dónde las mujeres no la consideran un problema, ni afecta su práctica cotidiana el realizarla de manera solitaria. Flor a veces viene sola, y a veces en compañía,

> Hay veces que vengo con mis hijos. Cuando están mis hijos y yo tengo que venir a comprar como decir, azúcar, café, manteca, que ya tengo que llevar así bastante, como una bolsa grande así, yo los traigo a ellos para que me ayuden. Si sí. Y que es bonito también, andar con la familia, compartir. Nosotros somos muy unidos. Lo que le pase a mami, a mi hermana, a los hijos de ella, o las hijas de ella, uno siempre está ahí.

Sin embargo, para Flor la cuestión de la compañía se relaciona de manera más directa con la necesidad de contar con la cooperación de sus hijos para realizar las compras. En general, para esta mujer la ciudad se vive a través de la soledad, ya que ella viene día a día a trabajar y hace poco uso de otros espacios. En relación a las emociones generadas por esta característica que acompaña las distintas prácticas urbanas, vemos que la vergüenza o inseguridad es síntoma de querer contar con personas en ciertas prácticas sobre la ciudad. Para Aurora, participar de actividades en parques debe de hacerse con alguna persona, "A no, sola yo no me animo. (¿Por qué?) No sé, me da verguencilla, soy sincera y se lo digo". El análisis de la vergüenza en la ciudad parte de una identificación de las mujeres como trabajadoras del sexo, que conlleva a prácticas discriminatorias y excluyentes por parte de las y los otros habitantes de la ciudad, y esto incide en la percepción y práctica que entonces ellas construyen en la ciudad.

Uso de parques

Las diferentes prácticas urbanas que se han venido exponiendo se relacionan con un uso práctico, y en algunos casos inclusive de necesidad. Sin embargo, las mujeres también construyen prácticas que poseen como objetivo la recreación, el uso de espacios públicos que propician socialización o entretenimiento. Al respecto, la lógica urbanista que se ha venido implementando en las distintas ciudades latinoamericanas, responde a un uso cada vez más limitado de lo público. La privatización de estos espacios, así como el impulso a la construcción de espacios de recreación privados como los Centros Comerciales o *Malls*, han ido transformando no sólo la fachada arquitectónica y espacial de la ciudad; sino también las prácticas cotidianas y con esto la socialización e interacción social. En esta dirección, interesaba analizar el uso de los parques de la ciudad de San José como una práctica recreativa en lo urbano. A partir de las entrevistas, vemos como la heterogeneidad es también aquí significativa; ya que así como existen mujeres que disfrutan y hacen referencia de los parques en la ciudad como parte de su cotidianidad, existen otras que no.

En este sentido, se analiza en tres niveles la experiencia del parque. Un primer nivel comprende la experiencia negativa o el no uso de estos, dónde se identifica en un primer momento la preferencia por los espacios privados como espacios recreativos, seguido del estigma que portan algunas de estas mujeres sobre su identidad como trabajadoras sexuales; y se analiza también la idea de la recreación como un momento fuera de lo cotidiano y externo a la ciudad. Un segundo nivel se caracteriza por ser intermedio, es decir, se presenta una percepción e ideal sobre el uso de los parques, pero esta se ve mediada por las condiciones económicas y de clase que poseen las mujeres. Un tercer nivel comprende las experiencias positivas del uso de los parques, dónde las mujeres reivindican las

interacciones que se dan, los usos terapéuticos de este espacio, la actividad de mirar a las y los otros, así como la exaltación a la naturaleza en medio de la ciudad. Se finaliza el apartado con el análisis del uso o no uso recreativo del parque La Merced, dónde vemos cómo se mezcla el trabajo sexual con las prácticas sobre la ciudad.

El primer nivel comprende entonces la experiencia negativa hacia la recreación en los parques como forma de habitar la ciudad por parte de las mujeres. La experiencia de Angélica se relaciona con esta nueva manera de vivir la ciudad, la que se concentra en el uso del espacio privado. Al preguntarle por la visita a parques o espacios públicos, ella comentó "Casi no, solo locales comerciales y tiendas". El atractivo recreacional se convierte así en una práctica de consumo, dónde el compartir o disfrutar de lo público es suplantado por una lógica donde el deseo es puesto en la adquisición de un poder adquisitivo para el consumo. Para Yazmín, hacer uso de los parques es visto como una actividad que realiza en familia y además en cercanía a su lugar de habitación. Al respecto, comentaba

> Vieras que no, yo no sé. Voy a los parques de Alajuela con la chiquita de mi hija, la nietilla que le gusta ir al parque a patinar, pero en Alajuela. Pero aquí no.

La motivación de esta mujer se ve relacionada con el placer de otra persona, en este caso su nieta. Pero para ella, el uso del parque como una práctica urbana recreacional no es visto como parte constitutiva de su vida cotidiana en la ciudad. En este sentido, Yazmín busca otras opciones que no hacen referencia a lo público como lugar de descanso y placer. Para Aurora la situación de no hacer uso de los parques se relaciona con un tema de estigma y discriminación. Veamos esto en las palabras de ella al preguntarle sobre si le gustaba o no asistir a los parques:

> No me gusta, soy sincera, no me gusta. (¿Por qué no le gusta?) No sé, no me llama mucho la atención. Digamos tal vez la gente lo ve a uno con mala cara, o con otra intención. Y a mí no me gustan esas cosas.

La mala cara a la que hace alusión Aurora tiene que ver con la identificación que pueden realizar otras personas de ella como trabajadora del sexo.

> Diay digamos que, digamos, usted se va a sentar al parque y yo me le quedo viendo y le digo "¿qué será? ¿Qué viene a hacer esta mujer aquí? ¿Será que viene a pulsearla[25] o viene a hacer...?" Entonces eso es lo que yo me refiero. Entonces no.

La vivencia de lo público para esta mujer se ve mediada por un sentimiento de estigma, dónde ella percibe que es juzgada a partir de una identificación de una cualidad o característica suya que es negativa ante las y los otros que la señalan. A pesar de que este tema se desarrolla más adelante, es importante señalarlo como un tropiezo o limitante en relación al uso recreacional de las mujeres, y por tanto la vivencia de lo público en la ciudad ya que se interpone en un uso libre y despreocupado del parque. Otra mujer que no experimenta un gusto por el uso de estos espacios es Vanesa,

> Casi que no me gusta andar en eso. Yo no soy mucho de ir a parques, de vez en cuando, casi que nunca. Pero de vez perdida por allá voy con mi esposo y nos vamos a pasear, y compramos comida.

La narrativa de Vanesa permite hacer distinción de la relación que establece entre los parques y la acción de *pasear*. Mientras que la práctica de asistir a los parques no es de gran interés, la actividad de pasear se convierte extraordinaria y se caracteriza por ser fuera

[25] *Pulsearla* es una forma expresiva que en este caso hace referencia a la búsqueda de clientes para el trabajo sexual.

de la ciudad. Sin embargo, para esta mujer el pasear se presenta como una forma recreativa asociada al uso de los parques. Esta diferenciación es importante de notar, ya que como vimos al inicio de la investigación, los parques poseen como objetivo propiciar dinámicas que motiven el uso recreacional dentro de una vida urbana ajetreada.

El segundo nivel identifica la motivación y el deseo de Laura por hacer uso de los parques, más su necesidad económica y por tanto su vida cotidiana no le permite hacer uso de los mismos. Al respecto, ella comentaba "Si me gusta, pero como yo vengo todos los días aquí (la Zona Roja) no salgo a esos lugares". En el caso de Laura, las condiciones económicas se interponen sobre su deseo y limitan por tanto las actividades sobre el espacio urbano que realiza a nivel lúdico o recreativo. A nivel de la investigación, se esperaba que esta vivencia fuera más compartida entre las mujeres debido a la condición de clase que poseen. Sin embargo, a partir de las entrevistas sólo el caso de Laura apuntó en esta dirección. En este sentido, las configuraciones que ha traído consigo las transformaciones sobre el espacio público son ejemplificadas en las narrativas de estas mujeres, donde lo público no motiva un uso recreacional y de esparcimiento.

El tercer nivel de análisis comprende la cara contraria a esta vivencia y es presentada por cuatro mujeres, Sharon, Lulú, Yuri y Sharid, para quienes hacer uso de los parques representa un momento de satisfacción y recreación en la vida en la ciudad. Sharid comentaba, "Ajá, de hecho es mi pasatiempo favorito, ir a los parques, conocer gente diferente". El hecho de interactuar con otras personas fue una cualidad importante que surgió en las narrativas de varias de las mujeres, al hacer referencia al uso de los parques. Para Yuri – quién visita la Plaza de la Cultura – el uso del parque representa además del interactuar, una terapia.

> Di porque muy bonito ahí. O sea, eso lo agarro como terapia, cuando yo me siento sola -porque hay veces me siento sola - entonces mi refugio es ahí. Y segundo lugar aquí que yo vengo y converso. Ya yo me siento digamos como nueva... Pues sí, porque uno va y viene, ve personas así diferentes. Sí me gusta.

El parque como un espacio que reúne a una diversidad de personas, resulta entonces un lugar donde Yuri se siente acompañada. Es curioso que la conglomeración de personas disminuya el sentimiento de soledad. Esa "renovación" que surge de la interacción con otras personas en la ciudad, así como la conversación y acompañamiento, resultan entonces aspectos que contribuyen a un disfrute del espacio público. Para Sharid, los parques cuentan con las siguientes cualidades,

> El parque Morazán me gusta porque es más tranquilo, es como más espacio de - no sé cómo te dijera - como de pensar, como de interactuar con la naturaleza, o sea, es más tranquilo. El parque España también me gusta mucho, porque como es más montañosillo, y eso me parece que estoy en el campo. O sea, interactúo mucho con la naturaleza, las aves, o sea algo muy lindo. Y el parque de la Merced me gusta ver a las personas en su va y viene, en su corre y corre como dice la gente. Entonces, es una cosa que siempre me ha gustado.

Un aspecto interesante de recalcar sobre este comentario de Sharid es la posición de mirar que se da en el estar. Es decir, las personas también disfrutan del estar en el parque al mirar a las y los otros en la ciudad, contrastando su espacio tranquilo con la vida ajetreada de las personas. La presencia de la naturaleza dentro del espacio gris que generalmente posee la ciudad es uno de los rasgos que se desea potenciar con el mantenimiento de los parques, y en San José existen varios espacios que poseen esta característica. El parque Nacional así

como el parque España son ejemplos de esta conservación verde que se desea establecer en la ciudad. Esto se diferencia radicalmente de otros espacios intervenidos urbanísticamente como la Plaza de la Cultura.

La historia de esta plaza es de larga data, y quizás lo más interesante de recalcar es el carácter privado que posee – información que poca persona conoce sobre dicho espacio. El Museo del Banco Central se encuentra debajo de dicha plaza y es administrado por la Fundación Museos del Banco Central[26]. Debido a esto, la fundación posee propiedad sobre la Plaza y la regulación sobre las distintas actividades que se realizan en ella. Para poder realizar encuentros artísticos, conciertos, ventas ambulantes, mitines políticos, etc., se debe de contar con los permisos respectivos del Museo. Además de este rasgo importante, la plaza arquitectónicamente no cuenta con vegetación, sus espacios para *estar* son regulados, y hasta monitoreados por cámaras de seguridad. A pesar de estos elementos hostiles, la plaza continúa siendo un punto de encuentro importante dentro de la ciudad y esto lo vemos reflejado en la experiencia de Yuri y Sharon.

En la experiencia de Sharon, vemos como el tema de la naturaleza surge de nuevo como una cualidad buscada en la ciudad, dónde el uso de las inmediaciones del Teatro Nacional – el cual colinda con la Plaza de la Cultura – posee como rasgo lo siguiente,

> Bueno, me gusta sentarme un rato, ver las palomas allá por el Teatro Nacional me quedo un rato. En sí me gusta mucho la naturaleza.

---

[26] Sobre la historia de dicha plaza y el acontecer político, económico y social que contextualizó su construcción y renovación, ver Low, Setha M. (2009). Cerrando y reabriendo el espacio público en la ciudad latinoamericana. Buenos Aires: Cuadernos de Antropología Social, núm. 30, pp. 17-38. Universidad de Buenos Aires, Argentina.
También para conocer sobre la organización y el reglamento de la Fundación de Museos, ver http://www.museosdelbancocentral.org/esp/articulo/qui%C3%A9nes-somos.html.

Fotografía N° 9: Presencia de palomas en la ciudad

Fuente: Fotografía tomada por Laura (2012)

Otro espacio verde utilizado para recreación lo representa en términos lejanos y poco cotidianos, el parque de la Paz. El parque de La Sabana contrasta en que este se encuentra más cercano al centro de la ciudad, y por tanto se torna más accesible. Al respecto, Sharon comenta,

> Sí, he ido al parque de la Paz, pero como me queda largo, entonces más cerca, o sea, más cómodo ir a la Sabana, ir a sentarse, viendo los árboles, los pájaros, un ratito ahí cuando se puede, voy con algunas amigas. Muchas veces he ido sola, me pongo a escribir.

Como vimos anteriormente, la soledad acompaña en ciertos momentos el habitar en la ciudad para las mujeres. El parque de La Sabana constituye uno de los espacios verdes más grandes de la ciudad, y en él se encuentran espacios para practicar distintos deportes, un

lago, e inclusive el Estadio Nacional. Diferentes actividades artísticas se han llevado a cabo en este espacio de la ciudad por las características descritas anteriormente.

Otro parque frecuentado por las mujeres es el de la Merced. Como hemos visto desde el inicio de la investigación, este parque representa un espacio en la ciudad donde también se ejerce el trabajo sexual. Por este motivo, el uso recreativo que se hace de este espacio debe de ser analizado bajo la condición anterior. Lulú comentaba, "Es que ahí, diay ya son muchos años de estar ahí, me gusta mucho ese parque. (...) Es que ahí me gusta veranear, es mi lugar. Ahí nunca lo he usado para el trabajo del sexo". Para Yuri la situación es un poco más complicada, ya que este parque representó un espacio de trabajo en algún momento de su vida.

> (...) yo solo digamos que me gusta estar ahí conversando con las compañeras. Pero la verdad es que... sinceramente ahí no porque... ahí si yo le tengo mucha pena. Si porque ahí pasa tanta gente, cada quién más despistado.

Las distintas referencias que realizan las mujeres sobre parque de la Merced ligan su permanencia en el parque y su uso recreacional con el trabajo sexual que se ejerce en el mismo. De esta forma, para Lulú este parque es de gran agrado por las distintas amistades que se encuentran en él, caso similar al de Yuri. Sin embargo, para ambas pareciera que la condición de no utilizar este parque como espacio de trabajo es necesaria para satisfacer su uso recreativo. Es decir, en el momento en que este espacio se transforma en un espacio de trabajo, su uso recreativo o de "veraneo" pasa a un segundo plano, o no se disfruta de la misma manera. El reconocimiento que puedan realizar las amistades y el espacio conglomerado que representa el parque se presentan como factores importantes que inhiben su utilización en ambos sentidos – trabajo y recreación. Sharon utiliza de manera poco

frecuente el parque de la Merced, en parte por los problemas relacionados con el hecho de que este represente un espacio de trabajo sexual también.

> Porque mucha multitud, y más que todo llega ahí digamos uno, tal vez se sienta, y como ahí hay otras muchachas que son de ambiente, piensan que uno se sienta. Entonces me han reclamado, hasta que me quieren sacar de ahí. Y yo no soy la primera, muchas. Entonces no me gusta, tampoco.

A pesar de que el tema de los conflictos por el espacio se ve en un próximo capítulo, es importante señalar aquí como, inclusive el uso recreativo de un espacio se ve mediado por los conflictos de intereses, de luchas por espacios de trabajo, de legitimidad y de reconocimiento de un espacio. De esta forma, un espacio público se torna hostil o amigable para practicar este *estar* en la ciudad.

Los parques en la ciudad representan un micro espacio que desea convertirse en un lugar de socialización, intercambio, recreación, interacción, y esparcimiento. En éste se motiva un uso lúdico, familiar, y de conservación de espacios verdes que poco se encuentran en las ciudades actuales. El uso que se realiza de estos espacios se ve ligado con una lógica del *estar* dónde la temporalidad y la premura vivida cotidianamente se ponen en pausa para hacer un uso que en algunos casos resulta hasta terapéutico para las mujeres.

Actividades culturales

Al venir analizando los usos recreativos como parte de la vida cotidiana de las mujeres trabajadoras del sexo en la ciudad, interesó también ver si estas mujeres hacían uso de las distintas propuestas sobre apropiación de espacios verdes en la ciudad a través de

actividades artísticas y lúdicas. En especial, se preguntó por la participación o conocimiento sobre el programa del Ministerio de Cultura y Juventud, Enamórate de Tú Ciudad. Dicho programa, entró a regir en febrero de 2011 y su fin es "devolverle a la población en general el amor por los parques del centro de San José"[27]. Las actividades que se realizan en este sentido se realizan todos los sábados en el Parque España, el Parque Jardín de Paz, el Parque Morazán y sus alrededores, y recientemente se añadió el parque de la Merced. Según informaciones del Ministerio, el objetivo del programa Enamórate de Tu Ciudad es,

> El objetivo fundamental del programa es activar el ocio cultural mediante una programación de actividades propuestas para el descanso, la diversión, la educación, la actividad física y la participación activa del público de todas las edades. (...) El programa ofrece a los visitantes la oportunidad de participar activamente en una variada agenda para disfrutar plenamente y en armonía con la naturaleza, la arquitectura y la cultura en los parques.

Esta actividad en la ciudad responde a distintas apuestas artísticas y de apropiación que varios gobiernos han venido implementando en las ciudades latinoamericanas. Algunas de estas actividades fueron propuestas en un inicio por asociaciones, u organizaciones que poseían como fin político la apropiación y el uso de la ciudad de manera más colectiva y en interacción. El programa Enamórate de Tú Ciudad responde a una lógica institucional que posee como objetivo un disfrute de estos espacios en la ciudad.

En el presente apartado se desea ver el impacto que tiene este tipo de programas en la cotidianidad de las mujeres trabajadoras del sexo. Es decir, ¿este programa logra imponerse exitosamente en personas que habitan diariamente la ciudad de San José, como

[27] Revisar el sitio web de la entidad http://www.mcj.go.cr

lo son estas mujeres? En un primer momento, interesa contrastar las percepciones con las prácticas puesto que las mujeres en general poseen una percepción muy positiva de dichas actividades, mas no en todos los casos se cuenta con su participación. Para Angélica, estas actividades

> ... son tuanis[28] para la familia y para uno, porque uno va y se despista y es bueno. Porque hay veces que antes las actividades eran como solo para la gente, un grupo de gente, ahora todo el mundo puede participar.

La experiencia de Angélica parte de una percepción positiva, ya que considera que estas actividades funcionan también como forma de despistarse o distraerse de la cotidianidad que vive, un valor que se comparte en las narrativas de otras mujeres en relación al parque. Sin embargo, ella no hace uso de dichas actividades principalmente por el día en que se realizan y por los horarios. Aurora fue partícipe en una ocasión de una actividad en el parque Morazán, donde en esa ocasión tuvo la oportunidad de ver cómo se trabaja el barro para la cerámica. Al preguntarle a Aurora si volvería a otra actividad de estas, comentó,

> Diay tal vez para despejarse uno. Sería mentira decirle a usted que sí o no. Porque uno nunca sabe, porque diay ahí unas patas vueltas dice "vamos Aurora, a caminar un rato o vamos a la actividad". Diay uno va, para despejarse un rato. Pero sí, si fui yo ahí a otra. Como en el parque de la Merced. Yo he estado viendo ahí bonitas cosas.

El sentimiento de despejarse es aquí nuevamente introducido. Por estos motivos se planteó al inicio esta emoción que acompaña el uso de ciertos espacios de la ciudad – en este caso parques o actividades culturales – como una práctica de resistencia. El análisis que se

[28] Tuanis es un costarriqueñismo que hace referencia a caer bien, a ser algo simpático, bueno.

realiza sobre la resistencia y las prácticas cotidianas que se dirigen en este sentido, parte de James Scott, quién señala que es a través de prácticas cotidianas que no necesariamente son pensadas como de resistencia, dónde se construye una forma de lidiar con las distintas opresiones y dominaciones que viven diariamente las mujeres trabajadoras del sexo. Para el autor, ante las ideologías complejas que justifican la desigualdad se requiere una contraideología que resista ante dicha dominación, lo que motiva la construcción de prácticas de resistencia por parte de los grupos subordinados. Se propone así interpretar los rumores, el chisme, los cuentos populares, los gestos y los chistes como vehículos para insinuar críticas al poder (Scott, 2000:21-22).

En la práctica de hacer uso de los parques, las mujeres se sienten emocionalmente distraídas, despejadas, alejadas de la cotidianidad difícil que las abrume, dónde el trabajo y las responsabilidades económicas se encuentran presentes día a día en sus preocupaciones. Esta práctica de resistencia se ve manifestada no sólo por la práctica en sí del uso de estos espacios, sino también por las características que poseen – lúdicos, verdes, alejados, conglomerados –, rasgos que coadyuvan a que las mujeres se sientan a gusto. Para Sharid las actividades en los parques de la ciudad de San José cuentan con otro valor importante,

> Me parece muy bien, muy interesante. Me parece -como te dijera- muy educativo, o sea me llama la atención. Yo diría que más bien deberían de hacerse como más seguido. ¿Por qué? Porque así las personas mayores no olvidamos las cosas del pasado, o sea, volveríamos a recordar cosas del pasado, cosas bonitas. Y los niños aprenden lo que, o sea, como veíamos antes, juegos de antes que eran sanos, no como los de ahora. Ahora que todo son armas, que cuchillos, que espadas, que monstruos, o sea cosas totalmente agresivas

Además del valor educativo que representan las actividades para Sharid, ella también realiza un contraste entre el pasado y el presente dónde la violencia en los juegos y en la televisión está presente. De esta forma, se considera que a partir de juegos y actividades al aire libre se conforman prácticas del pasado, cuando la violencia no era tan explícita y cotidiana. El tema de la memoria y el pasado en las narrativas es una constante – como lo vimos al inicio con los lugares emblemáticos o de memoria histórica de la Zona Roja. El vínculo con la memoria en la ciudad es interesante de explorar en tanto trae consigo estas valoraciones ideológicas sobre las formas nuevas de socialización que se ven regidas por maneras de relacionarse que conllevan a una violencia cotidiana.

Yuri, Lulú y Sharon son mujeres que sí hacen uso de estas actividades, principalmente aquellas que se realizan en el parque de la Merced. En éstas han realizado pintura, dibujos, han visto mimo, danza y ventas de comida. Para ellas, las actividades representan aspectos positivos en la ciudad, ya que les permite disfrutar, aprender y conocer sobre prácticas y juegos.

Para Laura y Vanesa la situación es distinta ya que no hacen uso regular de estas actividades en parques. Para ambas, la razón principal es la cantidad de trabajo que deben de realizar, lo que las imposibilita a asistir. Laura comentaba "Pero diay yo no tengo tiempo. Yo tengo que levantarme y venirme. Entonces no participo". Vanesa señalaba "Casi no ando en eso, porque yo no tengo mucho tiempo". Las condiciones económicas y laborales se suman a que la participación en actividades como estas no sea recurrente, además de que es una práctica nueva en la vida en la ciudad de San José.

El uso de parques, al igual que la participación en actividades culturales en la ciudad, son prácticas urbanas que las mujeres trabajadoras del sexo poseen y aprecian. A

pesar de que esta situación no fuera homogénea, existe por lo menos en un nivel de percepción, una imagen muy positiva sobre estos espacios y las relaciones e intercambios que generan. No todas las prácticas se direccionan en este sentido, ya sea por motivos de gustos, laborales, o de costumbre. Sin embargo, sí existe un conocimiento mínimo sobre las actividades, lo que evidencia al menos una buena información sobre lo que acontece en la ciudad, en especial en estos parques que se encuentran cercanos a la Zona Roja.

Al igual que los parques, las actividades culturales representan en algunas situaciones momentos de distracción, dónde ellas pueden despejarse o disfrutar de la compañía de otros y otras en la ciudad, dejando temporalmente sus problemas y preocupaciones de lado. Como práctica de resistencia, vemos que esta se encamina en dotar de sentido un uso de la ciudad que posee como objetivo mitigar la violencia cotidiana, las opresiones y la exclusión social que viven estas mujeres.

Fotografía N° 10: Enamórate de tu ciudad en el Parque de La Merced

Fuente: Tomado de http://www.facebook.com/enamoratedetuciudad

Entre el tiempo, los recorridos y el andar en la ciudad

> *Así pues, el diario transcurrir de la vida está organizado por un cuándo y un dónde, establecidos socialmente y diferencialmente apropiados por los distintos colectivos que conforman una sociedad (Reguillo, 2000:86).*

Como se mencionó al inicio del presente capítulo, la vivencia de la ciudad se encuentra atravesada por el espacio dónde se despliegan día a día las distintas prácticas urbanas; y también se encuentra conformada por una temporalidad que viene a condicionar los mapas mentales, los recorridos, las rutas y, en general, la práctica cotidiana en la ciudad. El tiempo y el espacio se convierten así en dimensiones fundamentales de la vida cotidiana, ya que los relatos de la vida en ciudad siempre presentan un dónde y un cuándo. Para Reguillo (2000), el tiempo así como el espacio, organizan y marcan para los actores sociales, los diferentes ciclos y lugares para el desarrollo de las prácticas; y se trata de dispositivos de orientación institucionalizados socialmente y apropiados por los actores sociales (pp.85).

En diversos estudios sobre cotidianidad, el tema del tiempo ha sido dejado de lado, o analizado secundariamente. En este sentido, la importancia que se le otorga no responde a la característica que posee como estructurador de la cotidianidad de las personas, y se otorga prioridad al análisis espacial. En relación a la importancia del tiempo, Rodríguez ét. ál. (1995) señalan:

> Además, el tiempo se debe considerar como un recurso, un bien escaso, cuyas características singulares – no almacenable, no extensible, no renovable – presentan importantes implicaciones en la elección y organización de las actividades

> cotidianas. El empleo del tiempo en tareas obligatorias – impuestas o asumidas voluntariamente – limita las posibilidades de realizar otras y de organizarlas en el espacio y en el tiempo (pp. 302).

Dentro de los distintos enfoques de la geografía se encuentra la geografía del tiempo, la cual pretende construir una perspectiva que reconoce las relaciones mutuas entre los componentes de la organización social y su base física; así como la dinámica de esta relación. La geografía del tiempo logra incorporar la dimensión temporal al estudio de estas relaciones, donde el entorno es definido en términos espacio-temporales del que forman parte lugares, redes de transporte, otras personas, y también las reglas, organización y horarios que limitan o posibilitan la realización diaria de actividades. Se trata de un enfoque contextual en el que el modelo espacio-temporal estudia las condiciones que este entorno crea para la actividad potencial de las personas (pp. 308).

Alicia Lindón (2000) señala que en los diversos estudios sobre vida cotidiana o microsociología de la vida cotidiana – enfoque que se desarrolla a lo largo de la presente investigación – el tiempo, al igual que el espacio, se debe comprender en relación a las interacciones sociales y la intersubjetividad. En este sentido, la acción social es analizada desde el binomio intersubjetividad/interacción. En el presente capítulo interesó estudiar las diversas interacciones que surgen en este espacio de calle 8, esto mirado a través de una temporalidad específica de las condiciones de cada mujer trabajadora del sexo. En la actualidad, las interacciones sociales se ven mediadas por un síntoma dónde se crea la necesidad de aprovechar el tiempo, de realizar un uso óptimo del mismo – expresando así una ideología que posee consecuencias importantes en la cotidianidad de las personas. Como señala Lindón (2000):

> Parecería que hoy en día hablar de la vida urbana es una referencia obligada a los desplazamientos cotidianos en el espacio y a su contraparte, la vida acelerada. Esta aceleración está íntimamente ligada al sentido de pérdida del tiempo en los movimientos espaciales (pp. 190).

Ante este contexto, es interesante puntualizar la forma en que el tiempo de lo cotidiano va más allá de un cuándo, expresando e introduciendo un mundo de significados, símbolos y subjetividades que se relacionan con la vida cotidiana de cada persona. Así, los diferentes usos y prácticas urbanas se revelan como imágenes que van delineando las distintas formas de apropiación de la ciudad. El estudio de las microsociologías de lo cotidiano viene a representar entonces esa mirada subjetiva que va recorriendo un imaginario, una ideología, una práctica y una narrativa que se construye a lo largo de la vida de las mujeres – y en este caso particular de las trabajadoras del sexo.

Diferenciación en el uso del tiempo de las mujeres

Al contar con la mirada feminista como vector de la investigación, surge la siguiente interrogante: ¿el tiempo, y por tanto los distintos usos que se construyen a partir de él, se encuentran diferenciados según la variable género?, ¿cómo se ven expresadas las relaciones de poder en esta diferenciación? Aquí es dónde se introduce entonces las características que posee la vida cotidiana de las distintas mujeres trabajadoras del sexo entrevistadas, y la pregunta orientadora es ¿cuáles son las especificidades o características de la organización temporal de la vida diaria de dichas mujeres?, ¿cómo gestionan su horario de trabajo, sus labores domésticas, sus momentos recreativos? Esto se torna

importante a la hora de comprender la vida cotidiana de las mujeres, y ver como el espacio y el tiempo se relacionan en la construcción de sus biografías, sus ritmos y rutinas.

A partir de la geografía del género, se ha investigado las distintas formas en que el género diferencia también el uso del tiempo de las personas. Los distintos análisis remontan su perspectiva desde la revolución industrial, la cual trajo consigo una división del trabajo y con esta una división sexual del mismo. Para Rodríguez ét. al. (1995), el tiempo evidencia también una división rígida entre el trabajo productivo (gobernado por los horarios laborales) y el trabajo reproductivo (dedicado al mantenimiento del hogar y de sus miembros). Como vimos anteriormente, esta división construye relaciones de poder dónde las mujeres son las que viven una dominación y una sobrecarga de trabajo y responsabilidades.

En este capítulo, la división sexual del trabajo se manifiesta por lo tanto en el uso diferenciado del tiempo, el que a su vez se haya determinado por las distintas labores y trabajos asociados a hombres y mujeres. En este contexto, las mujeres se vieron en un primer momento asociadas exclusivamente al trabajo reproductivo – el cual en muchas ocasiones ni siquiera es valorado como un trabajo. Con el contexto neoliberal actual, la situación económica no se puede sostener con la sola participación masculina en el mercado laboral, por lo que se ha dado un proceso de incorporación de las mujeres en la esfera del trabajo productivo. El problema yace en que los hombres no han sido incorporados en masa – como es el caso de las mujeres – en este otro espacio, la esfera reproductiva. Como resultado de esta dinámica, las mujeres se ven recargadas con una doble e inclusive triple jornada de trabajo, donde las labores domésticas y de cuido continúan siendo en la mayoría de las situaciones tareas exclusivas de las mujeres. En dicha

situación, vemos como se construye una jerarquía en relación no sólo al valor otorgado al trabajo productivo y reproductivo; sino también a las condiciones y posibilidades que se le presentan a las mujeres. En este sentido,

> Las mujeres tenemos una forma específica de ordenar las actividades en el tiempo – condicionada por los papeles sociales que se nos han asignado – y que es, a cualquier escala temporal, más compleja que en el caso de los hombres (Rodríguez et. ál., 1995:303).

Vemos entonces como el ciclo de trabajo de las mujeres es en general continuo y prolongado, puesto que se dedican a las labores domésticas, supeditando aquellos tiempos de recreación y ocio. Estas diferenciaciones se han logrado captar gracias a las distintas encuestas de Uso del Tiempo. Para el caso de Costa Rica, se cuenta con los resultados del 2004, los cuáles arrojan datos muy interesantes. Por ejemplo, para el trabajo no remunerado, tanto mujeres como hombres participan en la realización de tareas domésticas. Sin embargo, la diferenciación es la que caracteriza la realidad, puesto que mientras que entre 8 de cada 10 mujeres participan de estas tareas, solamente 2 de cada 10 hombres lo hacen. El tiempo social promedio que el conjunto de todas las mujeres costarricenses le dedican al trabajo no remunerado es de 3 horas 28 minutos, mientras que el de los hombres es de 24 minutos. Entre las personas que efectivamente le dedican tiempo a estas actividades, vemos que entre las mujeres el promedio diario es de 4 horas 17 minutos, y para los hombres es de 1 hora 44 minutos, es decir, las mujeres dedican dos horas y media más que los hombres (INEC, 2008:42). En relación a las tareas de cuido, vemos que en la sociedad costarricense prevalece también una distribución desigual del tiempo, ya que las mujeres participan de dichas labores con una tasa de 34%, con un tiempo social promedio de 1 hora 8 minutos; por lo que el tiempo efectivo promedio que se destina a cuidar de otra persona es de 3 horas 21 minutos. Entre los hombres esta actividad de cuido de personas,

ocupa el cuarto lugar, con una tasa de participación de apenas un 13%, y un tiempo social promedio de 19 minutos (INEC, 2008:42).

El trabajo no remunerado al igual que las labores del cuido, son dos ejemplos de actividades de la vida cotidiana que se encuentran diferenciadas según el género, y dónde se expresan relaciones de poder. Las mujeres dedican una mayor parte de su tiempo a labores asignadas históricamente a su condición de mujer; mientras que los hombres continúan aprovechando su condición para no realizar dichas actividades, creando así abismales diferencias en el uso del tiempo, la organización de la vida diaria, y la posibilidad de construir otras prácticas cotidianas; y reproduciendo así la dominación patriarcal.

El trabajo sexual en las rutinas diarias

A pesar de que se pueda afirmar que existe mayor diversidad en la distribución del tiempo en las mujeres que en los hombres, es importante tomar en cuenta variables como la edad, el tipo de actividad, el lugar que ocupan en la familia y la clase social; ya que estas determinan la forma en que se distribuye el tiempo y las tareas a lo largo del día de cada mujer. Este panorama se ve recrudecido en las vivencias de las mujeres de clases bajas, dónde las oportunidades y el acceso a mejores condiciones de vida se encarece, y las mujeres se ven obligadas a tomar más de dos trabajos fuera de la casa. La vida de las mujeres trabajadoras del sexo puede ser localizada en esta imagen, donde ellas se ven inmersas en jornadas de trabajo prolongadas, que abarcan el trabajo sexual, el cuido de familiares, y en algunos casos, un trabajo extra como mencionamos anteriormente.

Lindón (2000) señala que el trabajar en la vida cotidiana se traduce como una expresión sintética de cúmulos de micro eventos y prácticas situadas (pp. 191). Es importante advertir la centralidad que adquiere el trabajo en la vida cotidiana de las mujeres; y en el presente contexto, posee dicha relevancia a partir del sujeto social que se analiza, el cual presenta una condición de pobreza dónde el trabajo es central para la cotidianidad y la subsistencia.

Debido a esto, el trabajo sexual se torna central a la hora de analizar la relación que construyen las mujeres con la ciudad de San José. Ahora, ¿cómo se manifiesta dicha relación en la cotidianidad de estas mujeres?

Fotografía N° 11: Mujer trabajadora del sexo

Fuente: Fotografía tomada por Flor (2012)

Lindón (2000) enfatiza que existen lugares o espacialidades con escaso movimiento, dónde las prácticas o actividades se desarrollan en espacios cuasi fijos o anclados espacialmente. Esta forma de analizar espacial y temporalmente una actividad cotidiana,

caracteriza también la manera en que el trabajo sexual se da en la ciudad. Las mujeres se encuentran gran parte del día ubicadas en esta calle, ofreciendo sus servicios y esperando a los clientes. A pesar de esto, estos espacios igual presentan movilidad – a diferencia de los trabajos de oficina – ya que las mujeres se trasladan a las distintas pensiones u hoteles de la zona. De esta forma, podemos caracterizar al trabajo sexual que se manifiesta en la calle como una actividad que se da en un espacio cuasi fijo, dónde las mujeres practican poca movilidad.

Sobre las características de este trabajo, la gran parte de mujeres entrevistadas, consideraron un horario diurno que constaría de 9am a 4 pm o 5pm aproximadamente. Al ser estas mujeres sus propias jefas de trabajo, ellas son las que establecen su horario, por lo que este no resulta fijo ni estático, sino que se ajusta a otras actividades de las mujeres, como por ejemplo las citas en el seguro, o a las mismas condiciones de la zona. Aurora comentaba,

> De 9 de la mañana hasta las 4 de la tarde me voy pa mi casa. Le digo mi casa porque diay aquí me queda cerquita, ahí me llego, me baño y me acuesto un ratico a dormir

Angélica comienza su día en San José tipo 7 u 8 de la mañana, y se considera a sí misma como una persona que le gusta madrugar y estar temprano en su casa, tipo 3 de la tarde. Esto, si no se encuentra haciendo trabajo sexual o alguna actividad que conlleve a quedarse más tarde. Así, la vida cotidiana de las mujeres trabajadoras del sexo se ve mediada por este componente diario que representa el trabajo, ya que este estructura su distribución del tiempo, marca una hora para comenzar el día y establece una hora en la tarde dónde finalizar. Como los horarios no son fijos, las mujeres cuentan con ese espacio flexible que les permite calcular y entablar otras actividades diarias. Lulú comentaba,

> No tengo hora especial, pero diay siempre me levanto temprano y a esta hora ya voy bajando. Puede ser como a eso de entre 9, 9y30 o 10 ya ando por aquí. Cuando puedo, si tengo que bajar, 12 del día, ya lo que son las 5 ya no ando por aquí, ya no me gusta, ya no me gusta caminar por aquí después de las 5 de la tarde.

Las características que presenta la zona son problemáticas, y se convierten en un motivo importante para no laborar en la noche. El imaginario social que prevalece sobre las mujeres trabajadoras del sexo considera que su actividad se da en altas horas de la noche. Sin embargo, la realidad de esta zona es distinta, ya que la delincuencia, el consumo de drogas y en general, la violencia urbana vivida en este territorio de la ciudad de San José, incide en que el trabajo sexual que se realiza en la calle sea de carácter diurno. La temporalidad entonces marca el compás de las actividades que son realizables o no en dicha zona. Al respecto, Sharid narraba

> No sé, te digo una cosa, vieras que a pesar de que yo anduve mucho en la calle, pasaron tantas cosas que como que queda uno muy traumado. Y aparte de eso, ya en la tarde, a ciertas horas, se presta para mucho, se presta como para drogadicciones, alcoholismo, prostitución[29]. Y yo creo que ya esa etapa de mi vida pasó.

Ante esta realidad, las mujeres se sienten inseguras y los clientes también, lo cual reduce el trabajo que las mujeres puedan realizar. Al preguntarle a Lulú por las razones que la motivan a no caminar después de las cinco de la tarde, ella comenta:

> Porque ya, cuando uno digamos ha andado mucho en la calle, y uno ha sido una persona de muchos problemas y todo, ya uno queda como traumado. Me queda como el temor de que piensa de que a uno le van a hacer algo. Y diay yo ya quedé

[29] El trabajo sexual al cual se refiere Sharid es aquel que se da en los distintos locales privados, tales como pensiones o bares.

> con ese temor, "uy me pueden hacer algo", porque diay usted sabe que existen muchas cosas, la envidia, los problemas, de todo. No precisa uno andar bien mudado para que siempre esté ahí la envidia y la cizaña, y todo eso. Entonces, yo ando alejado de todo eso, yo ya a las 5 ya yo me he ido de todo lo que se llama San José.

Para Sharon, la noche también resulta problemática para andar en la ciudad, ya que al preguntarle específicamente por esta, comentaba "No, no, en las noches no, menos por ese lado que es peligroso". Las mujeres que sí frecuentan la zona en este horario nocturno son aquellas que hacen uso de los distintos bares, ya sea para diversión o trabajo sexual. Sin embargo, de las mujeres entrevistadas fueron pocas las que sí tuvieron o mantienen dicha práctica urbana. La experiencia de Angélica se remonta a su pasado,

> Pero hace mucho venía siempre tipo 6 o 7 de la noche a trabajar. O sea, era como solo de noche que salía. Ahora ya cambié el horario y es en el día que trato de hacer mis cosas y no en la noche. Pero sí, estuve muchos años trabajando solo de noche, que a San José nunca venía de día. Me venía en la noche y llegaba a la casa a las 5 de la mañana, era mi horario, por muchos años fue eso.

Estas características del trabajo sexual nocturno, dónde las mujeres permanecen en los locales hasta la madrugada, pertenece más a las condiciones que posee el trabajo sexual en edades más jóvenes y en hoteles o locales ubicados en otras partes de la ciudad. Sin embargo, en la Zona Roja el uso de los distintos bares es común, sobre todo para aquellas mujeres que poseen un consumo regular de alcohol u otras sustancias. El trabajo en la vida diaria de estas mujeres constituye una actividad urbana que regula de manera importante el uso del tiempo y las distintas prácticas que organizan cotidianamente las mujeres. En este

sentido, siguiendo a Lindón (2000), en sujetos sociales dónde la condición económica que prevalece es marginal y representativa del sistema de exclusión y desigualdad social; el trabajo como actividad remunerada que permite alivianar dichas condiciones y por tanto establecer un contexto mínimo de sobrevivencia, adquiere una centralidad. Esta no sólo se da en términos económicos, ya que también regula las prácticas que se realizan sobre el espacio urbano, el uso y la organización del tiempo, y en términos generales, la gestión de la vida diaria de las mujeres.

Los recorridos de las mujeres en San José

Al pensar en la cotidianidad de las mujeres trabajadoras del sexo, se piensa también en aquellos momentos menos estructurados de la vida diaria. Es decir, aquellos instantes en la práctica urbana que se relacionan con el movimiento, la fluidez y el caminar por la ciudad. En las sociedades contemporáneas, donde el tiempo se vuelve un bien escaso, donde el trabajo demanda gran parte de la vida diaria, donde la ciudad se convierte en un espacio de tránsito cuyo objetivo es la conexión entre distintos puntos, donde la y el otro se convierten en extraños y desconocidos; el caminar y los recorridos se convierten entonces en esos micro espacios temporales donde las personas imprimen cierta huella en su habitar urbano. Para Delgado (2007),

> En eso consiste la singularidad del vínculo social que caracteriza la vida en exteriores urbanos: en que está hecho de una mezcla de extrañamiento y aversión entre masas corpóreas que se pasan el tiempo expuestas a la mirada de los demás y que se escudan unas de otras mediante diversas capas de anonimato. Una sociedad desanclada, hecha de cuerpos que se esquivan y miradas que se rehúyen. Ese tipo de relación basada en el distanciamiento y la reserva puede conocer, no obstante, desarrollos imprevistos, desencadenar encuentros

> inopinados en un espacio abierto y disponible para que actúe sobre él la labor incansable del azar (pp. 35).

La ciudad de San José se encuentra inmersa en dicho contexto, donde espacios como los bulevares se presentan y se utilizan como estos grandes territorios de nadie, donde la identidad de las personas se encuentra en anonimato y lo que prevalece es la publicidad, las ventas, el consumo; y ciertamente, algunos pequeños espacios de encuentro y socialización. Tal es el caso de la Plaza de la Cultura o los parques como La Merced, el Central, el Nacional o el Morazán – como vimos anteriormente. Sin embargo, estos son espacios de la ciudad reducidos, y lo que prevalece es el constante ajetreo de la vida urbana de una gran ciudad. Para Salvador (2000), la racionalización temporal de la vida cotidiana se relaciona con el sentimiento de escasez de tiempo, sentido que empuja a los actores a dividir el tiempo en secuencias cada vez más especializadas – a la par que se especializan institucionalmente los espacios (pp.131).

Junto a esta manera de habitar la ciudad, coexisten las rutinas que las personas construyen en su vida cotidiana, las cuales se encuentran marcadas por aquellas actividades y lugares que trazan los mapas diarios en la ciudad. Las compras, las citas, la recreación, el caminar, y el trabajo son sólo algunos de los ejemplos que se hallan en estas rutinas. En relación a esto, Salvador (2000) señala

> Los usos rutinarios ejercen su imperio – cada vez más relativo por su misma proliferación – no por medio de un control moral interiorizado por la persona durante el proceso de socialización (los hábitos ya no son costumbres, ni siquiera modelos culturales), sino por medio de la dependencia creciente de los demás y del sistema en su conjunto. Esta moderna heteronomía es vivida por los actores en intervalos espacio-temporales referidos a actividades cada vez más especializadas; que no dejan de acrecentar y ampliar espacialmente la cantidad de trayectos

> cotidianos, con importantes consecuencias temporales. La hipertensión de la vida cotidiana es una de las manifestaciones más fuertes de la coacción social con relación a lo vivido. Esta tensión de vida se encuentra favorecida por las especializaciones del espacio y por la estructuración institucional del tiempo (pp. 131).

Esta hipertensión de la cual habla el autor es otra de las características de la vida cotidiana en las ciudades actuales, dónde la especialización y el uso racional del tiempo confluyen en un habitar del espacio urbano, convirtiéndose así en factores importantes que conllevan a las personas a fragmentar espacialmente su cotidianidad. Esto, según Lindón (2000), se realiza a partir de los múltiples desplazamientos que se realizan para cumplir con actividades que "llenan" la vida, y que hacen de la vida en ciudad un "transitar", un atravesar lugares, sin establecerse o "habitar" un lugar. Este aspecto además se relaciona con lo antes mencionado sobre la falta de tiempo y el uso racional del mismo. En la experiencia de las mujeres trabajadoras del sexo, vemos que el tema del tiempo se encuentra permanentemente presente en la gestión de las actividades que deben realizar, los otros trabajos (en el caso de que lo posean), las compras familiares y el cuido de otras personas. Como vimos anteriormente, en relación a su trabajo el tiempo se torna fundamental, no sólo en términos del horario laboral auto impuesto, sino también en el aspecto más inmediato que es la duración misma de la actividad sexual. La falta de tiempo, es narrada por Aurora

> No, es que no me, ¿cómo le dijera?, yo no soy de esas de andar para arriba y para abajo. Así, diay si yo ando de arriba para abajo es por mi trabajo[30]. Pero ya digamos, andar,

[30] Aurora cuenta con dos trabajos, el primero el trabajo sexual y el segundo es la venta de tiempos. Ambos trabajos son realizados en los alrededores del mercado Borbón, en sí la Zona Roja.

darme un tour como que no. Realmente la verdad yo no tengo tiempo, como le vuelvo a repetir. Tengo que, bueno ahora que ya le subieron los cuartos, ahora ese hotel.

Las condiciones económicas de las mujeres son marginales y precarias, por lo que el tiempo y el trabajo son considerados apremiantes. La preocupación de Aurora al final de su narración es el pago del cuarto dónde vive en un hotel en San José. Esta experiencia ejemplifica la asociación entre el trabajo y el uso del tiempo que se vive cotidianamente en las ciudades contemporáneas; relación que se encuentra mediada por una tensión, dónde surgen las necesidades diarias como el alojamiento, la obtención de comida, los pagos de servicios, los desplazamientos, las rutinas, entre otras.

En las rutinas las personas introducen los recorridos como formas fluidas de habitar también la ciudad. Para Salvador (2000), la movilidad espacial permite a la vez hacer más fluidos los territorios y las temporalidades demasiado rígidamente separadas, los recorridos reducen las tensiones espacio-temporales; y hacen el espacio-tiempo cotidiano más fluido. Ante la rutina del trabajo sexual, y su consecuente estabilidad, permanencia y rigidez en el uso cotidiano del espacio, vemos que los recorridos se convierten en momentos importantes que marcan los mapas urbanos, y a su vez aligeran lo estático de su uso de la ciudad.

Algunos de los recorridos señalados por las mujeres se relacionan con el desplazamiento que se da para llegar y salir del lugar de trabajo, es decir del bus o lugar de habitación hacia la Zona Roja. El recorrido de Sharon – a pesar de que deja claro que éste varía – parte de La Cañada del centro de San José, pasando por el hospital San Juan, y por el parque de la Merced, en la misma Avenida Central. El lugar de habitación de esta mujer se encuentra en La Cañada, por lo que diariamente recorre distintas rutas que conectan dicho lugar con la Zona Roja. Para Laura, la situación es similar. Ella llega a San José en

bus desde su casa en Desamparados, y camina de la Casa del Tornillo hasta el Mercado Borbón. Su recorrido le toma en total una hora en transporte público, y "según como dé el paso" unos 15 min. Vanesa es otra mujer que inicia sus recorridos por San José partiendo de su casa en Barrio México,

> Subo de barrio México vengo a pie, casi siempre. Llego aquí hasta la Cueva y de ahí me doy vuelta y bajo, doy la vuelta por todo lado, y bajo allá por la Coca Cola. Después ahí subo otra vez ahí por la antigua Tracopa, por ahí. De ahí me voy para Barrio México, para mi casa. Mucho camino, demasiado.

Las narraciones de estas mujeres ubican sus recorridos por la ciudad en relación a su trabajo, y su lugar de habitación. En este sentido, vemos la importancia que cobran ambos espacios en la cotidianidad, presentándose así como vectores de la vida cotidiana de dichas mujeres. Otros recorridos de las mujeres se relacionan con un movimiento más fluido y de esparcimiento en la ciudad. Al preguntarle a Angélica sobre sus desplazamientos, ella comentó que andaba mucho en San José, yendo por el parque Morazán y el mercado de la Coca Cola; en fin, se desplaza por muchos lugares. Temporalmente, sus recorridos tardan poco, más Angélica introduce algo interesante al señalar que la duración de dichos recorridos se ve mediada por la conversación que entabla en los distintos lugares que visita.

> A muy poco, porque yo camino muy rápido. Y según adónde vaya yo así mido el tiempo, para ir a una distancia a otra no duro, pero si me quedo conversando con las chicas. O sea, y también como voy por todo lado y me topo a muchas chicas entonces me atraso o viendo tiendas también.

Como se pudo apreciar al inicio del presente capítulo, el consumo o la "mirada de tiendas" es una práctica habitual en la cotidianidad de muchas de las mujeres trabajadoras del sexo

en la ciudad de San José. Al ser esta una práctica urbana recurrente, se convierte en un factor que interviene en la gestión de los recorridos y sus respectivas temporalidades. Los recorridos y por tanto la movilidad urbana de las mujeres se da también a través del uso del transporte público. La utilización de este medio se relaciona particularmente con el lugar de habitación de las mujeres, ya que aquellas que viven en el centro de San José o barrios aledaños como Barrio México, poseen la práctica de caminar para llegar al centro.[31] A diferencia de estas, las mujeres que viven en Alajuela, Guadalupe, Pavas, León XII o Desamparadas, poseen una mayor necesidad de hacer uso del transporte público. Para estas mujeres, el tiempo de movilización se torna un poco largo. Por ejemplo, para Yazmín ir al centro de la ciudad se convierte en un trayecto de casi hora y media cada vez, es decir aproximadamente unas tres horas en bus. Para Angélica, Yuri y Laura el bus que proviene de sus barrios les toma unos cuarenta o cincuenta minutos. Para otras, como Flor el trayecto en bus dura una media hora.

La importancia que posee el transporte no sólo radica en la temporalidad que implica y por tanto, el ajuste y gestión que se deben de realizar de la vida diaria. Si no, como señala Cordero (2005), el nivel de vida de la moderna clase trabajadora incluye nuevas necesidades que han surgido del contexto de la sociedad moderna urbanizada, entre las que se ubica el transporte. De esta forma, el uso de este medio de movilización se torna una necesidad en la vida cotidiana de las mujeres trabajadoras del sexo, dónde lograr el sustento de cada día implica desplazarse de su lugar de habitación al centro de la ciudad, dónde el espacio urbano público conglomera las condiciones para la realización de su trabajo.

[31] Es importante señalar que las mujeres que viven en el centro de San José lo hacen por motivos principalmente económicos, ya que no cuentan con una casa propia o los medios para pagar un alquiler. De esta forma, las mujeres se ven obligadas a pagar diariamente un hotel o una cuartería.

El caminar por las calles de la ciudad

En el habitar de la ciudad, el caminar se torna también una práctica que conlleva a una fluidez de movimiento, y forma parte de los recorridos y la cotidianidad de las mujeres entrevistadas. Michel DeCerteau (1996) señala,

> Sin duda alguna, los procesos del caminante pueden registrarse en mapas urbanos para transcribir sus huellas (aquí pesadas, allá ligeras) y sus trayectorias (pasan por aquí pero no por allá). Pero estas sinuosidades en los trazos gruesos y en los más finos de su caligrafía remiten solamente, como palabras, a la ausencia de lo que ha pasado. Las lecturas de recorridos pierden lo que ha sido: el acto mismo de pasar. La operación de ir, de deambular, o de "comerse con los ojos las vitrinas" o, dicho de otra forma, la actividad de los transeúntes se traslada a los puntos que comprehender una reliquia colocada en el no tiempo de una superficie de proyección. En su calidad de visible, tiene como efecto volver invisible la operación que la ha hecho posible (pp. 109).

El extracto anterior se revela algo importante en relación a las experiencias sobre los recorridos y el andar en la ciudad, y esto es su momento retórico y narrativo. En este momento, el caminar pasa a ser una práctica del pasado que engloba – al igual que los recorridos – no sólo los mapas urbanos de cada persona, sino también una forma de expresar ese momento fugaz y de movimiento que representa. En este movimiento narrativo y enunciativo del andar, según DeCerteau (1996), se cumple una triple función: es un proceso de *apropiación* del sistema topográfico por parte del peatón, es una realización espacial del lugar; en fin, implica *relaciones* entre posiciones diferenciadas. En este sentido, las preguntas dirigidas a las mujeres intentan detallar las distintas formas antes mencionadas; las relaciones entre las posiciones, la apropiación, y la realización espacial. Veamos estos elementos en la experiencia sobre el caminar de Lulú,

> ¿Por dónde me gusta caminar? Me gusta entre todo, todo, San José, uno de los lugares que me gusta más es La Sabana. Pero allá por la Torre Mercedes, lo que se llama la Toyota, el Hospital de Niños caminando hasta ahí, hay veces que llego a la estatua León Cortés y me vengo otra vez de vuelta, caminando, ya sea que vaya vendiendo stickers o algo. Entonces ya me voy caminando, pero sola. Porque cuando así con alguien, tiene que ser muy amigo mío o muy amiga mía, porque si voy con alguien entonces me rompe obstáculos. Hay veces que empiezan "ay vámonos, ay vámonos", entonces en vez de ir para delante, voy para atrás, para atrás, entonces me gusta andar sola.

Un primer elemento que surge es la ubicación de los distintos lugares que conforman el Paseo Colón, con la referencia al parque, la estatua, las empresas privadas y el hospital. En este sentido, la distribución e identificación cartográfica de la zona es detallada, lo que revela también un conocimiento importante y un manejo dentro de éste; evidenciando así una apropiación del lugar que se deriva del gusto que posee Lulú por la práctica de caminar. Se puede apreciar también la relación que se construye entre este andar o caminar, y una de las actividades laborales que realiza esta mujer, la venta de calcomanías. Esta actividad posee la característica de ser un trabajo que requiere de cierta movilidad, por lo que aprovechar el caminar por lugares que ella aprecia resulta aún mejor ante la posibilidad de generar algún ingreso de por medio.

Otra relación que connota la narración de Lulú, es que parte de la compañía o la soledad que se posee en la práctica del andar por la ciudad. Para ella, realizar dichos recorridos principalmente en soledad es idóneo en su andar por la ciudad. La decisión de realizar dichas prácticas urbanas de esta forma revela parte de las dinámicas que se generan

en la ciudad actual, dónde una compañía puede resultar molesta, otorgando así un peso importante a la soledad y el andar por la ciudad de manera individual. Este carácter es importante de recalcar ya que marca una impronta en la calidad de ciudad, en términos de apropiación y construcción de colectividad urbana.

Para DeCerteau (1996), en la enunciación peatonal se pueden analizar las distintas modalidades a las cuales recurre la persona, los tipos de relación que mantiene con los recorridos al asignarles valores de verdad, de conocimiento o de deber hacer. En relación a esto, veamos la experiencia de Sharid con el andar en la ciudad:

> Sí, me gusta cómo te digo, más que todo meterme en los parques. Me vengo a pie desde Tibás, si me gusta caminar, me encanta caminar porque me encanta caminar. Porque caminar lo mantiene a uno bien de salud, le enseño a mi hija a mantenerse bien de salud y al mismo tiempo compartir con la naturaleza.

El valor asignado en esta narrativa corresponde a un gusto también por el caminar, dónde se añaden aspectos como la salud y la naturaleza en la experiencia en la ciudad. En este sentido, los valores asignados desean revelar una apreciación a este hábito en lo urbano, dónde el caminar presenta características y se relaciona con ciertos aspectos de la vida social que van más allá del paso apresurado. El andar afirma, sospecha, arriesga, transgrede, respeta, etcétera, las trayectorias que "habla" (1996: 111). Llegado a este punto, es necesario hacer alusión a las características cambiantes o intensidades que pueden presentar las distintas narraciones que se establecen entre el caminar y los valores y relaciones sociales que se desprenden. Este rasgo dificulta realizar mapas urbanos estables, ya que al ser los recorridos y el andar en la ciudad prácticas en movimiento y no fijas como

las rutinas; presentan cambios según los momentos, los objetivos o lugares de los que se hable.

Existen dos temas más que se relacionan con el andar y los recorridos que se presentaron en las distintas experiencias de las mujeres, los cuales a su vez remiten a pequeñas prácticas de resistencia cotidiana que se ven ancladas en la movilidad de las mujeres en la ciudad. El primer tema se relaciona con el anonimato que presentan los movimientos en la ciudad. Este aspecto resulta fundamental a la hora de comprender las distintas dinámicas que se producen alrededor de los recorridos. Durante el movimiento por las avenidas o bulevares de la ciudad, las personas sienten cierta seguridad al no presentar su identidad, su nombre, o su historia de vida. El anonimato se torna así una máscara que permite la mirada, la acción y las prácticas urbanas en un sentido relativamente despreocupado. Ante esta situación, las mujeres trabajadoras del sexo narraban ciertas partes de su andar en la ciudad que dejaban entrever el gusto que les producía esta característica en el andar por la ciudad. Esto es claro si se contrapone a la no movilidad que representa su posición fija en calle 8, dónde ofrecen su trabajo y permanecen la mayor parte del día. Lo particular de esta relación es ver cómo ambos espacios – uno en movimiento y el otro estable – se encuentran en el espacio público, más la característica de movimiento marca una identificación o (des)identificación importante a la hora de vivir ambos espacios urbanos. Más adelante se verá cómo la identidad social urbana se construye en espacios de la ciudad que se encuentran llenos de símbolos y significaciones sociales. Pensar el anonimato como forma de mediar la práctica en la ciudad, y ver cómo esta se relaciona con la identidad de trabajadoras del sexo se torna fundamental a la hora de analizar la vivencia cotidiana de dichas mujeres.

Un segundo tema se relaciona con la ruptura que se genera en las rutinas a través de los distintos recorridos por la ciudad. Salvador (2000) ejemplificaba esto con las salidas de diversión como formas de interrumpir la repetición y la rutina, y constituyen pausas en el carácter reiterativo de lo cotidiano. Para el caso de las mujeres trabajadoras del sexo, el caminar se torna una práctica que las mantiene alejadas por un momento de la vida tensa que llevan diariamente. La narración de Lulú es la que mejor pone en evidencia dicha motivación,

> Después hay veces salgo a caminar, me distrae mucho caminar, me distrae mucho. Hay veces que cuando me siento un poco así como muy frustrada, entonces agarro y me voy donde parientes, equis parientes son... ya gente entre común, verdad. Y eso me hace como ir girando para sentirme un poco mejor.

La distracción que genera el caminar se torna así en una práctica que intenta y logra sobreponer la frustración, el cansancio y el enojo. Estas emociones que forman parte de la tensión vivida por las mujeres, es sobrellevada a través de una movilidad por la ciudad, dónde el momento de caminar logra romper – aunque de manera no permanente – dicho estado. El anonimato y la soledad en dicho proceso forman parte constitutiva de este sentimiento de escape y de distracción que presenta el caminar.

De esta forma, es que se analizan ambos aspectos como prácticas de resistencia, según la concepción de Scott (2000), dónde es a través de estas pequeñas acciones que se presentan como estrategias para subvertir de cierta forma la dominación vivida en la ciudad. Así, el *anonimato* se contrapone a la identificación directa de las mujeres como trabajadoras del sexo, y el *caminar* como forma de distracción, se fijan como estrategias que buscan cambiar o alivianar la pesadez que trae consigo su vida cotidiana.

La otredad en la ciudad

> *En todos los casos, el extrañamiento mutuo, esto es, el permanecer ajenos los unos a los otros en un marco tempo-espacial restringido y común, es un ejemplo de orden social realizado, universo cultural que configuran allí mismo, en ese momento, cuerpos humanos que están ahí, juntos, coordinando su actividad, negociando la compatibilidad de sus iniciativas, pactando formas infinitamente variadas de apropiación de ese espacio que al tiempo practican y generan y consiguiéndolo en la gran mayoría de ocasiones (Delgado, 2007: 187).*

En la vivencia de la ciudad, el tema de la otredad surge como una expresión de las interacciones sociales que se dan cotidianamente. En un primer momento, podemos analizar la forma que adquiere la otredad cuándo se da en espacios en movimiento, por ejemplo el bulevar en San José. Para Delgado (2007), en la experiencia urbana el otro generalizado toma distintos rostros y reflejos, es decir, no es un otro concreto.

> El criterio que orienta las prácticas urbanas está dominado por el principio de no interferencia, no intervención, ni siquiera prospectiva en los dominios que se entiende que pertenecen a la privacidad de los desconocidos o conocidos relativos con los que se interactúa constantemente (pp.189).

Esta indiferencia social la podemos apreciar en esos espacios públicos de la ciudad que son utilizados frecuentemente por las personas, y que son aquellos que unen los distintos puntos de un recorrido o mapa urbano. Es interesante analizar cómo la otredad en este sentido es percibida, es observada, es tomada como referencia en el transitar, y aún así – como regla de esos rituales sociales – es ignorada o aplacada para evidenciar una relación considerada sin importancia, de indiferencia y desatención. Este criterio de no intervención es característico de las ciudades contemporáneas, dónde la movilidad resulta en muchas cotidianidades, la forma de relacionarse con la ciudad y por tanto con las demás personas que la habitan. Existe según Delgado (2007), un presupuesto de igualdad e indiferenciación

bajo el cual la sociabilidad urbana se da en un contexto dónde la diferencia y la singularidad se superan en tanto se da una interacción desinteresada. Este presupuesto para el buen funcionamiento de la vida pública deja de lado otras formas de relacionarse en lo público, dónde no rige necesariamente el principio de igualdad.

Sin embargo, retomando esa indiferencia que surge en la movilidad en el espacio urbano, vemos que ésta puede resultar provechosa para personas que se encuentran con un estigma o que han sido marginalizadas en ciertos ámbitos de la vida social, ya que esta actitud desinteresada, de mirada alejada, logra aunque sea provisionalmente la liberación o atenuación de la reputación negativa que poseía esta persona. Bajo este contexto, la movilidad para la mujeres trabajadoras del sexo resulta un medio dónde su identidad no es revelada, y por tanto la situación de otredad que viven a diario en el lugar de trabajo no posee las mismas características.

Este aspecto fue esencial de analizar a partir de las entrevistas, ya que pensar la manera en que interactúan las y los transeúntes en la calle 8 donde estas mujeres se ubican cotidianamente, fue algo que surgió de las relaciones sociales que se dan en la ciudad y en especial en el lugar de trabajo de las mujeres. Sin embargo, en este contexto la mirada desinteresada es una de las formas de interactuar; más las mujeres experimentan también una otredad negativa, donde a través de miradas y palabras sufren discriminación e irrespeto. Antes de adentrarse en las narrativas de las mujeres, es importante aclarar el concepto de estigma que se ha utilizado anteriormente y el cual resulta fundamental a la hora de comprender las dinámicas surgidas en esta relación de otredad que se da en el espacio ocupado por estas mujeres.

El trabajo sexual como estigma social

Ay por favor, le hacen a uno unos ojos como de serpiente. Vanesa

El término estigma es tomado del interaccionista simbólico Erving Goffman (2010), estudioso de la vida cotidiana, las relaciones en público, la presentación de la persona, entre otros temas relacionados con la micro sociología.

> El término estigma será utilizado, pues, para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador; pero lo que en realidad se necesita un lenguaje de relaciones, no de atributos. Un atributo que estigmatiza a un tipo de poseedor puede confirmar la normalidad de otro y, por consiguiente, no es ni honroso ni ignominioso en sí mismo (pp.15).

Es importante recalcar el sentido relacional que Goffman imprime al concepto de estigma, al considerarlo más que una característica negativa, una forma de relación dónde se confirma una normalidad y una anormalidad o diferencia. Considerar el trabajo sexual como un estigma surge de esta misma idea, dónde las relaciones en público dejan ver que existe una identificación social dónde las personas construyen una otredad negativa y a través de diferentes acciones dejan claro la distinción y diferencia que posee la otra persona. La vestimenta, el maquillaje, la postura, el sólo hecho de estar ubicadas en el sector de la ciudad conocido como un lugar de trabajo sexual, son marcas que van dotando de contenido este estigma. En este sentido, las mujeres – relegadas generalmente al ámbito de lo privado – son las más perjudicadas en relación al estigma público, en especial las que se han caracterizado como "públicas" o "de la calle". Al respecto, López (2008) señala,

> La identidad de una mujer que transgrede el orden social se construye en torno a un estigma, al emblema de ser diferente, es decir, de ser indigna de aceptación social, un estigma que tiene un sentido histórico (estigma negativo) (pp. 270).

En este momento, la discusión de lo público y lo privado cobra otra vez importancia, ya que como veremos más adelante es en el ámbito público dónde el estigma cobra mayor contenido y validez. La mujer "de la calle" es entonces – en contraposición a la imagen conservadora de mujer que se mantiene en la casa – representada con esa imagen de mujer mala, independiente, nocturna y sexualmente empoderada. En antagonismo a la persona estigmatizada, existen las y los *normales*, aquellos que no se apartan negativamente de las expectativas, y son éstos los que construyen...

> ... una teoría del estigma, una ideología para explicar su inferioridad y dar cuenta del peligro que representa esa persona, racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias, como, por ejemplo la de clase social (Goffman, 2010:17).

En el caso del trabajo sexual, vemos como las diferencias se basan en un aspecto central, la moral. De esta forma, a partir de su actividad laboral las mujeres son puestas en una situación de inferioridad, y estigmatizadas como roba maridos, putas, zorras. Estos distintos términos del discurso cotidiano hacen alusión al estigma. Aurora comentaba que algunas mujeres que pasaban por calle 8 les decían "Ahí están las prostitutas, las zorras". Sharid también comentaba los insultos que recibía en la calle "pasaba gente gritándonos cosas, improperios feísimos, prostitutas, zorras, sádicas, un montón de cosas". Verbalmente, las mujeres reciben muchas de estas alusiones a su diferenciación con respecto a otras mujeres, metáforas que refieren al estigma del trabajo sexual.

Esta diferencia no se revela de modo inmediato – como en el caso de otros estigmas, por ejemplo no poseer una pierna – sino que surge de un conocimiento social previo. El saber que calle 8 aglutina a trabajadoras del sexo es un conocimiento anterior al estigma que entrevé la identificación de mujeres en este lugar de la ciudad. En este sentido, para

Goffman (2010) la persona es desacreditable y no desacreditada, ya que parte de este imaginario previo. De esta forma, en el caso de las trabajadoras del sexo prevalece en su imagen una característica de desacreditable, dónde es a partir del conocimiento social previo que se discrimina a la mujer, y no a partir de un estigma visible. Llegado a este punto, es necesario aclarar que el tema del estigma surge principalmente en la vida pública, en la relación y el contacto entre personas desconocidas, dónde se debe de manejar una imagen, una identidad, y una forma de comportamiento que se ven influenciadas por el estigma dado.

La vergüenza y la inseguridad son sentimientos que pueden surgir como parte del proceso de relación pública entre las y los desconocidos y la persona estigmatizada. La vergüenza se origina cuando el individuo percibe uno de sus atributos como una posesión impura de la que fácilmente puede imaginarse exento (Goffman, 2010: 20). La inseguridad para la persona estigmatizada surge en relación al status, sumada a la inseguridad laboral. Ambas consideraciones son vividas – en niveles distintos – entre las mujeres trabajadoras del sexo. Sharid, experimentó la vergüenza en su espacio de trabajo

> Sí, era igual, me sentía incómoda. De hecho me daba vergüenza que hasta la gente me viera entrar en un cuarto con un hombre, yo sentía pena, porque decía yo "uy ¿qué dirán? o ¿qué pensaran?" Claro, me daba vergüenza.

Como vemos, en distintos contextos la *vergüenza* surge como una condición que limita o condiciona el accionar de las mujeres – por ejemplo el uso o no uso de espacios públicos como parques. Anteriormente vimos como las mujeres reciben improperios e insultos, veamos ahora cómo se manifiesta esta situación de estigma en las miradas que reciben las mujeres. Angélica comentaba,

> Diay que ellos miran siempre, que a estas mujeres las señoras y siempre está puesta la mirada en esa situación: "Mirá qué mujer aquella, que sinvergüenza y que yo no sé qué" (...) Diay no, con las miradas. Con verla, quedándose viéndola así. Uno sabe, uno siente.

En un principio, Angélica plantea la situación de la *mirada* en lo público y el estigma hacia las trabajadoras del sexo de manera externa. Sin embargo, durante la entrevista se quiso ahondar en esta mirada, y fue ahí donde ella manifestó el sentimiento y la sensación que producía esa acción sobre ella. Mirada que en la mayoría de los casos manifiesta ese estigma, y conlleva por tanto a la discriminación y exclusión. Para Laura la situación en la calle 8 se vive de la siguiente manera,

> Que lo miran a uno así, como diciendo "que hacen". (...) Sí, hasta de los buses y de los carros y se ríen de uno y de todo.

La experiencia de Laura introduce la *risa* como una manifestación más de las distintas formas en las cuales el estigma se pone en evidencia y se materializa. Otro aspecto interesante de la narrativa de esta mujer es el hecho afirmado de que inclusive las personas que transitan por esta parte de la ciudad de manera vehicular forman parte de esta otredad dónde las mujeres son estigmatizadas y de las cuales se hace mofa y alusión. Hasta este momento, durante las entrevistas no se había planteado la otredad con personas que no estuvieran al mismo nivel peatonal que las mujeres. En este sentido, resulta pertinente ver cómo el estigma traspasa esa distancia espacial impuesta entre el vehículo y la persona como peatona. Veamos ahora la experiencia de Sharon,

> Bueno, es lógico que no lo van a ver a uno con buenos ojos, por supuesto. Uno evita dónde pasan a ver así y le hacen mala cara. O se ponen ahí a mirar, y le dicen cosas.

Para el caso de Sharon, el estigma y por tanto las malas caras o miradas son dadas por un hecho, es decir, se naturaliza el estigma, se interioriza y se admite de esta forma los aspectos negativos que se reflejan por parte de las y los otros en la ciudad. Es importante recalcar aquí que Sharon posee apenas tres años en el trabajo sexual, situación que explica de cierta forma la vivencia más recurrente y naturalizada del estigma. La vivencia de Yuri es particular en el sentido en que se suman dos estigmas, trabajadora del sexo y su nacionalidad nicaragüense. En el contexto nacional dónde la migración del país vecino ha sido altamente desacreditada y marginalizada; se ha generado un imaginario, diversos discurso y prácticas discriminatorias hacia esta población; en así como la vivencia del estigma para Yuri es incrementada,

> A ¡cómo no! Bueno, por lo general siempre a nosotros los extranjeros lo ven de lo peor. O sea, han hecho muchos comentarios muy feos, "que las nicaragüenses son unas aquí... son unas allá... que vienen a quitar a los maridos, nos dicen roba maridos, roba hombres, que somos unos muertos de hambre". Bueno hay muchas cosas para nosotros los extranjeros. La mayoría de los ticos no nos quieren a nosotros los nicaragüenses. O sea, y a veces en los buses, en los asientos han puesto cosas, ahí en los baños, de lo peor. Nos ven como si fuéramos de otro mundo. Sea hombre, sea mujer, igual la misma cosa. Somos muy discriminados.

En la narrativa vemos el "roba maridos" como referencia al estigma de trabajadora del sexo; el cual se mezcla con el hecho de su nacionalidad, haciendo de este modo una doble caracterización negativa de la persona. Además de esto, la vivencia de Yuri cotidiana en otros espacios de la ciudad como los buses, son marcadas por las prácticas discriminatorias de las que se hablaba anteriormente, prácticas que son manifestadas a través de palabras

que hacen alusión al estigma social que representa en Costa Rica poseer la nacionalidad nicaragüense.

En la vivencia del estigma en el espacio de trabajo, las mujeres establecieron también una diferenciación en relación a la reacción que poseen las mujeres y los hombres ante ellas. Veamos primero las experiencias con las otras mujeres. Flor comentaba,

> Las mujeres que algunas se quedan viendo a uno así, con ojos, como queriendo decir "vieja prostituta" o "esas viejas le quitan el marido a uno". No lo ven de buena forma.

Las opiniones que Flor imagina que les quieren decir las mujeres que transitan, se relacionan con estas características atribuidas a las mujeres trabajadoras del sexo, ejemplo claro es la referencia reiterativa a ellas como roba maridos. Para Yuri, las son las que más discriminan en sus miradas y acciones, esto a pesar de que los hombres también forman parte del ritual del estigma.

> A bueno en ese caso, lo ven de lo peor a uno. O sea, lo quedan viendo a uno de una manera no sé, como si uno fuera de otro planeta, o sea, no sé... los desprecian mucho, mucho los discriminan. Más las mujeres, también hombres.

Ese sentimiento en Yuri, hace alusión a una diferenciación radical entre las demás personas y las mujeres trabajadoras del sexo. Al referirse a "fuera de otro planeta" o "fuéramos de otro mundo", marca una percepción importante sobre la forma en que esta mujer vive el estigma. Es decir, se debe de hacer una referencia – inclusive espacial – que marca de manera pronunciada la diferencia entre ellos(as) y las mujeres trabajadoras del sexo. La otredad es aquí denunciada y vivida con gran resentimiento.

En el caso de los hombres, existe una posibilidad que diferencia la práctica del estigma y por tanto su mirada o palabra – esta es la posible interpretación del hombre como cliente. Es decir, un hombre que se queda mirando debe de ser analizado por la mujer trabajadora del sexo, para ver si éste desea contratar sus servicios, o si su mirada refleja otro sentimiento. La experiencia de Yuri se relaciona con esto,

> A veces nos ofenden a uno. Digamos, que tal vez uno, digamos, si ya llega un hombre y se le acerca a uno, y uno dice: "ay no no no, yo no quiero ir con usted, váyase de aquí, déjeme tranquila". Diay ellos dicen: "diay, ¿qué está haciendo aquí entonces? ¿Para qué está aquí? ¿No está para eso?". O sea, son cosas muy feas. Hay otros que llegan y sólo con un gesto ya quieren que uno... un gesto que ellos le hagan a uno, ellos quieren que uno salga corriendo. Y eso no es así.

La mirada de estos hombres, seguido de su interpelación, son prácticas percibidas por Yuri como formas discriminatorias y de irrespeto ante la negativa de aceptar al hombre como cliente. Ese "¿no está para eso?", se relaciona con el estigma de las mujeres, pues es a través de la identificación de ellas como trabajadoras del sexo, que se espera y exige que cumplan con su trabajo. Esta actitud de los hombres de imaginar la disponibilidad y casi obligación de las mujeres a aceptar sus proposiciones sexuales, es característica de un sistema patriarcal dónde las mujeres son objetivizadas y su rango de libertad y autonomía se ve coaptado por las decisiones y deseos de los hombres. Otro ejemplo dónde se reproduce dicha actitud es el caso de las mujeres que se encuentran obligadas a consumar relaciones sexuales con sus maridos, por el simple hecho de poseer este tipo de contrato. Ha sido una ardua lucha del feminismo el promover la toma de conciencia de las mujeres de

que son ellas las dueñas de sus cuerpos, y las únicas que deciden con quién tener o no tener relaciones sexuales.

Esta situación también se da en el trabajo sexual, dónde las mujeres que son sus propias jefas, y por tanto trabajan en la calle, deciden si aceptar o no un trabajo. A pesar de que las condiciones económicas apremien las vidas de estas mujeres, ellas son conscientes de que si llega un hombre oliendo mal, o con una cara que no les genera confianza, ellas son autónomas en decidir. Volviendo a la reacción de los hombres y la lectura que se hace de ellos como posibles clientes, Laura comenta

> No, los hombres pasan, algunos y se paran a hablar con uno. Otros pasan y ya ni lo vuelven a ver. (...) Hay unos que pasan riéndose.

A pesar de que exista esta primera ambigüedad en relación a la mirada de los hombres, es claro que éstos ejercen de igual manera una serie de prácticas y miradas que contribuyen en la creación del trabajo sexual como un estigma, ya sea a través de la risa como lo expone Laura, o las miradas. La experiencia de Sharon evidencia un aspecto particular que ha tomado la vivencia del estigma y las prácticas discriminatorias que hacen alusión a éste – la acción de *escupir*. Esta forma es una de las más violentas que se señalaron como repertorio de maneras de vivir la calle 8 y su otredad negativa.

> O pasa un hombre y se queda viendo a uno con un mal gesto, o escupen. Sí entonces hay otros que dicen "diay" y lo vuelven a ver a uno con mala cara, y bien que necesitan de uno. Porque es la verdad. Sabemos que estamos ahí, tal vez ellos van a otro lado, pero siempre buscan a una prostituta, tal vez no de por ahí del mercado, pero de otro lado. Y le hacen mala cara.

Esta práctica de escupir por parte de los hombres fue expuesta como una vivencia habitual de las mujeres trabajadoras del sexo. Para ellas, el escupir en la calle representa el asco que los hombres desean manifestar y dejar claro. Esto a pesar del hecho de que son muchos los hombres que alguna vez han buscado una trabajadora del sexo en su vida, según lo que comenta Sharid.

Fotografía N°12: Hombre frente al Mercado Borbón

Fuente: Fotografía tomada por Flor (2012)

Las reacciones de las mujeres trabajadoras del sexo hacia las y los otros

Al ser el estigma una condición que media las relaciones en público, vemos que las personas que poseen algún atributo considerado anormal, condicionan su accionar y su reacción ante las miradas o palabras que ponen en evidencia su estigma, y en especial aquellas que son discriminatorias. Para Goffman (2010), una persona estigmatizada puede reaccionar de manera no esperada por las y los normales, y por tanto posea una actitud indiferente,

> (...) aislado por su alienación, protegido por creencias propias sobre su identidad, siente que es un ser humano perfectamente maduro y normal, y que, por el

> contrario, nosotros no somos del todo humanos. Lleva un estigma, pero no parece impresionado ni compungido por ello (pp. 19).

En este sentido, interesaba analizar las reacciones de las trabajadoras del sexo ante las prácticas de las personas que ponían en evidencia su estigma. Un aspecto central en el análisis de las personas estigmatizadas es comprender el tipo de vida colectiva, es decir, aquella identidad social compartida. De esta forma se deseaba conocer las interacciones sociales que se establecían en público en relación a la otredad; a partir de esa vida colectiva, es decir, aquel conocimiento previo que ellas poseen entre ellas mismas, los años de conocerse en el espacio de trabajo, así como las distintas actividades que comparten. Retomando entonces las reacciones, el caso general de las mujeres trabajadoras del sexo no es una actitud de indiferencia, pero sí inesperada por las y los otros – los normales. Goffman (2010) señalaba al respecto,

> En lugar de retraerse defensivamente, el individuo estigmatizado puede intentar establecer contactos mixtos mediante baladronadas agresivas, pero esto puede provocar en los demás una serie de respuestas impertinentes. Se puede agregar que el individuo estigmatizado vacila a veces entre el retraimiento y la bravata, saltando de uno a otra, y poniendo así de manifiesto una modalidad fundamental, en la cual la interacción cara a cara puede adquirir características muy violentas (pp. 32).

La actitud que toman las mujeres en el espacio de trabajo al ser objeto de miradas o cuando les dirigen la palabra de manera ofensiva, ha sido la interpelación. Esta actitud no pasiva, sino más bien en algunos casos hasta agresiva, ha sido la manera de responder ante una forma violenta de trato. En este sentido es que se afirma que las dinámicas e interacciones sociales, y en este caso la otredad, se dan de manera hostil, dónde la violencia se convierte

de nuevo en una manera de vivir la ciudad y la interacción social. La experiencia de Aurora va en este sentido,

> Nosotros lo que hacemos es devolvernos, devolverles la palabra. "Somos putas, no somos zorras como ustedes"- eso les decimos.

Desde el inicio, Aurora plantea la reacción de manera colectiva al hablar de un nosotros[32], dónde lo esencial es tomar la palabra. Este aspecto es central y ha sido una de las luchas del feminismo, en busca del empoderamiento de las mujeres. El tomar la palabra en un sistema que ha socializado a las mujeres a permanecer en silencio, dónde su palabra es jerarquizada inferiormente a la de los hombres, y dónde en algunas situaciones ni siquiera es esperada; vemos como para las trabajadoras del sexo es una acción de defensa y de empoderamiento importante. El tomar la palabra para un grupo de mujeres que además forman parte de esta violencia estructural de género, es un acto esencial de fuerza; dónde las relaciones de dominación – en este caso entre normales y estigmatizadas – son puestas en lucha. La experiencia de Laura confirma lo anterior,

> No, yo sí les digo cuatro. (...)
>
> Sí, nosotras "¿qué me ves?" Entonces apartan la cara.

A pesar de que en un primer momento Laura hacía referencia a su respuesta personal, dónde decir "cuatro" hace alusión a responder de manera directa, y violenta; en un segundo momento la reacción se transforma en colectiva, en un nosotras. Las reacciones a las miradas o palabras que evidencian lo diferente, el atributo considerado anormal, son

[32] A lo largo de la investigación, se podrá ver cómo en la mayoría de las narrativas de las mujeres se hace referencia a un "nosotros" o a "uno" como pronombres personales masculinos, esto a pesar de que ellas están hablando de ellas mismas.

también mediadas por el estigma. Para Lulú, la experiencia en calle 8 puso en perspectiva su reacción,

> Es que desde que llegué fui jachuda en esa esquina. (...) Que no le aguantaba nada a nadie. Hasta ahora es que me he calmado, pero no le aguantaba nada a nadie. (...) Me agarré más de una vez con un montón de mujeres.

El accionar de Lulú se relaciona con la forma en que cotidianamente las mujeres viven la otredad en esta parte de la ciudad. Al ser ésta caracterizada por la violencia y la discriminación, las mujeres construyen estrategias o prácticas de resistencia que les permite afrontar estas interpelaciones diarias. Para Scott (2000), todas las relaciones de dominación se componen por un elemento de terror personal y este puede tomar forma de golpizas arbitrarias, brutalidad sexual, insultos y humillaciones públicas. En el caso de las mujeres trabajadoras del sexo, estos elementos de terror personal son vividos a lo largo de su práctica en el trabajo sexual, ya sea por otras trabajadoras del sexo, por transeúntes, clientes o policías. A partir de las entrevistas, vemos que esta práctica de defensa y resistencia, en la mayoría de las veces, se caracteriza por ser violenta, tal y como lo señala Lulú. La experiencia de Vanesa se dirige también en este sentido,

> Depende, hay personas que le dicen cosas a uno pero yo soy rapidita para contestarles. Porque yo no me dejo de nadie, ese es el problema, siempre lo tuve. Yo no me dejo de nadie, porque siempre estoy a la defensiva, porque desgraciadamente también anduve en las drogas, y uno siempre quiere estar a la defensiva. Eso le enseña a uno la calle, esa cochinada.

Esta actitud defensiva es la que hemos visto en las distintas experiencias de las mujeres. Las trabajadoras del sexo han llegado a conformar una serie de prácticas que luchan contra

este trato diferenciado y excluyente. Para las mujeres que se ubican en el parque de la Merced, existe también una serie de miradas e interpelaciones que provienen de esos otros y otras que comparten los espacios de la ciudad con ellas. Para ejemplificar esta vivencia, tenemos la narrativa de Yuri.

> Pero hay unas que no aguantan, porque dios guarde que pase una mujer hablando así, y entonces ya por lo menos... Digamos que sí, tienen el dominio del parque. Y mejor que ni lo hagan, porque si digamos, ellas pasan, se quedan viendo, la critican y ella de una vez se para y bueno dice unas cosas que mejor ni se las digo porque son un poco de vulgaridades. Hay otras que ellas ya saben que quedar viendo a una mujer así, como que les da pena o miedo a ellas. Pero siempre no dejan de ver. Siempre tiran su indirecta las que pasan ahí.

El comentario de Yuri es impersonal, y habla más bien de una experiencia de *otras* mujeres reaccionando ante la otredad negativa. En esta vivencia, el tomar la palabra y connotarla además con expresiones vulgares y violentas, es de nuevo una de las formas de reacción de las trabajadoras del sexo en el parque de la Merced. Algo importante que señala Yuri es que a pesar de que las mujeres respondan de esta forma, las miradas y las interpelaciones son recurrentes y no dejan de ser una realidad cotidiana en el espacio de trabajo. Veamos ahora la reacción personal de Yuri,

> Sí, no es por nada, pero yo no tengo ese vocabulario, porque no me gusta. Porque yo he visto que ellas son muy tremendas. Sí, pero es porque ellas (las otras) se lo buscan, porque hay señoras que se quedan viendo así, o sea como si uno fuera quién sabe qué cosa. Si, todas... como si uno fuera de otro mundo. Claro, a nadie le gusta. Es que siempre los han visto lo peor, a todas, de lo peor. Hay mucha discriminación.

> Es como igual, los homosexuales, los han visto de lo peor, se asustan y todo. Yo tengo muchas amistades que son homo... o sea, son playitos[33]. Y yo les hablo y todo a ellos. Pero muchas personas no lo ven así, dicen "diay para qué le habla a ese fulano, no ve que es aquí... ". Pero no, yo no.

Para esta mujer, las reacciones de las personas que transitan por el espacio de trabajo reproducen dinámicas de discriminación. Además, este trato es comparado con la vivencia de personas homosexuales, que son también altamente estigmatizados en la vida social. La actitud que toma Yuri – y que podemos deducir que es la que reclama para ellas en tanto mujeres trabajadoras del sexo – es el respeto y el buen trato que se merecen las personas que son estigmatizadas y discriminadas. La experiencia de Flor puede ser comparada a esta,

> Diay por un lado uno las entiende. Yo las entiendo. Porque a ninguna mujer le gustaría que le quiten el varón, el hombre, que se lo usen. Pero diay, ¿qué es lo que pasa? que uno tiene que estar en ese trabajo, vea.

A pesar de que en un primer momento Flor muestra una empatía con las mujeres que responden mal o les dicen calificativos negativos; ella desea hacer evidente la necesidad que poseen las mujeres de estar en el trabajo sexual. De esta forma, se apela a una empatía y un reconocimiento de su trabajo y su condición económica. Como vemos, las reacciones en torno a la otredad en la ciudad son en su mayoría en defensa de su identidad y su legitimidad de estar en este espacio en la ciudad. Se responde de manera violenta en algunos casos, ante las miradas constantes y los improperios tanto de otras mujeres como de hombres. Estas distintas prácticas de resistencia ponen en juicio el principio de igualdad en el uso de la ciudad, ya que existen grupos sociales que deslegitiman y reprochan el uso

[33] La palabra *playitos* hace referencia de manera popular y de cierta forma despectiva a los hombres homosexuales.

de *otros* grupos como las mujeres trabajadoras del sexo. A pesar de esta situación y del estigma que muchas de las mujeres llevan consigo, ellas han logrado accionar de manera grupal, y con esto crear cierto tipo de identidad social urbana, dónde el no dejarse, envalentonarse, ser "jachuda", contestar, se convierten en acciones propias de defensa – no sólo de su identidad personal y grupal, sino también de su espacio de trabajo.

****

El presente capítulo abordó las distintas prácticas y percepciones que las mujeres poseen sobre la ciudad de San José. Vimos como el trabajo posee un peso importante como práctica cotidiana, el cual a su vez configura la organización del tiempo de las mujeres. El uso de parques y la participación en actividades culturales resultó ser una práctica no homogénea en la vida de las mujeres, ya que por distintos motivos no todas poseían la costumbre y el agrado de hacer uso de estos espacios en la ciudad – espacios que motivan otras lógicas a las habituales. El objetivo fue entonces adentrarse en la vida cotidiana de las mujeres, comprendiendo ésta como sistemas o redes de prácticas cotidianas fosilizadas o instituidas, junto con representaciones, ideas, creencias, valores que a ellas se asocian (Lindón pp. 190). La movilidad representó un factor fundamental de la vida cotidiana de las mujeres, ya que ésta permitió conocer las distintas rutas, el uso de transportes; en general, el mapa urbano que las mujeres gestionan día a día en la ciudad. El caminar representó también una práctica importante, dónde para muchas, ésta poseía un carácter liberador y de terapia, constituyéndolo así como una práctica de resistencia ante la vida agobiante y difícil que llevan. La resistencia fue entonces analizada como una práctica que se construye en un plano individual y en un nivel horizontal, dónde la relación de dominación no se ejerce de manera vertical como entre la fuerza pública y la mujer trabajadora del sexo, sino a través de decisiones que contrarrestan subjetiva e individualmente dicho poder.

La otredad en la ciudad trajo consigo la exploración de diversos temas, entre ellos el trabajo sexual como un estigma en el imaginario social y personal de las mujeres. De esta forma, se construyen prácticas y discursos que legitiman ciertos espacios y usos en la ciudad. Para las y los *normales*, las trabajadoras del sexo representan un mal en la ciudad, esto desde la moral que se posee en torno al sexo. En este sentido, se construye una otredad negativa dónde a través de palabras y miradas, las mujeres son discriminadas y marginadas, y con esto la desigualdad que sufren en términos de derecho a la ciudad es puesta en evidencia. Esta otredad negativa ha traído consigo disputas y confrontaciones en el espacio de trabajo de las mujeres. Como señala Palacios (2010), existen grupos sociales que a través de los significados y las interacciones con la otredad, expresan una jerarquización de las diferencias – en este caso de clase y de valores morales – que connota la deslegitimación del derecho a la ciudad.

Las reacciones de las mujeres y los hombres que transitan esta parte de la ciudad, se ven también mediadas por los estereotipos, los prejuicios y las prácticas discriminatorias que construyen sobre el trabajo sexual. Las prácticas más recurrentes fueron las miradas de desaprobación y juicio, las palabras denigrantes e irrespetuosas, las risas burlonas, y el escupir denotando asco, todas ellas vividas por las mujeres en términos de otredad y exclusión. A pesar de esta perspectiva negativa, vemos que las mujeres han logrado tomar la palabra y crear un sentimiento de colectivo y de identidad social, dónde enfrentan y se defienden de aquellas prácticas violentas que viven cotidianamente.

V. Apropiación y conflictos en y por el espacio de trabajo

A lo largo del trabajo de campo, las prácticas urbanas de las mujeres trabajadoras del sexo iban adquiriendo algunos matices que abrieron espacio para pensar en las dinámicas que se establecen entre los espacios vividos y el accionar. En este sentido, interesaba en un primer apartado explorar las formas de apropiación que las mujeres construyen sobre el espacio urbano que ocupan cotidianamente. ¿Se puede hablar de apropiación en la ciudad para el caso de estas mujeres?, ¿cómo se configura esta apropiación?, ¿existe una identidad social urbana compartida?, ¿cómo se da la apropiación del lugar al ser este un espacio urbano simbólico – la Zona Roja?

Como ha sido la constante en la presente investigación, la utilización, las prácticas y la apropiación de la ciudad por parte de las mujeres ha estado mediatizada por el trabajo sexual que se ejerce en la misma. Es inevitable por lo tanto, pensar en los distintos procesos que ellas construyen cotidianamente en la ciudad, sin pensar en las características que posee su trabajo, por ejemplo la competencia, la exclusión, y los conflictos. Esto conllevó a profundizar en el segundo apartado en aquellas relaciones que se gestaban en y por el espacio de trabajo. Así, algunas de las preguntas que surgieron fueron, ¿cómo delimitan su lugar o espacio de trabajo las mujeres?, ¿existen lugares fijos o estos cambian?, ¿cómo ha sido esto frente al mercado Borbón, en la calle 8?, ¿qué conflictos surgen en estas relaciones?, ¿cómo se ven gestionados dichas pugnas?

Durante la revisión de la literatura sobre el tema de apropiación, se pudo contextualizar y analizar la Zona Roja como ese lugar simbólico en el imaginario social que construye y motiva identificación social. Existen tres procesos importantes que se dan de manera dialéctica y que marcan estos procesos de identificación y apropiación de los espacios

urbanos, la identificación del entorno, cuándo se es identificado(a) por el entorno, y cuando se identifica con el entorno. Estos pueden ser vistos en el contexto de la Zona Roja, dónde es identificada como un lugar de trabajo sexual, y con esto a las mujeres que lo habitan; y además, éstas se auto identifican como parte de este espacio. A partir de las entrevistas, se logró detallar en qué consistían estas identificaciones sociales, su identidad social urbana y las distintas prácticas que se construían alrededor de estas dinámicas.

La apropiación

> *La ciudad solo podemos recorrerla, cruzarla, sentirla, pero nos viene dada y raramente podemos transformarla. El conocimiento, para Sansot, es importante pero no suficiente. Requiere considerar un aspecto propositivo del proceso: nos apropiamos de la ciudad si nos identificamos con ella (Pol, 1996:7).*

Al venir analizando la forma en que las mujeres perciben y actúan sobre la ciudad, el proceso de apropiación deviene fundamental a la hora de comprender las distintas dinámicas que se generan en los espacios públicos habitados por ellas. La apropiación se entenderá entonces como un proceso dónde intervienen dos factores, la acción transformación y la identificación simbólica. Vidal y Pol (2005) señalan,

> A través de la acción sobre el entorno, las personas, los grupos y las colectividades transforman el espacio, dejando en él su "huella", es decir, señales y marcas cargadas simbólicamente. Mediante la acción, la persona incorpora el entorno en sus procesos cognitivos y afectivos de manera activa y actualizada (pp. 283).

A la hora de pensar en la relación que establecen las mujeres con la ciudad, se puede apreciar que a nivel de significados y acciones las mujeres dirigen su mirada

principalmente al lugar de trabajo. En este sentido, al ser un espacio público, el proceso de la identificación simbólica como parte de la apropiación genera mayores impresiones, significados y afectos. Este espacio es dónde las mujeres pasan la mayor parte del tiempo en la ciudad, además de que constituye un lugar de encuentro e interacción social importante en la vida cotidiana. En esta relación de grupo que comparte una identidad social, y que además ocupan un espacio específico en la ciudad, vemos como existen cualidades en el entorno que son utilizadas por las mujeres como definitorias de su identidad. Esto quiere decir que aspectos como la pobreza, la violencia, la exclusión, el consumo de drogas y la indigencia son incorporados en el discurso de estas mujeres al hacer referencia al colectivo de mujeres trabajadoras del sexo de la zona.

En este sentido, es importante recalcar que el proceso de apropiación no es solo un asunto de la persona hacia el espacio, sino que lo es también del espacio hacia la persona. Al respecto Pol (1996) señala,

> Nos apropiamos del espacio, pero el espacio se apropia de nosotros. Del mismo modo que hemos transformado el espacio a nuestra imagen y refleja nuestra identidad y estilo de vida, esta misma organización del espacio nos liga a nuestras formas de ser y de hacer. Es decir, nos fija, dificulta la transformación, dificulta el cambio de los sujetos vinculados a un espacio (pp. 10).

En este sentido, las características del entorno dado se vuelven fundamentales a la hora de propiciar, dificultar e intervenir en el proceso de apropiación. Así, los atributos antes comentados no sólo son característicos del entorno y reflejados por tanto en la identidad del grupo social; sino que también las mujeres en tanto viven en su cotidianidad dichas expresiones, configuran y dotan de contenido dicho espacio. La relación que se establece

por tanto se caracteriza por ser dialéctica, dónde ambos momentos de la relación se ven reflejados e intervenidos mutuamente. Las distintas dinámicas que confluyen en la apropiación del espacio, pueden ser comprendidas como formas de vinculación de las personas con los lugares. Vidal y Pol (2005), señalan que

> ... el entorno "apropiado" deviene y desarrolla un papel fundamental en los procesos cognitivos (conocimiento, categorización, orientación, etc.), afectivos (atracción del lugar, autoestima, etc.), de identidad y relacionales (implicación y corresponsabilización). Es decir, el entorno explica dimensiones del comportamiento más allá de lo que es meramente funcional (pp. 284).

Así, comprender la formas que adquiere dicha apropiación en el caso de las mujeres trabajadoras del sexo que se ubican en los alrededores del Mercado Borbón, representa no sólo una mirada a su uso del espacio de trabajo; sino también una entrada a su cotidianidad y experiencia de vida en relación a su identidad, su trabajo y el espacio simbólico urbano al que se sienten identificadas.

¿Qué define los espacios de trabajo sexual como propios?

A partir de la apropiación y la identidad social, vemos cómo distintos espacios de la ciudad son reconocidos e identificados por ciertos grupos sociales. Para las mujeres trabajadoras del sexo que se ubican frente al mercado Borbón, esta situación deviene en el apoderamiento de la calle 8. Mientras que para las mujeres ubicadas en el parque de la Merced, esto se ve reflejado en su territorialización del parque. En el proceso de apropiación, intervienen distintos factores y estrategias que van dotando de contenido e historia a esta dinámica. Para el caso del trabajo sexual, existen elementos específicos que

permiten o no la apropiación de ciertos espacios de la ciudad. Uno de ellos es la *temporalidad,* y se ve ilustrada en las relaciones que construyen las mujeres trabajadoras del sexo sobre la Zona Roja. Para Angélica, la forma de delimitar el espacio de trabajo en la ciudad corresponde principalmente a la cantidad de años y el reconocimiento que deviene de esto. Ella comentaba "Sí, es que uno ya tiene pues un poquito de su zona, de respeto y todo…Y el tiempo y la experiencia que uno tenga verdad". La impresión de control sobre un espacio en la ciudad es un ejemplo de la relación entre temporalidad y espacio, y vemos que en el lugar de trabajo, esta condición sobrepasa la impresión y se traduce en una realidad. De esta forma, las mujeres logran establecer calle 8 como su espacio de trabajo, el cual reúne ciertas características y posee condiciones de entrada.

Fotografía N°13: Mujer trabajadora del sexo

Fuente: Fotografía tomada por Flor (2012)

Al reflexionar sobre la apropiación que realizan las mujeres trabajadoras del sexo en la ciudad, vemos que esta se ve mediada por el conflicto. Es decir, no se puede hablar de apropiación sin pensar la des-apropiación o exclusión que esta conlleva. Las mujeres establecen condiciones y mecanismos que traducen y reafirman la apropiación en la ciudad.

En el proceso, es importante la creación de una identidad y de un nosotras, que se viene a diferenciar de *otras*. Este momento se ve traducido en una exclusión de estas otras; por lo que abordar el tema de la apropiación, significa también analizar cómo se dan estas distintas estrategias de definición de espacios e identidades. Así, la construcción de la apropiación se da de manera confrontativa y relacional.

Esta situación de apropiación de espacios en la ciudad para el trabajo sexual, ocurre también en el espacio privado. El hacer el "campo" en el bar, se ve también creado a partir de la longevidad en el mismo. Las mujeres crean su espacio de trabajo, una clientela a veces fija, y también viven conflictos por defender lo apropiado. La apropiación que producen las mujeres no se da en términos meramente físicos de su lugar de trabajo, sino también en términos simbólicos, ya que son ellas las únicas que poseen el derecho y la legitimidad de permanecer en este espacio de la ciudad ofreciendo sus servicios. Así, la apropiación simbólica de un trabajo y por tanto de una calle en la ciudad, excluye también a otras mujeres que quisieran trabajar en esta zona.

Un aspecto importante de recalcar aquí sobre los procesos de apropiación, es que pueden ser analizados también como dinámicas de resistencia. En este sentido, los discursos y las prácticas de resistencia se construyen en espacios sociales dónde no existe control ni vigilancia de otras personas que no pertenezcan al grupo, y que son aquellas que dominan a través de miradas, prácticas, rumores, entre otras formas. Para Scott (2000),

> Sólo especificando cómo se elaboran y se defienden esos espacios será posible pasar del sujeto rebelde individual – una construcción abstracta – a la socialización de las prácticas y discursos de resistencia (pp. 147).

Esta defensa del espacio como parte del proceso de apropiación de espacios sociales en la ciudad es indispensable a la hora de comprender no sólo las prácticas de resistencia, sino también las dinámicas y conflictos que surgen en este espacio de trabajo.

Fotografía N°14: Entre el habitar de la mujer trabajadora del sexo

Fuente: Fotografía tomada por Flor (2012)

La identidad social urbana en las trabajadoras del sexo

A partir de la apropiación, y la vivencia de las mujeres trabajadoras del sexo sobre el espacio urbano, vemos como el tema de la identidad social es fundamental a la hora de analizar las dinámicas de apropiación. Pol y Valera (1999) señalan dos elementos simbólicos representativos de la identidad social urbana de un grupo: el nombre de la categoría social urbana con el que es identificada y definida una área concreta del entorno urbano, y lugares definidos cuyas características peculiares son reconocidas como representativas de dicha categoría urbana, al mismo tiempo que simboliza algunas dimensiones relevantes para dicha categorización (pp.6).

Pensando en la situación vivida en la Zona Roja, se puede mirar con más detalle este aspecto simbólico del nombre del grupo social que allí habita, nombradas popularmente como prostitutas, o putas. Los lugares que dan mayor representación y simbolismo sobre el trabajo sexual son los distintos bares, pensiones y hoteles que se ubican en la zona. Estos elementos van dotando de imágenes relacionadas con el trabajo sexual, y así contribuyen a crear esta identidad social urbana.

Es importante dejar claro que la identidad social urbana es entendida como conformante de una identidad social, y según Pol y Valera (1999), ésta se construye sobre las siguientes dimensiones: dimensión territorial (límites geográficos y características de éstos) dimensión comportamental (prácticas sociales), dimensión social (estructura y tipo), dimensión ideológica (valores, creencias y cultura), dimensión psicosocial (características típicas, estilo de vida), y dimensión temporal (sentimiento de una historia común). A pesar de que el objetivo de la investigación no es detallar el análisis de la identidad social urbana, es necesario tomar en consideración las distintas dimensiones que la componen para así contar con una mirada amplia sobre dicho concepto.

Esta identidad social urbana de las mujeres, se ve reforzada además por el conflicto, debido a que en medio de la disputa por el espacio, las mujeres ubicadas en los alrededores del mercado Borbón narrativamente ubican a las *otras* con características diferentes a las de ellas. Esto se hace más evidente cuándo se habla de las mujeres nicaragüenses que intentan establecerse en la zona. Lo simbólico de la identidad social urbana, deviene por lo tanto de procesos afectivos, cognitivos e interactivos, a través de los cuales el espacio deviene lugar y se produce la identificación con el mismo. Para las mujeres, la Zona Roja representa ese

espacio en la ciudad con el cual ellas se identifican, se diferencian y son identificadas por otros(as).

Espacio simbólico urbano de la Zona Roja

Al inicio de la investigación, se caracterizó a la Zona Roja como un espacio simbólico en la configuración de las cartografías y los mapas mentales. Socialmente, la Zona Roja ha sido cargada de símbolos, otredades y prácticas urbanas. La aproximación a estos espacios de la ciudad que han sido construidos simbólicamente posee una carga de sentido importante de detallar. Para Valera (1996), el simbolismo es una propiedad inherente a la percepción de los espacios, donde el significado puede derivar de las características físico-estructurales, de la funcionalidad ligada a las prácticas sociales que en éstos se desarrollan o de las interacciones simbólicas entre los sujetos que ocupan dicho espacio. Así, el espacio simbólico urbano es definido como

> ... aquel elemento de una determinada estructura urbana, entendida como una categoría social que identifica a un determinado grupo asociado a este entorno, capaz de simbolizar alguna o algunas de las dimensiones relevantes de esta categoría, y que permite a los individuos que configuran el grupo percibirse como iguales en tanto se identifican con este espacio, así como diferentes de los otros grupos en relación con el propio espacio o con las dimensiones categoriales simbolizadas por éste (Valera, 1997:5).

En la construcción de estos espacios simbólicos urbanos, vemos cómo se conjugan las dinámicas de apropiación y de apego al lugar, dónde los distintos grupos sociales – a través de sus prácticas urbanas – cargan de significado. Así, el espacio urbano simbólico se

muestra en las distintas cartografías mentales de las personas como elementos representativos de la identidad social urbana.

Ahora, no todos los espacios simbólicos son facilitadores de estos procesos de identificación social urbana. Según Valera (1997), para que un espacio simbólico pueda ser considerado como tal es condición necesaria que sea percibido por las personas del grupo como prototípico, es decir, paradigmático o representativo de la categoría urbana sobre la cual se fundamenta la identidad social urbana del grupo. La representación se torna entonces un proceso clave para comprender los significados que se le atribuyen a estos espacios urbanos simbólicos. Además, dan cuenta de la misma identidad social que se construye por las y los habitantes en y de estos espacios de la ciudad. El contraste de un espacio simbólico urbano con los objetivos iniciales de los planificadores urbanos puede resultar interesante, ya que estos últimos intentan crear espacios con una significación preestablecida que puede o no identificar a las personas que hacen uso de este lugar. Pol y Valera (1999) señalan,

> El mismo hecho de dar nombre a las calles, a las plazas o a los parques, son intentos de dotar de un valor simbólico a determinados espacios por parte de la estructura de poder, generalmente desde un despacho (pp. 9).

En un inicio, la Zona Roja pertenecía a un espacio económico de la ciudad importante. Sin embargo, las actividades y la población ha cambiado, y son los y las nuevas pobladoras las que van cargando de significados el lugar. Estos significados devienen del tiempo y del uso que han realizado en esta zona, y en el caso de las mujeres – al ser este el espacio de trabajo – se teje como un elemento vertebral de la cotidianidad y la vivencia de la ciudad.

Fotografía N° 15: Vista del Banco Nacional desde la Zona Roja

Fuente: Fotografía tomada por Angélica (2012)

Conflictos en y por el espacio

A partir del apartado anterior, se puede apreciar cómo distintas dinámicas como la apropiación y la identidad social urbana, construyen significados y simbolismos que dotan de vida y de uso ciertas partes de la ciudad. En este sentido, el espacio del trabajo sexual en la ciudad ha sido un espacio en conflicto, habitado por relaciones de poder, violencia y exclusión. El tema del conflicto sobre el espacio urbano es una característica propia de las dinámicas sociales en la ciudad, dónde distintos grupos sociales – tales como las y los vendedores ambulantes que definen su territorio de venta o malabaristas que se apropian de un parque en la ciudad – son ejemplos de disputas sobre el espacio que deviene de identidades urbanas disímiles o disputas por el control de un mercado. Para Di Masso

(2007), el disentimiento en torno a los usos legítimos del espacio urbano es una práctica definitoria del espacio público. En este sentido, señala

> Como consecuencia lógica de la coexistencia de formas diferentes de imaginar, actuar y necesitar el entorno compartido, las formaciones espaciales de la protesta urbana desafían la estabilidad de su organización legítima, en términos de comportamientos esperables y relaciones sociales reconocidas y aceptadas. Concretamente, estas prácticas de oposición se traducen con frecuencia en acciones directas sobre el espacio urbano, actos colectivos de apropiación material y de ocupación de lugares en los que se escenifican y practican modos distintos de entender la relación con la ciudad como entorno de convivencia (2007: 2).

En el caso de la ciudad de San José, vemos como los conflictos por el espacio se ven traducidos en esta diferenciada forma de practicar la ciudad por parte de las trabajadoras del sexo – en especial sobre la legitimidad y apropiación de un grupo de mujeres sobre el espacio de trabajo – dónde es a partir de esto que se construye un conflicto territorial. Según Di Masso (2007), el desacuerdo se traduce en la recreación de discursos y modos de "hablar el espacio", desplegando así una serie de mecanismos de arraigo que influyen sobre lo territorial, pero también narrativas y relatos del lugar que contribuyen de manera fundamental a las acciones que lo significan y lo transforman. En esta dirección, se analizan las narraciones que las mujeres trabajadoras del sexo construyen sobre su espacio habitado, y las disputas y diferenciaciones que prevalecen en él. A lo largo de la investigación ha interesado contrastar cómo las narraciones y percepciones de las mujeres se ven reflejadas en su habitar de la ciudad, por lo que este capítulo no es una excepción.

Sin embargo, antes de adentrarnos en esta relación específica, veamos cómo se construyen los conflictos por y en la ciudad contemporánea. Para comprender el conflicto

que se genera a lo largo y ancho de las ciudades es importante tomar en cuenta el orden urbano. En este sentido,

> .... por él [el orden urbano] entendemos el conjunto de normas y reglas tanto formales (pertenecientes a alguna jerarquía del orden jurídico) como convencionales a las que recurren los habitantes de la ciudad explícita o tácitamente en el desarrollo de las prácticas relacionadas con los usos y las formas de apropiación de los espacios y bienes públicos o de uso colectivo que, más allá de la vivienda, son los elementos constitutivos de la ciudad (Duhau y Giglia, 2004: 258).

Este orden urbano se ha caracterizado en las ciudades latinoamericanas con la privatización de los espacios públicos y las prácticas urbanas – y como señalan Duhau y Giglia , con diferentes modalidades operan como dispositivo de protección, autosegregación, subsistencia y explotación lucrativa del espacio público y las externalidades urbanas, entendidas estas últimas como los efectos positivos o negativos resultantes de las construcciones, usos y actividades presentes en un espacio determinado (2004: 265). El presente análisis profundiza en aquellas normas convencionales, es decir, aquellas reglas que establecen las mismas mujeres trabajadoras del sexo en su espacio de trabajo. Sin embargo, se debe de tener presente el contexto que impera en las ciudades latinoamericanas, que viene siendo escenario de prácticas urbanas y disputas por territorios.

Ante el orden urbano, los conflictos por el espacio se ven como producto de dos tipos de relaciones: primero, como producto de los "efectos espaciales" de determinado tipo de contexto urbano; y segundo, como el producto de la forma específica que en distintos contextos urbanos adoptan las relaciones de los ciudadanos entre sí y con las diferentes autoridades en cuanto al uso del espacio y de los bienes públicos (2004: 266). El caso de las

mujeres trabajadoras del sexo responde a este segundo tipo de conflicto, dónde la disputa inicia entre las mismas mujeres trabajadoras del sexo y se basa no sólo en el uso del espacio, sino también en el acceso o no de otras mujeres.

El conflicto en y por el espacio de trabajo en la Zona Roja

> *Porque diay es un cliente que les quitan. El espacio que les quitan, es un cliente que les quitan a ellas.* Lulú

El principal conflicto que existe en el espacio del trabajo sexual es representado por el (no)ingreso de mujeres nuevas. La llegada de una mujer nueva a la zona representa competencia, es decir, una amenaza a su campo de trabajo, razón que se encuentra detrás del conflicto que se construye en y por el espacio de trabajo. Yazmín comenta al respecto "lo que pasa es que digamos, si la persona empieza a estar ahí y llega una chica nueva, entonces si hay problemas porque ellas como que se apoderan del lugar". Este apoderamiento del cual habla Yazmín tiene que ver con esas prácticas de apropiación y de identificación social que hacen las mujeres sobre su espacio de trabajo.

Di Massso (2007) señala que en medio de un conflicto urbano se construye una identidad social que – para el presente caso, representa un "nosotras" y un "ellas". En dicha construcción, el nosotras se define sustantivamente entonces por negación al "ellas", caracterizadas por mantener relaciones con un segundo "ellos" que son los clientes. Debido a que ambas identidades comparten una imagen – la de la trabajadora del sexo – vemos que no se realiza una construcción tan disímil de grupos[34]. Sin embargo, para la

[34] Más adelante se verá que este "nosotras" y "ellas" se plantea con mayor evidencia en el caso del conflicto en el parque de la Merced.

delimitación y apropiación del lugar de trabajo es necesaria la referencia a un nosotras que representa a las legítimas de ocupar ese espacio, y quienes comparten características determinantes de dicha legitimidad – por ejemplo la característica de la antigüedad. Además, continuando con el proceso de apropiación, vemos como no hay defensa de un espacio en la ciudad sin que haya interacción amenazante, por lo que la apropiación pasa también por una acción de conquista de un espacio. De esta forma, la apropiación y el conflicto surgen a través de una relación entre espacio y sus habitantes. Para Angélica, la situación del conflicto por el espacio de trabajo se explica de la siguiente manera:

> Porque no, porque si es nueva y está joven va a quitarle el poquito de clientes que tiene la otra. Porque casi siempre a la nueva va a ir todas las personas con la nueva. Entonces, ese es un problema que tiene que tener a alguien aliado, una prima o alguien que le diga: no, venga vamos a trabajar ahí. Porque en esta zona es muy conflictiva y también porque esta zona está llena de vicios y entonces las personas... o sea es tanta su enfermedad de las drogas que ellos no permiten que otra mujer venga a quitarles el poquito de plata que tienen. Y las que no usan droga, tampoco les gusta que llegue otra a quitarles.

El relato de Angélica evidencia varios puntos importantes sobre los motivos que conllevan a que las mujeres defiendan estos territorios y consideren a otras mujeres como invasoras o amenazas a su espacio de trabajo. La territorialidad, en este contexto de disputa y conflicto se relaciona con una pauta de actitudes y conductas en un territorio físico que implican en mayor o menor medida ocupación, defensa, vigilancia y control (Di Masso, 2007:9). A partir de este concepto, se analiza la forma que adquiere dicha territorialidad en el campo del espacio del trabajo sexual, y por tanto las prácticas y actores involucradas.

En un primer plano, se encuentran las características propias de la competencia dentro del trabajo sexual, es decir, la belleza y la juventud. Como vimos al inicio, en la categorización de Rojas ét. ál. (2009), los distintos lugares de trabajo corresponden a variables como la edad, y la belleza; dónde las mujeres del grupo VIP poseen una muy buena apariencia física y sus edades oscilan entre los 19 y 38 años, mientras que las mujeres ubicadas por los alrededores del mercado en su mayoría poseen edades entre los 26 y los 81 años. Así, la llegada de mujeres con características consideradas deseables, pone en peligro la entrada económica y el espacio de trabajo de otras trabajadoras del sexo. En este mismo sentido, Flor explicaba – a partir de ponerme como ejemplo – lo siguiente:

> ... porque usted está joven, veá, lógico que va a llevar a cualquier viejillo de los que me buscan a mí porque usted está jovencita, y viene con mini, bueno como venga, mejor dicho no hay ni que hablar de la ropa que anda porque está joven.

Además de la belleza y la edad, otra característica que las mujeres encuentran problemática a la hora de la llegada de una mujer nueva a la zona, es esta misma condición, su novedad. La presencia de un cuerpo nuevo amenaza con acaparar también a la clientela. Para las mujeres, esta situación se da en todos los espacios del trabajo sexual, incluidos los privados como los locales o las salas de masaje. Continuando con Flor, ella comentaba

> Es que es igual, porque una comparación, si yo llego nueva, nueva no, así vieja como estoy, los hombres me quieren probar a mí, los hombres me quieren probar a mí. Entonces van conmigo, diay usted ya pierde, y a usted no le sirve. Entonces sí, ese es el problema. En todo lado hay problemas.

Otra amenaza que se ve relacionada con la llega de nuevas mujeres a la zona es que la tarifa que establezcan para el trabajo sea inferior a la del resto de las mujeres. Como se señaló al

inicio, las mujeres en la Zona Roja cobran tarifas entre los tres mil a cuatro mil colones. En este sentido, un precio aún menor incide también en la lógica del mercado y la competencia dentro del trabajo sexual. A partir de las entrevistas, las mujeres adjudicaron este cobro inferior en la tarifa a prácticas de consumo de estas otras mujeres poseen, consumo que se ve relacionado con las distintas drogas que se pueden adquirir en la zona, o con el alcohol. Otra razón para cobrar menos, se ve ejemplificada por el relato de Aurora,

> La quitamos, porque digamos, como le vuelvo a repetir. Están viniendo mujeres nuevas y ellas mismas cobran una cochinada y nos están matando los clientes a nosotros. Y diay realmente nosotros nos ponemos celosas, porque realmente son clientes viejos. Y diay por irse porque ella le está cobrando 1500 y ya a los cuatro o cinco días le peguen una enfermedad, como que no.

La narración de Aurora deja ver cómo la posibilidad de tener alguna enfermedad venérea o de transmisión sexual es razón de cobrar menos en el trabajo sexual. Sumado a esto, la propia salud de las mujeres habituales de la zona se ve amenazada, puesto que generalmente los clientes vuelven a utilizar sus servicios. El tema del uso del preservativo en el trabajo sexual ha surgido a lo largo de la investigación, como un método anticonceptivo que si no es utilizado amenaza no sólo la salud de las mujeres, sino – como se ve ejemplificado aquí – al mismo mercado del trabajo sexual, dónde el precio diferenciado perjudica a las otras mujeres[35].

[35] Sobre la prevención de enfermedades de transmisión sexual y el uso del condón, es importante reconocer la labor que ha realizado la Asociación La Sala. Estas mujeres desde el 2008 vienen realizando distintas capacitaciones en los locales dedicados al trabajo sexual en la ciudad de San José, así como en el espacio de la misma Asociación, dónde se atiende a mujeres que trabajan en la calle.

Fotografía N°16: Mujer trabajadora del sexo caminando por los alrededores del Borbón

Fuente: Fotografía tomada por Flor (2012)

En las distintas narraciones de las mujeres, se puede apreciar cómo surge una retórica ofensiva, dónde se construye una representación de mujer invasora que entra en contradicción con las convenciones sociales ya instauradas en el espacio en disputa. Al hablar de invasión, vemos entonces cómo se produce una doble dinámica, donde las mujeres invasoras no reconocen que ellas también han "invadido" un espacio público. En palabras de Di Masso (2007), los agentes que ocupan el espacio, pese a estar relatando acciones territoriales de invasión que construyen una imagen del lugar como si fuera un hogar, están fácticamente ocupando un espacio público. Así, retóricamente las mujeres hacen una distinción de uso del espacio que se relaciona de manera no explícita con la distinción espacio privado/público, dónde se ve entonces el principio de propiedad. Esto quiere decir, que las mujeres discursivamente construyen una pertenencia de lugar, una apropiación del espacio de trabajo que de cierta manera deja entrever las relaciones socio espaciales que se reproducen en este lugar, dónde las distintas estrategias discursivas y prácticas delimitan un lugar público, convirtiéndolo así en un espacio cuasi privado.

Al ser este un espacio de conflicto y luchas por el espacio, surgió la interrogante sobre la forma en la estas otras mujeres llegaban al lugar. Como vimos anteriormente con Angélica, se necesitan aliadas o amigas para llegar a ciertos espacios dentro del trabajo sexual. Sin embargo, esta situación es presentada de manera distinta por Aurora,

> Diay porque digamos, usted es mi compañera vieja. Y usted llega y se trae - sin que yo me dé cuenta - usted se trae a otra amiga. Y yo llego y yo te digo a vos "mirá, ¿esa cabra[36] qué? ¿Qué pitos tocará esa cabra? si viene aquí a joder aquí la sacamos". Y que usted llega y no dice nada porque ya nosotras sabemos que usted la trajo. Porque ella misma lo dice. Entonces una vez le dije yo a la cabra "diay mamita, ¿quién la trajo a usted aquí? dígale a la persona que la trajo a usted que se la vuelva a llevar" –"si es una compañera de ustedes mismas" - entonces nosotras vamos a hablar con esa persona. Así le dijimos. "Nos está perjudicando, hasta a usted misma se está perjudicando en su trabajo. Entonces mejor ve que hace, porque si no usted también se va para afuera con ella".

En esa misma línea, Laura dice,

> No, si la mujer que trae mujeres nuevas se echa enemigas a las mujeres de aquí. No se puede traer mujeres nuevas porque de por sí hasta uno se perjudicaría. Entonces yo no traigo a nadie.

Las narrativas de Aurora y Laura exponen el conflicto que surge a partir de la presencia de una nueva mujer en la zona. Para estas dos mujeres, el hecho de que una mujer que ya pertenece al espacio de trabajo – una compañera vieja – traiga a otra mujer, representa un problema para todas las que se encuentran en calle 8. Ambas mujeres utilizan la palabra

[36] La palabra *cabra* es una forma popular y machista de hacer referencia a una mujer.

perjudicar, en el sentido de que afecta su clientela, y por tanto su entrada económica. En este sentido, la estrategia de llegar a través de una mujer ya conocida en la zona, no resulta efectiva y más bien plantea otro conflicto entre las mujeres habituales. Este conflicto llevado a un extremo, podría traducirse – como lo plantea Aurora – en la misma salida forzada de la compañera vieja.

Ante esto, surgió la duda de cómo estas mujeres habían llegado allí en un primer momento. Es decir, ¿qué estrategias fueron efectivas en lograr que estas mujeres fueran aceptadas en el espacio de trabajo? Si la competencia y el acaparamiento de clientes resultan características fundamentales a la hora de defender y apropiarse de un espacio de trabajo, resulta interesante ver qué diferenció y por lo tanto, desembocó en la aceptación de nuevas trabajadoras del sexo en la zona. A través de las entrevistas, surgieron algunas experiencias de cómo fue este proceso. Laura comentaba,

> Yo usted sabe que ni me acuerdo de cómo fue que yo llegue aquí, ¿cómo llegué yo aquí? No me acuerdo como llegue yo aquí. Si habían unas señoras, incluyendo una que está presa. Esa me decía "te voy a mandar a romper el hocico". Entonces yo le dije "rómpamelo usted, a ver". Y después ya se acostumbraron a verme.

A través de otros relatos, pareciera ser que la insistencia representa la estrategia para lograr hacer el campo de trabajo. Ese "ya se acostumbraron a verme", deja entrever como la lucha por el espacio de trabajo se manifiesta por medio de una práctica cotidiana, donde la mujer insiste en apropiarse de este espacio dominado por otras. Esta lucha – tal como lo deja ver Laura – es mediada por amenazas que remiten a prácticas urbanas violentas, dónde se pone en peligro la misma integridad física de las mujeres. En este sentido, la insistencia de una mujer en volver se ve mediada por una valentía y un empoderamiento. Sobre esta

estrategia, Flor comentaba que la mayoría de las mujeres nuevas no volvían debido al miedo provocado a partir de las constantes amenazas de las mujeres habituales. Sin embargo, si esta mujer nueva persistía y volvía a la zona, Flor aseguraba que las amenazas no llegaban a su cumplimiento. Vemos entonces, como esta táctica o estrategia resulta efectiva para afianzarse en un espacio de la ciudad que se encuentra caracterizado por las disputas y el conflicto que se ven inmersos en la lógica de trabajo y de mercado.

Como vimos al inicio, los conflictos por el espacio de trabajo también se dan en el espacio privado, en los locales y bares. Al respecto, Flor señalaba

> Diay en todo lado. Porque también en los negocios. Si en los negocios también en veces hay problemas. Porque diay usted sabe que si yo gano más que... Bueno, yo sé que usted no trabaja en esto, pero si usted trabajara y me ve a mí ganar, y usted no gana. Se pone feo verdad. Lo que pasa es que en los negocios le dicen a las muchachas "no, aquí no van a pelarse, porque aquí estamos trabajando. Si ella es la que gana, ella es la que gana".

El conflicto en este momento se ve mediado también por la presencia de otra mujer, más joven, nueva, y bella. La diferencia que existe entre el conflicto en lo público y en lo privado, es que en el segundo el conflicto se ve gestionado y resuelto por una autoridad "legítima", es decir, la gerencia de dicho local. En el espacio de la calle, el conflicto es resuelto a través de estrategias, amenazas e inclusive la violencia. Por lo que la disputa es ganada o perdida dependiendo del afianzamiento de la mujer en dicho espacio. En el espacio del local, la figura de autoridad que representa la gerencia es acatada, y es la única legítima para poner fin a un conflicto.

Parque La Merced, otro espacio en disputa

> *Sí, porque ahí dicen ellas que el cliente se respeta. Y bueno, al menos esa es la ley que está en el parque de la Merced. Porque ahí una nueva no la dejan arrimar.* Yuri

En la construcción de estos espacios de trabajo en la ciudad, vemos cómo el conflicto forma parte constitutiva y media ante la apropiación del lugar. El parque de la Merced y sus alrededores representa otra zona roja dentro de la ciudad de San José. En esta parte de la ciudad, conviven distintos bares, pensiones y el mismo parque se torna un territorio para el trabajo sexual. El uso de parques en la ciudad como espacio de trabajo, no es una práctica reciente, pues podemos ver que incluso el parque Nacional fue utilizado en su momento como espacio de trabajo sexual de personas travestidas. Ambos casos generan matices de reflexión de cómo un espacio construido y diseñado desde ese saber planificado, transforma su uso en otras prácticas urbanas, evidenciando así las formas de apropiación que las personas construyen a partir de esos espacios cotidianos que habitan. Así, el parque como ese espacio del *estar*, propicia o permite el desarrollo de dinámicas que nos habla del tipo de ciudad, relaciones sociales y tejido urbano que se da en San José.

Al ser esta una investigación que posee como informantes a las mujeres trabajadoras del sexo que se ubican en los alrededores del mercado Borbón, es importante dejar claro que la mirada que se presentará a continuación sobre el conflicto que se da en el parque de la Merced, proviene de estas mujeres. Y como se vio anteriormente, en la disputa por espacios urbanos se construye un *nosotras* y un *ellas*, dónde el nosotras es representado en este apartado por las mujeres de la Zona Roja, y el ellas por las mujeres de los alrededores del parque de La Merced. La construcción de esta categoría, se relaciona con una negación de ellas, de las *otras*; y de esta forma se reivindica un nosotras – y como señala Di Masso

(2007) – una legitimidad del arraigo territorial. Tomando en consideración dicha aclaración, al preguntar sobre las dinámicas que se generaban en esta otra zona roja de la ciudad, Yazmín comentaba

> Bueno, el Parque de la Merced está inundado de mujeres claro. Ese es como un putero ambulante, si, en todo el parque. Donde está la entrada de la Iglesia, que hay unas gradas, todo eso así, las que usted ve mujeres sentadas son mujeres que la están pulseando.

Flor también señalaba,

> A sí, las mujeres están en eso, prostituyéndose. Sí, están en eso. Toda la mujer que está ahí sentada, algunas llegarán a esperar a alguien, verdad. Pero otras están ahí sentadas porque ejercen el trabajo sexual.

Ambos comentarios denotan la presencia de las mujeres, la cual puede ser confundida por la misma característica de ser el espacio un parque dónde se dan usos como la espera de alguien, el disfrute del tiempo libre, el juego, la lectura, la mirada sobre otros(as), y la soledad. Al igual que en la Zona Roja, las mujeres en este parque han establecido este territorio como suyo, y por tanto han generado prácticas que se direccionan a defenderlo. En este sentido, las narrativas de las mujeres entrevistadas, dejan entrever esta apropiación del parque. Angélica decía al respecto "Ellas quieren dominar el parque de la Merced, entonces no permiten". Lo que las mujeres no permiten es la llegada de otras mujeres que pongan en peligro la regularidad de sus clientes, y por tanto su entrada económica en ese espacio de trabajo de la ciudad.

En la construcción de estos espacios, su apropiación y su defensa, vemos como las experiencias vividas de las mujeres delinean las estrategias de intimidación, caracterizan a las personas involucradas y por tanto, definen las dinámicas de conflicto que se viven en los alrededores del parque de la Merced. A pesar de que existen varios relatos de experiencias vividas en torno al conflicto, Flor es una de las mujeres que mejor relata este suceso.

> En la Merced me pasó que llegué con una compañera mía, una noche porque de aquí los viernes y los sábados yo iba a la Merced para el asunto de ver si me ganaba un billete más porque allá en la Merced cobran 5mil. Yo no sé ahora cuánto estarán cobrando, pero 5 rojos. Hace como 2 años, o año y medio. Pero no pude volver más. Ahí usted va, bueno uno va y uno cobra 5mil. Y los hombres le dan a uno los cinco mil. Hay unos que le dicen: "le doy 4". Ya 4mil, ya uno va y vea. Ya algo, 4 y 4 son 8, vea. Y 4, son 12. Entonces uno va. Pero ese día mi compañera fue y se hizo unas extras, le estaba yendo bien. Se había hecho como dos extras[37]. Entonces le salieron con puñal a ella, y con puñal a mí, y con fajas. Entonces nos iban a fajear y "váyanse porque si no la fajeamos y las apuñaleamos". Y a mi compañera le quisieron quitar el bolso. Entonces mi compañera le dijo: "no, no no, ¿cómo se le ocurre que me va a quitar el bolso, que no se qué".(las del parque) "hijueputa, quién sabe cuánto estarás cobrando, malparida, hedionda". Bueno, la trataron. "si vos sos un bostezo, vos sos aquí". Porque mi compañera pobrecita, era una negrita que andaba con Lorenza, y ella padecía de la cabeza, yo no sé si usted la conoció. Y bueno ese día la vimos fea, entonces nosotros no volvimos nunca más ahí. ¿Por qué? Por evitar, mami, que me apuñalearan. Porque ese día era de noche. "¿Porqué no les echó la ley?" Le digo diay yo, en un susto verdad, uno asustado no acata. Y no, como eran muchas, mami. Eran como 7, 8 contra nosotras dos. Y el cuerpo mío, pa cuerpos más hermosas, cuerpos como los de Andrea, como las otras así. Y uno tan chiquititillo, vea. Si fuera solo una persona, uno le

[37] Algunas de las mujeres entrevistadas utilizan el término "extra" para hacer referencia al cliente. Por lo tanto, dos extras son dos clientes.

dice "diay eche palante, mamita, o usted o yo, porque diay, aquí estamos". Pero dónde son muchos, uno no puede hacer nada.

La experiencia de Flor detalla varios puntos fundamentales a la hora de comprender las dinámicas de apropiación y conflicto que se generan en este espacio de trabajo. Un primer tema hace referencia a la diferencia de precio del trabajo sexual entre las dos zonas rojas. Flor señala que en los alrededores del parquee de la Merced, los hombres pagan 5mil colones, y lo mínimo que se cobra son 4mil colones haciendo de este espacio de trabajo en la ciudad un atractivo para las mujeres habituadas a precios inferiores[38]. Este primer rasgo muestra un aspecto importante en relación a la defensa de este espacio de trabajo. Al ser un mercado con una oferta mejor pagada, las mujeres de otras zonas ven en este territorio un margen para hacerse unas *extras*. De esta forma, la diferenciación del precio se convierte en un elemento constituyente del proceso de apropiación y defensa de un territorio en la ciudad. Esta defensa se ve traducida en un enfrentamiento, dónde el uso de armas como el puñal o la faja son expresiones violentas que logran intimidar. En el caso de Flor, las mujeres de la Merced consideraban que ellas venían a su espacio a cobrar menos por el mismo trabajo, produciendo así una competencia desleal. Como lo veremos más adelante, esta razón es usual a la hora de imaginar y legitimar la defensa de un territorio por parte de las mujeres habituales.

A través de estas amenazas e intimidación, las mujeres nuevas se ven excluidas de ciertos espacios de la ciudad. En este punto, Flor señala cómo no lograron defenderse debido al número de mujeres que llegaron a interpelarlas. En este sentido, la provocación que se da de manera colectiva logra su objetivo, ya que el margen de respuesta es limitado.

[38] Recordemos que el precio por el trabajo sexual en la Zona Roja puede bajar a unos 2 mil colones.

Ese "echar pa' lante" es redefinido si fuera un conflicto entre pares, mas en la mayoría de los casos de disputa por espacios en la ciudad la situación es desventajosa y se ve marcada por relaciones de poder. Este aspecto complejiza las dinámicas que se dan en el parque de la Merced y va mapeando los sectores de conflicto por el espacio del trabajo sexual.

Las experiencias de las demás mujeres entrevistadas señalaron formas menos confrontativas en relación al uso de este parque, más el efecto de exclusión y la estrategia de amenaza se reiteraron. Por ejemplo, Sharon comentaba al respecto,

> Porque mucha multitud, y más que todo llega ahí digamos uno, tal vez se sienta, y como ahí hay otras muchachas que son de ambiente, piensan que uno se sienta. Entonces me han reclamado, hasta que me quieren sacar de ahí. Y yo no soy la primera, muchas. Entonces no me gusta, tampoco.

Al preguntarle a Sharon sobre la forma en que la llegan a increpar, ella señala que las mujeres del parque le dijeron "que esa área era de ellas". La experiencia de Sharon ejemplifica la ambivalencia que se vive en el parque, ya que este representa ese espacio del estar, de relajarse, de pasar el tiempo; pero en el caso del trabajo sexual representa un territorio en disputa; dónde una mujer sentada en los bancos del parque personifica una amenaza al trabajo de las otras. La apropiación del parque de la Merced por parte de estas mujeres plantea una exclusión de un espacio de la ciudad de San José. En palabras de Sharon "pero di, eso no es de nadie, esto es de todo mundo", "todos tenemos derecho del parque".

Las *parqueras*[39]

El parque de la Merced se ha constituido como un referente territorial para la población migrante en la ciudad de San José, la cual ha afianzado este parque como un espacio de encuentro, de solidaridad e inclusive de fiesta identitaria. Este otro uso que se le da al parque es importante de tomar en consideración a la hora de analizar el conflicto dentro del trabajo sexual, ya que como veremos más adelante es uno de los rasgos que permean la construcción de otredad como identidad de las mujeres trabajadoras del sexo habituales en el parque. Al ser esta una interpretación del conflicto a partir de las experiencias de las mujeres trabajadoras del sexo ubicadas en los alrededores del Mercado Borbón, vemos cómo se construye una imagen y una identidad de las *otras* mujeres – las del parque de la Merced. Estas otras mujeres son representadas como las conflictivas, amenazantes y además, extranjeras.

Durante las entrevistas, la nacionalidad de las mujeres trabajadoras del sexo del parque de la Merced no fue indagada. Sin embargo, al hablar del conflicto por el espacio de trabajo y por tanto, sobre las otras mujeres que formaban parte de la disputa, las mujeres entrevistadas fueron comentando ciertos aspectos que poco a poco iban creando la imagen y la caracterización de las "parqueras". En relación a la nacionalidad de las parqueras, Flor comentaba:

> Nicaragüenses, colombianas, cosas así, gente de otros lados así, vea. Pero están peleando ese lugar ahí.

Para Lulú, las mujeres del parque son:

[39] El nombre de *parqueras* fue elaborado por Yuri, única mujer nicaragüense trabajadora del sexo que ha tenido acceso a ambas zonas rojas. Este hace referencia a las mujeres que han afianzado su territorio de trabajo sexual en el parque de la Merced.

> Son nicaragüenses, y dominicanas. La mayoría son nicaragüenses y dominicanas, y limonenses, son la mayoría. Un montón, son demasiadas mujeres.

Así, sucesivamente las mujeres entrevistadas fueron señalando que gran parte de las mujeres trabajadoras del sexo del parque de la Merced eran mujeres nicaragüenses, migrantes que se habían establecido en este espacio de la ciudad. En este sentido, al ser un conflicto por el espacio, el tema de la discriminación y la otredad que proviene de esta se manifiesta y se convierte en un factor más de la dinámica de apropiación y exclusión de un territorio de trabajo.

Llegado a este punto, es fundamental rescatar la mirada de Yuri, – trabajadora del sexo nicaragüense que ha tenido contacto con ambas zonas rojas y con sus respectivas pobladoras. De esta forma, se tiene una idea no tan lejana y externa al conflicto. Ella comenta al respecto,

> Es que ahí hay, son 5 las que están aquí en la Merced. Pero esas 5 son las que dominan prácticamente el parque de la Merced… hay que ver entre 5. Y llega 1 o 2, y diay tocar a una, mejor ni tocar. O sea, ellas son prácticamente las que mandan ahora. Ellas son las que deciden si se queda o se va.

Al indagar sobre estas cinco mujeres, fue interesante saber que según Yuri estas eran cinco mujeres costarricenses. Este relato vino a contrastarse con las narraciones de las otras mujeres entrevistadas. Ana[40] es una mujer nicaragüense que trabaja en el parque de la Merced. Para ella, son unas 10 mujeres las que dominan el parque, y este grupo se

[40] En este momento, quisiera introducir la voz de una nueva mujer que participó de la investigación de manera esporádica. Esto se debe a que sólo se leerá su experiencia en el presente capítulo, ya que fue a través una actividad en la asociación La Sala que logré conocerla y saber que ella pertenecía al grupo de mujer trabajadoras del sexo que se ubican en el parque de la Merced.

encuentra establecido por unas 6 mujeres nicaragüenses y unas 4 mujeres ticas. Como se puede apreciar, no existe un consenso en relación al número exacto de la población de las parqueras. Sin embargo, lo que interesa rescatar a través de las experiencias de ambas mujeres, es que es un pequeño grupo el que representa una dominación y una autoridad en el parque. En los alrededores del parque se ubican otras mujeres trabajadoras del sexo, pero estas no ejercen una defensa ni una apropiación del espacio de trabajo. Como hemos visto, la nacionalidad resultó un tema fundamental, por lo que contrastar las diferentes narrativas ejemplifica la diversidad y heterogeneidad que prevalece en este lugar de trabajo.

A partir de esto, se quiso profundizar en la composición de este sector de mujeres trabajadoras del sexo ubicadas en el parque de la Merced. Yuri comentaba al respecto,

> Claro, hay nicaragüenses y hay dominicanas. Dominicanas ahorita hay 2, solamente. Nicaragüenses hay varias... Puede haber unas 9 mujeres. Bueno que llegan ahí a sentarse y otras ya se han ido porque diay no tienen documentos, entonces diay tienen que irse. Otras se han ido diay, porque la mamá, por equis motivo, los hijos se enferman, entonces, otra es porque ya se han juntado, ya dejaron esa vida. Sí, porque antes eran demasiadas las que llegaban. Ahora no, porque se han juntado, otras han muerto de sida, igual que ticas han muerto de sida.

Vemos entonces, como característica de este sector de mujeres una pluralidad en cuanto a la nacionalidad y proveniencia de las mujeres. Rivers-Moore (2011), señala que Colombia, República Dominicana, y especialmente Nicaragua son los países que se asocian más con el comercio sexual en Costa Rica. La relación entre migración y trabajo sexual es bastante compleja, puesto que las relaciones de poder y de desigualdad se pronuncian. Las mujeres migrantes trabajadoras del sexo se encuentran en una situación de mayor vulnerabilidad,

especialmente cuando estas no cuentan con papeles legales. Al respecto, el comentario de Yuri es claro puesto que evidencia la salida forzada de estas mujeres debido a su situación legal en el país. En muchas ocasiones, el accionar de la policía hacia las mujeres trabajadoras del sexo se ve marcado por la búsqueda de estas mujeres indocumentadas, por lo que el trabajo sexual no se penaliza en sí mismo, más la condición de migrante irregular sí. Estas redadas no se hacen exclusivamente en el espacio público – ya sea en el parque de la Merced o en los alrededores del mercado Borbón – sino también en locales privados como hoteles, pensiones o salas de masaje. A partir de esta vivencia del trabajo sexual y sus vulnerabilidades, vemos como las mujeres migrantes son excluidas de la posibilidad de participar de los mínimos derechos de una ciudadanía, mientras – como señala Rivers-Moore – siguen contribuyendo a la economía nacional como trabajadoras marginadas.

Aunado a esta condición, vemos cómo los discursos discriminatorios son reproducidos por las mismas trabajadoras del sexo. Al ser una dinámica de conflicto por un espacio en la ciudad, las mujeres utilizan discursos que vienen a deslegitimar a estas otras usuarias habituales del parque. En la disputa por territorios en la ciudad, el orden y la legitimidad provienen no sólo de aquellas prácticas permitidas en el espacio, sino también en quiénes son estas usuarias. Como señala Di Masso (2007), la construcción sociocategorial de estas presencias 'transgresivas' se realiza desde parámetros espaciales con connotaciones morales, y representa un contraste profundamente racializado, puesto que emplea una retórica moral-espacial para adscribirse a y reproducir otra narrativa de transgresiones más amplia, a saber, la que construye la inmigración. De este modo, al utilizar discursos que vienen a desprestigiar a esas otras mujeres en razón de su

nacionalidad, se construye esa otredad que intenta deslegitimar a las mujeres habituales, y por tanto su defensa del territorio apropiado.

¿Cómo se defienden estos espacios?

Las diferentes expresiones de conflicto por un espacio de la ciudad – en especial cuando éste representa un lugar de trabajo – se encuentran cargadas de diferentes estrategias o tácticas que facilitan la exclusión o inclusión de personas al territorio en disputa. Para Pol (1996), la defensa de un espacio en la ciudad está en función de la amenaza percibida, con una agudización de la territorialidad manifiesta que puede tomar varias formas, como incremento de la vigilancia, clarificación de los límites y/o construcción de barreras, restricción de las reglas o normas de uso y adscripción, y hacer evidentes signos de territorialidad (pp.14). El conflicto que se construye en la Zona Roja, al igual que en los alrededores del parque de la Merced, manifiesta diversas formas de violencia urbana. Las mujeres trabajadoras del sexo recurren a prácticas de intimidación, y amenaza, ante la posibilidad de que alguna otra mujer invada u ocupe sus espacios de trabajo.

Fotografía N°17: Mujeres ejerciendo el trabajo sexual

Fuente: Fotografía tomada por Flor (2012)

Las amenazas representan una estrategia utilizada por las mujeres para así defender su espacio de trabajo. Estas amenazas pueden traducirse en actos violentos que atentan contra la vida de las mujeres nuevas que llegan a la zona. Yazmín comenta "Diay que le dicen que si no se va la pueden apuñalar o así. Entonces mejor se va". Sharon señalaba en la misma dirección "Porque muchas se han ido, y hasta "le quito el celular o le sacan un cuchillo" por lo que yo escuché de una compañera". El uso de armas como cuchillos o puñales es usual en la zona, ya que estos son utilizados no sólo para infringir en algún delito o amenaza, sino también como defensa personal ante cualquier problema. El comentario de Sharon deja entrever además la amenaza de abusar – a través de un robo – de la mujer nueva en la zona. Estas amenazas poseen como objetivo intimidar a las mujeres, y con esto persuadirlas de salir del espacio de trabajo de las mujeres habituales.

Otra estrategia alude a prácticas atemorizantes que implican violencia corporal. En este sentido, Aurora señalaba "Y que tal si un cliente viejo que tenemos nosotros y se va con usted, nosotras la agarramos y las vergueamos". El uso de la fuerza como forma de amenaza ha sido una constante en las distintas entrevistas, además de resultar una de las estrategias más efectivas para excluir a las mujeres nuevas. Al respecto, Yuri señala

> ... les pegan o les dicen "te voy a echar a fulana". Es que les meten miedo, y muchas se han ido por eso. Muchas se han ido. Tienen miedo que las vayan a agredir.

Gran cantidad de amenazas se presentan de manera colectiva, es decir, se llega a intimidar a través de una presencia grupal dónde la mujer nueva se ve desventajada en números. Laura comentaba que esta estrategia es utilizada cuando las mujeres son persistentes en llegar a la zona. De esta forma, la estrategia dónde "todas se ponen juntas" logra infundir miedo en la

mujer nueva. Para Angélica, en la disputa por espacios de trabajo, es necesario tener claro lo siguiente: "Hay que saber cómo llegar, y ver cómo y si uno echa pa' lante o ir uno encuadrillado". Con esto, se da a entender que un aspecto esencial – a la hora de entrar a un espacio de trabajo nuevo en la ciudad – es tomar una actitud y por tanto una decisión de confrontar las adversidades que surjan de la situación. Esto, sin importar si son amenazas violentas, prácticas intimidantes, u hostigamiento. Si la mujer no considera que por sí misma sea capaz de revertir una situación como la anteriormente descrita, debe por lo tanto enfrentar la circunstancia de manera grupal o desistir del espacio de trabajo. En la Zona Roja, al ser un espacio en la ciudad de tanto conflicto y violencia, las mujeres utilizan esta estrategia de intimidación grupal para ahuyentar y amedrentar a las mujeres nuevas que arriban al lugar.

Siguiendo con las estrategias empleadas por las mujeres para defender su espacio de trabajo, vemos cómo el hablar mal de las mujeres nuevas con los clientes habituales de la zona resulta también una práctica recurrente. Yuri comenta al respecto,

> Bueno, se quedan viendo con mala cara. O sea, ya le hacen mala cara, ya incomoda, y hablan mal a los clientes "esa fulana, no vaya con ella, no ve que tiene sida, que esto y lo otro, y tiene hombre". O sea, ya la mal informa con el señor que ella entró. O sea eso es como para que el no vaya con ella. Igual hay clientes que hacen caso y dicen "no, la plata es mía y yo puedo ir con quién yo quiero". Pero sí, no crea, al menos en esta esquina de aquí por el bar ese, sí. Hay dos mujeres ahí que son tremendas. Y si han sacado en carrera a mujeres. Y de aquí de esta misma zona, las han corrido y las han echado y estas mujeres no han vuelto.

Ese mal hablar a los clientes se ve relacionado, en un primer momento con la potencial adquisición de una enfermedad venérea, poniendo así en alerta al cliente sobre riesgos en su salud al elegir, y por tanto preferir a una mujer no conocida. Así, las mujeres construyen un discurso dónde la mujer nueva se iguala a peligro, desconocimiento, poca confianza; y la mujer habitual como segura y confiable. En este mal hablar, las mujeres también utilizan la estrategia de amenazar con que la mujer nueva cuenta con un hombre estable en su vida. Los conflictos que se pueden generar a partir de la presencia abstracta de un hombre en la vida de una mujer trabajadora del sexo, plantea una situación que puede inclusive desembocar en prácticas violentas entre el cliente y el hombre de la mujer. Lo que da como resultado que esta estrategia de intimidación logre su objetivo, ya que los clientes prefieren evitar conflictos en la zona.

Lo planteado hasta este momento responde a las distintas estrategias empleadas en la Zona Roja. Pero como vimos al inicio, los conflictos por y en el espacio se dan también en ese otro espacio público dónde se ejerce el trabajo sexual – los alrededores del parque de la Merced. De esta forma, el uso de la amenaza violenta, la violencia corporal y el uso de objetos punzocortantes son prácticas usuales en este otro contexto. Sin embargo, a partir de las entrevistas y por tanto desde la mirada de las mujeres externas o nuevas que llegarían a la Merced, las estrategias de las parqueras concluyen en su mayoría con prácticas violentas. Esto se pudo apreciar a partir de la experiencia de Flor anteriormente descrita. Sin embargo, veamos otras narrativas que ejemplifican esta violencia. Yuri señala,

> Diay, entre todas le pegan, le caen encima, la corren... No oye que les pegan y no las dejan arrimarse. Oiga hasta cuchillos le sacan.

Para Lulú,

> La mujer que llega allá la hacen sacada. La sacan, pero la sacan. Y si de allá viene alguna, bueno, aquí no tanto, pero allá si la sacan... Entre 3, 4, 5 la agarran y la sacan.

Ese *aquí no, pero allá sí* es un aspecto importante de tomar en consideración, puesto que son ellas en tanto mujeres externas las que comentan esta práctica. Y ya no, como en la Zona Roja, dónde son ellas mismas las que ejecutan estas amenazas y formas de intimidación para defender su espacio de trabajo. Esta precisión es fundamental a la hora de analizar los conflictos y las prácticas de defensa y apropiación de espacios de trabajo. En este mismo sentido, vemos que en las narrativas las mujeres asumen dos papeles distintos; dónde se encuentran aquellas que externalizan el conflicto, y de esta forma también la personificación de quién amenaza o intimida a las mujeres nuevas, y aquellas otras mujeres que asumen su rol en defensa de su espacio de trabajo, y se ven como autoras de estas diferentes estrategias/tácticas para excluir a otras mujeres de la zona. Las mujeres que externalizan la situación, a la hora de describir las formas que adquiere la defensa del espacio, utilizan formas impersonales tales como ellas, las otras. Un ejemplo de esto es lo planteado por Laura "Siempre se van porque tienen miedo, porque siempre todas se ponen juntas. Yo no, las que más hacen eso son las muchachas de aquí más para abajito". A diferencia de esta postura, las mujeres que asumen su rol y sus prácticas hablan en primera persona, un nosotras. Aurora es quién mejor ejemplifica esta forma de apropiarse de la defensa, esa actitud ante la llegada de una mujer nueva: "la quitamos".

La diferenciación que se establece en esta forma de narrar y enunciar la situación de conflicto es importante de recalcar porque evidencia las formas y niveles de defender y

apropiarse de un espacio en la ciudad. Un rasgo esencial de comprender también es que en este conflicto la violencia se convierte en mediadora, por lo que asumirla como una forma de apropiación y defensa no es común. Sin embargo, las mismas características y condiciones de la Zona, van perfilando esta práctica y haciendo de ella una forma usual de convivir y defender este espacio de la ciudad. En este sentido, la violencia urbana que forma parte constitutiva de este espacio de la ciudad, va delineando las distintas prácticas que asumen las mujeres y bajo las cuales se resguardan ante amenazas que provengan de otras mujeres, en especial cuando su ingreso económico se ve afectado. Lo que sucede en el parque de la Merced y en los alrededores del mercado Borbón son ejemplos de cómo la ciudad es un campo de disputa por el espacio de trabajo, por prácticas "legítimas", actoras "legítimas" y usos urbanos. En este sentido, el conflicto se torna un aspecto fundamental a la hora de analizar las distintas formas de habitar la ciudad por parte de las mujeres trabajadoras del sexo, y delinea las percepciones y prácticas que las mujeres construyen sobre San José.

****

A lo largo del presente capítulo se analizó la situación que persiste en el uso de las mujeres trabajadoras del sexo en la ciudad de San José en relación al espacio de trabajo que por medio de la apropiación han logrado afianzar. Se analizaron dos conflictos distintos, uno que se desarrollaba en la Zona Roja (espacio específico del trabajo de campo) de los alrededores del mercado Borbón, y el parque de la Merced. Ambos conflictos comparten las estrategias y las razones que se emplean para solucionar las disputas. Sin embargo, existen particularidades que parten de los componentes de los distintos contextos urbanos – calle 8 por un lado, y un parque por el otro. Esta diferenciación en relación al tipo de

espacio urbano, viene a ser un elemento fundamental a la hora de analizar los conflictos. Al respecto, Lulú señalaba que la situación en calle 8 era más "rajable" o explícita, y así el establecimiento del trabajo sexual en dicho espacio era más comprensible y por tanto tolerado.

> Diay como esto aquí es más rajable, entonces aquí llega todo tipo. Diay es que por más que las quieran sacar no las sacan, porque esto es más libre aquí, más de todo.

Ante esta situación, durante la entrevista se le preguntó a Lulú que si ambos espacios eran igual de públicos, porqué era más libre calle 8 que el parque de la Merced. Ante lo cual respondió,

> Porque la Merced es un parque, la Merced es un parque y se sientan en el parque exclusivamente a pulsearla. Eso es un parque. Entonces la mujer que llega ahí la hacen sacada.

La connotación de lo público en el parque se ve relacionada con la apertura o el cierre que propicia el espacio dado. Así, el parque representa un espacio que a pesar de pertenecer a lo público de la ciudad, en sí mismo condiciona – a partir de los elementos físicos que contiene y los usos que se realizan o se esperan de él – un uso más privado de la ciudad. Se convierte así en un espacio dentro de un espacio mayor. La calle 8, al igual que cualquier calle de San José, se torna principalmente un espacio de tránsito, no sólo vehicular sino también peatonal. Esto marca la gran diferencia del *estar* del parque con el *transitar* de la calle, lo que revela una relación entre lo privado y el *permanecer* y lo público con el *movimiento* del transitar. En esta diferenciación de espacios, surge otra divergencia entre los conflictos por y en el espacio de trabajo, y esta es la forma de entrada de nuevas mujeres a estos espacios herméticos de trabajo. Para el caso de los alrededores del mercado

Borbón, la entrada de una mujer nueva a la zona depende de la insistencia y el riesgo que la mujer toma en llegar cada día a "pulsearla". Es sólo a partir de la persistencia que se logra hacer un campo y ser reconocida como parte del grupo de mujeres habituales. En el caso del parque de la Merced, la situación es distinta. Yuri comentaba al respecto,

> A diay, puede ser que digamos, yo conozco a una y la presente a la otra. Y yo le diga "vea, esta es mi amiga, esta es mi compita, o sea más bien no le hagan nada, más bien cuídenla". O sea, pero esta muchacha tiene que ir acompañada de alguien que conozca ahí porque si no le va feo. Es que no la dejan arrimar, no les gusta a ellas. Tienen que ser sólo las parqueras, dicen, pero que digamos... otro lugar no aguantan ahí. No les gusta.

En el parque de la Merced, parece ser que son las relaciones con las mujeres habituales las que permiten la entrada y por tanto permanencia de una mujer nueva en el lugar de trabajo. En este contexto, las redes familiares o de amistad operan exitosamente ya que logran incluir en espacios cerrados a mujeres nuevas. Esta forma de introducción, en calle 8 era motivo de disputa e inclusive de confrontación dentro del mismo grupo de mujeres trabajadoras del sexo. Esto nos permite comprender las distintas interacciones sociales que se desarrollan en cada espacio de trabajo sexual en la ciudad de San José, las cuales incluyen formas más o menos solidarias de trabajo. Las relaciones en los alrededores del mercado Borbón reflejan condiciones de mayor vulnerabilidad, y competencia, lo cual se manifiesta en formas más excluyentes de ingresar al espacio de trabajo. En el caso del parque de la Merced – como se vio anteriormente – los precios por el trabajo sexual son más altos, lo cual muestra mejores condiciones económicas. En este sentido, el contexto

permite o propicia que aunque sean leves, igual se den redes sociales que logran acercar e introducir a mujeres nuevas en el lugar de trabajo.

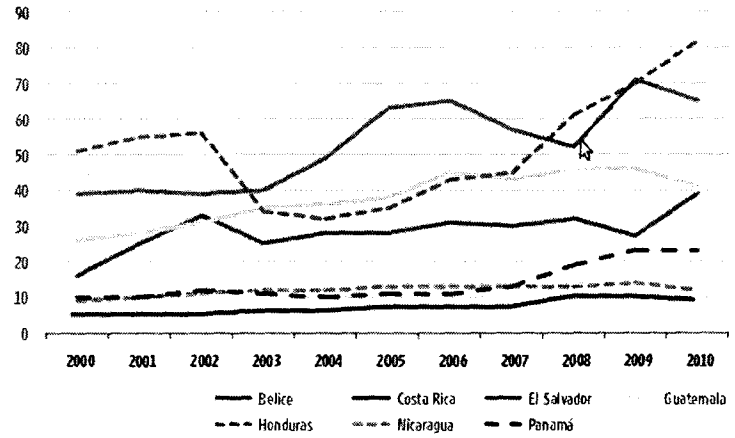
En el caso específico de estudio, vemos como la exclusión de estos lugares en la ciudad se ve identificada con una lucha por espacios de trabajo. Es decir, se busca la apropiación de un espacio de trabajo que genere estabilidad, entrada económica, seguridad, clientes fijos, amistad, y redes de trabajo. En dicho momento, las mujeres desarrollan distintas estrategias y prácticas que dotan de contenido y significación estos lugares de trabajo. Además, logran también crear estas redes de compañeras y por tanto, de creación de identidad que en los momentos de conflicto funcionan como soporte. En este sentido, las prácticas pueden ser comprendidas como vehículos de resistencia, resistencia ante el cambio, resistencia ante la búsqueda de clientes, resistencia ante un espacio propio.

La experiencia y la cantidad de años representan elementos que configuran y determinan la seguridad, el respeto y en última instancia, la apropiación de un espacio de trabajo. La llegada de mujeres nuevas a los distintos lugares, representa una amenaza a la demanda del trabajo sexual, y por tanto a la entrada y estabilidad económica de las mujeres. Por este motivo, estos espacios se caracterizan entonces por su hermetismo. Ante esto, las estrategias empleadas para ahuyentar y con esto lograr que las mujeres nuevas no se establezcan en la zona, se relacionan con el hablar mal de dichas mujeres, con las amenazas de violencia o robo, y en última instancia el conflicto violento. La violencia urbana que es característica de dichas zonas, media también en las relaciones e interacciones sociales que se dan en dicho contexto, y llega a establecerse como la última estrategia para lograr la expulsión de mujeres que ponen en vulnerabilidad la estabilidad de las mujeres trabajadoras de la zona.

IV. Geografías del miedo

El tema de la (in)seguridad en la ciudad ha cobrado fuerza en los últimos años. A partir de los últimos tres años, Centroamérica ha pasado a ser la región más violenta de América Latina. Según el Estado de la Región (2011), en 2009 y 2010, la tasa regional de homicidios por cada 100.000 habitantes se situó por encima de 40, con aumentos durante la pasada década en todos los países. A pesar de que la tasa de homicidios es apenas una de las variables de la inseguridad vivida en la región, vemos el alto nivel que ha alcanzado. A continuación se presenta el caso particular de cada país, dónde vemos la tendencia histórica y comparada de la situación de los homicidios en los últimos diez años.

Gráfico 2: Tasa de homicidios por cien mil habitantes 2000-2010



Fuente: Estado de la Región (2011)

En el caso de las mujeres, esta variable empeora y se ha traducido en un alza aún mayor que la de los hombres. Además, sólo Guatemala, Costa Rica y El Salvador cuentan con instrumentos normativos que contemplan la figura del feminicidio, lo que dificulta contar con datos y leyes que atiendan esta problemática para el conjunto de la región. Esta violencia ha traído consigo distintas consecuencias para la vida social, por ejemplo el uso de armas en defensa propia o el aumento en los servicios de seguridad privada. Los

diferentes Estados han respondido ante esta problemática de manera punitiva, creando políticas como Mano Dura, Tolerancia cero, Puño de hierro. Estas plantean la punición como solución a la delincuencia, especialmente en contra de las infracciones leves, con el fin de evitar acciones criminales en el futuro. Estas políticas de seguridad o de "tratamiento" de la criminalidad han sido destinadas a castigar a los sectores más pobres y marginales de la sociedad. El problema con estas políticas no se centra sólo en la vigilancia, control, y discriminación que conllevan; sino que se construyen como formas punitivas que fácilmente caen en la criminalización de la pobreza. De esta forma, el miedo en la ciudad y la inseguridad ciudadana, no están siendo atacadas de manera preventiva, ni estructuralmente; lo que determina en parte el fracaso de estas políticas. La construcción del miedo genera una ideología dónde se constituyen formas de pensar, sentir y construir a las y los *otros* que se aprenden socialmente, desembocando en algunos casos con políticas como las criticadas anteriormente.

Presentar este somero contexto regional y macropolítico del tema de la inseguridad ciudadana y el miedo en la ciudad, contribuye a pensar el tema de la vivencia subjetiva del espacio urbano. Es bajo esta mirada que a continuación se plantea la forma en que el miedo incide en las percepciones y prácticas urbanas que realizan las mujeres trabajadoras del sexo en la ciudad de San José. Es importante subrayar que la vivencia subjetiva del miedo se construye también en relación a lo que los medios de comunicación elaboran sobre el tema[41], los relatos o experiencias compartidas, y la vivencia de algún hecho real de inseguridad en la ciudad. Estos distintos elementos van configurando las geografías del miedo, que se componen de imaginarios que sitúan a ciertos otros(as) e identifican distintos

[41] Para una profundización en el tema de los medios de comunicación y la inseguridad revisar el texto *Medios de comunicación e (in)seguridad ciudadana en Costa Rica de* Karina Fonseca Vindas y Carlos Sandoval García (2006).

lugares de la ciudad que se ven "marcados" o no por la inseguridad, definiendo así lugares accesibles, permitidos y buenos; y aquellos otros prohibidos, malos y oscuros. Como señalan Martel y Baires (2006), estas geografías se encuentran acompañadas de imaginarios de la hostilidad y la muerte, constituidas por fronteras, límites y bordes que marcan los espacios en los que las personas se pueden o no mover. Los imaginarios del miedo son la invención personal o colectiva que se hace de la ciudad construida y que tiene como fundamento la vivencia cotidiana de la inseguridad, y que permite que se constituya una representación determinada de los espacios urbanos, principalmente los públicos. Es desde los imaginarios del miedo que se constituyen las formas de nombrar (y estigmatizar) estos sitios y sujetos sociales identificados con la inseguridad y el riesgo (Martel y Baires, 2006:120).

Como se ha ejemplificado en una etapa anterior de la investigación, las percepciones y los imaginarios sobre la ciudad inciden de manera importante sobre las prácticas urbanas que desarrollan las mujeres trabajadoras del sexo. De esta forma, ahondar en el tema del miedo y la inseguridad en la ciudad cobra relevancia a la hora de analizar la forma en que las mujeres trabajadoras del sexo practican y habitan la ciudad. Entendiendo este habitar de una manera integral, dónde no sólo se presta atención sobre los lugares que visitan o no las mujeres, sino también la relación que cobra su trabajo – que se encuentra expuesto a múltiples amenazas – con el espacio habitual que ocupan en la ciudad. Esta seguridad entonces puede ser comprendida de manera amplia, pues no sólo se pone la mira en la delincuencia, sino también en aspectos propios del trabajo sexual, por ejemplo, la seguridad ante un cliente u otras mujeres trabajadoras del sexo. Debido a la envergadura del tema es que a continuación se presenta un capítulo completo sobre la inseguridad y el miedo vivido

por las mujeres. En un primer apartado veremos la diferenciación que existe en la vivencia del miedo para las mujeres, dónde de nuevo la variable género se introduce para comprender la compleja relación que se construye con y en el espacio.

Antes de adentrarme en las voces de las mujeres entrevistadas, es necesario revisar el aporte de Rossana Reguillo, estudiosa de culturas urbanas, vida cotidiana y subjetividades. Ella realizó una investigación comparativa entre cuatro ciudades latinoamericanas: Medellín en Colombia, La Plata en Argentina, San Juan en Puerto Rico y Guadalajara en México. La investigación se interrogaba en torno al papel que el miedo y la esperanza jugaban en la gestión política de las ciudades y su influencia tanto en las formas de organización social como en las subjetividades. La investigación de esta autora es un complejo análisis de la vivencia de la ciudad. En esta podemos ver cómo, distintos niveles o planos, se mezclan en la construcción del miedo y la inseguridad en la ciudad; no sólo se analiza el dato objetivo de la inseguridad, sino también las diferencias culturales, los estigmas o figuras del miedo, lo social y económico, los imaginarios, las negociaciones, entre otros. Por lo tanto, el análisis de las geografías del miedo y el temor en la ciudad contempla una mezcla de planos, dando así un complejo espectro de la vida urbana y las tensiones, conflictos, prácticas e imágenes que se construyen en ella.

Las geografías del miedo territorializan la inseguridad y el temor, le establecen límites y lo circunscriben a un espacio dado de la ciudad – una calle solitaria, un barrio, un parque, etc. En la construcción de estas geografías, aparece entonces una ecología urbana con lugares buenos y malos, seguros e inseguros (Segura, 2005: 4). A partir de esta ecología, las personas configuran su práctica urbana, como señala Reguillo (2000):... (los miedos) comportan, configuran, su propio programa de acción: a cada miedo (a ciertos espacios, a

ciertos actores, a ciertas visiones y representaciones del mundo), unas respuestas específicas (pp.10). Es en esta dirección que la autora propone el concepto de "manuales de sobrevivencia urbana", caracterizándolos como códigos no escritos que prescriben y proscriben las prácticas en la ciudad (Reguillo, 2008: 71). ¿Qué se puede entender entonces sobre los manuales de sobrevivencia? Estos reúnen aquellas experiencias, ecologías de saberes e imaginarios sobre (in)seguridad, y van direccionando una práctica urbana que posee como objetivo preservar la integridad de las personas ante la amenaza y el riesgo vivido en la ciudad. De esta forma, las y los habitantes urbanos construyen prácticas – que pueden ser analizadas a través de sus narraciones y sus mapas mentales –que van configurando su pasar y su habitar en la ciudad. Los mapas transmiten además aspectos culturales, sociales y de identidad sobre las personas que lo construyen, logrando así identificarlos en la proyección que hacen de éstos en el espacio urbano. Con respecto a los mapas, Reguillo (2008) plantea un esquema analítico que permite relacionar el miedo y el espacio, y sus efectos en las formas de sociabilidad urbana. Este esquema parte de la idea de mapas diferenciales, se complementa con el pensamiento de Michel Foucault, y opera en la siguiente lógica:

a) El espacio tópico: alude al territorio propio y reconocido, es el lugar "seguro" pero al mismo tiempo amenazado.

b) El espacio heterotópico: referente al territorio de los otros; representa esa geografía atemorizante en la que se asume que "suceden cosas".

c) El espacio utópico: habla de un territorio que apela a un orden que se admite no sólo como deseable, sino que funciona como dispositivo orientador en la comprensión del espacio tópico en sus relaciones con el espacio heterotópico.

El segundo apartado comprende las narraciones de las mujeres trabajadoras del sexo, dónde se pueden identificar estos tres espacios que guían sus mapas en la ciudad. El espacio tópico para las mujeres se representa por ese espacio de trabajo, el espacio heterotópico como el mismo espacio pero en una temporalidad distinta – la noche-, y el espacio utópico como aquel donde la inseguridad y la violencia no esté presente.

En este punto, me parece importante recalcar que esta construcción de mapas y espacios simbólicos que se realiza sobre la ciudad, parte de un marco interpretativo que proviene de un lugar. Esto obliga a considerar las diferencias y similitudes perceptivas e interpretativas que involucran relaciones de poder, procesos de adscripción cultural e identitaria, memoria, de cuya articulación se desprenden los mapas. De ahí la importancia de preguntar y aclarar quién percibe, interpreta y actúa. En este sentido, adquiere mayor relevancia el apartado introductorio que nos habla de quiénes son estas mujeres trabajadoras del sexo, algunas características de su historia de vida, su lugar de socialización temprana, y sus diferentes espacios de trabajo.

Las geografías del miedo, esas ecologías urbanas que se construyen en las ciudades, poseen efectos sobre la socialización urbana que se pretende en el espacio. La otredad amenazante es abordada entonces en el tercer apartado del presente capítulo, otredad que se traduce en prácticas que en algunos momentos conllevan a una discriminación y estigmatización de otros(as) habitantes de la ciudad. Para Cisneros (2008), entre los efectos sociales que se producen de esta conflictividad urbana se pueden identificar: la erosión de las redes de interacción social, la generación y aislamiento de las comunidades y de los grupos, la búsqueda e identificación del origen de la inseguridad en otros sujetos, y la identificación y estigmatización de ciertos lugares catalogados como peligrosos.

Como vemos, la construcción de estas geografías del miedo contribuyen no sólo a crear una percepción de inseguridad, en detrimento de sujetos sociales que han sido excluidos permanentemente de la vida económica y social del país, sino también espacios populares habitados por estas personas. Más adelante veremos cómo esta compleja relación se teje en un lugar como la Zona Roja, donde una figura que podría considerarse amenazante – la mujer trabajadora del sexo – se convierte en una voz que identifica *otros* seres amenazantes que comparten este espacio de la ciudad de San José.

El miedo en la ciudad

> *El miedo es siempre una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida (Reguillo, 2000:3).*

Las geografías del miedo se componen de ese sentimiento que como señala Reguillo, parte de una experiencia concreta e individual, mas lo social, ya sea a partir de los medios de comunicación y la socialización en sí, construye también nociones de inseguridad, riesgo, amenaza y peligro. Este miedo en la ciudad se ve traducido en la práctica del espacio vivido, atravesado así de miedos acoplados a un imaginario social desplegado en estereotipos y comportamientos sociales, insertos en la memoria colectiva. Así los imaginarios del miedo se adhieren a la circulación de narraciones simbólicas delimitadas por territorios, acciones, acontecimientos y sujetos denotados como amenazantes (Cisneros, 2008). Además, socialmente se preparan formas de respuesta estandarizadas ante las posibilidades y situaciones de peligro.

Un aspecto importante de señalar en este punto es que muchos de los miedos narrados y, que conforman estos imaginarios, se encuentran mediados por la experiencia de la exclusión, la pobreza, la marginación y la violencia; dónde los miedos urbanos provienen en parte de la incertidumbre laboral, asistencial, afectiva, y de seguridad que viven las y los habitantes de la ciudad. Este aspecto resulta fundamental a la hora de analizar los miedos y las geografías que estos provocan, ya que dan paso al análisis de la inseguridad a través de condiciones económicas y sociales macro que inciden en la configuración del sentimiento de miedo en la ciudad. Es decir, temas como el desempleo influyen en la percepción de miedo e inseguridad en la ciudad, afectando así la forma en la que sus habitantes se mueven y habitan la misma. Estos sentimientos de inseguridad se comprenden entonces como intersecciones de factores macro y micro que se entrelazan en la realidad social.

La función de orden y control que trae consigo el sentimiento de miedo es un factor esencial de comprender al analizar cómo la inseguridad opera en la ciudad. Para Cisneros (2008), el miedo nos mantiene sujetos al orden establecido de una estructura determinada de mando y obediencia. Al ser el miedo una experiencia socialmente construida, genera también cierto control de la vida social e incluso de las emociones individuales y colectivas, a través de la exageración, el rumor y la imaginación, dando como consecuencia la configuración del miedo como un modo de vida cotidiano. De esta forma, las distintas políticas de seguridad y mano dura que se han venido implementando en las ciudades latinoamericanas se convierten en expresiones de este control en la ciudad. Esto lo podemos ver ejemplificado en prácticas puntuales de la policía, tales como las torres implementadas en la Avenida Central de la ciudad de San José. Estas poseen como objetivo la mira, ese panóptico del que habla Foucault (1975), que vigila toda actividad llevada a cabo en este

espacio. Vemos entonces cómo la sociedad a través del miedo, socialmente compartido, acepta ciertas disposiciones de los gobiernos y la autoridad local para mantener el orden y la "seguridad" en la ciudad.

Imagen N°1: Vivencia del miedo

Fuente: Fontanarrosa, R. (2003). *Fontanarrosa y la Inseguridad.* Ediciones De La Flor.

Ahora, volviendo al nivel subjetivo del miedo, surgen distintas interrogantes que van delineando el análisis de las percepciones de miedo e inseguridad de la presente investigación: ¿qué representaciones y cartografías del miedo existen en la ciudad?, ¿dónde, cuándo y a quiénes se teme?, ¿qué papel tienen los miedos en la sociabilidad en el espacio urbano?, ¿cómo orientan las prácticas en la ciudad? Estas respuestas son las que van a ir dibujando esas geografías del miedo que construyen las mujeres trabajadoras del sexo sobre la ciudad de San José y, a su vez, dan cuenta de cómo afectan estas percepciones la vida cotidiana de las mujeres, ya que, como afirma Reguillo (2000) el miedo no es solamente una forma de hablar el mundo, es además una forma de actuar.

La (In)Seguridad

Al analizar la problemática de la (in)seguridad es necesario comprender el contexto histórico que produce dicha situación y en el cual se pueden identificar tres series de transformaciones:

a) El incremento de la sensación de inseguridad debido a la interrelación de un conjunto de factores y procesos que se refuerzan mutuamente: sostenido aumento de los índices delictivos durante la década del noventa, crisis de legitimidad de las instituciones públicas encargadas de la seguridad y la justicia, papel de los medios masivos de comunicación, expertos en seguridad y ciertas agendas políticas.

b) La dificultad creciente a partir de la década del 80 para contar con un seguro contra los riesgos sociales (accidente, enfermedad, desempleo, etc.) producto de la expansión del neoliberalismo y la desarticulación del Estado social.

c) La emergencia de nuevos riesgos: industriales, tecnológicos, higiénicos, y "naturales", es decir, aquellos riesgos que el autor Ulrich Beck califica como propios de la "sociedad del riesgo", en la cual ya no es el progreso, sino la incertidumbre, el principio general que gobierna el porvenir (Segura, 2005:2).

Esta situación descrita, puede ser vista en la experiencia vivida en la ciudad de San José. El tema de la inseguridad ha cobrado un campo importante en la cotidianidad vivida en la ciudad, esto en parte a la fuerte campaña que lanzan los medios de comunicación y la socialización de las historias individuales de inseguridad. Las políticas de la municipalidad van encaminadas también a reforzar el tema e implementar, bajo el discurso de la seguridad, medidas más fuertes y mayor presencia policial en las calles.

Para Cisneros (2009), la delincuencia en la ciudad es sin duda un problema real que va diluyendo el sentimiento de pertenencia e identidad basada no sólo en términos de lo étnico, sino en términos del uso y la práctica cotidiana de los espacios públicos de socialización. De esta forma, la inseguridad vivida forma parte de la normalidad de la vida cotidiana de las ciudades, dónde, como afirma el autor, el temor, la incertidumbre, el conflicto y la negociación son elementos constitutivos tanto de la propia desigualdad de la distribución de la riqueza, como de la compleja dinámica de las sociedades urbanas. Ante las desigualdades sociales que atraviesan las ciudades, la figura de la delincuencia es asociada a la pobreza, al alcohol y a las drogas. Como señala Segura (2005), el reconocimiento en el espacio público de personas que coincidan con tal estereotipo lleva inmediatamente al despliegue de prácticas de distanciamiento y evitación. La identificación ya no sólo de espacios, sino también de esos *otros* que amenazan la seguridad, responde a la localización territorial de lo seguro/inseguro, lo bueno/lo malo. Reguillo (2008) afirma que a la percepción de una inseguridad presente y a la vez desterritorializada se responde con los esfuerzos por limitarla, creando así márgenes y fronteras a este espacio del miedo. Con la construcción de estos límites, se pretende el control sobre estos lugares y la contención de sus efectos desestabilizadores. Aquí, los intentos por diferenciarse de ciertos lugares peligrosos e inseguros son muestra de ese distanciamiento que se desea hacer de aquel lugar estigmatizado y perteneciente a las geografías de inseguridad que componen la ciudad.

El miedo de las mujeres en la ciudad

> *El miedo es un veneno paralizante que se va inoculando en pequeñas dosis desde la infancia, con mensajes cariñosos como "ten cuidado" o "no te fies de desconocidos" y que, de vez en cuando, requiere tratamientos de choque encapsulados en noticias terribles. El miedo funciona como una caja de resonancia del discurso ancestral que considera que la asociación mujer/calle hace referencia a aquellas que están fuera de lugar o fuera del momento que les corresponde (Román, 2009:138).*

A lo largo de la investigación, la variable género ha sido fundamental para comprender las diversas formas de percibir y practicar la ciudad. En relación al miedo y la inseguridad, el género vuelve a establecer una diferenciación. No es lo mismo ser hombre en lugares inseguros que ser mujer, no son tampoco los mismos tipos de miedo, lugares o los Otros amenazantes identificados. Al igual que la clase social, el género viene a constituir una experiencia particular del miedo en la ciudad. Como señala Paula Soto:

> Los sistemas de sexo-género tienen diferentes expresiones históricas. No obstante, geográficamente asumen una forma específica en el territorio urbano, a través de la imagen del miedo, quizá una de las mayores expresiones de las relaciones de poder, pues la subordinación de las mujeres se asimila a través de la interiorización del temor ante la amenaza de la violencia del género masculino, en la casa, en el trabajo y en la vía pública; una realidad no completamente reconocida (Soto, 2007:40).

Existen varias razones que motivan una fuerte sensación de inseguridad en las mujeres. Al vernos en tanto mujeres dentro de un sistema patriarcal que limita nuestra autonomía y que perpetúa una desigualdad de género, la vivencia de lo urbano toma matices distintos. Para Soto (2007), lo que está en juego bajo cualquiera de las formas de intimidación que perciben las mujeres es el efecto de control que el espacio puede ayudar a construir, en la

medida en que las interacciones, los actores, la percepción y utilización espacial, son fuertemente influenciados por las formas urbanas de los lugares públicos. En este sentido, las mujeres en la calle comparten la posición de sumisión frente al poder de los hombres.

Así, el miedo de las mujeres no es aespacial ya que éstas experimentan mayor aprensión hacia lugares aislados – parques, callejones, estacionamientos – y por tanto, su ansiedad restringe sus movimientos y su uso independiente del espacio, especialmente durante la noche. El miedo se fija en los espacios públicos y de manera especial en aquellos que son desconocidos o sobre los que se ha formado una imagen negativa (Sabaté *ét. ál.*, 1995:299). La limitación al movimiento, en especial a altas horas de la noche; los lugares que se frecuentan y, por tanto, las personas que acompañan o no esta salida; la amenaza constante de la violencia género, que va desde los piropos o silbidos hasta una violación; son todas formas que inciden en la forma en que se construye y vive una cotidianidad en la ciudad para las mujeres. Otras consecuencias de las (in)seguridades de las mujeres que se traducen en limitaciones al uso y disfrute de la ciudad son: obstáculos a la participación en la vida social, actividades físicas y de esparcimiento, estudios, trabajo, activismo social o político; falta de autonomía, aislamiento (en especial las mujeres de edad) y la percepción de un mundo exterior amenazante y peligroso, generando así el sentimiento de desconfianza en la ciudad (Falú, 2009).

Veamos el caso de los lugares inseguros o peligrosos, estos son aquellos que no cuentan con iluminación adecuada, con poco o nulo tránsito de personas, y en algunos casos son también lugares que cuentan con la presencia de *otros* amenazantes, en especial hombres con actitudes agresivas o sospechosas. La mayor parte del tiempo, estos lugares

son resultado de un diseño urbano que no toma en cuenta estas características que podrían contribuir a formar espacios más inclusivos y seguros.

El tema del cuerpo resulta importante al analizar la inseguridad y la condición de ser mujer. El temor y la inseguridad se produce a través de un proceso de representación de la memoria en el cuerpo, como el fantasma urbano que, según Armando Silva (2001), hace alusión a una marca simbólica en la ciudad vivida como experiencia colectiva, de todos o de una parte significativa de sus habitantes, por la cual nace o se vive una referencia de mayor carácter imaginario que de comprobación empírica. El cuerpo, en tanto dimensión política, siempre se encuentra en riesgo de ser un territorio ocupado, un territorio-cuerpo, concebido como una mercancía apropiable y percibido como disponible (Falú, 2009). La amenaza a una agresión sexual es una constante en las percepciones de miedo que poseen las mujeres en la ciudad, y en el caso de las trabajadoras del sexo, el miedo se personifica principalmente en aquellos clientes agresivos. En este sentido, es importante retomar a Scott (2000), para quién las formas de dominación también se ejercen contra los cuerpos de las personas, de las y los dominados. Al respecto comenta:

> Existen también prácticas y rituales para denigrar, ofender y atacar los cuerpos, que, generados en forma rutinaria... constituyen una gran parte, según parece, de los discursos ocultos (Scott, 2000:20).

Como se vio anteriormente, ante el sentimiento de miedo e inseguridad las personas construyen manuales de sobrevivencia urbana. Esta estrategia o táctica también se particulariza en el caso de las mujeres. Soto (2007) señala algunos ejemplos de estas estrategias: que la espere el marido o el papá en la parada del bus, preferir no frecuentar lugares que se reconocen como masculinos, hasta simplemente quedarse en la casa y no

salir, limitando los movimientos urbanos y repitiendo trayectos e itinerarios de manera monótona, ya que estos lugares se han recorrido varias veces y se constituyen como trayectos seguros.

Aunado a estas restricciones, vemos como en la vida cotidiana de las mujeres en la ciudad coadyuvan dos tipos de violencia, la violencia de género estructural y la violencia urbana. A pesar de que esta última afecta primordialmente a los hombres, la percepción de miedo e inseguridad ante una violencia es mayor en las mujeres[42]. Como señala Falú:

> ... las ciudades no son iguales para las mujeres y los hombres, y pareciera que mucho menos lo son en estas ciudades de hoy, más inabarcables, más desconocidas, menos legibles y, por tanto, fuente de temores y diferencias que parecen irreductibles (2009:15).

La violencia de género, es decir, aquella violencia ejercida sobre las mujeres por el solo hecho de ser mujeres, es una problemática que viene aquejando a la mitad de la población mundial. Esta violencia plasma una dominación por género producto de relaciones desiguales de poder, donde las mujeres son subordinadas y víctimas de discriminación. Al respecto, Falú señala:

> Las violencias que se ejercen en los espacios públicos sobre las mujeres adquieren expresiones similares a las de aquellas que tienen lugar puertas adentro y que avasallan sus cuerpos; agresiones que curiosamente son catalogadas como "crímenes pasionales", que cuentan con un alto grado de tolerancia social y terminan culpabilizando a las víctimas (Falú, 2009:21).

[42] Encuestas realizadas por la Red Mujer y Hábitat de América Latina, CISCSA 2007.

Esta violencia de género ejercida ya no sólo en el ámbito privado, sino también en el espacio público, posee consecuencias en la forma en la que las mujeres organizan su vida cotidiana. El siguiente cuadro ejemplifica algunas de estas consecuencias.

CONSECUENCIAS DE LA VIOLENCIA		
SENTIMIENTO		**MODIFICACIÓN DE LA VIDA COTIDIANA**
Miedo, terror, desesperación (paraliza/desprotege).	MIEDO / PELIGRO	No salir, encerrarse en casa.
Cólera, indignación.		Anularse como mujer.
Vergüenza, humillación, pérdida de la dignidad.		
Impotencia.		Dejar de trabajar y/o estudiar.
Desconfianza.		Cambio de rutinas/recaudos.
Sentirse ridícula.		

Fuente: (Macassi, 2005:20)

La decisión de no salir y quedarse en casa, los cambios de rutinas y la subjetividad que se construye a partir de esta percepción de miedo e inseguridad, nos puede remitir a las construcciones históricas y culturales del "ser mujer". Para Falú (2009), esto contribuye a ahondar los sentimientos de inseguridad y debilitar la autoestima de las mujeres, y a la vez opera una suerte de fortalecimiento de las dependencias y debilitamiento de las ciudadanías, al retransmitirse en el entorno familiar, barrial y social. Este proceso se caracteriza no sólo por su repetición, sino también por el retroceso que implica en la producción y reproducción de viejas y nuevas subjetividades femeninas en las cuales se expresa el temor y las mujeres se vinculan a él.

El tema del espacio privado es fundamental a la hora de analizar estas geografías del miedo. En general, lo que se vive en relación a la inseguridad y las mujeres, es un retorno a

lo privado, al espacio controlado, visto como el espacio "seguro". Sin embargo, existen datos que comprueban que los lugares más peligrosos, donde existe un mayor número de violencia hacia las mujeres, son sus propios hogares. En el 2004 se realizó una encuesta a nivel nacional sobre violencia de género, arrojando así datos relevantes que ponen en cuestión mitos sobre dicha violencia. Veamos el ejemplo de la violencia sexual. En Costa Rica, los hombres cercanos son los principales perpetradores de esta manifestación de la violencia, sobre todo de las más severas, como la violación o el intento de violación. En el caso de las violaciones, un 78% son realizadas por un hombre con el que la mujer tiene o tuvo una relación de pareja. Cuando a esta forma extrema de violencia sexual se le agregan otros hombres de la familia, el porcentaje aumenta a un 81,9%. Es decir, más del 80% de las violaciones contra mujeres mayores de 16 años en el país son cometidas por hombres con quienes las mujeres tienen o tenían una relación familiar o de pareja (Sagot y Guzmán, 2004:19). Este dato comprueba que la seguridad en el espacio público de las mujeres no posee el riesgo que la seguridad en el espacio privado, más su percepción es inversa. Como se logró apreciar al inicio de este capítulo, la percepción de miedo e inseguridad en la ciudad pone en riesgo la sociabilidad urbana. Aquellos lugares propios del espacio público al ser categorizados como lugares del miedo y, por tanto, evitados por cierta parte de la población, disminuyen su objetivo de potenciar las interrelaciones urbanas, la socialización, el tejido social y, por último, el ejercicio de un derecho a la ciudad.

Con este último concepto en mente es que se debe de discutir el tema del espacio público y privado, sus geografías del miedo, y sus otros(as) amenazantes. De esta forma, se pueden problematizar aspectos sociales y políticos de la vida en la ciudad. La desigualdad vivida como mujeres se expresa no sólo en el diseño urbano, sino en la forma en que

lugares se configuran como prohibidos o inseguros de acceder. Para Falú (2009), se trata de crear una ciudad donde las mujeres se apropien de sus derechos y recuperen las calles, extendiendo el discurso de reconocimiento de los derechos a otros colectivos o grupos excluidos de la ciudad. El caso de las mujeres trabajadoras del sexo es un ejemplo aún más dramático de la marginalización que viven, ya no sólo en tanto mujeres, sino en tanto trabajadoras del sexo, identidad que la sociedad ha llegado a llenar de estigmas, prejuicios y discriminaciones.

Lugares (in)seguros: La Zona Roja y la Merced

Los lugares inseguros, lugares de terror, lugares de miedo, son aquellos espacios identificados en el imaginario social de una ciudad como espacios donde existe una violencia urbana y la práctica delictiva (o represiva) es frecuente. Al respecto:

> Los espacios del terror son aquellas unidades geoespaciales de la ciudad reconocidas, tanto por la autoridades de seguridad pública como por los propios citadinos, como lugares de alta peligrosidad o criminalidad; estos espacios se encuentran constituidos en gran medida por dos causas; la primera como resultado de un complejo imaginario caracterizado por la probabilidad de la ocurrencia, como por el temor de la recurrencia de vivir un acto violento en sí, aún sin haberlo experimentado. Son espacios producto de una serie de consecutivos relatos del miedo al uso de determinados territorios en la ciudad, son producto de la narración de las vivencias encarnadas en cifras oficiales (Cisneros, 2008:68).

Estos espacios o lugares (in)seguros identificados en la ciudad, forman parte de las geografías del miedo construidas a partir de factores que inciden en el nivel de inseguridad de un lugar dado. Al nombrar estos espacios como lugares de miedo, se están evaluando distintos aspectos que conforman dicho espacio, por ejemplo las características físicas y

morfológicas del espacio, el deterioro del lugar, la iluminación, y la presencia de otros amenazantes. Debido a esto, vemos como los lugares (in)seguros son construidos socialmente, ya que en parte su arquitectura y su mantenimiento son claves para la consideración de estos lugares como peligrosos. Una característica esencial de estos espacios es la exclusión. Exclusión no sólo vivida por las personas que no pueden utilizar o transitar estos lugares; sino también la exclusión misma de la ciudad, de las políticas y la gestión del desarrollo urbano, ya que estos lugares no se vuelven de interés local-político lo cual deja en un mayor deterioro las características y condiciones del espacio. Rossana Reguillo (2008) plantea que existen tres factores cuyo funcionamiento se torna fundamental para comprender los dominios del miedo (pp.70):

a) La proximidad (del elemento detonante del miedo), como referente espacio-temporal: nuevos regímenes de visibilidad, que emergen con la globalización tecnológica y cuya principal característica es acercar lo lejano mediante el efecto de verosimilitud.

b) (La idea de) el "daño" inminente que se traduce en (miedo a la) pérdida, (miedo al) perjuicio material o (miedo al) dolor físico o moral: experiencia expandida propia de la sociedad del riesgo.

c) La imbricación entre lo que tiene existencia efectiva y lo que es representado.

Estos tres factores pueden ser identificados a la hora de analizar las geografías del miedo en la ciudad para las mujeres trabajadoras del sexo, y son los que guían el siguiente análisis sobre los espacios tópicos, heterotópicos y utópicos. Durante el trabajo de campo, las 10 mujeres trabajadoras del sexo entrevistadas identificaron a la Zona Roja, los alrededores del Paso de la Vaca, el Mercado Borbón, La Coca Cola y los alrededores del parque de la Merced como los lugares más inseguros de la ciudad de San José.

La ciudad entera como espacio tópico

La percepción de inseguridad vivida en el país ha sido un fenómeno analizado ampliamente en distintas encuestas y trabajos de investigación. Además, responde a un sentimiento generalizado de miedo, siendo la delincuencia uno de los principales temores de la población. Según datos de la encuesta realizada por UNIMER, para junio del 2011, un 49% de la población consideraba que el principal problema del país era la inseguridad y la delincuencia. Para el año 2012, se realizó la misma encuesta y los resultados obtenidos variaron cuantitativamente, ya que se pasó de un 49% a un 35%. A pesar de que hubo este importante cambio, el tema de la inseguridad continúa siendo el principal problema del país, muy por encima del desempleo que cuenta con un 17%[43]. Bajo este imaginario nacional, la inseguridad cobra un peso importante y modifica por lo tanto las distintas prácticas asociadas a la seguridad, se compran nuevas tecnologías, se enrejan las casas, se contrata mayor seguridad privada, se adquieren armas, entre otras cosas.

En relación a la ciudad de San José, las personas también modifican su práctica urbana, por ejemplo no se porta joyería, el bolso se coloca adelante, las personas en los vehículos cierran sus ventanas al pasar. Las prácticas cambian no sólo a nivel individual, sino que inclusive a nivel empresarial se empiezan a utilizar más cámaras, espejos, o como señalan Brenes *ét. ál.* (2013) se utilizan cadenas para prevenir que se haga un robo de las sillas de los locales. Un aspecto interesante de recalcar aquí sobre las distintas medidas y estrategias de seguridad – tanto individuales como empresariales – es el sentido que producen de mayor inseguridad a nivel social, ya que las personas se sienten amenazadas y recurren a dispositivos y prácticas que van alimentando o dotando de significante ese temor

[43] Datos obtenidos del periódico La Nación << http://www.nacion.com/2012-02-01/ElPais/baja-inquietud-por-inseguridad--pero-sube-por-el-desempleo.aspx>>

e inseguridad en la ciudad. A la hora de preguntar por la inseguridad en la ciudad, varias mujeres respondieron con este imaginario. Es decir, se consideraba en su totalidad a la ciudad de San José como un lugar inseguro y riesgoso. Al respecto, Yuri comenta:

> Bueno, yo diría que todo, porque aquí no hay nada seguro ya. Ya uno más bien sale caminando con miedo, sale a la calle y por todo y por nada le roban. Uno no tiene nada y ya lo friegan.

Ante este imaginario colectivo, se construye una memoria relacionada con experiencias vividas y lo producido por los medios de comunicación. Para Cisneros (2008), esta memoria colectiva conlleva también cierto control de la vida social e incluso de las emociones individuales y colectivas; donde éste se manifiesta en rumor y exageración de un miedo ritualizado como modo de vida. Ante esta perspectiva, se tuvo que indagar a profundidad, e insistir en las entrevistas, por aquellas micro geografías o territorios dentro de la ciudad que produjeran ese miedo espacial. Esto con el fin de contar con un imaginario distinto al generalizado por la población costarricense, y poder así cartografiar el miedo en la ciudad de las mujeres trabajadoras del sexo.

Mapa N°: Ciudad de San José

Fuente: maps.google.com

El espacio tópico: La Zona Roja

> *... ya Zona Roja es lo que se llama... donde diay uno tiene que andar como dicen "con el ojo al Cristo". Porque donde uno espera, lo que usted menos espera puede salir un problema, en todo lo que se llama la Zona Roja, todo esto. Lulú*

Como lo define Reguillo, el espacio tópico representa ese lugar en la ciudad que se puede definir como "seguro", pero que de igual forma se encuentra en riesgo por las condiciones o características del entorno. En el caso de las mujeres trabajadoras del sexo, la Zona Roja representa ese espacio tópico en la ciudad de San José.

Analicemos las condiciones y características de este espacio en relación a su constitución como lugar (in)seguro. Como se señaló en el primer capítulo que trata sobre la Zona Roja – como construcción simbólica de un lugar en la ciudad de San José – ésta reúne rasgos que en el imaginario social componen los lugares de temor. Esta zona se ubica en un sector marginado de la ciudad, donde la inversión económica ha sido casi nula, tanto del gobierno local como por parte de la empresa privada. Debido a esto, las calles se encuentran en mal estado, muchos locales están en estado de abandono, y se da una fuerte economía informal, sobre todo en los alrededores del mercado Borbón. Además de esto, en la Zona Roja se encuentran diversos bares y puntos de distribución de drogas, lo que contribuye a la configuración de este espacio como un lugar inseguro dentro de la ciudad de San José. Además de estas características tangibles de la zona, existe el efecto simbólico de la construcción de una imagen creada de la inseguridad, cuyo efecto impacta en la edificación de un sentimiento de vulnerabilidad y etiquetamiento colectivo de ciertos espacios de la ciudad. Como señala Cisneros:

> Son imágenes ancladas a la historia del barrio, y a sus lazos con la delincuencia, la prostitución, el alcoholismo, la drogadicción, la ilegalidad; se trata de un espacio cuya

> historia de transgresiones morales, se refleja en una violencia que cuestiona la división entre víctima y victimario (2008:70).

Como se puede apreciar, el imaginario que se construye sobre la Zona Roja parte por un lado de su otredad amenazante, que calza con las figuras de inseguridad como drogadictos e indigentes; y, por otro lado, los medios de comunicación que se han encargado de estigmatizar y etiquetar este espacio de la ciudad como parte de las geografías del miedo de la ciudad de San José.

La experiencia de las mujeres trabajadoras del sexo en este contexto territorial responde a ciertas percepciones del miedo que intervienen en el uso y práctica del espacio público de esta zona. Para Angélica, la inseguridad en la Zona Roja se debe al ambiente, a los diferentes sucesos que cotidianamente se viven: "Tal vez algo que pase en el entorno me hace sentir insegura, un accidente, o un herido, una bala o algo así". La reacción de Angélica responde a una percepción de inseguridad que engloba los distintos riesgos que se pueden tomar al habitar este espacio de la ciudad. Esta mujer hace referencia a situaciones que ha podido observar a lo largo de sus años en la zona. Al igual que Angélica, Flor ha tenido experiencias cotidianas que concretizan esa percepción de inseguridad:

> Diay mami, aquí casi todos los lugares son inseguros, veá. Porque aquí donde estamos nosotras, ni para qué. Vea, ahora en la mañana vino unos guardas que hay ahí y le pegaron a un muchacho sólo porque él iba corriendo con la mercadería a meterse a un lugar y el señor dijo que no, que él venía saliendo de comprar la mercadería, diay para salvarse. Entonces, lo arrinconó a la pared y de una vez le mandó. Y venía otro y otro le dio al muchacho, y tuvimos que meternos. Yo le dije:

"diay no le pegue". Y le digo yo al muchacho: "venga papa, póngase, mejor camine porque diay lo van a joder entre los dos".

La reciente experiencia de inseguridad que vivió Flor en la zona, no atañe directamente a su integridad o seguridad física, mas pone en peligro la de otro. En este sentido, se construye un acto de solidaridad, dónde no sólo ella interviene sino también el resto de trabajadoras del sexo que presencian los hechos. Además de esto, Flor denuncia el abuso de poder de la seguridad privada del mercado, dónde es a base de prejuicios y no de pruebas que se arremete y violenta a un joven. Aurora cuenta otra experiencia vivida de inseguridad en la zona, esta vez por los alrededores del mercado Paso de la Vaca:

(...) una vez yo me fui para un hotel allá, que yo le había contado a usted. Y cuando yo salí del cuarto ahí me hicieron reventado el bolso, todos los papeles y todo se me fueron. Entonces yo quedé curada[44] con esa cosa.

A lo largo de las distintas entrevistas, la constante fue el haber vivido por lo menos una vez algún tipo de situación de inseguridad real en la Zona Roja. La experiencia vivida, más el papel de los medios de comunicación, más las figuras de otredad amenazante van tejiendo esa geografía del miedo, ese lugar (in)seguro en la ciudad, donde, a pesar de este sentimiento, las mujeres se ubican cotidianamente para ejercer su actividad laboral.

En la construcción de los usos y las prácticas en la ciudad, es importante también contrastar la forma en que la percepción se ve reflejada en el uso o no de estos espacios. Seguido de esto, veremos por qué a pesar de que la Zona Roja es pensada como un lugar inseguro, continúa siendo un lugar propio y de reconocimiento para las mujeres trabajadoras del sexo. Así, el espacio tópico va cobrando vida, al representar un lugar

[44] Quedar *curada* hace referencia a no volver a confiar y por lo tanto asistir al hotel dónde sufrió el delito.

"seguro", que se encuentra constantemente amenazado. Contrastando así la percepción con el uso, podemos ver la experiencia de Angélica,

> Sí, yo visito todos esos lugares porque yo soy parte del entorno, ¿no? He sido parte por muchos años del trabajo sexual, entonces no me da miedo. Sí tengo cuidado, pero no me confío tampoco porque igual no estoy ausente a que me pase algo.

La decisión de Angélica de igual hacer uso de este territorio o lugar inseguro de la ciudad, alude a una identificación con el entorno. Aquí es interesante resaltar que al ser ellas parte del ambiente, podrían ser identificadas también como figuras amenazantes para otros(as) habitantes de la ciudad. Esta identificación de otredades en la ciudad lo que va mostrando son los distintos imaginarios que se construyen a partir de un lugar dado en una sociedad, que parte de variables como la clase social, el género, la etnia y la edad. Para ejemplificar esto, pensemos en la situación particular de una mujer joven y de clase media, quien seguramente identificará la Zona Roja en su totalidad como un lugar amenazante, haciendo ninguna distinción entre sus figuras amenazantes, y por tanto incluyendo a las trabajadoras del sexo en esta otredad. En cambio, para las mujeres que viven este espacio cotidiano, la otredad proviene de otras figuras. Más adelante se verá en detalle esta otredad en la Zona Roja. Ahora, esta identificación con el entorno parte entonces no sólo de un uso cotidiano del mismo, sino también de la representación de la zona en el imaginario social como un lugar de trabajadoras del sexo, y por tanto ellas como sujetas de este espacio público. La identificación con el lugar también repercute en las prácticas y percepciones sobre el espacio, ya que las mujeres aprenden y socializan los distintos códigos y situaciones que se viven diariamente en la Zona Roja.

Otro aspecto importante que surgió de las entrevistas y que se relaciona con la identificación con el entorno, fue el hecho de que estas mujeres ya fueran conocidas por las y los habitantes usuales de la zona. Yazmín comenta que ella también hace uso de esta zona que pertenece a sus geografías del miedo y esto se debe a que no posee temor: "(...) porque ya todo aquí... ellos me conocen. Más bien me acompañan".

El hecho de que las trabajadoras del sexo se ubiquen cotidianamente en la calle 8 para ejercer su actividad laboral, posibilitando así que conozcan los distintos locales que se relacionan con el trabajo sexual – por ejemplo pensiones o bares – y, por lo tanto, conocer también a sus dueños y usuarios(as), resignifica o relativiza el temor real que sienten estas mujeres. De alguna forma, ellas perciben una seguridad que deriva de los años y la sociabilidad que se ha construido en este espacio. Vemos así, cómo a pesar de que la inseguridad disminuye la sociabilidad urbana en las ciudades, en algunos casos, opera una situación inversa, donde, gracias a la sociabilidad, se adquiere seguridad en estos espacios de temor.

La decisión de igual hacer uso de la Zona Roja en algunos casos proviene de una situación social y económica que no da un margen de decisión. Es decir, se está en la Zona y se hace un uso de este espacio debido a que no hay otras opciones. Así lo señala Lulú:

> Diay cuando, aunque fuera inseguro y todo, siempre estaba aquí metida porque diay no tenía para dónde irme. Como no tenía para dónde irme, diay aquí (en la zona) vivía metida porque no tenía para dónde, entonces aquí tenía que estar por fuerza, quisiera o no quisiera tenía que estar aquí metida.

Las condiciones de vida de muchas de las mujeres trabajadoras del sexo que se ubican en este lugar de la ciudad, condicionan el hecho de que éste se convierte ya no sólo en su lugar

de trabajo, sino también en su lugar habitacional. Como se pudo apreciar en la caracterización de las mujeres entrevistadas al inicio de la investigación, la mayoría de ellas cobran entre 2.000 a 5.000 colones, es decir, entre 4 y 10 dólares. En los casos en que las mujeres no poseen una red de apoyo, este ingreso no les permite alquilar algo fuera de la zona o de mejor calidad. El consumo de drogas y alcohol también son factores que inciden en que muchas de las mujeres se mantengan de manera constante en este lugar.

Como se puede apreciar, la Zona Roja es identificada por las mujeres como ese espacio inseguro de la ciudad, principalmente por las experiencias vividas, la presencia de otredades amenazantes y la configuración de un imaginario social sobre este lugar. A pesar de esto, las mujeres desarrollan una práctica y un uso cotidiano de este lugar que parte de su relación directa con la Zona Roja como espacio de trabajo y en algunos casos inclusive de habitación. Esta geografía del miedo – esa percepción de inseguridad – no condiciona en sí la práctica urbana, y más bien se construye una identificación y un reconocimiento con el entorno, construyendo así un espacio tópico.

Fotografía N° 18: Licorera en Avenida 5

Fuente: Fotografía tomada por Angélica (2012).

Los espacios tópicos en el trabajo sexual

Dentro de la configuración de espacios y geografías del miedo, las mujeres identificaron también lugares seguros para ejercer el trabajo sexual. Aquí se establece entonces una relación entre el espacio dado, la actividad laboral y el género.

Los "locales" y la calle

Para muchas de las mujeres entrevistadas, los "locales" – es decir, aquellas pensiones, hoteles y salas de masajes – representan esos lugares seguros en los que ejercer el trabajo sexual. Las mujeres señalaron distintas razones del porqué estos locales se definen de esta manera. Una de ellas es la presencia de la seguridad privada del local, ya que les genera confianza de que en alguna eventualidad el mismo local podría responder y responsabilizarse por ellas. Otra razón es la solidaridad que se construye entre las mujeres. A pesar de que el trabajo sexual en sí es una actividad que se caracteriza por una alta competencia, en el caso de la seguridad, se considera que prevalece esta solidaridad de poder contar con otras compañeras ante una agresión o riesgo individual. Esta colectividad que expresa solidaridad es una de las prácticas de resistencia identificadas en la ciudad. Ante la dominación y la inseguridad que las mujeres viven en la ciudad, desarrollan la solidaridad entre ellas como una forma de protegerse ante tales situaciones. En este espacio social que habitan cotidianamente – calle 8 – las mujeres construyen prácticas y discursos de resistencia, dónde la coordinación y la comunicación implícita se dan entre el grupo de dominadas(os). Como señala Scott (2000), una subcultura de la resistencia o una contracostumbre es forzosamente un producto de la solidaridad entre subordinadas(os).

Para algunas mujeres entrevistadas, la calle – específicamente frente al Mercado Borbón – representa también ese espacio "seguro" para el trabajo sexual. Esto se debe a

varias razones; una primera es que, al igual que en los locales, las mujeres sienten un acompañamiento y seguridad por parte de las otras mujeres que se encuentran en la calle – expresado entonces como práctica fraterna. Laura comentaba sobre lo que la hacía sentirse segura a la hora de trabajar frente al mercado: "Diay porque ya yo conozco a todos y a todas las muchachas. Entonces ya uno está tranquilo ahí".

Otra práctica solidaria se relaciona con el hecho de que en la calle las mujeres saben y reconocen que sus compañeras vieron el lugar y el cliente con el que se encuentran, lo cual genera seguridad ante la eventualidad de una agresión o violencia. Los locales, al igual que la calle, corresponden a lugares habituales en la Zona Roja donde se ejerce el trabajo sexual. A pesar de que existen condiciones y amenazas a estos espacios tópicos, las mujeres desarrollan un reconocimiento y apropiación de estos espacios que los constituye entonces como lugares seguros donde ejercer su actividad laboral. Es importante considerar el lugar desde donde se enuncian estos espacios tópicos, es decir, el imaginario construido a partir de una experiencia en el trabajo sexual, que en la mayor parte de los casos inició en los locales y en la actualidad se encuentra en los alrededores del mercado Borbón.

Amenazas a estos espacios tópicos

Como vimos con Rossana Reguillo, los espacios tópicos se caracterizan también por la presencia de la amenaza a la seguridad percibida en el espacio. En el caso de los espacios tópicos del trabajo sexual, las mujeres entrevistadas identificaron varios riesgos que persisten en estos espacios. Dentro de los locales, un factor asociado a la inseguridad generada en estos lugares se relaciona con la escogencia del cliente. Para las mujeres que laboran en los locales no existe dicha escogencia, ya que son sólo los clientes los que

deciden. Esta dinámica fue denunciada en varias ocasiones debido a la falta de independencia y autonomía que provocaba. En este sentido, las mujeres podrían verse en medio de una situación de riesgo, y sentirse aún más inseguras dentro de un local con un cliente amenazante. El tema del cuerpo aquí cobra mayor relevancia. Falú (2009) señala que el cuerpo representa ese lugar primero en el cual se ejercen los derechos y las resistencias a las violencias.

> Ese espacio privado y único, el espacio primero del cual apropiarnos para poder adueñarnos de otros territorios: la casa, el barrio, la ciudad, el país. El cuerpo de las mujeres como lugar de la defensa de derechos, todavía restringidos, y sobre el cual aún se ejerce poder y se expresan violencias. Apropiación de los cuerpos, para poder apropiarnos del espacio público (Falú, 2009: 29).

A pesar de que no interesa discutir aquí el tema de la autonomía y el cuerpo en el trabajo sexual, es importante puntualizar que la escogencia del cliente resulta un paso importante en la resistencia y apropiación del cuerpo y la actividad laboral que ejercen estas mujeres.[45]

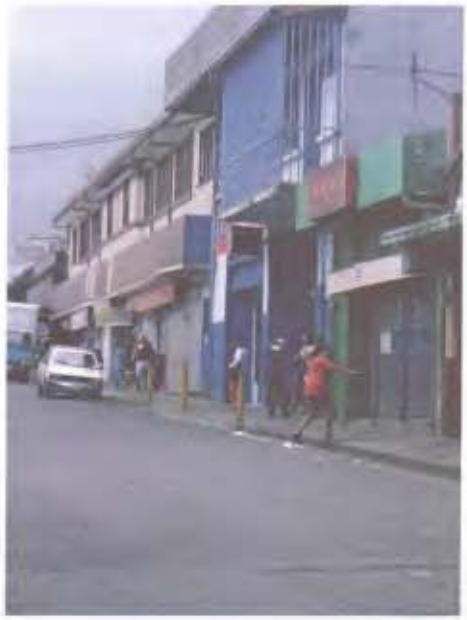
Otra amenaza identificada en relación a la seguridad en los locales fue la eventualidad de un asalto o la presencia de armas en el lugar. A pesar de que esta amenaza no fue concurrida en las respuestas de las mujeres, sí evidenció el sentimiento de inseguridad general que se vive en la ciudad. Dicho sentimiento parte de un miedo extendido, y que se encuentra mayormente influenciado por los distintos sucesos de inseguridad que desbordan los medios de comunicación. Así, se parte de una situación inesperada y abstracta de un eventual asalto o disputa que incluiría el uso de armas.

[45] Para ahondar en esta discusión revisar el capítulo que discute la aproximación a la concepción de trabajo sexual que se utiliza en la presente investigación.

Entre las principales razones que ponen en riesgo la seguridad de las mujeres en la calle, se encuentran el consumo de alcohol y drogas. En este sentido, muchas son las personas que, según las entrevistadas, asaltan a cualquiera con el fin de satisfacer su necesidad de consumo de droga – principalmente el crack. Los clientes que ingieren altas cantidades de alcohol, también representan inseguridad a la hora de trabajar en la calle. Angélica señala:

> (…) porque ahí siempre está metido el alcohol, drogas y los clientes hay veces se ponen difíciles. Sólo por el hecho de tener ese trabajo no es fácil. Cuando los clientes ya están muy tomados ya el solo hecho es muy difícil.

Fotografía N°19: Subiendo calle 8



Fuente: Fotografía tomada por Mariana Rojas Mora (2012)

Otra amenaza a este espacio considerado "seguro", responde a una característica misma del trabajo sexual y que remite al espacio privado: la necesidad del uso del condón. En muchas ocasiones, los clientes no desean utilizar estos condones, poniendo en riesgo a las mujeres y su salud. Algunas estrategias de los clientes es pagarles un dinero extra por el

servicio. Esta situación se ha venido disminuyendo debido a una gran concientización que ha dado la Asociación La Sala respecto a la importancia del uso de protección durante el ejercicio del trabajo sexual. Sin embargo, son muchos los clientes que todavía solicitan el servicio "extra". Sharid nos dice:

> Si un viejo quiere entrar con uno sin preservativo y digamos uno le dice "sí con preservativo" y llega adentro y ya le dice "no es que ya no voy a usar el preservativo". Si uno se resistía, que lo agarrara y le pegara, o que medio lo matara adentro. O que le dijera "no te voy a pagar". Ya uno que se ponga bravo, entonces no se sentía seguro uno en ningún momento. Porque más que todo en ese campo de que uno es la misma jefa, corre más riesgos.

El espacio privado representa, como vimos anteriormente, ese lugar en el cual las mujeres viven mayores violencias de género. Para las mujeres trabajadoras del sexo, en el espacio privado del hotel pueden suceder varias situaciones que amenacen su seguridad. En términos de salud queda claro el peligro que representa el no utilizar un preservativo para la vida y al trabajo de estas mujeres. La violencia que se ejerce en lo privado toma de esta forma distintas caras, donde como dice Sharid la negativa al pago del trabajo es una posibilidad. Esta situación o la posibilidad de que el mismo cliente le robe a la trabajadora del sexo son experiencias que confirman esta amenaza en el espacio privado, y las cuales se han dado en el espacio del hotel. Además, tal y como lo comentó Angélica, las mujeres también aceptan montarse en los automóviles de los clientes, espacio privado dónde se ven expuestas a múltiples amenazas. La experiencia de Sharid en esto es lamentable, y ejemplifica los niveles de violencia urbana y de género bajo las cuales las trabajadoras del sexo se ven inmersas en su cotidianidad:

> Sí, porque di, cuántas muchachas no se han llevado y han aparecido muertas. Diay sí, porque las montan en un carro... porque hasta eso. Yo me he montado en carros, y cuántas veces no me quisieron matar. Una vez me salió un señor con un cuchillo así y me dijo "es que yo odio a las mujeres". Le digo "¿di pero por qué?", me dice "yo detesto a las mujeres, y yo quiero irme deshaciendo de todas, así poco a poco, de una por una, pero quiero ir matando a todas". Claro, que si yo no me hubiera tirado de ese carro, yo no estaría contando el cuento. Sí claro, yo abrí la puerta y... toda golpeada y de todo pero digo yo "bueno, pero estos golpes se me quitan, voy a llorar yo del dolor y no mi mamá de la tristeza". Entonces, otro viene y me recoge en un carro y me dice, ya quedamos hicimos el negocio de cuánto y tanto. Y ya pasó lo que pasó. Y ya después terminamos bien, terminamos en buenos términos y todo. Y a lo último veo que me saca un revolver. Me dice "le voy a pegar un balazo", de igual manera tuve que abrir el carro y yo no sé me tiré por un charral y de todo.

Ambas experiencias reflejan esta violencia de género, donde las mujeres son víctimas de agresiones de todo tipo sólo por su condición de ser mujeres. El primer caso es clarísimo en esto, el odio a las mujeres ha sido una de las principales razones que se aluden en los femicidios. En este sentido, es necesario ir reconociendo y denunciando el espacio privado como lugar de amenaza y principal espacio de violencia de género.

La temporalidad del día en el espacio tópico de la calle resulta también fundamental a la hora de considerarlo un lugar seguro o inseguro. Con respecto a la seguridad, Angélica señala:

> (...) la calle sí pero temprano, en horas tempranas de la mañana, porque ya después de las seis no es ningún lado seguro porque puede pasar un carro, de tirar algo, o lo puede montar a uno. Bueno, ahora hay mucha cámara pero hay más probabilidades de que alguien lo socorra más rápido en el día que hay más... Porque la cámara

habla pero diay a uno por montarlo en un carro, la cámara dice si a alguien se llevaron, pero no es muy seguro verdad.

La hora de la noche representa en este espacio de trabajo una amenaza debido a las agresiones que pueden sufrir en la calle en razón de su trabajo[46]. "Lo puede montar a uno" hace referencia a la práctica más o menos habitual de subirse a un carro para atender a un cliente. Como vimos antes, estas prácticas en más de una ocasión han sido ejemplos de agresiones y violencias físicas hacia las mujeres. Debido a esto, Angélica considera que a altas horas de la noche en la calle se está expuesta a que esto suceda. También se hace referencia al uso de tecnologías de seguridad que se vienen implementando a lo largo y ancho de la ciudad. Estos dispositivos poseen como objetivo otorgar tranquilidad y seguridad a las y los habitantes de la ciudad; además de ser prueba de delitos. En el imaginario de esta mujer, las cámaras vienen a identificar y proporcionar cierta seguridad. Sin embargo, para Angélica resulta dudoso si a estas se les presta atención o seguimiento.

Otra amenaza identificada por las mujeres fue la poca presencia de agentes de la Fuerza Pública en la zona a altas horas de la noche. Esto a pesar de que en la esquina noroeste se encuentra una delegación policial. Como veremos en el siguiente apartado, la policía posee un doble papel a la hora de analizar la (in)seguridad vivida en estas geografías del miedo. Aquí lo que interesa señalar es la presencia de la policía como agente o dispositivo de control y de seguridad a la hora de habitar la zona. Varias de las mujeres entrevistadas comentaron hacer uso de estos agentes ante crímenes vividos en la zona. Veamos una experiencia de Flor,

[46] Como vimos en el capítulo introductorio, las mujeres trabajadoras del sexo que se ubican en esta zona laboran en horarios diurnos, generalmente entre 8 am a 5 o máximo 6pm. El motivo de la inseguridad es el principal factor para que el trabajo sexual que se da en la calle se realice principalmente de día.

(...) en el cuarto porque un día un cliente me quería seguro... y como yo no quise. Entonces tuve que salir chinga, y ponerme la ropa, y había dejado las botas y el hombre se me llevó las botas. Y después yo andaba como loca buscando esas botas porque no podía llegar sin las botas a la casa. Una amiga mía, Aurora, agarró al hombre, le quitó las botas, me lo trajo a la delegación, y me vine yo y me dice el tipo "pero Rosa, como me va a dejar aquí, si usted me conoce a mí, yo no te iba a robar". Le hago "a mí qué me importa, ahí te quedás".

Un problema que comentó Flor que tuvo con la denuncia, fue el hecho de que tenía que dejar sus botas como prueba del delito, aspecto que no le agradaba ya que tendría que llegar a su casa y responder a las preguntas de sus hijos: "Entonces ya yo tenía que contar, que fue un hombre, que no no no. A los hijos de uno y todo, vea. Entonces uno, muy feo". De esta forma, vemos que la policía a pesar de que se encuentra muy cercana a la zona, no contempla aspectos importantes que forman parte de la vida de las mujeres trabajadoras del sexo, como en este caso la clandestinidad o anonimato en la familia. Sin embargo, como ente de autoridad y de justicia continúan siendo buscados ante hechos delictivos vividos en la zona.

Para Lulú, la inseguridad que se puede generar frente al mercado responde también a un conflicto entre las mismas trabajadoras del sexo.

Siempre las viejas se están peleando la bolsa de los viejos. Siempre pelean las bolsas de los viejos y un montón de cosas. Siempre quieren la plata de los viejos y un montón de cosas, es lo inseguro.

Esta amenaza remite a experiencias vividas de conflictos entre mujeres trabajadoras del sexo. Veamos lo que dice Flor sobre las razones que motivan a las mujeres a pelearse en el espacio de trabajo:

> Di por hombres, o por licor, o por lo que sea. Aquí hace poco mataron a una amiga mía, Gina, la mató otra mujer. Y ahora esa mujer está presa y Gina ya está en el cementerio. Diay sí, es duro. Sí, yo he visto personas. Pero como uno no puede andar diciendo, verdad, ni hablando, porque diay lo apañan. Sí, sí lo pueden golpear a uno o matar.

La muerte de algún conocido o conocida en esta zona, pareciera ser una constante en la experiencia de las mujeres trabajadoras del sexo. En este sentido, la presencia de la muerte forma parte de las condiciones y características del espacio, entre los que podemos ubicar la pobreza, la marginalización, la exclusión, la desigualdad, entre otros. Para Martel y Baires (2006) existen marcas distintivas visibles e invisibles que se relacionan con la identificación de estos espacios o geografías del miedo. Una de estas marcas invisibles es la muerte como un hecho cotidiano, que pesa y marca la historia de un territorio. Para las mujeres, esta marca invisible se ve reflejada en la muerte de amigas, familiares, compañeras de trabajo, o simplemente conocidos(as) de la zona. La configuración de la muerte como un hecho cotidiano en este lugar, representa de manera violenta y drástica la realidad vivida por muchas personas que se encuentran en estos espacios marginados de la ciudad.

Las mujeres trabajadoras del sexo viven cotidianamente una realidad caracterizada por el conflicto, la amenaza, las contradicciones y la desigualdad. En la construcción de ciudad que ellas realizan, prevalecen factores importantes que perfilan estas geografías del

miedo. Varios de estos factores reflejan riesgos que viven en la calle debido a la condición de su trabajo. A pesar de esto, las mujeres – a través de la solidaridad y el compañerismo – logran desarrollar un sentimiento de seguridad en esta ciudad tan adversa con ellas.

Fotografía N°20: Pensión Lillian

Fuente: Fotografía tomada por Angélica (2012)

Los espacios heterotópicos: La noche en la Zona Roja y los alrededores del parque de la Merced

Estos espacios hacen referencia al territorio de los otros(as); identificado así el lugar como una geografía amenazante. En relación a las respuestas de las mujeres trabajadoras del sexo, se puede apreciar que uno de los espacios heterotópicos continúa siendo representado por la Zona Roja. Sin embargo, la temporalidad aquí juega un papel crucial y es lo que la diferencia de aquel espacio tópico, conocido. Tal y como se pudo analizar anteriormente, las distintas horas del día van dotando de matices la inseguridad en la zona. Como señala Segura (2005), la ciudad es usada diferencialmente también en relación con el

tiempo y el tiempo nocturno resignifica la ciudad, con la emergencia de otros rostros y otras prácticas en el espacio urbano.

Para Angélica, la noche es el momento en que estos lugares inseguros cobran mayor miedo y riesgo. Esto se debe a la presencia de personas que comenten robos y delitos. Además de esto, "se presta para... hay más drogas, hay más alcohol, entonces se presta para más cortados y más heridos". Ahora, contrastando esta percepción de inseguridad – y por lo tanto la demarcación de la Zona Roja nocturna como espacio heterotópico, espacio de otros(as) – con la práctica urbana, vemos que de las diez mujeres entrevistadas, solamente dos de ellas afirmaron visitar la zona en horas nocturnas, en especial para hacer uso de los distintos bares. En este sentido, la mayoría decide no arriesgarse, o como ellas dicen "ponerse" ante la eventual situación de inseguridad o violencia que puede ser vivida en este espacio.

La amenaza que conlleva la temporalidad de la zona, puede ser generalizada a distintas partes de la ciudad. Esto es aún más perceptible para las mujeres, ya que la noche representa ese momento en el día en el que surgen los "males" de la ciudad, ya sean personificados por otros(as) amenazantes o por distintas prácticas urbanas nocturnas, como el uso de bares. Aunado a esta construcción del miedo genérica, vemos como para las mujeres trabajadoras del sexo, a pesar de su actividad laboral, la noche continúa siendo esa temporalidad amenazante en la ciudad.

Otro espacio heterotópico es representado por los alrededores del parque de la Merced. Anteriormente, identificamos el parque de la Merced y sus alrededores como espacios de actividad sexual, dónde se encuentran bares, pensiones y hoteles. Vimos también como prevalece una relación conflictiva entre las mujeres de los alrededores del

Mercado Borbón y las mujeres de la Merced. En este sentido, la inseguridad percibida en este espacio se ve mediada por dicho conflicto. Flor nos comenta:

> (…) el que queda allá por la Cañada, el Disco Bar. También el Porteño, verdad. Un lugar que se llama el Porteño, que es ahí por la Cañada también.

Fotografía N°21: Alrededores del parque La Merced

Fuente: Fotografía tomada por Mariana Rojas Mora (2012)

La inseguridad aducida a este espacio se relaciona directamente con niveles de violencia vividos, riesgos y desconfianza. Además, las mujeres que señalaron los alrededores del parque de la Merced como parte de sus geografías del miedo en la ciudad de San José, indicaron que no hacen uso de estos espacios. Laura afirma que esos lugares no le inspiran confianza, razón por la cual no los visita. Así, el contraste entre la percepción y la práctica urbana coincide, restringiendo entonces el uso de esta parte de la ciudad para algunas de las mujeres trabajadoras del sexo. Continuando con Flor, ella nos comenta,

> Pero ya ahora no, porque ya diay me da miedo. Como yo he visto así cosillas, que uno ve que se apañan o le cortan el pescuezo, uy que feo que es. Entonces uno no haya como ir.

A partir del concepto de espacio heterotópico, se puede apreciar cómo la Zona Roja nocturna y los alrededores el parque de la Merced representan esos espacios dónde las mujeres trabajadoras del sexo no se reconocen, espacios dominados por otros(as) que ponen en riesgo y/o amenaza su seguridad en la ciudad. Los lugares (in)seguros señalados por las mujeres contribuyen a ir mapeando las distintas percepciones y prácticas que poseen sobre la ciudad de San José. Además de este mapeo, se puede ir delimitando esa cartografía urbana que van tejiendo las mujeres, a partir no sólo de su condición de género, sino también en relación a su actividad laboral, y realidad económica.

El espacio utópico: la ciudad segura y moderna

El espacio utópico es aquel lugar que manifiesta elementos deseados por las personas, además de que dirige u oriente la relación con los espacios heterotópicos y tópicos en la ciudad. En este sentido, interesó analizar cuáles eran estos espacios utópicos para las mujeres trabajadoras del sexo. Una primera ejemplificación de esto se puede apreciar en la narración de Flor,

> Diay la ciudad más bonita es que no hubieran peligros y que todo fuera bonito. Como que así toda la gente fuera amistosa y que uno supiera que uno va a andar y que no anda uno pensando que le van a robar el bolso, que le van a hacer, verdad. Así sería bonito todo, que todo fuera bien bonita, vea. Que si usted va a un parque se puede comer el helado tranquila, sin estar pensando "me van a robar el bolso, me van a robar el bolso, o me van a golpear". Eso es una ciudad muy bonita así, verdad.

Esta primera utopía de ciudad representa un espacio dónde las mujeres se sienten seguras, y la preocupación diaria y constante sobre la delincuencia se vería aplacada. De esta forma, el

uso recreativo de parques, y el disfrutar por lo tanto de espacios públicos, no se vería perturbado por una preocupación que surge de una percepción y realidad donde la delincuencia se presenta como un hecho cotidiano. Sin embargo, es importante recalcar que la seguridad a la que hace referencia Flor es una seguridad más amplia, que remite a la seguridad social. El contar con los servicios básicos resulta una de las preocupaciones también fundamentales en la vida de estas mujeres, por lo que la ciudad utópica se ve imaginada en una ciudad dónde la delincuencia no existe, en parte también por el buen vivir que caracterizaría la vida social. La solidaridad y otras formas de sociabilidad urbana regirían este nuevo orden. Sharid se refiere a esto de manera romántica, dónde hace alusión a un pasado mejor,

> Si me gustaría que como antes, cuando existía la policía de la cruz blanca, que todas esas personas que dormían en la calle, las recogían y las llevaban a albergues y eso. No se veía tanto, porque no se veía tanto a las personas durmiendo en la calle. No se veía tanta fechoría. Ese sería mi San José perfecto, nuevamente.

Esta forma de pensar la ciudad se relaciona con los principios del derecho a la ciudad, dónde se aboga por una práctica urbana que colectivice el bien social y que posea como base el respeto por los derechos humanos. Al respecto, el principio 1.1. del artículo II. de la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad señala

> Las ciudades deben ser un ámbito de realización de todos los derechos humanos y libertades fundamentales, asegurando la dignidad y el bienestar colectivo de todas las personas, en condiciones de igualdad, equidad y justicia. Todas las personas tienen el derecho de encontrar en la ciudad las condiciones necesarias para su realización política, económica, cultural, social y ecológica, asumiendo el deber de la solidaridad.

Así, la fraternidad y la seguridad se convierten en temas fundamentales que rigen ese bienestar colectivo en la ciudad, dotando de contenido el espacio utópico planteado por las mujeres. Estos sentimientos de colectividad son compartidos por trabajadoras del sexo que han vivido y que viven cotidianamente prácticas discriminatorias que ponen en evidencia su exclusión social. Así, la solidaridad y la seguridad deseada se configuran como elementos que parten de una historia de vida que no ha tenido la oportunidad de contar con estos elementos.

Para un análisis sociopolítico y cultural del miedo en la ciudad, Reguillo proponía tres factores esenciales para comprender su funcionamiento: la proximidad del elemento detonante del miedo, el daño o la idea próxima del daño y la relación entre la existencia efectiva y lo que se representa. Los diferentes lugares analizados anteriormente comparten estos factores. La Zona Roja – como espacio de trabajo – se presenta próxima en términos espaciales ya que representa su espacio de trabajo cotidiano. Las mujeres entrevistadas señalaron que venían a la zona todos los días de la semana, exceptuando en algunos casos el domingo. En términos temporales, la proximidad se manifiesta en que las mujeres que relatan sus miedos cuentan con una gran cantidad de años de estar en la zona. Estas proximidades dan cuenta de que la construcción de percepciones e imaginarios sobre la zona no pasa mayoritariamente a través de los medios de comunicación, sino a través de su cotidianidad e historia en la zona. En relación al daño inminente, las mujeres relataron distintas experiencias que se traducían en pérdidas no sólo materiales, sino también personales, dónde inclusive la muerte es representada. Así, el tercer factor cobra mayor relevancia puesto que la representación del miedo si refleja la existencia efectiva vivida por las mujeres en la zona.

Para el caso de la Merced, el miedo en relación a este lugar inseguro denota diferencias en relación a los factores descritos por Reguillo. La proximidad tanto temporal como espacial no es tan constante como se presenta en la Zona Roja, dónde no todas las mujeres que señalaron este lugar como inseguro, basaron su calificación a partir de un uso regular de este espacio. El caso de Flor si ejemplifica una proximidad importante con el detonante de miedo, ya que ella visitaba regularmente los bares que se encuentran en los alrededores del parque. Las demás mujeres basan su relato principalmente a partir de experiencias compartidas con otras trabajadoras. Aquí, la relación entre lo representado y su vivencia es menos directa que en el caso de la Zona Roja; más no por esto deja de ser considerado como un lugar entre las geografías del miedo de las mujeres. Más bien, el caso de la Merced abre caminos para comprender como el miedo y la construcción de un lugar inseguro pasa también por un factor importante, los conflictos por y en el espacio.

Otros(as) amenazantes: criaturas de la noche, fantasmas del pasado y demonios del poder

> *"... van al encuentro del otro provistos de sus propios temores" (Reguillo, 2008: pp. 69)*

El tema de la otredad en la ciudad ha surgido a lo largo de la presente investigación y en especial a la hora del análisis de las geografías del miedo. A partir de la construcción de otredad, se tejen relaciones y tejidos sociales, que van dotando de vida urbana al espacio de la ciudad. Sin embargo, esta otredad se ve traducida en la mayor parte de los casos en una otredad negativa que amenaza, o dónde se perciben amenazantes al orden, la moral, la cultura local, los valores, etc. Esta situación es la que caracteriza la relación entre otredad y

seguridad, donde muchas veces el temor al otro(a) se convierte en uno de los principales mecanismos que generan miedo e inclusive odio. Para Reguillo (2000), la figura de otredad amenazante es:

> ... un habitante promedio de una ciudad latinoamericana expuesto permanentemente a los discursos sobre la violencia urbana. Esta persona "consume "regularmente noticias en las que le es posible reconocer, por ejemplo, en las víctimas de la delincuencia a personas semejantes, se trata de "uno de nosotros", por el cual puede experimentar simpatía y solidaridad. El sujeto-fuerza que afecta a "uno de nosotros", es construido como un sujeto "pre- existente" que sustituye la fuerza anónima y por lo tanto, indiscernible, para convertirse en una categoría accesible a la experiencia de la persona: "la delincuencia urbana" (anónima) se transforma, por ejemplo, en "delincuentes que provienen de los barrios marginales" (pp. 8).

El ejemplo que expone la autora muestra distintos factores que confluyen en la configuración de esa otredad urbana. En un nivel están los medios de comunicación que exponen cotidianamente el tema de la inseguridad y, a su vez, resaltan características de las o los perpetradores de dicha problemática, donde en muchos casos lo que potencian es una estigmatización, discriminación y exclusión de sectores de la sociedad. La identificación que resulta de las experiencias compartidas de inseguridad colectiviza la experiencia y esta es interiorizada como una amenaza en potencia.

En esta construcción de otredad amenazante, las figuras que surgen se pueden asociar a la juventud, la pobreza, la migración, las drogas y el alcoholismo; y es aquí donde el nombre del presente apartado cobra explicación. Para Reguillo (2008), existen tres campos de sentido que vinculados con personajes, lugares, prácticas e instituciones, configuran una gramática de una otredad amenazante y develan los significados

históricamente producidos con los que se gestiona la sociabilidad urbana que se perciben en riesgo de manera constante: las criaturas de la noche, los fantasmas del pasado y los demonios del poder. La primera figura son las *criaturas de la noche*, aquellos seres nocturnos de la ciudad contemporánea. Estos son representados como amenazantes en potencia, criminales que se alejan de la ley y la norma. Los *fantasmas del pasado* son representaciones de la inseguridad que poseen una "nueva visibilidad", estos son indígenas, migrantes e indigentes. Es una pobreza nueva y vieja que opera como espejo de una realidad que la sociedad se niega a ver (Reguillo, 2008: 67). La tercera figura responde a los *demonios del poder* y éstos son personificados por las y los policías y políticos. Estos se encuentran amparados a una supuesta legalidad, mas son percibidos como importantes agentes del deterioro y cómplices de una delincuencia que avanza, incontenible, no sólo sobre la institucionalidad, sino sobre ciudadanas y ciudadanos, que experimentan la vida cotidiana como un caos en el que las fuentes de la inseguridad son indiferenciables (pp. 69).

La otredad amenazante que es expresada por las mujeres trabajadoras del sexo responde a personajes de distintos campos. Por un lado se encuentra dentro de las criaturas de la noche a delincuentes e indigentes que habitan los distintos lugares inseguros de la ciudad. También, no pudo ser excluido de dicha otredad amenazante la representación del demonio del poder, la policía. Veamos con detenimiento la configuración de dichas figuras en el imaginario de las mujeres trabajadoras del sexo.

Las criaturas de la noche

Las criaturas de la noche representan los enemigos y los transgresores de la seguridad, son esos "criminales en potencia" que habitan la ciudad. Al respecto, Reguillo (2008)identifica:

> Por un lado esa metáfora de los márgenes y, por otro, aviso de la irreductibilidad del discurso moral aún vigente en muchas ciudades latinoamericanas: drogadictos, borrachos, prostitutas, jóvenes –que escapan a la definición normalizada–, homosexuales, travestidos, que son imaginados como portadores de los antivalores de la sociedad y propagadores del mal (pp. 66).

Para las mujeres trabajadoras del sexo, los drogadictos o "piedreros" representan esa otredad que pone en constante amenaza su seguridad en la zona. El consumo de drogas en esta parte de la ciudad es bastante alto, y representa uno de los principales delitos en el distrito Merced. Para Laura, los drogadictos representan esta criatura de la noche que amenaza su seguridad:

> Sí, son personas que consumen piedra (crack) y mucho licor. Ya ellas tomadas no respetan a uno. Son capaces hasta de robarles a uno.

Fotografía N°22: Hombre frente al Mercado Paso de la Vaca

Fuente: Fotografía tomada por Mariana Rojas Mora (2012)

En la encuesta realizada por Reguillo (2000)[47], se encontraron 16 figuras que se relacionan con una percepción negativa y que conlleva inseguridad en la ciudad. Entre éstas, y apenas debajo de la figura del narcotraficante (84%), se encuentra la figura del drogadicto, con un 81,6% y el borracho con un 68.2% Como vemos, las personas que responden a los vicios de drogas o alcohol representan, al igual que para las mujeres trabajadoras del sexo, una figura importante en la configuración de esta otredad negativa en la ciudad. En este mismo estudio, se perfiló la figura de la mujer trabajadora del sexo como una criatura de la noche, contando con un 58% de las percepciones negativas. Así, vemos como las criaturas de la noche varían según el lugar desde donde se enuncian, mostrando las distintas percepciones e imaginarios que se construyen sobre la otredad en la ciudad.

Los fantasmas del pasado

Cuando Reguillo (2008) hace referencia a estos fantasmas del pasado, desea poner en evidencia esa "nueva" pobreza que atraviesan las ciudades latinoamericanas, dónde esta es vista como un obstáculo de la modernidad, por lo que su presencia trae consigo imágenes del pasado caracterizadas por el temor y el rechazo:

> ..."los pobres" sean confinados a la gramática del atraso (y por consiguiente a la violencia): juzgados enemigos de la modernidad y portadores potenciales del peligro del retorno, sobre los sectores más vulnerables se ha hecho descansar el edificio de la seguridad (Reguillo, 2008: 68).

En la configuración de esta otredad amenazante en la ciudad, las mujeres trabajadoras del sexo no hicieron referencia a la figura del pobre. Esto se puede explicar debido a su misma condición económica y social, pues ellas en tanto trabajadoras del sexo se reconocen o se

[47] La encuesta se realizó entre 1998 y 1999 y se aplicó a 500 personas, estos resultados se basan en las encuestas realizadas en la ciudad de Guadalajara, México.

identifican en la misma condición económica. A pesar de esto, la figura del indigente sí resultó recurrente a la hora de preguntar por aquellas personas que las hacían sentir inseguras. La condición de indigencia es asociada a la inseguridad, en parte por la delincuencia cometida o atribuida a esta figura. Como señala Yuri:

> A sí, indigentes, digamos esos que andan todos tatuados, todos rapados. O sea, son digamos gente que vive en la calle. Como esos aquí buscando por la Campana[48], todo eso es peligroso también porque hay un poco de indigentes de ahí que también ellos asaltan. Que es aquí esta calle, recto.

Dentro de la configuración de las figuras del pasado, vemos cómo para las mujeres trabajadoras del sexo, la condición de pobreza no es en sí misma un factor de inseguridad, ya que es a través de la delincuencia que estos otros y otras en la ciudad se convierten en amenazas propias del espacio habitado.

Fotografía N°23: Hombre en la avenida quinta

Fuente: Fotografía tomada por Mariana Rojas Mora (2012)

[48] La Campana es un local donde se les otorga a las personas que se encuentran en situación de calle o indigencia una comida al día.

Los demonios del poder

La figura de los demonios del poder se relaciona con el momento histórico que prevalece, donde las instituciones se encuentran en una crisis de legitimidad. Este contexto, se caracteriza por un abismo entre las instituciones y la subjetividad de los actores sociales, donde prevalece una incapacidad institucional para acompañar las transformaciones sociales.

> Policías y políticos asumen en la narrativa social la forma de demonios que, al amparo de una supuesta legalidad, son percibidos como importantes agentes del deterioro y cómplices de una delincuencia que avanza ... (Reguillo, 2008: 69).

De esta forma, las fuentes de inseguridad en las ciudades contemporáneas no se distinguen tan fácilmente. Para ejemplificar esto, veamos lo que dice Angélica:

> La misma policía nos genera inseguridad porque hay veces que uno no sabe si son los buenos o si son los malos. (...) Pero hay veces hacen injusticias a como hay veces sí están para protegerlo a uno.

Esta doble actuación de agentes de la policía confirma lo señalado por la autora, donde la inseguridad no posee una cara o una figura clara, puesto que inclusive aquellas personas encargadas de mantener y asegurar el orden son consideradas amenazantes también.

La figura del policía fue recurrente en las distintas entrevistas. La proximidad de la comisaría en la calle donde se ubican las mujeres, plantea una situación compleja, ya que por un lado son vistos como "aseguradores", pero al mismo tiempo son responsables de algunas de las violencias vividas por las mujeres. Existen tres motivos de intervención en forma de redadas realizadas por la policía que son comunes en la zona: en busca de mujeres menores de edad, mujeres trabajadoras del sexo que no cuentan con papeles legales para

permanecer en el país; y en busca de distintos tipos de drogas. Angélica ejemplifica esta situación:

> Bueno, ellos a las de aquí sí las quitan mucho de la calle. Ellos no se meten con las mujeres de aquí (locales) siempre y cuando tengan papeles, sean ticas. Pero las de aquí (calle) sí porque ahí se revuelve las drogas, demasiado con las mujeres. Y más de una que ha sido trabajadora del sexo termina teniendo drogas y termina quedando presa. Porque tal vez ya no le va tan bien, entonces termina haciendo un robo para la mafia y termina yendo al Buen Pastor [a la cárcel].

Al inicio del trabajo de campo, existía la duda de si la policía podía hostigar a estas mujeres debido a su actividad en el espacio público. Durante las entrevistas, las mujeres comentaron no haber experimentado abusos por parte de la policía en razón de su trabajo sexual. Esto quizás se deba a que este no se encuentra penalizado en el país, por lo que la Fuerza Pública no puede tomar acciones legales contra estas mujeres. Sin embargo, como señalaban varias mujeres, la policía las hostiga – solicitándoles documentos de identidad o requisando los bolsos – bajo la excusa de posesión de drogas, esto con el objetivo de que a partir de las redadas las mujeres no compren las drogas a los distintos distribuidores que se encuentran en la zona, atacando así el consumo y no específicamente la venta de la droga.

Entre más hacia el norte se dirige la calle 8, la venta y el consumo de droga es más latente. De esta forma, las mujeres que son más hostigadas y requisadas son las que se ubican en este sector. La temporalidad es aquí también importante, ya que según Laura son los fines de semana los momentos en que la policía se encuentra más activa en la zona requisando – ya que es cuando más se mueve dinero en la zona.

El abuso de la policía también se vio ejemplificado narrativamente en dos situaciones distintas; una primera donde es a partir de una pelea entre dos mujeres que la policía interpela violentamente, las arresta, las hace subir al vehículo, y en general las humilla allí en la zona. La segunda experiencia narra la situación de una mujer que bajo el consumo de drogas y alcohol le muestra partes íntimas a un oficial de la Fuerza Pública, motivo por el cual es llevada a la comisaría y tratada violentamente. Ambas experiencias son contadas a partir de miradas externas, es decir, no es la experiencia personal de una de las mujeres que participaron en la investigación, sino de conocidas de ellas. Estos sucesos vienen a ejemplificar la inseguridad transmitida en la zona por el accionar de la policía, en dónde actuaron de manera violenta e injusta.

Fotografía N°24: Delegación de la Fuerza Pública del distrito Merced

Fuente: Fotografía tomada por Mariana Rojas Mora

A la hora de analizar las distintas geografías del miedo construidas por las mujeres trabajadoras del sexo, es fundamental poner atención a esta construcción de otredad que se ve manifestada en las distintas percepciones de miedo. Como señala Cisneros (2008), los miedos culturales invaden al individuo y debilitan las colectividades. En esta relación, el

tejido social y la sociabilidad cotidiana en la ciudad van perdiendo fuerza, ya que la sospecha y el miedo se encuentran como mediadores de esa relación.

Ante esta otredad amenazante, podemos ver cómo las mujeres trabajadoras del sexo construyen figuras que se relacionan con su espacio cotidiano; drogadictos, delincuentes, indigentes y policías que son vistos como agresores potenciales, como destructores sociales, como una amenaza que alimenta el sentimiento de inseguridad, agresión y odio en la ciudad. Reguillo (2000) decía al respecto, "se odia lo que nos amenaza", poniendo en juego entonces el sentimiento de colectividad y las distintas dinámicas de sociabilidad urbana.

Estas diferentes figuras confluyen en la percepción de estas mujeres como amenazas a su seguridad, fortaleciendo así imaginarios sobre estas criaturas de la noche, figuras del pasado y demonios del poder. En este punto, me parece importante destacar lo señalado por Martel y Baires (2006) cuando hace referencia a la movilidad que adquieren estos marginados del espacio, ya que su configuración como figuras amenazantes depende de las negociaciones y las luchas simbólicas y físicas que se hacen alrededor del mismo. Por lo tanto, vemos como estas figuras no son estáticas ni se encuentran ancladas de manera permanente en las percepciones del miedo, mas forman parte de esa cartografía o geografía del miedo.

****

A lo largo del presente capítulo se pudo apreciar cómo la vivencia de la ciudad a partir del temor y las geografías del miedo van configurando espacios de exclusión y de

marginalización. Estos espacios que van construyendo esa ecología urbana de lugares indeseables, y espacios heterópicos; son producto de un desarrollo social desigual. De esta forma, tenemos zonas de la ciudad de San José que cuentan con bulevares, espacios verdes, y seguridad; deseando de esta forma construir una imagen de ciudad habitable. Sin embargo, estos espacios responden a una lógica económica y de inversión que se destina al consumo y el turismo. Lugares como la Zona Roja representan ese espacio indeseado, y excluido por el gobierno local. Para las mujeres trabajadoras del sexo de esta zona, el disfrute de la ciudad de San José se limita en relación a su uso diario y amplio; en tanto se encuentra la amenaza de inseguridad, traducida en violencia y delincuencia.

La experiencia vivida por estas mujeres, relacionada con la inseguridad y las geografías del miedo posee un fuerte componente de violencia de género. Esta se ve traducida en los conflictos que las mujeres viven en el espacio que sirve como lugar de trabajo, violencias de parte de los clientes, de transeúntes, de otras mujeres trabajadoras del sexo, de indigentes y de la policía. Los lugares catalogados como inseguros por las mujeres trabajadoras del sexo, se encuentran marcados por la muerte y la pobreza, construyéndose así como marcas distintivas de estas geografías del miedo. Es interesante recalcar que las mujeres identificaron espacios privados como los cuartos o los automóviles como lugares de miedo, donde como vimos anteriormente, la violencia y la inseguridad que más afecta a las mujeres se da en este ámbito. Esto muestra la necesidad de politizar este espacio privado y "personal", para así ubicar las causas de esta violencia, sus ejecutores y las víctimas en el habitar cotidiano de las mujeres.

Reflexiones Finales

> *La libertad de hacer y rehacer nuestras ciudades y a nosotros mismos es, como quiero demostrar, uno de nuestros derechos humanos más preciosos, pero también uno de los más descuidados (Harvey, 2009).*

Como hemos visto a lo largo de la investigación, el mundo de la vida cotidiana de las mujeres trabajadoras del sexo transcurre entre percepciones y prácticas espaciales que van cartografiando ese sentir y vivir de la ciudad. Para poder analizar este sistema de prácticas y hábitos, era necesario comprender el espacio como una construcción social, donde la historia personal, el rol social, la clase, el género, entre otras variables, van configurando, junto a la historia de la ciudad y el manejo político de la misma, las diferentes subjetividades de las mujeres que participaron en la investigación.

Un foco central de la investigación fue entonces la vivencia de ellas en tanto mujeres – bajo un contexto patriarcal que produce una desigualdad de género estructural – de la ciudad de San José y en especial la Zona Roja – su lugar de trabajo. La geografía del género permitió comprender la especificidad que existe en la vivencia de las mujeres en la ciudad, en especial aquellos aspectos como las rutas, la movilización, los lugares de consumo, los lugares temidos y la gestión del tiempo en la vida cotidiana. La identificación de ellas como mujeres, pero además pertenecientes a un grupo social específico – de trabajadoras del sexo – fue delimitando aún más esta vivencia heterogénea que existe sobre la ciudad. En este sentido, el entrecruzamiento de percepciones y prácticas con aquellos aspectos propios de la identidad y la vivencia del trabajo sexual, fue determinante para comprender la gestión de urbanita, de habitante de ciudad que personificaron estas mujeres.

El debate sobre el espacio público y el espacio privado tomó mayor relevancia aún dentro del contexto de la investigación feminista que se pretende aquí sumar. Establecer los

momentos en que características de cada espacio se intercalan y se conjugan, logró ir definiendo con menor rigidez cada ámbito, y mostrar así aquellos momentos híbridos dónde interviene no sólo la vivencia, sino también la construcción misma de estos espacios en la práctica y la percepción de las mujeres trabajadoras del sexo sobre la ciudad. Estas nuevas formas de definir el binomio conllevaron a analizar el trabajo sexual en su especificidad, entendiéndolo como una actividad económica y una relación social que presenta rasgos clásicos y nuevos sobre lo público y lo privado. En esta configuración, vemos también como el poder y la dominación se inmiscuyen en el lenguaje diario que designa valores positivos y negativos a la mujer y el hombre *público*. Estas significaciones y cargas simbólicas atribuidas a través del lenguaje reproducen dominaciones y desigualdades que son vividas diariamente por las mujeres. Es necesario por lo tanto resignificar estas palabras y adjetivos para que no sean vehículos de transmisión de la dominación patriarcal cotidiana.

El contexto de la investigación fue fundamental de precisar, ya que el proceso de urbanización que vivió la región latinoamericana, y en especial la ciudad de San José proporcionó elementos urbanistas y arquitectónicos por un lado; y las transformaciones sociales producto de dichos elementos, por otro. Además de estos aspectos macro sociales, políticos y económicos; fue fundamental la aproximación al espacio micro de la ciudad – la Zona Roja. Dicha aproximación tuvo como objetivo observar los distintos lugares, comercios, dinámicas, relaciones, personajes y cotidianidades que se viven en esta zona, dónde las trabajadoras del sexo se presentaron como un grupo social clave que caracteriza dicha configuración. En este sentido, analizar los límites simbólicos de la(s) Zona(s) Roja(s) de San José, permitió comprender aquellos lugares y referencias que simbólicamente configuran esta zona en los distintos imaginarios geográficos de la ciudad.

El distrito Merced, representa entonces aquel espacio en la ciudad dónde se expresa la marginalidad urbana avanzada de la que hablaba Loïc Wacquant (2006). Así, en la ciudad prevalece un crecimiento económico desigual, dónde la marginalidad, la pobreza y la exclusión se profundizan en las poblaciones, el comercio y la estética de esta parte de la ciudad; y es en este contexto dónde se ubican las mujeres trabajadoras del sexo, viviendo entonces también todo este tipo de desigualdades.

A partir de estos primeros momentos de la investigación, adentrarse a través de las entrevistas a profundidad sobre las prácticas y percepciones fue permitiendo el análisis conjunto sobre la vida cotidiana de dichas mujeres. En este sentido, se ahondó en aquellas prácticas de consumo y de recreación, que se presentan como diarias en la vida de las mujeres. El trabajo sexual como hábito cotidiano, como fuente de entrada económica, y como delimitación geográfica estable de ellas en la ciudad; se presentó como una práctica fundamental y rectora de la gestión cotidiana que realizan las mujeres de sus actividades y su tiempo. La relación que se establece entre el trabajo o actividad económica, el espacio, y la temporalidad, son ejes transversales que deben de ser analizados para comprender a profundidad la vida cotidiana de las personas, ya que estos proporcionan significados, prácticas y rutinas que van construyendo este universo micro social.

La temporalidad como parte de la vida cotidiana, permitió adentrarse en los momentos de movimiento y de caminar en la ciudad que – como señalaron DeCerteau y Delgado – se convierten en momentos centrales en la vivencia de la ciudad. El anonimato y, la resistencia que conlleva la práctica que se presenta en el movimiento en la ciudad, evidenció cómo las mujeres construyen alternativas espaciales que lidian con su realidad cotidiana en la Zona Roja – en tanto trabajadoras del sexo. Al inicio de la investigación, se

pretendía abarcar el tema de la resistencia a partir de la identificación de aquellas prácticas que respondieran principalmente a la dominación de agentes de la fuerza pública. Sin embargo, como vimos anteriormente, la relación con la policía se reduce a prácticas que no responden necesariamente a un hostigamiento en razón del trabajo sexual. Durante el transcurso del trabajo de campo, las prácticas de resistencia que surgieron fueron aquellas que se presentaban de manera individual y horizontal, dónde la manera de responder a dicha dominación fue a través de estrategias como la movilidad o el anonimato. Este aspecto es importante de recalcar ya que se tuvo una hipótesis planteada al inicio de la investigación, la cual fue poco a poco replanteada y reformulada al adentrarme en la vida cotidiana de las mujeres. Dentro de la investigación cualitativa y etnográfica esto es fundamental, ya que se reflexiona sobre aquellas ideas preconcebidas sobre el tema a desarrollar – en este caso las prácticas de resistencia -, y se posee la flexibilidad y la apertura para rechazar, y replantear otra aproximación al tema.

Debido a que las mujeres pasan el mayor tiempo de su habitar en la ciudad en este lugar específico de trabajo, fue fundamental comprender las dinámicas que se producen en dicho territorio. En este sentido, surgieron distintas prácticas espaciales que se relacionaban con procesos de apropiación de la calle y por tanto del trabajo mismo. La consolidación de este territorio de trabajo – ya sea en los alrededores del mercado Borbón o el parque de la Merced – se da no sólo en el imaginario de las mujeres, sino también en un imaginario social que identifica a dicho grupo social urbano con lugares específicos de la ciudad. De esta forma, las mujeres han logrado construir una identidad social urbana que reúne elementos personales, de su grupo social, de los elementos urbanos del lugar, y de una historia compartida.

Estas dinámicas de apropiación son mediadas por distintos conflictos por el espacio, lo que conlleva a un proceso inverso, de desapropiación, que como señala Pol (1996), refiere a todos aquellos procesos o medios que hacen que el sujeto, individualmente o en grupo, sienta que el espacio no le pertenece, le es ajeno. La exclusión pasa a ser así entonces una dinámica que se desprende de dicha apropiación/desapropiación. De esta forma, se afirman lugares en la ciudad que se convierten en expulsores o inhibidores para ciertos grupos sociales, o usuarias(os) de la ciudad. Este aspecto resulta fundamental de señalar ya que en general, los estudios sobre apropiación tienden a concentrarse en los aspectos positivos o buenos que propicia dicho proceso, dejando así los conflictos y la exclusión que forman parte también de las dinámicas. Con esto se logra problematizar un concepto que despliega diversas consecuencias y causas en relación a los usos y hábitos de las personas en la ciudad.

Analizar la situación de apropiación y conflicto por el espacio de trabajo para las mujeres trabajadoras del sexo permite comprender las distintas caras que toma la vivencia que establecen dichas mujeres con el entorno que las rodea. En los contextos urbanos actuales, el espacio público ha ido perdiendo importancia, y ha sido privatizado a través de distintas propuestas urbanísticas, limitando así el uso y aprovechamiento de la ciudad. Con esto, las interacciones sociales se han debilitado y así, también la vida social en la ciudad.

Otro tema fundamental fue la forma que adquiere el miedo y la inseguridad en las prácticas de las mujeres trabajadoras del sexo. En este sentido, la sociabilidad urbana que parte de estas geografías del miedo se ve deteriorada y va construyendo otras formas de habitar la cuidad, que no necesariamente parten de un sentimiento de colectividad. Como señalan Martel y Baires (2006), a partir de las distintas políticas institucionales se puede ver

cómo el modelo de urbanismo que se ha venido implementando en los últimos treinta años se ha desentendido de los espacios públicos como apuesta política, y a esto se le suma una coercitiva política de seguridad ante los problemas de violencia social que, sin embargo, no disminuye la percepción de inseguridad generalizada. Ambos procesos parecieran no permitir pensar y soñar los espacios públicos como una posibilidad de convivencia social.

En este contexto urbano y de inseguridad, las mujeres se ven enfrentadas a sistemas de opresión y desigualdad patriarcal que van limitando y configurando espacios de control, de exclusión y de violencia de género. Como señala Macassi (2005), las estrategias de seguridad ciudadana, tanto a nivel preventivo como asistencial, no suelen reconocer que existen estas demandas específicas provenientes de las mujeres. En este sentido, existen distintas apuestas por incentivar y modificar las políticas y prácticas urbanas para construir un derecho a vivir en ciudades más equitativas, democráticas e inclusivas. El habitar una ciudad de manera inclusiva, depende también de un ejercicio fundamental y el empoderamiento de las mujeres. De esta forma, como señala Falú (2009), se consolida un trabajo sobre sus derechos, sus identidades ciudadanas, y se apuesta a construir consenso sobre el "derecho a una vida sin violencias" en el espacio privado y en el público, potenciando así un disfrute de la ciudad y el derecho a vivir en ella.

Una agenda urbana que desea combatir la inseguridad y despejar estas geografías del miedo, debe contemplar paralelamente una agenda de derechos de las mujeres. En este sentido, las particularidades en la vivencia de la ciudad por parte de las mujeres se verían reflejadas y, en este caso en especial, la vivencia de las trabajadoras del sexo. Esta conjugación de agendas pone en evidencia una articulación necesaria entre espacio público, seguridad ciudadana y género, dimensiones que conllevarían a un ejercicio pleno del

derecho a la ciudad de las mujeres. Y ¿cómo pensar el derecho a la ciudad de las trabajadoras del sexo? Esta pregunta fue una de las grandes interrogantes que surgieron acabo el trabajo de campo. ¿De qué manera podemos comprender y formular un derecho a la ciudad por parte de un grupo social urbano marginal?, ¿en qué consiste dicho derecho? Para las mujeres trabajadoras del sexo, el derecho a la ciudad debería de comprender una vivencia sin discriminación; el derecho al trabajo y por tanto la seguridad y garantías que implica reconocerlo como tal; el acceso a la seguridad social y la educación; el derecho a organizarse – en este caso a través de la Asociación La Sala - ; y el derecho a ser gestoras y planificadoras de aquel espacio que habitan cotidianamente. De esta forma, la vivencia de la ciudad construiría otras formas de relacionarse, y potenciaría una sociabilidad urbana que en el contexto actual se encuentra profundamente deteriorada.

Reflexiones metodológicas

Las conclusiones de una investigación, deben de ser atravesadas por una reflexión metodológica de lo que implicó el proceso investigativo. En este sentido, quisiera enfocarme aquí en tres momentos fundamentales: el planteamiento de la investigación, el trabajo de campo y el cierre de proceso. El pensar el tema de investigación, surge al inicio de una pasión por los estudios de género, y en particular por la relación que se establece entre las mujeres y las modernas ciudades actuales. Así, la diferenciación, la heterogeneidad, y las especificidades que surgen fueron procesos que incitaron a pensar de una manera creativa las distintas prácticas y percepciones que las mujeres desarrollaban en la ciudad de San José.

Sobre la academia y lo institucional

Como se mencionó al inicio, mi acercamiento con las mujeres que participaron de la investigación se originó en un proyecto de acción social, en específico un trabajo comunal universitario. Este primer momento es necesario de recalcar ya que una parte importante de mi participación en el TCU consistió en permanecer cotidianamente, un par de veces a la semana, en las instalaciones de la Asociación La Sala. De este modo, mi contacto con las mujeres fue constante, y logré ir creando confianza en un espacio tan cotidiano como lo representa La Sala. Este trabajo comunal se extendió durante el año 2010, mismo año en que se realizó el diseño de investigación, dónde se indagaron los antecedentes, se pensó teóricamente el tema y se planteó una metodología abierta y cualitativa.

Para el año 2011 se continuó con el diseño de la investigación, y se pasó por la comisión de trabajos finales de la escuela. Aquí quisiera detenerme para plantear algunos aspectos importantes que incidieron en el desarrollo posterior a este evento. El proceso que se lleva a cabo ante la comisión es la presentación de un diseño de investigación, donde se pretende integrar de la manera más completa un marco teórico, un problema de investigación con sus respectivos objetivos y una metodología que responda a dicho planteamiento. Sin embargo, la aceptación o el rechazo de dicho diseño se encuentra en las manos de una comisión que posee también subjetividades importantes que definen sus enfoques, metodologías y aproximaciones teóricas. En este punto, quisiera retomar a Parker (2005), cuando señala que:

> Tenemos que encontrar un modo de localizarnos a nosotros mismos dentro de tres capas del contexto de investigación académica: las suposiciones históricas que hacemos sobre lo que *es* la investigación y *quién* debe de hacerla, las coacciones institucionales sobre *cuáles*

> preguntas pueden ser hechas y *quién* puede responderlas, y las alianzas personales que abren algunas cuestiones y cierran otras. De las tres capas, el elemento institucional es la clave para una investigación radical, y a este elemento sólo se le puede dar su debido valor a través de la actividad colectiva. Esto quiere decir que la reflexividad es una manera de asistir a la localización institucional de aspectos históricos y personales de la relación de la investigación (pp. 25)[49].

De esta forma, lo institucional se presenta como un aspecto fundamental en el proceso investigativo. La experiencia con este elemento permitió ver las dinámicas que definen *qué* es la investigación sociológica para un sector, que además es el que posee la autoridad y la legitimidad para definir a través de una revisión, lo que se investiga en la academia. Considero que la exploración de temas novedosos continúa teniendo obstáculos y recelos, como en el presente caso, donde el objetivo era la realización de una investigación de carácter urbano a través de la mirada de género, y en especial la vivencia de un grupo social de mujeres marginalizadas no sólo de la política formal, sino también de otros sectores – incluidos la academia.

Otra experiencia institucional importante fue el contacto con el Instituto de Investigaciones Sociales de la UCR, a través de la obtención de una beca para realizar la presente investigación. Esta relación permitió, en un primer momento la solvencia económica que es un factor importante de considerar en países dónde las condiciones económicas de las y los estudiantes no permiten la dedicación de por lo menos medio tiempo a la realización de una tesis de licenciatura. Esto permitió llevar a cabo paralelamente a la investigación, un proceso de acción social con la Asociación La Sala. En un segundo momento, la relación con el instituto permitió la crítica, el acompañamiento y

[49] Traducción propia para la presente investigación.

la lectura de otras personas investigadoras del área de ciencias sociales, logrando así obtener miradas diversas y heterogéneas sobre mi tema de investigación. También el participar en eventos como las jornadas de investigación y los programas de discusión del instituto, me dotaron de un contexto académico dónde presenté públicamente hallazgos y construcciones teóricas sobre mi primera experiencia de investigación.

Volver a la Zona Roja

Un segundo momento fue el trabajo de campo, es decir el volver a la Zona Roja después de un año, y en especial a la Asociación La Sala. En un inicio, tuve que manejar la indiferencia – muy justificada en una organización que recibe a muchas y muchos jóvenes que realizan acción social o investigaciones universitarias. Así, mi objetivo fue diferenciarme de este tipo de acercamientos desde la academia, dónde se busca realizar unas entrevistas o un grupo focal para un curso o un proyecto; esto sin plantear ningún tipo de devolución. Este aspecto fue fundamental, y determinó mi acercamiento cotidiano ya que asistí por un año a este lugar, dónde no sólo porque me interesaba analizar la vida cotidiana como tema de investigación sociológica, sino también realizar una devolución – o prefiero el término de compartir mis conocimientos y habilidades con proyectos propios de la asociación. Este objetivo me permitió entonces acercarme a ellas de manera especial, dónde mi nombre ya resonaba en sus cotidianidades. Llegado a este momento, las notas de Goffman (2010) sobre el estigma me ayudaron a comprender y situarme en el contexto en el que me veía inmersa. Al respecto,

> El segundo grupo es – tomando en préstamo un término que alguna vez fuera utilizado por los homosexuales – el de los "sabios", es decir, personas normales cuya situación especial las lleva a estar íntimamente informadas acerca de la vida secreta de los individuos

> estigmatizados y a simpatizar con ellos, y que gozan, al mismo tiempo, de cierto grado de aceptación y de cortés pertenencia al clan. Las personas sabias son los hombres marginales ante quienes el individuo que tiene un defecto no necesita avergonzarse ni ejercer un autocontrol, porque sabe que a pesar de su imperfección será considerado como una persona corriente (pg.44).

Yo, en tanto investigadora, mujer, joven, universitaria, de clase media, me acercaba a un grupo de mujeres trabajadoras del sexo que me fue abriendo ciertos espacios en sus vidas y su organización. El sentimiento de aceptación lo pude apreciar a través del tiempo en ciertos comentarios, en invitaciones a proyectos más amplios de la asociación, en pasear con ellas, en tomar unas bebidas o comer un helado ahí por la zona. Estas prácticas y esa confianza fueron construyendo una relación que aprecio mucho y que formó parte fundamental en mi escritura, en mi proceso formativo académico, y en especial en mi formación de vida. Aumentando así mí lucha por las desigualdades sociales, en especial la de género, y contra la violencia social que se manifiesta desde el no acceso a bienes y servicios básicos hasta la violencia más concreta y corporal que sufren las mujeres. A pesar de este proceso de compartir con las mujeres, y de aprender de estos saberes populares; fue claro que existe una diferencia entre ellas y yo, y la clave está en cómo se gestiona esta diferencia, para trabajar en conjunto.

Valoración y recomendaciones sobre las técnicas de investigación

La observación etnográfica me permitió, junto a los mapas de las mujeres y las fotografías, crear una imagen cotidiana de la Zona Roja, en especial los alrededores del mercado Borbón. La primera vez que llegué con una cámara fui acompañada por una amiga, la cual pretendía que me avisara si pasaba algo extraño (referencia a mis propias

geografías del miedo y mis manuales de sobrevivencia). Este día recorrí la zona y llegando a un lugar que poseía mucho comercio pregunté cómo se llamaba. "El Mercado Borbón, mita" – me dijeron. Me sentí apenada por el desconocimiento espacial que poseía del lugar dónde iba a realizar mi trabajo de campo, pero esto fue motivando aún más mis ganas de conocer y ubicar los lugares históricos y simbólicos que rodeaban a estas mujeres.

El uso de los mapas mentales – como se mencionó al inicio – tuvo una dificultad a la hora de realizarlo, ya que las mujeres se sentían presionadas a dibujar el lugar exacto o con la mayor precisión posible, habilidad que dudaban tener. A pesar de que se insistió en que era algo libre, de asociación de elementos, no de mapa cartográfico, la obstrucción se mantuvo. Fue hasta el momento de plantear la actividad de manera colectiva que las mujeres dejaron de lado la inseguridad de dibujar, y se atrevieron a realizarlos. El uso que se le dio a esta herramienta no fue del todo efectivo, ya que se esperaba sacar mayor contenido e información relevante sobre dichos mapas. Además de que se realizaron pocos mapas mentales debido al inconveniente planteado anteriormente. De esta forma, los mapas sirvieron a la investigación como informativos en tanto se reconocieron hoteles y bares no evidentes en la imagen o fachada de la calle; así como para la corroboración de los elementos y los lugares que se encuentran en las inmediaciones de la Zona Roja.

Fotografía N° 25: Mapa Mental

Fuente: Mapa elaborado por dos de las mujeres que participan de la investigación.

La situación de las fotografías participativas va en una dirección cercana a la de los mapas mentales. En primer lugar, no todas las mujeres participaron de esto. Algunas porque no se motivaron a hacerlo, y otras que por sus condiciones de habitación preferían no contar con objetos de valor. Las mujeres que si decidieron participar dijeron haber disfrutado la fotografía, más que tuvieron como incentivo tomar fotografías personales también. Para el provecho de la investigación, se logró ver los lugares que las mujeres visitaban, los personajes que veían, y la misma imagen de la Zona Roja. Muchos de estos temas fueron dejados de lado, por lo que representan esas pequeñas propuestas que surgen de un proceso de investigación tan amplio como lo representó este. Me parece que este ejercicio se puede enriquecer si al inicio se prepara un taller de fotografía, dónde una persona que posee conocimientos en esta práctica pueda transmitir y dar los consejos básicos para tomar fotografía. De esta forma, el proceso se llena de más contenido, se aprende algo más, y la calidad de las fotografías aumentaría.

El proceso de las entrevistas fue también una experiencia muy intensa en la investigación. Una entrevista a profundidad se plantea al inicio, se preparan preguntas que guían los objetivos de la investigación, y se deja espacio para que la conversación se amplíe. Sin embargo, existe un momento en que la entrevista deja de tomar el rumbo predeterminado por la persona que investiga, dónde las personas se desvían un poco, o hablan de aspectos no tan relevantes pero aún mantenidos cercanos al tema. Con las mujeres entrevistadas pasó que durante las entrevistas ellas sintieron un espacio de desahogo, donde tuvieron la necesidad de hablar temas personales que sobrepasan la investigación. Estas conversaciones me fueron cargando emocionalmente durante un periodo, por lo que fue también necesario tomar aire distanciándose en algunos momentos.

La investigación me dejó como enseñanza que ésta es un proceso cargado de emociones, en el que las subjetividades son movidas y puestas en diálogo con otras subjetividades.

Los grupos focales fueron una técnica poco exitosa durante el trabajo de campo. Se intentó hacer en diversos momentos y nunca fue posible reunir a todas las mujeres participantes. Esto se debió principalmente a motivos personales, en una ocasión una de ellas se encontraba bajo el consumo del alcohol, en otro momento una de ellas tenía que quedarse en su lugar de habitación porque su pareja había llegado, para otra mujer la salud de una familiar le imposibilitó volver. En general, los horarios de las mujeres, el trabajo como vector de esta organización cotidiana, y las responsabilidades familiares impidieron que se pudieran conjugar los grupos focales. De esta forma, opté por incluir los temas designados al grupo focal a las entrevistas a profundidad, ya que el acercamiento individual a las mujeres era posible. Se contrastaron los temas, para así intentar contar con una visión en común, en colectividad.

El cierre de investigación

La elaboración del presente proyecto de investigación consistió en un arduo trabajo, que tomó tres años de mi vida, un largo periodo de reflexión y construcción del problema, y un otro largo periodo de trabajo de campo y análisis. Este estuvo lleno de experiencias, de aprendizajes, de errores, de creatividad y de mucha emocionalidad. De esta forma, tomar en cuenta la subjetividad como un proceso vector de la investigación me resulta fundamental como conclusión. Es a través de una historia de vida que se analiza e intenta reflexionar otras historias de vida, otras prácticas y percepciones de mujeres. Sin embargo, en esta relación se da una reciprocidad, donde una como investigadora también es observada e interpelada, creando así dinámicas no tan verticales como se suelen practicar en la

investigación social. Estudiar la vida cotidiana ha sido un tema que, a pesar de pertenecer a lo micro social, donde son las pequeñas interrelaciones, las prácticas diarias, y lo simbólico que rodea la vida social, terminó transformándose en un mundo cada vez más amplio y complejo, en el que las vidas de las mujeres fueron tomando características colectivas e identitarias que mostraron un habitar heterogéneo de la ciudad.

A nivel personal, mi trabajo en la Asociación apenas empieza. Es decir, esta experiencia me permitió comprender que uno de los objetivos de la investigación académica es acercarnos a estos grupos y organizaciones sociales que se verían beneficiadas de los elementos adquiridos durante la educación formal universitaria. Así que una forma de devolución e intercambio de conocimientos es la puesta en práctica de proyectos que se dirijan a mejorar las condiciones de vida de estas mujeres. Al inicio de la investigación se planteó realizar un acto de exposición de fotografías en el local de la Asociación, dónde se mostrarían las imágenes tomadas por las mujeres. Sin embargo, la calidad de las impresiones de las fotos no fue la mejor. Por este motivo, decidí cambiar esta última actividad y plantearla de manera colectiva con las mujeres, decidiendo con ellas el formato y el tema de las fotos y la actividad misma.

Para concluir entonces, la investigación social es un proceso intenso en el cual intervienen múltiples factores que no se pueden pensar o gestionar de antemano. La perspectiva cualitativa permite partir de una flexibilidad metodológica y teórica, que posibilita realizar el trabajo de campo, volver y re plantear muchos de los aspectos que se consideraban parte del diseño. Esta flexibilidad es una de las características más preciadas y que tuvo mayor impacto en mi investigación. También quisiera recalcar la importancia de la realización de trabajos de investigación en el área de sociología que logren acumular en

esa ecología de saberes las distintas otras disciplinas, en este caso la geografía y algunos elementos importantes de la antropología social. Además, de que institucionalmente esto se incentive realmente. Sobre la teoría de género, quisiera también motivar la investigación con grupos sociales con los que se ha tenido poca indagación o contacto. El puente entre las distintas luchas de mujeres debe de ser tendido, entre la academia y las mismas organizaciones.

Bibliografía

- Amorós, Celia (Dir.) (2000) *10 Palabras clave sobre mujer*. Pamplona: Editorial Verbo Divino.
- Arella, Celeste (2009) Gestión del espacio público y derecho a la ciudad: el caso del trabajo sexual. En Valiño, Vanesa y Vela, Mario (Coord.) (2009) *Defender y repensar los derechos sociales en tiempo de crisis*. Barcelona: Editorial El Tinter. Observatori DESC. Recuperado de: http://www.observatoridesc.org/es/contingut/defender-y-repensar-los-derechos-sociales-en-tiempo-de-crisis
- Audet, Élaine. (2009). *Prostitution: feminist perspectives.* Montreal: Sisyphe.
- Barragán, Lucía. (2010). Prácticas cotidianas de personas adultas jóvenes que viven en la plaza Zarco (Ciudad de México) *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, pp. 411-437. Colombia : Universidad de Manizales
- Brenes, Mónica *ét. ál.* (2013) *Ojo al Cristo y mano a la cartera". Reposicionando la seguridad en la ciudad de San José.* San José : Anuario de Estudios Centroaméricanos.
- Booth C., Darke J., Yeandle S. (coord.) (1998) *La vida de las mujeres en las ciudades. La ciudad, un espacio para el cambio.* Madrid: Narcea Ediciones
- Borja, Jordi. (2004). *Los derechos en la globalización y el derecho a la ciudad.* Fundación Alternativas.
- Chacón, Laura *ét al.* (1998) *Soy una mujer de ambiente. Las mujeres en prostitución y la prevención del VIH/SIDA.* San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Cisneros, José Luis. (2008). *La geografía del miedo en la ciudad de México; el caso de dos colonias de la Delegación Cuauhtémoc.* México D.F.: El Cotidiano 152, pp. 59-72
- Cordero Allen. (2005). Pobreza y transporte: un estudio de caso en el área metropolitana costarricense. En: Bodson, Paul ét. ál. (2005). *Vivir en la ciudad. lo cotidiano de la inserción urbana en México, América Central y el Caribe.* San José: FLACSO.

- De Certeau, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano.1 Artes de hacer.* México D.F.: Universidad Iberoamericana, A.C.
- De Stefani, Patricio (2006) *Prácticas cotidianas: algunos instrumentos para un estudio acerca de las últimas transformaciones de la vida urbana.* Santiago: Revista Diseño urbano y paisaje. Año 3 número 9. Recuperado de: http://dialnet.unirioja.es/serverlet/articulo?codigo=2209772
- Delgado, Manuel. (2007). *Sociedades Movedizas.* Barcelona: Editorial Anagrama S.A.
- Di Masso, Andrés (2007). Usos retóricos del espacio público: la organización discursiva de un espacio en conflicto. *Athenea Digital-* núm. 11: 1-22.

  Disponible en

  http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/335/321.
- Falú, Ana. (2009). Violencias y discriminaciones en las ciudades. En: Falú, Ana (ed.). (2009).*Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos.* Santiago: Red Mujer y Hábitat de América Latina, Ediciones SUR. Obtenido desde: http://www.sitiosur.cl/r.php?id=902. [Consultado en: 01-10-2012]
- Foro Social Mundial (2005). *Carta Mundial por el Derecho a la ciudad.* Porto Alegre
- Fonseca, Karina y Sandoval Carlos. (2006). *Medios de comunicación e (in)seguridad ciudadana.* San José: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- García, George (2001). *Las sombras de la modernidad. La crítica de Henri Lefebvre a la cotidianidad moderna.* San José: Arlequín.
- Goffman, Erving. (2010).*Estigma. La identidad deteriorada.* Buenos Aires: Amorrortu.
- Guber, Rosana. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad.* Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Hidalgo, Roxana (2004) *Historias de las mujeres en el espacio público en Costa Rica: ante el cambio del siglo XIX al XX.* San José: Flacso.
- Harvey, David. (2007). *Espacios del capital.* Madrid: Ediciones Akal, S.A.

- Harvey, David (2009) *El derecho a la ciudad.* Catalunya: Revista digital del Programa en Gestión de la Ciudad. Recuperado de: http://www.cafedelasciudades.com.ar/carajillo/1_art5.htm
- Hidalgo, Roxana (2004) *Historias de las mujeres en el espacio público en Costa Rica: ante el cambio del siglo XIX al XX.* San José: Flacso.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC). (2011). *Cifras Preliminares de Población y Vivienda. X Censo Nacional de Población y VI de Vivienda.* San José: INEC.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC). (2008). *Principales Resultados del Módulo de uso del Tiempo.* San José: INEC; INAMU. – 1. ed. Serie de Estudios Especiales N° 3
- Jirón, Paola (2007) *Implicaciones de género en las experiencias de movilidad cotidiana urbana en Santiago de Chile.* Caracas: Revista Venezolana de Estudios de la Mujer. Julio-Diciembre Vol. 12- N° 29. Recuperado de: http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-37012007000200011&lng=en&nrm=iso&ignore=.html
- Jodelet, Denise. (2010). *La memoria de los lugares urbanos.* México D.F.: Revista Alteridades, vol. 20, núm. 39, enero-junio, pp. 81-89
- Lan, Diana y Valeda da Silva, Susana (2007) *Estudios de geografía del género en América Latina: un estado de la cuestión a partir de los casos de Brasil y Argentina. Brasil*: Revista de geografía. Num. 49. Recuperado de: http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2516670
- Lefebvre, Henry (1974) *La production de l'espace.* Paris: Editorial Anthropos.
- Lindón, Alicia (Coord.) (2000) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad.* México: Anthropos Editorial.

- Lindón, Alicia (2000). La espacialidad como fuente de las innovaciones de la vida cotidiana. Hacia modos de vida cuasi fijos en el espacio. En: Lindón, Alicia (Coord.) (2000). *La vida cotidiana y su espacio- temporalidad*
- Lindón, Alicia (2002) *Trabajo, espacios de vida y cotidianidad. La periferia oriental de la ciudad de México.* Barcelona: Scripta Nova Revista electrónica de geografía y ciencias sociales. Vol. VI, núm. 119. Recuperado de: http://www.ub.es/geocrit/sn/sn119-56.htm#3
- López, Gilberto (2008). Estigma negativo como obstáculo para la construcción de ciudadana: el colectivo de bailarines que ejercen el *table dance.* En: Bolos, Silvia. (2008) Mujeres y espacio público.
- Macassi León, Ivonne (coord.). (2005).*El miedo a la calle: la seguridad de las mujeres en la ciudad.* Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán; Centro de Intercambio y Servicios para el Cono Sur.
- Marín, Juan J. (2006*) La tierra del pecado, entre la quimera y el anhelo.* San José: Librería Alma Mater y Sociedad nueva cultura.
- Martel, Roxana y Baires, Sonia. (2006). Imaginarios del miedo y geografías de la inseguridad: construcción social y simbólica del espacio público en San Salvador. En: Lindón, Alicia *ét. ál.* (2006). *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Martínez, Miguel (2006) *La investigación cualitativa.* Lima: Revista de investigación en psicología. Vol. 9 No 1. Recuperado de: http://pepsic.bvs-psi.org.br/pdf/ripsi/v9n1/v9n1a09.pdf
- Ministerio de Cultura y Juventud. (2011). *Bienvenidos a ¡Enamórate de tu ciudad! Corredor Cultural.* San José: Disponible en: http://www.mcj.go.cr/temas_artes/Programas/enamorate/index.aspx
- Municipalidad de San José. (2011). *Historia del cantón de San José.* Recuperado de: http://www.msj.go.cr/gob_ciudad/hist_canton.html

- Observatorio Municipal. (2010). *Información básica del cantón central de San José.* San José: Municipalidad de San José.
- Osborne, Raquel. (1991) *Las prostitutas: una voz propia. (Crónica de un encuentro).* Barcelona: ICARIA Editorial.
- Oslender, Ulrich (2002). *Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una "espacialidad de resistencia".* Barcelona: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales: Scripta Nova. Vol. VI, número 115. http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-115.htm
- Pacheco, Xenia (2001). *Cuerpos y espacios: Percepciones de las mujeres.* San José: Tesis de Posgrado en Estudios de la mujer.
- Páramo P. y Burbano A. (2006). *La experiencia de la mujer en el espacio público a partir del rol social.* Bogotá: Universidad Nacional. Recuperado de: iaps.scix.net/data/contrib/att/bfe7.content.06752.pdf
- Parker, Ian. (2005) *Qualitative Psychology. Introducing Radical Research.* Maidenhead, Inglaterra: Open University.
- Pateman, Carole (1995) *El contrato sexual.* Barcelona: Editorial Anthropos.
- Penagos, Diana Paola (2008) *El mercado de trabajo sexual de las mujeres en la Ciudad de México: el caso de la delegación Cuauhtémoc.* México: FLACSO. Recuperado de: http://conocimientoabierto.flacso.edu.mx/tesis/261
- Palacios Gámaz, Ana. (2010). *Representaciones sociales de la ciudad y la otredad.* Valdivia: Revista Austral de Ciencias Sociales, núm. 18, 2010, pp. 33-58

- Pateman, Carole (1995) *El contrato sexual.* Barcelona: Editorial Anthropos.
- Páramo P. y Burbano A. (2006). *La experiencia de la mujer en el espacio público a partir del rol social.* Bogotá: Universidad Nacional. Recuperado de: iaps.scix.net/data/contrib/att/bfe7.content.06752.pdf
- Penagos, Diana Paola (2008) *El mercado de trabajo sexual de las mujeres en la Ciudad de México: el caso de la delegación Cuauhtémoc.* México: FLACSO. Recuperado de: http://conocimientoabierto.flacso.edu.mx/tesis/261

- Piedra, Nancy (2004) *Relaciones de poder: Leyendo a Foucault desde la perspectiva de género.*

San José: Revista de Ciencias Sociales, vol. IV, número 106

- Pradilla, Emilio. (2008). *Presente y futuro de las metrópolis de América Latina.* Bogotá: Revista Territorios 18-19, pp. 147-181
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2011). *Diagnóstico. Merced, Distrito.* San José: Programa Conjunto Redes para la Convivencia, Comunidades sin Miedo.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (2011). *Diagnóstico Merced, Distrito. Cantón, San José. Provincia, San José.* San José: Programa Conjunto Redes para la convivencia, comunidades sin miedo.
- Programa Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible (Costa Rica). (2011). *Cuarto Informe Estado de la Región Centroamericana en Desarrollo Humano Sostenible: Resumen.* San José C.R. – 4 ed.: Estado de la Nación
- Prostitute`seducationnetwork (Red de educación de prostitutas): http://www.bayswan.org/penet.html
- Quesada, Florencia. (2001). *"En el Barrio Amón": arquitectura, familia y sociabilidad del primer residencial de la elite urbana de San José, 1900-1945.* San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Quintana, A. (2006) Metodología de Investigación Científica Cualitativa. En Quintana, A. y Montgomery, W. (Eds) *Psicología: Tópicos de actualidad.* Lima: UNMSM. Recuperado de: http://www.unmsm.edu.pe/psicologia/documentos/documentos2007/libro%20eap/04LibroEAPQuintana.pdf
- Rabotnikof, Nora (1998). Público-Privado. *Debate Feminista* 18, p. 3-13
- Red de Mujeres Trabajadoras sexuales en Latinoamérica y el Caribe: http://www.redtrasex.org.ar
- Red de Mujeres Trabajadoras sexuales en Latinoamérica y el Caribe, Asociación La Sala: http://www.redtrasex.org.ar/costa-rica.htm).

- Reguillo, Rossanna. (2000). *Los laberintos del miedo. un recorrido para fin de siglo.* Bogotá: Revista de Estudios Sociales, enero, número 005
- Reguillo, Rossanna. (2008). *Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea.* México D.F.: Alteridades 18, pp. 63-74.Disponible en Internet: http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=74716004006. ISSN 0188-7017.
- Reguillo, Rossanna (2000). La clandestina centralidad de la vida cotidiana. En Alicia Lindón (coord.) (2000). *La vida cotidiana y su espacio- temporalidad.*
- Rivers-Moore, Megan. (2009). *Getting ahead in Gringo Gulch: Transnational sex tourism in Costa Rica.* University of Cambridge
- Rodríguez, Ubaldo; Cortés Sharol y Varela Maira. (2007) *Representación socio-espacial: mapas mentales e identidad social urbana. Un estudio sobre el Centro Histórico de Santa Marta, Colombia.* Revista electrónica: psicologiacientifica.com
- Rojas, Rosberly*ét al.* (2009). *El mercado del trabajo sexual femenino en la ciudad de San José, Costa Rica.* San José: Universidad Estatal a Distancia.
- Román, Marta. (2009). Recuperar la confianza, recuperar la ciudad. En: Falú, Ana (ed.). (2009).*Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos.* Santiago: Red Mujer y Hábitat de América Latina, Ediciones SUR. Obtenido desde: http://www.sitiosur.cl/r.php?id=902. [Consultado en: 01-10-2012]
- Sabaté, Ana ét. ál. (1995). *Mujeres, espacio y sociedad. Hacia una geografía del género.* Madrid: Editorial Síntesis.
- Sagot, Montserrat y Guzmán Laura. (2004). Encuesta Nacional de violencia contra las mujeres. San José: Centro de Investigaciones en Estudios de la Mujer de la Universidad de Costa Rica.
- Salvador Juan (2000). Las tensiones espacio-temporales de la vida cotidiana. En Lindón, Alicia (Coord.) (2000). *La vida cotidiana y su espacio- temporalidad.*
- Scott, James (2007). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos.* México D.F.: Ediciones Era

- Segura, Ramiro. (2005). *Territorios del miedo en el espacio urbano de la ciudad de la plata: efectos y ambivalencias.* La Plata: Universidad Nacional de La Plata
- Soto, Paula. (2007). *Ciudad, ciudadanía y género. Problemas y paradojas.* Bogotá: Revista Territorios 16-17, pp. 29-46.
- Tobio, Constanza (1994) *El acceso de las mujeres al trabajo, el espacio y el urbanismo.* Jornadas Mujeres al norte, organizada por la Dirección Regional de la Mujer y el Instituto de la Mujer. Madrid: http://habitat.aq.upm.es/boletin/n7/actob.html
- Vásquez, J. Antonio. *(S.f.). Los aportes de Henri Lefebvre a la Geografía urbana. Un corpus Teórico para entender las nuevas espacialidades.* México D.F.: Colegio de Geografía UNAM.
- Vega, Pilar. (1996) Las mujeres de la calle y la calle de las mujeres. La conquista de la calle. Madrid: Revista Disenso, junio. http://habitat.aq.upm.es/b/n7/apveg.html
- Velarde, Samuel F. (2006) *Sociología de la vida cotidiana.* México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Recuperado de: http://sincronia.cucsh.udg.mx/velardew06.htm
- Vergara, Abilio. (2006). *Espacio, lugar y ciudad: etnografía de un parque.* En: Lindón, Alicia et ál. (2006). Lugares e imaginarios en la metrópolis. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Vidal, Tomeu y Pol, Enric. (2005). *La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares.* Barcelona: Anuario de Psicología, vol. 36, no 3, 281-297.
- Villegas, Marialina. (2010). *Apropiación del espacio público urbano a través del graffiti: los casos del Edificio Saprissa y Barrio La California en San José, Costa Rica.* San José: Tesis para optar al grado de Licenciatura en Antropología Social de la Universidad de Costa Rica.
- Wacquant, Loïc. (2006). *Castigar a los parias urbanos.* Bogotá: Revista de Antropología y arqueología. Universidad de los Andes

Anexos

Cuadro 1

Operacionalización

Dimensión	*Sub-dimensiones*	*Ejes temáticos*	*Variables*	*Indicadores*
Vida cotidiana	Espacio	Espacio urbano	Distribución	Carácter público/privado
			Actividades económicas	Tipo de actividad
				Carácter de la actividad (formal/informal)
			Flujos de personas	Volumen, horarios y procedencia
			Diseño y regulación	Actores, carácter genérico
		Percepciones espaciales	Entretenimiento	Actividades, lugares, horarios, acompañantes
			Transporte/ accesibilidad	Medios, distancia y tiempo
			Seguridad	Lugares, horarios y actores
			Diseño y regulación del espacio urbano	Actores, carácter genérico
			Espacios colectivos y públicos	*Parques,*
		Prácticas espaciales	Entretenimiento	Actividades, lugares, horarios y acompañantes
			Transporte/ accesibilidad	Medios, distancia y tiempo
			Seguridad	Lugares, horarios y actores
			Uso de espacios públicos	Motivaciones, lugares, horarios y acompañantes

	Trabajo sexual	Características socio laborales	Razones por las que la realiza	Económicas/otras
			Carácter con que la realiza	Permanente/ocasional
			Categoría laboral	Independiente/trabaja para otro(a)
		Condiciones de trabajo	Lugares	Lugar encuentro/lugar relación
			Horarios	Días/horas
			Cantidad de clientes	Al día/a la semana
			Precio del trabajo	
		Prácticas de resistencia	Relaciones conflictivas	Actores Formas de relación Lugares
			Uso de otros espacios de la ciudad como parques o actividades artísticas	

ENTREVISTA

Nombre: _____

Pseudónimo: _____

Edad: _____

Lugar de habitación: _____

Lugar de la entrevista: _____

A) Percepciones del espacio urbano que poseen las mujeres trabajadoras del sexo y su incidencia en la organización de la vida cotidiana de estas

Entretenimiento:

1. Cuando era joven o niña, ¿venía a San José? ¿qué le parecía la cuidad?
2. ¿Qué actividades realiza usted en San José?
3. ¿Cuáles son los lugares que visita frecuentemente en la ciudad?
4. ¿En qué horarios?
5. ¿Con quienes asiste a estos lugares o actividades?

Seguridad:

1. ¿Cuáles lugares de San José considera que son inseguros? ¿Por qué?
2. ¿Visita estos lugares? ¿Por qué?
3. ¿Considera que existen horas del día que son más peligrosas que otras?
4. ¿Existen lugares que dependiendo de la hora no visita por su seguridad?
5. ¿Cuáles personas le hacen sentir insegura?

Transporte:

1. ¿Qué transportes utiliza?
2. ¿Cuáles son sus recorridos (casa/apartamento, lugar de trabajo, etc.)?
3. ¿Cuánto tiempo tarda moviéndose por la ciudad?

Espacios públicos:

1. ¿Visita los parques o espacios públicos de la ciudad? ¿Cuáles son estos?

2. ¿Asiste a actividades públicas que se realizan en San José? (por ejemplo, Transitarte, FIA, Enamórate de tu ciudad)
3. ¿Qué piensa de estas actividades?
4. ¿Con quiénes visita estos espacios?
5. ¿Qué tipo de ciudad desearía usted que fuera San José?

B) Prácticas espaciales de las mujeres y su relación con el trabajo sexual

Entretenimiento:

Seguridad:

1. ¿Cuáles son lugares seguros para trabajar en San José?
2. ¿Qué hace de estos lugares seguros?
3. ¿Cuáles aspectos vuelven un lugar inseguro para su trabajo?
4. ¿Quiénes generan esta inseguridad (otras mujeres trabajadoras del sexo, policías, clientes, vecinos(as)?

Transporte:

1. ¿Cuáles son los medios de transporte que utiliza cuando trabaja?

Espacios públicos:

1. ¿Cómo se delimita el lugar o espacio de trabajo de cada mujer?
2. ¿Existen lugares fijos o propios de algunas mujeres?
3. ¿Cómo caracterizaría la relación con las otras personas que habitan San José, ya sean transeúntes, comerciantes, etc.? ¿Es diferente con las mujeres y los hombres?

Sobre relaciones conflictivas:

1. En su lugar de trabajo, ¿consideran ustedes que existen problemas o conflictos?, ¿Qué tipo de conflictos se dan?
2. ¿Quiénes generan estos conflictos? (policías, otras mujeres trabajadoras del sexo, clientes, transeúntes) y ¿cómo describirían la relación que tienen con estas personas?
3. ¿Qué formas o medios para resolver estos conflictos poseen? ¿Cuáles han sido sus experiencias?

4. En el caso de la policía, ¿existen horarios o lugares "permitidos" para que las mujeres trabajadoras del sexo trabajen?, ¿cuáles son estos?, ¿porqué creen que existen estos lugares permitidos o prohibidos para ustedes?

C) Sobre las mujeres trabajadoras del sexo

Características socio laborales:

1. ¿Cómo se inició en el trabajo sexual?
2. ¿Es éste ocasional o permanente?
3. Aproximadamente, ¿hace cuánto se dedica usted al trabajo sexual?
4. ¿Trabaja por su cuenta o responde a una pensión, un jefe, etc.?
5. A nivel familiar, ¿existen acercados(as) que dependen económicamente de usted?

Condiciones de trabajo:

1. ¿Dónde suele trabajar (pensión, cuartería, en la calle, bares, etc.)?
2. ¿Aproximadamente cuántos clientes atiende a la semana?
3. ¿Trabaja en la mañana, en la tarde, en la noche, o todo el día?
4. ¿Qué días acostumbra trabajar?
5. ¿Cuánto dinero gana aproximadamente por cliente?